

**ADVERTIMENT.** L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=ca>

**ADVERTENCIA.** El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=es>

**WARNING.** The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA



UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI



**Doctorat Interuniversitari en Estudis de Gènere: Cultures, Societats i Polítiques**

**Institut Interuniversitari d'Estudis de Dones i Gènere**

**Tesis Doctoral**

*La carga del agua: De cómo las mujeres negocian la escasez de agua en la cuenca del río  
Fúquene, Cundinamarca, Colombia.*

**Mariana Valderrama Leongómez**

Dirigida por:

**Dra. Mireia Baylina Ferré**  
Departament de Geografia  
Universitat Autònoma de Barcelona

**Dra. Isabel Salamaña Serra**  
Departament de Geografia  
Universitat de Girona

**2023**



## Agradecimientos

A mis padres, el origen de cada una de mis reflexiones

A mi hijo, el motor de cada paso

A Erich, mi compañero y animador favorito

A Mary y Mario, por permitirme ser una con ellos

A las mujeres de Fúquene, por dejarnos meternos en sus vidas

A Isabel y Mireia, por su guía y aliento constante

A mi familia catalana, mi soporte estos años

A Adrienne, por darme el regalo del tiempo

## Tabla de Contenido

Tabla de Contenido .....	3
Lista de Figuras .....	5
1. INTRODUCCIÓN.....	6
2. OBJETIVOS.....	12
3. HIPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN .....	12
4. ANTECEDENTES: .....	13
4.1 Mujeres y agua: estado de la cuestión desde los estudios sobre género y cambio climático y género y desarrollo .....	13
4.2 Género y desarrollo .....	15
4.3 Género y cambio climático .....	29
4.4 Género y agua.....	36
4.5 Desafíos en la incorporación de la dimensión de género en la investigación científica sobre desarrollo, cambio climático y agua.....	44
5. MARCO TEÓRICO: DISCUSIÓN CON EL CASO “MUJERES Y AGUA EN LA LAGUNA DE FÚQUENE, COLOMBIA” .....	47
6. ÁREA DE ESTUDIO .....	52
6.1 El municipio de Fúquene.....	53
6.2 La Laguna de Fúquene .....	58
6.3 Cuenca del Río Fúquene .....	59
6.4 El problema del agua en Fúquene: de razones, intervenciones y efectos .....	62
6.4.1 De ganaderos, Estado invisible y el privilegio del agua .....	62
6.4.2 Impactos detectados en la comunidad y proyectos de conservación .....	72
El abandono de la agricultura .....	73
De pescadores y artesanos y la pérdida de las fuentes de ingreso .....	75
6.4.3 Masculinización de la intervención científica en Fúquene: A modo de conclusión .....	77
7. METODOLOGÍA.....	82
7.1 Enfoque metodológico .....	83
7.2 Asistentes de Investigación .....	86
7.3 Instrumentos aplicados.....	86
Diario de campo: .....	87

Entrevistas .....	88
Perfil de personas entrevistados .....	91
Grupos focales y cartografía social: .....	94
8. PRESENTACIÓN DE LOS RESULTADOS.....	98
8.1 La carga de ser mujer: roles de género y división sexual del trabajo .....	99
8.1.1. La mujer y el espacio de la significación .....	99
8.1.2 La carga del hogar: el lugar del agua .....	105
8.1.3 Agencia y vulnerabilidad .....	113
8. 2. Estrategias de negociación: En búsqueda del agua.....	115
8.2.1 Estrategias de recolección individuales: el camino del agua, el camino de la vulnerabilidad.....	116
8.2.2. Política del favor: estrategias sociales para resolver la carencia.....	119
Favores y servicios: sólo para las élites.....	119
Favores personales, problemas resueltos.....	123
Envidia para los desfavorecidos .....	127
La soledad de las mujeres: el espacio intransitable .....	131
8.3. Estrategias pendientes, mapas comunes .....	137
8.3.1 Mapas individuales: otras felicidades posibles .....	138
Mujeres “en su lugar” .....	153
8.3.2 Fúquene para las mujeres: crónica de un alivio colectivo.....	155
8.3.3. El mapa del deseo: De mujeres “fuera de lugar” y espacios transformados .....	160
8.4. Etnografía Vincular: Resultado metodológico.....	163
8.4.1. Reflexiones sobre el quehacer etnográfico.....	163
8.4.2. Investigadora y compañeros (asistentes).....	168
8.4.3 Asistentes y miembros de la comunidad .....	169
8.4.4. Etnografía vincular: definición preliminar de una propuesta.....	171
9. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES: LO QUE NOS HA CONTADO EL AGUA .....	175
9.1. Futuras líneas de investigación .....	182
9.2. Reflexión final.....	184
10. REFERENCIAS.....	186
Anexo 1: Insumos Empíricos.....	195

## Lista de Figuras

- Figura 1. Mapa Municipio de Fuquene
- Figura 2. Mapa veredal Municipio de Fuquene.
- Figura 3. Cambios en la configuración de los hábitats acuáticos entre 1940 y 2009
- Figura 4. Cuenca del río Fuquene.
- Figura 5. Mariana Rojas y Mario Hernández. Investigadores Asistentes.
- Figura 6. Extracto del Diario de campo Realizado por Mariana Rojas, Asistente de Investigación.
- Figura 7. Tabla participantes mujeres por zona
- Figura 8. Tabla participantes hombres por zona
- Figura 9. Mapa del deseo. Imagen parcial
- Figura 10. Estrategias individuales de recolección de agua. División por zonas
- Figura 11. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 1
- Figura 12. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 2
- Figura 12. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 2
- Figura 13. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 3
- Figura 14. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 1
- Figura 15. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 2
- Figura 16. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 3
- Figura 17. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 1
- Figura 18. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 2
- Figura 19. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 3
- Figura 20. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 1
- Figura 21. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 2
- Figura 22. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 3
- Figura 23. Fotografías Grupos focales
- Figura 24. Fotografía pizarra grupo Focal ·1
- Figura 25. Fotografía pizarra grupo Focal ·2
- Figura 26. Diagrama resultados Grupos focales
- Figura 27. Mapa colectivo del deseo
- Figura 28. Comparativa Mapa individual vs. Mapa colectivo del deseo

## 1. INTRODUCCIÓN

Fúquene es un pequeño municipio, mayoritariamente rural, que se encuentra muy cerca de Bogotá, la capital colombiana, en el departamento de Cundinamarca. Fúquene como tal no es un municipio conocido por muchos, sí lo es la Laguna de Fúquene, un cuerpo de agua que alguna vez inspiró a los cronistas de indias a escribir bellas narraciones sobre su espejo de agua y su biodiversidad. El agua de Fúquene es entonces el centro de todas las atenciones, tanto académicas como políticas, y Fúquene, el pueblo y el municipio mismo, son los fantasmas detrás del “impresionante lago”. Subido en la montaña, escondido de los ojos de los turistas que viajan, Fúquene es un pueblo invisible, así como también lo son las personas que lo habitan. Las miradas siempre han estado en la laguna, y por lo tanto en las esferas económicas que dependen de esta y que, a su vez, causan su contaminación, disminución y consecuente desecación: la empresa ganadera-lechera es la principal protagonista. Algunas miradas se han posado sobre los sectores campesinos minoritarios, como pequeños ganaderos, artesanos y pescadores, y han intentado, desde la idea del desarrollo sostenible, movilizar las formas de sustento de estos sectores a prácticas que no contribuyan al deterioro ambiental del agua, pero lo cierto es que las personas campesinas siguen sin opciones laborales y los grandes ganaderos siguen acaparando las tierras y contaminando el agua. Entre más arriba nos vamos de la laguna, y entre más cerca estamos a Fúquene pueblo, más invisible ha sido su gente y el conflicto.

Con mi trabajo de maestría me adentré en la historia de la desecación de Fúquene, en las narrativas que habían gestado esta desecación desde el siglo XIX y que continuaban siendo perpetuadas por discursos aparentemente protectores del ambiente, pero que usaban las mismas narrativas sobre el progreso para sustentar sus principios de sostenibilidad. De allí surgió la semilla que dio origen a esta investigación doctoral; hacia el final de mi trabajo de campo, en una ronda de entrevistas con las personas campesinas vinculadas a las artesanías, pude comprender el lugar central de las mujeres y cómo ellas sufrían de maneras diferenciales la escasez de agua y la muerte de la laguna. Si bien mi trabajo de aquel entonces seguía poniendo los ojos en la esfera de lo visible, en los sectores del campesinado asociados a labores productivas y que se ubicaban en las rondas lagunares, la pregunta por qué pasaría montaña arriba es la que ahora, muchos años después, permite este trabajo. Era tiempo de dejar de pensar en Fúquene sólo como su laguna,

sus pescadores, sus quesos y sus vacas, y más bien conectar estas problemáticas (bastante estudiadas ya) a la vida cotidiana de las mujeres invisibles.

Conservando el eje del agua, pero descentrando la investigación de la laguna, mi interés con esta investigación es establecer tanto las consecuencias de la escasez de agua en la vida cotidiana de las mujeres de la cuenca del río Fúquene como las estrategias de negociación que implementan para mitigar dichas causas y la escasez misma. Con esto, realicé un recorrido “del páramo a la laguna”, recolectando las voces de las diversas mujeres que habitan la cuenca y que habían sido ignoradas por otras investigaciones y proyectos al no estar vinculadas a esferas económicas y visibles. Además, mi preocupación, gestada en la geografía feminista y en los estudios culturales y de género, buscaba pensar también en la diversidad misma de la idea de mujer, por lo que el recorrido debería buscar condiciones diferenciales de clase. La raza y la diversidad sexual, en este contexto particular, son categorías menores. No hay grupos étnicos en Fúquene (ni población afrodescendiente ni comunidades indígenas), y las personas con identidad sexual no normativa no lo han manifestado públicamente en ningún sentido. Lo que sí aparece claramente en Fúquene es la articulación entre la clase y el género normativo, es decir, la división entre mujeres y hombres, y entre mujeres pobres y mujeres ricas (que viven en Fúquene luego de pensionarse o que han construido casas de recreo o segundas residencias).

Haciendo uso de mi experiencia de largos años en Fúquene, establecí dos nociones teóricas como punto de partida: la carga y la división sexual del trabajo como un punto de partida para entender los elementos que caracterizan, inicialmente, la vulnerabilidad de las mujeres, pero también su agencia. Estos conceptos me permitieron pensar tanto los efectos de la escasez de agua como las estrategias que las mujeres adelantan para negociarla, pues comprendo que ellas, en tanto únicas responsables de las tareas del hogar, son las directamente afectadas cuando no hay recursos para cocinar, alimentar a los animales, lavar la ropa o limpiar la casa. Cuando hablo de estrategias me refiero al conjunto de acciones y actividades que se establecen con un fin específico, en este caso, la consecución de agua. Así mismo, el rastreo diferencial de las estrategias me permitiría ver cómo estas cambian en relación con la ubicación geográfica de la cuenca y a la capacidad adquisitiva del núcleo familiar.

Así pues, en un primer momento de este documento, y a modo de antecedentes, realizo una revisión de la literatura que ha abordado estas nociones centrales: la vulnerabilidad, la agencia, la

carga y la división sexual del trabajo, pero en su articulación con el agua y las mujeres rurales en diferentes contextos geográficos y sociales; he dividido este análisis de la literatura en tres campos de estudio identificados: Género y desarrollo, género y cambio climático y género y agua. De esta revisión de la literatura surgió el marco teórico desde el que pienso y analizo tanto las preguntas de investigación como los resultados mismos.

Utilizo cinco categorías centrales que son la columna vertebral, o el río, que conecta esta investigación: Con Sara Ahmed, Saba Mahmood y Judith Butler pienso la relación entre la vulnerabilidad y la agencia. No como conceptos opuestos sino más bien como condiciones de posibilidad mutua. Además, hablo de una agencia que no necesaria, o exclusivamente, pasa por la actividad o “lo visible”, sino por la paciencia y las emociones. Con Astrida Neimanis pienso *el hydrocommons y la lógica detrás del agua*. Esto es, entender cómo el agua, que somos todos, también opera como un lente a través del cual es posible revelar las relaciones de poder que operan en un contexto concreto mientras invita a articular las aguas humanas con las de los demás seres vivos con los que compartimos la existencia. Con Rita Segato pienso la noción de la domesticación de la política, que es una invitación a sacar de la esfera del hogar el camino de los afectos para transformarlo en una política de la existencia que transforme esferas públicas de la vida. Con Leila Harris et al, la idea de que la experiencia ambiental es también corpórea y biográfica. Y, finalmente, con Linda Mc Dowell pienso la noción de espacio como productor y a la vez producto de relaciones sociales diversas.

Una vez establecido el horizonte teórico con el que esta investigación dialoga, presento el área de estudio, la cuenca del río Fúquene. Aquí realizo un breve recorrido histórico para situar la problemática ambiental y del agua que me ocupa, mientras construyo una radiografía de la situación actual en cuanto a acceso a agua potable y saneamiento en el municipio, poniendo sobre la mesa la discusión sobre la incapacidad del Estado de llevar servicios mínimos a la zona rural del municipio, donde la gran mayoría de hogares no cuentan con agua potable ni saneamiento básico. Por el contrario, el privilegio de lo urbano se hace evidente al poseer agua potable constante y alcantarillado. Al final de esta parte, analizo el lugar que ocupa la articulación entre las élites económicas (ganaderos) y la gestión administrativa municipal y ambiental en la escasez de agua, y por tanto en la precaria situación en la que se encuentran las comunidades locales, quienes han perdido fuentes de ingresos y han debido migrar a las ciudades

para poder sobrevivir. Analizo también la perspectiva que han asumido las investigaciones científicas en la región, mostrando cómo estas se han enfocado en los sectores económicos y productivos campesinos de menor escala, generalmente masculinos, y han fallado en retar a las élites ganaderas y políticas, causantes principales de la contaminación del agua. Todo esto ha dejado abierta la pregunta por los espacios silenciados de la vida, los hogares y las mujeres.

La siguiente parte del documento está dedicada a la aproximación metodológica de esta investigación, enmarcada en la perspectiva cualitativa y etnográfica. En consecuencia, para la realización de esta investigación se emplearon cuatro instrumentos centrales: Diarios de campo, entrevistas, grupos focales y cartografía social. Cada uno de estos será explicado en detalle en el cuerpo del apartado. Esta investigación fue realizada durante los dos primeros años de la pandemia COVID-19, por lo que algunos instrumentos, como las entrevistas, se aplicaron estando yo a la distancia. Para poder continuar con el levantamiento de datos se decidió contactar a dos personas de la región que actuarían como asistentes de investigación y cuya función inicial fue encarnarme: yo vería a través de sus ojos y sentiría a través de sus cuerpos, pero a través de una pantalla, una Tablet que viajaría por la región. La Tablet tenía la función principal de proyectar mi rostro y mi voz. Yo conduciría virtualmente las entrevistas mientras ellos completaban diarios de campo y observación participante. Realizamos 25 entrevistas a lo largo de la cuenca del río Fúquene, siguiendo la ruta del páramo a la laguna. Participaron 15 mujeres: 4 mujeres adultas de la zona del páramo, 4 mujeres adultas de la zona urbana y 7 mujeres adultas de la zona lagunar (la que mayores problemas de agua tiene) y 10 hombres: 3 hombres de la zona del páramo y 7 hombres de la zona urbana. Ningún hombre de las rondas lagunares accedió a ser entrevistado. En cuanto a los perfiles, se buscaron mujeres y hombres adultos, con la mayor diversidad posible en términos de educación y capacidad adquisitiva. La última fase metodológica, la cartografía social y los grupos focales, fue realizada presencialmente y dirigida por mí durante septiembre y octubre de 2022.

Luego, expongo los resultados de esta investigación, los cuales se han dividido en 4 capítulos. Los 3 primeros corresponden a los resultados del trabajo empírico realizado y el último responde a los hallazgos metodológicos que trajo consigo hacer investigación en tiempos pandémicos. El primer capítulo de resultados, titulado *La carga de ser mujer: roles de género y división sexual del trabajo* indaga por el significado diferencial de la noción de carga de acuerdo con la

ubicación de las mujeres a lo largo de la cuenca y el acceso al agua potable: a mayor acceso a agua, menor carga y menor es la exposición de las mujeres a violencia física y psicológica. Adicionalmente, se discute aquí el significado de la carga para las mujeres de Fúquene y con ello la idea misma de lo que significa ser mujer, pues la experiencia de ser mujer está vinculada directamente con el trabajo doméstico y con la *berraquera*, término a través del cual se fusiona la idea de ser mujer con el trabajo doméstico en el imaginario colectivo regional, tanto de hombres como de las mujeres.

En el segundo capítulo, titulado *Políticas del favor: Estrategias de negociación*, explico los dos tipos de estrategias de negociación de la escasez de agua identificadas a lo largo de esta investigación: las estrategias de recolección y acopio que se consiguen individualmente (tanques de agua lluvias, redireccionamiento de agua que cae de la carretera, construcción de pozos y más) y las estrategias de negociación que operan apelando a la política del favor, que puede ser dirigida hacia otros miembros de la comunidad o hacia personas vinculadas a las entidades municipales. En este capítulo también pongo sobre la mesa las falencias estructurales de estas estrategias y las consecuencias de estas en la vida de las mujeres, específicamente la soledad y la envidia como dos realidades interconectadas que impiden la formación de estrategias colectivas de acción política frente a la ineptitud estatal y municipal que, como se hace evidente, actúan favoreciendo a las élites regionales y personas adineradas provenientes de la capital del país. Al final del capítulo establezco las que quedan pendientes, los horizontes de futuro que podrían consolidar las mujeres.

En el capítulo tercero, *Estrategias pendientes, mapas comunes*, presento los resultados obtenidos de las contracartografía realizadas y de las dos sesiones de grupos focales. Presento el Fúquene que desean las mujeres participantes y que plasman tanto individual como colectivamente en mapas contruidos por ellas mismas. Muestro cómo el ejercicio de contracartografía no sólo sirvió para desnaturalizar la idea de la carga, y comprenderla colectivamente (ponerle nombre y llenarla de sentido), sino para hacer evidente cómo es compartida por las participantes y así poder avanzar en la construcción de nuevos sentidos y articulaciones. En el mapa colectivo del deseo que se elabora y analiza en este capítulo se hace además evidente cómo las mujeres, debido a la carga y la división sexual del trabajo (y a la envidia y la soledad que desencadenan), poseen una libertad reducida de movimiento al estar *en su lugar* y cómo la imaginación

colectiva, construida a partir de los deseos individuales, transforma el espacio al poner a las mujeres *fuera de lugar*. La imaginación como potencial político que representa un viaje emocional es entonces la que siembra las condiciones de posibilidad para la intervención del espacio que es hoy Fúquene.

El último capítulo de resultados, en este caso de resultados metodológicos, lo dedico a explorar los retos y potencialidades de hacer investigación no presencial (debido al covid) y presento la *Etnografía vincular* como un hallazgo inesperado de esta investigación. Ofrezco una definición de esta propuesta, la cual centra su atención en la coproducción de la significación y en la modificación de la significación y de las prácticas a través del *estar* con otros.

Cierro el documento con las conclusiones del estudio, mostrando cómo *la lógica detrás de la comunicación del agua* nos permite entender lo que se conecta por y a través del agua; el agua actúa aquí como el elemento que, por un lado, desvela las articulaciones que producen la vulnerabilidad en las mujeres de la región, mientras conecta las vidas de las mujeres de Fúquene y pone en diálogo voces que en principio son individuales. Finalmente, el relato del agua ha sido clave para visibilizar el proceso de relaciones de poder multi escalar que produce las condiciones de existencia de estas mujeres. Cada casa es un gobierno, y no hay gobierno fuera de los vínculos globales.

## **2. OBJETIVOS**

1. Identificar las estrategias de negociación, adaptación y mitigación de las mujeres del municipio de Fúquene, en Cundinamarca, Colombia, ante el deterioro de las fuentes hídricas del municipio.
  - a. Identificar las consecuencias del deterioro ambiental de las fuentes hídricas en la vida cotidiana de las mujeres rurales del municipio de Fúquene
  - b. Identificar el lugar que ocupan las entidades municipales en la escasez de agua en el municipio
  - c. Indagar por las formas de relacionamiento social que utilizan las mujeres para mitigar la escasez de agua en el municipio.

## **3. HIPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN**

1. Formas comunitarias de negociación entre mujeres no han sido posibles debido, por un lado, a la carga que estas poseen en sus hogares y, por otro, a la división sexual del trabajo profundamente naturalizada en la región
2. Las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene utilizan el favor como forma de negociación individual, tanto con las autoridades municipales como con los demás miembros de la comunidad
3. La falta de infraestructura y servicios públicos (como el transporte o lugares de encuentro social) aumentan la vulnerabilidad de las mujeres y la carga que estas deben soportar.

## 4. ANTECEDENTES:

### 4.1 Mujeres y agua: estado de la cuestión desde los estudios sobre género y cambio climático y género y desarrollo

Pensar las prácticas de negociación, adaptación y mitigación que adelantan las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene en el municipio de Fúquene, Colombia, ante el deterioro de las fuentes hídricas, requiere comprender como ha sido estudiado, pensado y abordado por la literatura científica el binomio mujeres y agua, específicamente en países del sur global. El estado de la cuestión que aquí realizo ofrece insumos teóricos y metodológicos que me permitan trazar los caminos por los que debo conducir mi investigación y las alianzas teóricas que podría potenciar.

No es posible pensar el agua sin pensar en su escasez. Actualmente, la importancia de investigaciones sobre calidad del agua, estado de las fuentes hídricas y de los usos sociales y políticos de la misma cobra especial relevancia ante la cada vez más certera posibilidad de su agotamiento. En ese sentido, tampoco es posible pensar el agua de manera aislada, sino en su articulación con los factores que han provocado su disminución global y en las personas y demás seres vivos que dependemos directamente de ella. Así, el discurso del desarrollo, la industrialización, la explotación capitalista y la consecuente neoliberalización de los recursos son campos de estudio necesarios para entender las dinámicas de poder en las que el agua está inmersa y que han ocasionado el cambio climático, campo de estudio muy relevante y necesario en nuestros días.

Como todas las vidas no son iguales y las experiencias con el agua son diversas y complejas, este estado de la cuestión que aquí presento **tiene como objetivo ver cómo ha sido articulada la dimensión de género en los estudios sobre agua, pero en su inseparable relación con el discurso desarrollo y el cambio climático.** Por lo tanto, elaboro en tres apartados imbricados una revisión de la literatura científica que se ha producido para ver cuáles han sido los debates que han conseguido la incorporación de la dimensión de género en las investigaciones científicas académicas, cuáles son las maneras en que es utilizada esta dimensión y para qué fines políticos, así como los retos y perspectivas futuras que abren las diversas investigaciones y debates.

No pretendo aquí recoger la totalidad del corpus textual que existe en los estudios sobre desarrollo y cambio climático, y que cada vez es más prolífico, por lo que esta perspectiva es limitada. Seleccioné, a partir de bases de datos importantes a nivel mundial tales como Scopus, Web of Science, SAGE, Redalyc, Scielo y otras, alrededor de 100 textos que comparten una preocupación por la relación entre las mujeres y el agua en el marco del cambio climático y los efectos del desarrollo hegemónico en diversos países “en desarrollo”, y que, si bien se ocupan de espacios y contextos diversos, se centran en lo que se entiende como “el sur global”.

**En el primer apartado me enfoco en la articulación del binomio género y desarrollo**, pues este discurso sienta las condiciones de posibilidad para la emergencia de categorías como Tercer Mundo y Mujeres del Tercer mundo, así como el establecimiento de imaginarios sobre *el deber ser* de todas las naciones y modos de vida, teniendo repercusiones en las políticas públicas, los marcos interpretativos y prácticas de intervención sobre los países “pobres” y sus habitantes. Adicionalmente, la desigualdad y opresión que produjo la materialización del discurso del desarrollo ha sido una de las causas más importantes de la degradación del medio ambiente y de la precarización de la vida humana y no humana. Estudiar el lugar de las mujeres y de la dimensión de género en la producción científica académica enmarcada en este contexto es de lo que me ocupó en este primer apartado.

**En el segundo apartado me enfoco en el campo específico de los estudios sobre cambio climático**, y en cómo investigaciones académicas que se enuncian desde allí han buscado integrar la pregunta por el género en su quehacer. Mapear los retos y avances de esta pretensión de inclusión en un campo relativamente reciente y muy importante representa también mapear el lugar donde futuras investigaciones feministas podrían realizar aportes valiosos.

**En el tercer apartado abordo investigaciones que se enfocan de manera directa en el agua y en cómo su escasez y deterioro afecta la vida de las mujeres en particular.** Me centro aquí en cómo han sido abordadas las nociones de tiempo y espacio de recolección de agua en las investigaciones científicas, así como en aquellas discusiones teóricas y empíricas que retan los marcos interpretativos de los campos de estudio en los que se inscriben para considerar nuevas formas de hacer investigación, de preguntarse y preguntarle al mundo de la vida.

Finalmente, recojo en una conclusión propongo un diálogo resultante del análisis de los tres apartados previos. Rescato aquí la transversalidad de nociones relevantes y hago luces sobre los

vacíos identificados, los logros alcanzados y los retos futuros para la investigación científica sobre agua, mujeres y medioambiente.

#### **4.2 Género y desarrollo**

*¿Qué desarrollo queremos? De feminismos liberales, políticas públicas y posiciones de disputa decoloniales*

Arturo Escobar en su libro *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo* (Escobar, 1996), muestra cómo el desarrollo, en tanto fantasía de las potencias de occidente surgida en la posguerra, pretendía conducir a las naciones de América del Sur, Asia y África hacia la creación de condiciones necesarias para reproducir sus características. En palabras de Escobar, conducir a estas naciones a la “industrialización, y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos” (1996: 20). Este sueño, como lo llama Escobar, acabó por traer sólo desigualdad, opresión y subdesarrollo. A través del discurso del desarrollo se dio inicio al despliegue de diversas tecnologías y prácticas para que estas naciones pudiesen “des-subdesarrollarse”. Este es el origen de la categoría Tercer Mundo, una invención discursiva del también discursivo invento llamado desarrollo que, operando a través de representaciones occidentales, modernas, blancas, capitalistas y heteronormativas, terminó conquistando el sentido hegemónico de la vida y los deseos de las naciones “pobres”. La utilidad de visibilizar la noción de desarrollo (y de Tercer mundo) como nociones históricamente constituidas a través de discursos y representaciones que conforman regímenes de verdad, explica Escobar, está en destruir su supuesta omnipotencia y omnipresencia para producir formas alternativas de ser y pensarse en el mundo.

Ahora bien, Escobar también señala que la invención del Tercer Mundo, como un espacio lleno de problemas y necesidades, imposibilitó a las personas que lo habitaban decidir qué hacer con sus vidas, y se les removió la libertad de acción al quedar supeditadas, colonizadas, a/y por lógicas, discursos y políticas públicas externas que, en búsqueda del desarrollo prometido, invisibilizaron y menospreciaron los saberes y prácticas locales ahondando los lugares de opresión y pobreza. Así, las mujeres de este Tercer Mundo quedaron ancladas a la representación de los “sujetos necesitados”.

Mohanty, por su parte, analiza la producción de esta “mujer del tercer mundo” como sujeto monolítico en la producción académica intelectual a través de la cual se constituye la idea de “la mujer promedio” del Tercer Mundo, construida a través de estadísticas y demás dispositivos propios de la racionalidad colonial moderna. Mohanty muestra cómo opera lo que ella llama *feminismo occidental* en la creación de esta categoría. Aclara que, para ella, el feminismo occidental no es una categoría geográfica sino del uso discursivo de ciertos dispositivos de representación del otro en el tipo de trabajo académico e intelectual y propone tres niveles de análisis del mismo: el primero trabaja en cómo la producción desde el feminismo occidental ha invisibilizado la historicidad, el mundo concreto y diferencial, de la experiencia contextual del ser mujer al homogenizarla y generalizarla, produciendo una serie de reduccionismos que refuerzan la visión colonial del otro. La segunda presunción analítica (como la llama la autora) responde a la carencia crítica con la que se presenta, en las diversas investigaciones académicas, la “evidencia” que sustenta la universalidad y la validez para todas las culturas, y la tercera “es una presuposición más específicamente política que subyace las metodologías y las estrategias analíticas, es decir, el modelo de poder y lucha que implican y sugieren” (p 5).

Dentro de estos niveles analíticos, Mohanty propone ciertas formas en las que aparece elaborada la categoría “mujer” (homogénea y sin contexto) en las investigaciones científicas propias del feminismo occidental: La mujer como víctima de la violencia masculina, la mujer como dependiente universal, la mujer como víctima del proceso colonial y el lugar de las mujeres en los sistemas familiares. Mohanty centra la atención en la importancia de elaborar de manera contextual las premisas en aras de producir comprensiones más profundas de las realidades sociales y así procurar su transformación. De lo contrario, toda potencia política se diluye al reducir el conflicto a la voluntad masculina sin observar sus producciones y articulaciones históricas y materiales o al hacer uso de categorías universales que, como dice la autora, reemplazan “lo biológico por lo sociológico para crear, sin embargo, lo mismo: una unidad de mujeres. (p7).

Esta homogenización resulta particularmente presente en los trabajos sobre desarrollo realizados de la perspectiva del feminismo occidental. “El reduccionismo de semejantes comparaciones transculturales resulta en la colonización de los elementos específicos de la existencia cotidiana y

de las complejidades de los intereses políticos que representan y movilizan a las mujeres de distintas culturas y clases sociales” (p8), por lo que analizar la producción académica (occidental) en torno al binomio género y desarrollo debe necesariamente cuestionar estos reduccionismos.

La discusión planteada por Mohanty sobre la invención de la “mujer promedio” del tercer mundo, su constante victimización por parte de la producción académica y el reduccionismo homogenizante de la categoría misma de “mujer” como unidad analítica, se articula entonces con el reclamo de autoras como (MacGregor S. , 2009) y (Zumbado, 2003), quienes ilustran cómo buena parte de la literatura científica sobre mujeres y desarrollo está mediada por las políticas públicas transnacionales sobre género y desarrollo, y que replican las características del feminismo occidental en la actualidad aunque en su emergencia buscaran justamente oponerse a la exclusión de las mujeres en el discurso del desarrollo. La literatura consultada identifica cuatro corrientes internacionales que marcaron, y marcan, la pauta en los diversos proyectos de gestión e investigaciones en torno al lugar del género, el medio ambiente y el desarrollo: Mujeres en desarrollo (MED), Género en Desarrollo (GED) y el Gender Mainstreaming (GM).

La corriente llamada Mujeres En Desarrollo (MED), explica Zumbado (2003) en su tesis doctoral, se entiende como “la integración de las mujeres en procesos globales de crecimiento y cambio económico, político y social” (Rathberg, 1990). Es una perspectiva acuñada por un grupo de feministas liberales en los años setenta, inspirada en el trabajo de Esther Boserup *Women’s Role in Economic Development* (Boserup, 2007), quien señala que el desarrollo moderno, tal y como estaba planteado, no sólo no beneficiaba a las mujeres pobres, sino que las perjudicaba. Lo anterior implicaba una invitación a la necesidad de repensar el desarrollo ortodoxo que se estaba promoviendo, y aunque las primeras aproximaciones del MED no mostraban un rechazo contundente a dicho modelo del desarrollo, si constituyeron las bases para discutirlo. En América Latina, el MED sustentó la producción de conocimiento en torno a las mujeres en el Tercer Mundo (Escobar, 1996).

Uno de los aportes claves del MED fue poner en evidencia como el discurso del desarrollo, en los años 50 y 60, entendía a la mujer desde la esfera doméstica y la reproducción,

manteniéndolas alejadas de procesos educativos, formativos y económicos. La mujer era “considerada como reproductora de la comunidad, de la sociedad, transmisora de los valores culturales, pero no se la consideraba ligada al cambio, a la transformación, a la innovación y al progreso; es decir, a los objetivos de del desarrollo” (Monreal, 1997). En este sentido, la mujer quedaba anclada a la lógica del bienestar, donde los proyectos y políticas se enfocaban en acciones asistencialistas como otorgar alimentos para el sustento de las familias.

El MED identificó tres factores claves en el discurso del desarrollo que causaban graves efectos en las mujeres: “1. La omisión de reconocer y utilizar roles productivos de las mujeres. 2. El refuerzo de valores y estereotipos conservadores que limitan a las mujeres a sus funciones reproductivas y domésticas y 3. La imposición de valores occidentales en cuanto al trabajo y las prácticas aceptables para las mujeres” (Hernández, 1999). Así, la idea de la división sexual del trabajo que perpetua el discurso del desarrollo se hace central para poner en evidencia que las mujeres y los hombres experimentan de manera diferencial el desarrollo y que, en ese sentido, los gobiernos de diversos países debían asegurar la participación de las mujeres en el diseño e implementación de políticas y programas de desarrollo sostenible en los países del sur global. Además, enfatiza en que la noción de trabajo anclada exclusivamente a tareas productivas excluía las actividades de cuidado del hogar, de la familia y de supervivencia en tanto que no es posible otorgarles un valor mercantil.

En consecuencia, el MED, aunque diverso, rechazaba en todas sus corrientes tres elementos fundamentales del desarrollo. Por un lado, la neutralidad supuesta del desarrollo, “sus planificadores y el encasillamiento de las mujeres a la esfera doméstica”. En segundo lugar, “la invisibilidad de las mujeres como agentes económicos” y, finalmente, rechazaba la división sexual del trabajo basado en el paradigma occidental (Zumbado, 2003, p. 33). Ahora bien, como el MED no pretendía disputar el desarrollo mismo ni su deseabilidad, permaneció sujetado a una visión liberal del mercado, insistiendo en que las mujeres eran agentes potenciales y eficientes de la economía, pero que estaban invisibilizadas por las políticas públicas del momento. Así, pensadas de manera homogénea y como víctimas de la desigualdad histórica, las mujeres debían ser pensadas como administradoras y usuarias naturales de los recursos, pues son quienes están en capacidad y derecho de decidir cómo operar (Dankelman I. &., 1988) (Velásquez, 2003)

El trabajo de Cecilia Tortajada (1998) titulado *Contribution of Women to the Planning and Management of Water Resources in Latin America* ilustra claramente esta tendencia. El artículo resume los principales resultados de un taller convocado en la Ciudad de México para analizar las contribuciones de las mujeres en la planificación, gestión y toma de decisiones en diversos niveles (Tortajada, 2007). Los participantes de dicho taller, explica Tortajada, fueron 16 organizaciones nacionales e internacionales que realizan estudios de caso en países como Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Panamá y Perú. Adicionalmente, dice la autora, el taller contó con “40 cuidadosamente seleccionados profesionales de alto nivel” de los gobiernos federales y estatales, el sector privado, universidades, instituciones de investigación y ONG de diferentes países de América Latina, así como algunas organizaciones nacionales e internacionales como IICA, Global Water Partnership (GWP), Gestión internacional del agua Instituto (IWMI), OEA, PNUD, BID, CEPAL, British Council, International Water y Centro de Saneamiento (IRC) en los Países Bajos, y el Fondo Agrícola Mexicano Fondo (FIRCO).

Tortajada concluye que, debido a la importancia del papel que desempeñan las mujeres como administradoras y productoras de tierras, los gerentes y los usuarios de los distritos de riego necesitan redefinir el rol de la mujer para mejorar la eficiencia de la administración de los recursos hídricos en general. La autora argumenta que la falta de formación de las mujeres da como resultado no solo una mayor degradación de los recursos naturales, sino también de su propia situación económica y de sus familias. En este sentido, se aboga por la capacitación técnica necesaria para que las mujeres puedan planificar y administrar los recursos, aduciendo que este proceso de tecnificación ha dado excelentes resultados en diversos casos latinoamericanos. Finalmente, el artículo muestra cómo todos los participantes del taller coinciden en la importancia de aumentar la participación de las mujeres en todos los sectores de desarrollo.

Las críticas a esta corriente no se hicieron esperar, aunque gracias a ella el tema del lugar de la mujer en el desarrollo rural comenzó a ser visible y prolífico en la agenda de investigadoras e investigadores de diversas disciplinas y campos. Sin embargo, como apunta Lycklama Nijeholt

(1987), la búsqueda de la integración de las mujeres a la corriente principal del desarrollo no les dejó ninguna oportunidad de elegir el tipo de desarrollo que querían, lo que se ilustra a la perfección en el trabajo de Tortajada donde ninguno de los invitados al taller pertenecía a entidades comunitarias locales, dejando la toma de decisiones al imaginario del “experto”. Se dio por sentado que lo que ellas querían (las mujeres pobres en abstracto) era integrarse al modelo de desarrollo occidental y patriarcal (Braidotti R. , 2004)

La idea de la victimización de las mujeres es también una constante crítica en la literatura consultada sobre el MED. Rao (2017) crítica esta idea diciendo que al ignorar los procesos causales que hacen que las mujeres sean más vulnerables y perpetuando las desigualdades de género dentro de las relaciones sociales de producción y reproducción, se termina aprovechando el trabajo de las mujeres para alcanzar los objetivos de desarrollo. Las críticas de Rico (1998), Vásquez (2011) y Velásquez (2003) muestran que el problema central de esta tendencia es que ignora los diversos contextos y estrategias cotidianas de adaptación y negociación, así como las relaciones de poder que diferencian a hombre y mujeres en los procesos de producción y reproducción al anclar a lo femenino a una victimización constante y casi natural. Siguiendo a Osorio:

“El enfoque central es apuntar a las mujeres como las principales "protectoras del medio ambiente" y por lo tanto se justifica promover la educación (ambiental) como el principal mecanismo para mejorar el Medio Ambiente. No sólo es importante tener en cuenta el hecho de que las mujeres son marginadas y por lo tanto necesitan ser integradas en el proceso de Desarrollo (a través de su participación en los diferentes proyectos de bienestar que sólo aumentan la doble jornada de trabajo), sino también para comprender las transformaciones de las relaciones de Género que tienen lugar dentro de la unidad y el grupo doméstico” (Osorio Hernández, 2010)

Adicionalmente, las críticas señalan que el MED, al nutrirse del ecofeminismo, siguiendo a Osorio Hernández (2010), construye una asociación de lo femenino a la naturaleza, promoviendo una visión que exalta a la mujer como cuidadora ambiental natural (Mies & Shiva, 1997) y que relaciona a la mujer con la naturaleza en tanto ambas son víctimas de la misma opresión. En consecuencia, esta posición aboga por la necesidad de incluir a las mujeres en proyectos de gestión de los recursos, pero lo hace desde un determinismo biológico que permite pensar un principio esencialista femenino que coloca la relación de las mujeres con la naturaleza en una

postura necesariamente conservadora y vivificante (Osorio Hernández, 2010) y, al mismo tiempo, mantiene el desarrollo económico como deseable.

El trabajo de Moraes y Perkins (2007), llamado *Women, Equity and Participatory Water Management in Brazil* ejemplifica el tipo de trabajos inspirados en esta idea particular del ecofeminismo. El artículo parte del concepto *feminist transformative leadership* acuñado por Viezzer (2001), líder ecofeminista en Brazil, y definido como un liderazgo que no consiste exclusivamente en poner a las mujeres en posiciones de poder sino en retar las estructuras mismas de la injusticia social en sus interconexiones sociales, económicas, políticas, etc. Las mujeres, dicen las autoras, son a menudo líderes locales, organizadoras y activistas sobre el agua y otros temas ambientales en grupos comunitarios y ONG. Así mismo, muestra cómo las mujeres, al ser naturalmente más cuidadosas con la higiene y la salud familiar, pueden efectuar mejores prácticas en los proyectos de manejo del agua y los recursos. Bajo estos argumentos se insiste en la importancia de involucrar a las mujeres en proyectos de gestión, tecnificación y educación ambiental para alcanzar empoderamiento económico y desarrollo comunitario.

Melero (2011) y Rico (1998) comparten esta perspectiva. A través del mapeo de las condiciones desiguales de acceso al agua entre hombre y mujeres, invitan a considerar las necesidades diferenciales de la población y a producir nuevas políticas públicas y proyectos que atiendan estas condiciones particulares. A saber,

“La importancia de comprender que las condiciones de vida de hombres y mujeres son muy diferentes, lo que conlleva que ambos posean necesidades e intereses distintos en relación al uso y manejo del agua, por lo que ambos, deben tener las mismas oportunidades de acceder a los espacios de toma de decisión relacionados con este recurso. Sólo desde esta perspectiva, que contemple la contribución de las mujeres e igualdad de oportunidades con el hombre, se podrá ejercer una gestión integrada de los recursos naturales que permita paliar la pobreza y fomentar una mayor equidad entre los distintos sectores de la población” (Melero Aguilar, 2011, p. 228)

De esta manera, este tipo de trabajos abogan por investigaciones y proyectos de gestión que fortalezcan la participación política de las mujeres, su formación ciudadana, y en consecuencia su empoderamiento, pero desde la idea de alcanzar el desarrollo mismo. Siguiendo a Rico, el objetivo es:

“diagnosticar el estado de la situación de las mujeres en los procesos sociales, económicos y políticos asociados al agua e identificar los sesgos de género tanto en la gestación como en el impacto de las políticas públicas de los recursos hídricos, con el objeto de definir líneas prioritarias de investigación y de políticas. El interés radica en realizar los análisis no sólo a nivel microsocioal sino también en incluir factores de carácter global. Esto implica incorporar nuevas temáticas a las que ya tienen un acopio de información. En este contexto, las preguntas que nos guían y que son indicativas de los temas a profundizar son: i) de qué manera las mujeres en general, y los distintos segmentos que conforman la población femenina, se ven afectadas diferencialmente, en relación a los hombres, por las actuales políticas de los recursos hídricos; ii) de qué forma las desigualdades de género contribuyen a la falta de equidad e ineficiencia que afecta al sector agua; iii) cómo la potenciación económica, social y política de las mujeres podría contribuir al desarrollo equitativo y sustentable de este sector” (Rico, 1998, p. 4)

Ahora bien, el ecofeminismo aporta a la discusión importantes nociones que no pueden ser dejadas de lado. Esta corriente entiende que la marginación de las mujeres y la destrucción del medio ambiente son procesos ligados por las lógicas perversas del progreso y el desarrollo, y discute dichas lógicas desde la noción de la *diversidad*. Dicen Shiva y Mies en su texto *La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción* (1998) que “la construcción de las mujeres como *el segundo sexo* está asociada a la misma incapacidad para aceptar la diferencia que se encuentra en la base del paradigma del desarrollo que conduce al desplazamiento y aniquilación de la diversidad en el mundo biológico” (Mies & Shiva, 1997, p. 14). Buscando la dominación del monocultivo, el desarrollo hegemónico ha destruido la diversidad biológica y por tanto epistémica de los sujetos de dominación, como las mujeres y la naturaleza. En ese sentido, los conocimientos de las mujeres sobre el medio ambiente, silenciados en tanto que no especializados sino empíricos, se convierten en un potencial transformador y de lucha contra dicha noción de desarrollo. Bajo esta idea, la diversidad de saberes de las mujeres es entendido como un *no-saber*, tan inútil desde la racionalidad moderna como la biodiversidad biológica.

Adicionalmente, esta capacidad diversa de saberes y haceres, de las también diversas mujeres, casi siempre se encuentra fuera de la esfera del mercado y por tanto son invisibilizados por la concepción patriarcal dominante. La propuesta del ecofeminismo, en consecuencia, se soporta en la idea de que las mujeres conservan la semilla y la diversidad, y por tanto conservan también el equilibrio y la armonía (Shiva, 1998). Como lo dice Shiva, en los “espacios intermedios invisibles” de los que se ocupan el trabajo y el conocimiento de las mujeres es donde se

encuentra la posibilidad de la restauración ecológica y social. Esta postura, que disputa concretamente la lógica mercantil del desarrollo, parece ser reducida al determinismo biológico por las investigaciones articuladas al MED, causándole al ecofeminismo la despolitización. En respuesta a esto, emerge el ambientalismo feminista como alternativa propuesta por Bina Agarwal. Esta perspectiva

“llamaría a luchar por los recursos y los significados. Implicaría lidiar con los grupos dominantes que tienen la propiedad, el poder, y el privilegio de controlar los recursos, y éstos u otros grupos que controlan lo que se piensa sobre ellos a través de los medios de comunicación e instituciones educativas, religiosas y legales. En el frente feminista habría la necesidad de desafiar y transformar las nociones sobre género y la división misma del trabajo y de recursos entre los géneros. En el frente ambientalista habría la necesidad de desafiar y transformar no sólo las nociones sobre la relación entre las personas y la naturaleza, sino también los métodos mismos de apropiación de los recursos de la naturaleza por unos cuantos. El ambientalismo feminista subraya la necesidad de enfrentar estas dimensiones desde ambos frentes” (Agarwal, 2000, p. 289)

En respuesta a las carencias del MED surge entonces el Género En el Desarrollo (GED), que “cuestiona la naturaleza del sistema económico imperante y las relaciones de poder entre mujeres y hombres, proponiendo la redistribución de dicho poder y un modelo de desarrollo más equitativo” (Goetz, 1997). Como lo dice Braidotti (2004) La perspectiva de género y desarrollo representa una transición para no sólo "integrar a las mujeres al desarrollo, sino para buscar el potencial que las iniciativas de desarrollo poseen para transformar las desiguales relaciones sociales/de género y para darle el poder a las mujeres" (Canadian Council for International Cooperation, 1991, p. 5). En este sentido, el GED “parte de la identificación del sesgo androcéntrico del desarrollo en los propios fundamentos epistemológicos de la ciencia occidental: la ciencia y el desarrollo modernos son proyectos de origen masculino y occidental” (Kabeer, 2011). Sin embargo, el problema más visible del GED es que continúa sostenido sobre una noción de desarrollo económico que no cuestiona la división sexual del trabajo y que, por consiguiente, los proyectos realizados bajo la idea del GED resultan, casi siempre, en sobrecarga laboral para las mujeres.

Ahora bien, en la Conferencia de la Mujer de Beijing, en el año 1995, los “gobiernos ahí presentes se comprometieron a “incorporar (*mainstream*) la perspectiva de género en todas sus políticas y programas para que, antes de tomar cualquier decisión, se realice un análisis de su impacto en

mujeres y hombres” (ONU en Buckingham, 2004: 149). El GM es “una nueva política del feminismo que tiene por objetivo promover la equidad de género mediante la revisión y reformulación de todos los ámbitos de política pública” (Walby, 2005, p. 462).

Jahan (1995) distingue dos maneras de ver al GM: el establecimiento de una agenda y el enfoque integracionista. El primero implica intervenir y transformar el paradigma de la política pública que homogeniza a los sujetos y desconoce las necesidades particulares de las mujeres para modificar así los procesos de toma de decisiones enfocándolos en la equidad de género. Por el contrario, “el enfoque integracionista introduce la perspectiva de género en el paradigma ya existente, pero sin transformarlo” (Vázquez-García, 2011, p. 198)

Vásquez (2011) en su texto *Gender mainstreaming y agua. El Programa Nacional Hídrico* ejemplifica esta última perspectiva sobre el GM. Su trabajo analiza tres proyectos de integración del género en la política hídrica mexicana, con la intención de tejer puentes que contribuyan a la mejora de la perspectiva GM. El GM, como lo dice la autora, tiene el enorme reto de 1. romper con los estereotipos de género que el GED replicó sobre la mujer como cuidadora natural y por tanto más respetuosa, altruista, etc, y de 2. articular una perspectiva interseccional y traducir dichas disputas a la política pública. El GM, desde la perspectiva de Vásquez, reconoce la homogenización que ha puesto en práctica la política hídrica mexicana sobre los intereses de las mujeres; critica la idea de que la creación de proyectos de manejo de recursos beneficiará, por sí mismo, a las mujeres; se opone al imaginario de las mujeres como administradores de los recursos y fuente inagotable de trabajo y muestra cómo la política se ha centrado en los roles reproductivos de las mujeres sin tener en cuenta la interacción entre los roles de género, mientras se aplican y replican valores neoliberales a la naturaleza y a las personas mismas.

De acuerdo con Vásquez (2011), aunque la mayoría de los países latinoamericanos y del sur global se comprometieron a incorporar el GM en las políticas públicas, buena parte de la literatura científica identifica como “insuficiente” la gestión realizada por los gobiernos de los países “en desarrollo”. Además, señala con contundencia cómo estas (las políticas públicas) han incorporado la tendencia integracionista del GM, marcada por prácticas neoliberales transnacionales que invitan a la privatización y que se mantienen sobre lógicas patriarcales. Los

trabajos de Bouwer (2006), Quintana (2015), Peredo (2004), Gutiérrez (2013), Nayar (2013), Zwarteveen & Bennett (2005), Bakker (2013), Fuchs (2018) y Eastin (2018) destacan en este grupo de trabajos y dejan en evidencia cómo la tendencia de la última década es repensar la antes celebrada inclusión de las mujeres en el desarrollo hegemónico.

Fuchs (2018) en su texto *Gender (as) Governance: Gender-Sensitive Poverty Reduction as Twenty-First Century Liberal Maternalism* muestra, desde un enfoque decolonial, como las políticas públicas como el GM han hecho uso de la “feminización de la pobreza” a través de la cual ellas aparecen representadas como responsables de la mitigación de la pobreza por lo que, dice Fuchs, el Banco Mundial en 2006 volvió a declarar el empoderamiento como su estrategia principal para establecer la igualdad de género, que se lograría al incluir a las mujeres por igual en todos los mercados. La afirmación de que las mujeres esencialmente actúan *más socialmente* que los hombres, indica también una superioridad moral entre hombres y mujeres, es un principio básico del maternalismo liberal, dice Fuchs. Este argumento sustenta, entonces y ahora, la imaginación hegemónica de que las mujeres, específicamente como "madres de familia", deben considerarse parejas más confiables en el contexto de una modernización "aún no lograda" y recomienda priorizar a las mujeres comunes sobre los hombres comunes. Esta incorporación de la perspectiva de género inspirada por los maternalistas también podría explicar la identificación más reciente de "alivio de la pobreza" como "sensible al género", refiriéndose obviamente a la "focalización [del] género (femenino) responsable".

Ahlers (2009), Zwarteveen (2010) y Harris (2015) suman su posición al debate diciendo, y coincidiendo, en que las investigaciones sobre el manejo del agua con enfoque de género deben no sólo buscar la inclusión de las mujeres en procesos de descentralización y mercado, sino interrogar qué naturalizan y neutralizan las políticas públicas, incluyendo sus objetivos y desigualdades sobre las que, en tanto neoliberales, recaen.

De acuerdo con Zwarteveen & Bennett (2005) en su texto *The Connection between Gender and Water Management*, el paradigma neoliberal supone que, en lugar de la regulación pública, la justificación económica y la eficiencia son fuerzas más apropiadas para lograr la maximización del bienestar. Las raíces epistemológicas del neoliberalismo se encuentran en la ciencia

occidental y la experiencia intelectual que reflejan una representación muy particular de la realidad, excluyendo las observaciones de otras perspectivas socioculturales informadas por género, raza, clase o etnia. Sus fundamentos son reproducidos y legitimados por grupos de interés específicos e instituciones que lo promueven, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Zwarteveen & Bennett, 2005). La apelación a lo económico y racional, antes que a la regulación pública, ya supone una lógica patriarcal y de dominación inherente al discurso del desarrollo.

Este punto lo ha elaborado ampliamente la corriente denominada Justicia ambiental, donde los trabajos recientes de (Koumparou, 2018) y (García, 2019) destacan. Aunque la dimensión de género no aparece de manera exclusiva en la literatura revisada, esta corriente teórica aboga por la abolición de la desigualdad y discriminación de una manera interseccional, por lo que resulta relevante. Koumparou (2018), por ejemplo, une en su estudio dos de los argumentos más fuertes contra la privatización de los recursos que promueve el desarrollo hegemónico y las políticas públicas apoyadas por instituciones transnacionales economicistas. Dice Koumparou:

“El "derecho humano al agua" y "el agua como bien común" son los argumentos más poderosos contra la privatización del agua. El agua como derecho humano pone de relieve, en primer lugar, que todo el mundo debe tener acceso al agua sin discriminación ni exclusión. Los bienes comunes y las comunidades representan una visión de la solidaridad, la democracia sobre el terreno y la justicia. Los bienes comunes son creados y gestionados por las comunidades para hacer frente a determinados problemas y proporcionar agentes alternativos, no mercantilizados, que satisfagan las necesidades sociales y medioambientales. Los bienes comunes implican el acceso a un recurso vital sin la mediación de la justicia, el desarrollo y la lucha contra la pobreza, la justicia social, el papel de los ciudadanos, el horizonte local, el paisaje cultural” (Koumparou, 2018, p. 642).

La noción de justicia, en complemento a lo anterior, es elaborada por García (2019) quien, valiéndose de la definición de Nussbaum, define la justicia ambiental como “communities’, que es la igualdad de acceso de las comunidades y los individuos a los bienes medioambientales disponibles en un territorio e igualdad de protección institucional frente a los riesgos medioambientales” (García, 2019, p. 586). Así mismo, agrega García, “la justicia social no puede experimentarse si algunos individuos y/o comunidades sufren injusticias raciales, del

mismo modo que no puede experimentarse en un espacio donde se desarrollan injusticias medioambientales” (García, 2019, p. 590). El artículo de García muestra las imbricaciones entre justicia social y justicia ambiental en un estudio de caso localizado en Barrancabermeja, Colombia, e insiste en que esa definición de la justicia social integra, en términos prácticos, otros tipos de justicia: justicia de género, racial, económica, espacial y ambiental.

El aporte de Di Chiro (1998) en el texto *La justicia social y la justicia ambiental en los Estados Unidos: La Naturaleza como comunidad* realiza aportes significativos en este sentido, pues une la justicia social y el ecologismo para producir una crítica certera sobre el ambientalismo tradicional que se caracteriza por la división entre humanos y mundo natural, mostrando que este discurso no ha dado suficiente relevancia a las realidades y experiencias diarias de las personas, sino a los espacios naturales idílicamente pensados y por tanto sin humanos. La recuperación de la naturaleza intocada a pesar de las comunidades que habitan estos espacios es la tendencia que Di Chiro (1998) critica en tanto que resulta en mecanismo de opresión para las culturas locales que, desde esta perspectiva, deberían ser eliminadas. En consecuencia, propone Di Chiro, es necesaria una reinención del ambientalismo tradicional hacia la idea de las comunidades mezcladas como potencial político. Aquí el espacio (el ambiente en este caso) y las comunidades se co-constituyen en relaciones dialécticas. A saber:

“El medio ambiente da el contexto para cada comunidad «mezclada» particular, «dándole su preciso lugar y dando también el punto de contacto con el ambiente natural y con la sociedad mayor que está alrededor». Las comunidades y sus ambientes se constituyen mutuamente. Las comunidades son, pues, tanto resultados como causas de su medio ambiente. Una consecuencia política práctica de esto es que las discusiones sobre desarrollo no pueden divorciar las comunidades de sus contextos materiales. Las comunidades mezcladas y sus ambientes constitutivos son inseparables, son la unidad del desarrollo y del cambio. Cualquier desarrollo es, para bien o para mal, un codesarrollo de las comunidades y su ambiente respectivo, y la relación entre una comunidad particular y su ambiente no es simplemente una interacción entre factores internos y externos sino un desarrollo dialéctico... de la comunidad y el ambiente en respuesta mutua (DiChiro, 1998, p. 116)

Ahora bien, estas críticas se nutren profundamente de corrientes como el ya mencionado ecofeminismo, la ecología política feminista, el ambientalismo feminista y los estudios de justicia ambiental, que elaboran nuevas formas de producción de conocimiento situado

(siguiendo a Sandra Harding (1995) y Donna Haraway (1998) y su debate sobre epistemología feminista). Invitan también al trabajo empírico radicalmente contextual y ponen sobre la mesa la necesidad de la democratización de los recursos y procesos socioambientales desde una perspectiva de género, y a la democratización de los métodos investigativos mismos.

Así mismo la geografía feminista ha abordado ampliamente la relación co-constitutiva de las personas con el espacio. Diversas geógrafas (García Ramón, 1989; Sabaté 1989; Hanson, 2015; Massey, 1994; McDowell, 2000; Baylina y Salamaña, 2006) han aportado a la construcción de una teoría crítica feminista del espacio al pensarlo más allá de un mero telón de fondo. Más bien, el espacio es producido, al mismo tiempo que produce, por relaciones sociales como las divisiones de género. Estas geógrafas han reivindicado el espacio como una categoría que produce identidades, símbolos y relaciones de poder. Así, desde esta perspectiva teórica, el concepto de espacio considera entonces las representaciones, los afectos y emociones como parte de la experiencia espacial, tanto individual como colectiva. Así mismo, la geografía feminista que se ha encargado de pensar lo rural insiste en el rescate de su potencialidad político al incluir la dimensión de género en los problemas y hechos geográficos antes que a la inclusión sin más de las mujeres en las investigaciones.

Desde la ecología política feminista, Rocheleau muestra en su texto *Political ecology in the key of policy: From chains of explanation to webs of relation* (Rocheleau, 2007) como la ecología política feminista ha ampliado el marco de acción de la ecología política al mover el foco de las jerarquías verticales lineales o simples cadenas de explicación a conjuntos complejos, redes de relación y "rooted networks". Dice la autora que cada vez más investigadores buscan acoger la complejidad propuesta sin perder el poder explicativo de las relaciones jerárquicas, o las raíces empíricas de la ecología política. Muchos también, agrega Rocheleau, luchan para pasar de la observación participante a la democrática, investigación participativa. Su propuesta, en consecuencia, radica en que basemos esta 'ciencia situada', este 'ver múltiples' a través del caleidoscopio de una variedad de situaciones, ubicaciones y experiencia.

Desde la antropología cultural, el trabajo de Rita Segato realiza lo que, a mi juicio, es un complemento a esta invitación a lo relacional de Rocheleau. Segato insiste en que "elegir el

camino relacional es optar por el proyecto histórico de ser comunidad” (Segato, 2016, p. 106). En oposición al *camino de las cosas* que ha impuesto el desarrollo económico, su propuesta se basa en *el camino de los afectos*. En “retejer el tejido comunitario, derrumbar los muros que encapsulan los espacios domésticos y restaurar la politicidad de lo doméstico propio de la vida comunal” a través de lo que ella llama “domesticación de la política” que es la política del día a día, esa que sucede en el hogar, por fuera del Estado. Es, dice Segato, “de esta politicidad y de esas tecnologías vinculares de las que surgirá el formato de la acción política capaz de reorientar la historia” (Segato, 2016, p. 116)

### **4.3 Género y cambio climático**

*La inclusión del género en la investigación académica sobre cambio climático: retrato de un debate en proceso*

Los estudios sobre género y cambio climático son relativamente recientes, escasos y diversos en las preguntas que formulan sobre lugar del género y de las mujeres. De acuerdo con la literatura consultada, son dos las razones más comunes para justificar la integración de la dimensión del género a los estudios sobre cambio climático, aunque sus aplicaciones son varias. La primera razón presente en las investigaciones consultadas hace referencia a la necesidad de incluir la dimensión de género debido a las muchas intervenciones que han fracasado por desconocer dicha dimensión (Nielsen & S. D’Haen, 2012). Esto conlleva a la necesidad de ganar profundidad en las aproximaciones a los problemas de los miembros de las diversas comunidades (Cassidy & Barnes, 2012), pues se ha identificado que son raros los trabajos empíricos contextuales y de caso (un ejemplo es el trabajo de Onta y Resurrección, 2011) que se ocupan de las manifestaciones materiales de las desigualdades y en específico de las desigualdades de género (Onta, 2011).

La segunda razón responde al auge de investigaciones que elaboran el lugar de la mujer en proyectos de desarrollo y que la entienden como vulnerable y/o como pieza clave del mismo. Esta tiene que ver con la ampliamente identificada idea de la ausencia de las mujeres en la toma de decisiones locales sobre estrategias de mitigación del cambio climático y la necesidad de contrarrestar dicha ausencia mediante la inclusión de las mujeres en proyectos y prácticas de

desarrollo sostenible. En este apartado esbozaré, sin pretender alcanzar la totalidad de investigaciones del campo, cómo ha sido involucrada en los estudios sobre el cambio climático la dimensión de género.

MacGregor (2010) en su texto *A stranger silence still: the need for feminist social research on climate change* afirma con contundencia que incluir las dimensiones de género en los estudios sobre cambio climático permitirá un diagnóstico más preciso y una "cura" más prometedora de lo que es posible con un enfoque neutral de género. La autora insiste en que cualquier intento por mitigar el cambio climático que excluya la dimensión de género en el análisis será injusto, insuficiente e insostenible (MacGregor S. , 2010, p. 124), por lo que aboga en este artículo por revisar críticamente qué discursos de género, roles e identidades, dan forma a los aspectos políticos y materiales del cambio climático. El interés de la autora en posicionar la dimensión del género en los estudios sobre cambio climático responde a que, de acuerdo con su investigación, la dimensión de género ha sido casi que completamente evitada en las investigaciones científicas; el cambio climático, dice MacGregor (2010), no está en la agenda académica feminista. Una de las múltiples razones que identifica MacGregor de esta ausencia es la herencia ecofeminista de la esencialización de la mujer y la naturaleza. Las académicas, dice la autora, temen entrar en terrenos peligrosos por lo que excluyen de sus estudios dicha dimensión. Por otro lado, encuentra que la mayoría de las investigaciones sobre cambio climático y género están enmarcadas en el GED, MED o GM, y realizadas por organizaciones de mujeres pertenecientes a las diversas ONG u organismos del Estado en procura de establecer políticas públicas que contribuyan al desarrollo hegemónico, lo que limita la politicidad de los aportes.

En respuesta a tales sesgos y exclusiones, MacGregor propone tres amplias áreas en que el género juega un papel importante y que pueden ser vistas como lugares de atención para futuras investigaciones a partir de una revisión de las investigaciones realizadas previamente. Realiza esta lectura a través del lente que le ofrecen la tradición teórica feminista del "género y medio ambiente". A saber: a) la construcción del cambio climático, b) experiencias de cambio climático en la vida cotidiana y c) respuestas institucionales e individuales al cambio climático.

De la primera área, me resulta particularmente relevante la idea que propone la autora de que el discurso sobre el cambio climático, y toda la indumentaria política y social que de él se desprende ha sido siempre masculino; en la *masculinization of environmentalism*, como lo llama MacGregor, los hombres dominan todos los niveles, como expertos científicos, como emprendedores, políticos o líderes comunitarios. Como resultado de esta masculinización, anota MacGregor, el debate sobre el cambio climático ha sido moldeado por estereotipos y discursos masculinistas (es decir, de ciencia y seguridad) que trabajan para invisibilizar a las mujeres y sus preocupaciones. Es posible entonces que una de las consecuencias de la aproximación científicista al problema del cambio climático es que las mujeres se han alejado del debate porque están menos inclinadas que los hombres a comprometerse con la ciencia y la tecnología, pero sí lo hacen con las esferas de lo social. En ese sentido, las intenciones institucionales de mejorar la calidad de vida de las mujeres terminan afectándolas desproporcionadamente. De nuevo, los estereotipos de género parecen operar y reforzarse en este tipo de aproximaciones.

En esta área es posible incluir el trabajo de Joani Sager (Seager, 2009), quien pone en evidencia cómo las políticas públicas del norte global con respecto al cambio climático han declarado como aceptable un aumento de 2° en la temperatura del planeta. Frente a esto, Sager realiza un análisis feminista para concluir que ofrecer esta noción de “daño aceptable” como una política global apropiada ante la crisis en la que estamos enredados corresponde al pensamiento de la "casa del amo". Citando un fragmento del poema de Audre Lorde, “the master’s tools will never dismantle the master’s house” (Lorde, 1984). Adicionalmente, Seager insiste en la necesidad no sólo de articular la dimensión de género en el análisis del cambio climático, sino de reestructurar por completo las preguntas que se formulan dentro del campo.

Aquí, el trabajo de Eastin (2018) resulta clarificador al mostrar la distribución desigual de los costos asociados al cambio climático afectan a las mujeres. Sostiene Eastin que el cambio climático refuerza las desigualdades en cuanto a la propiedad y el control de los bienes del hogar y significa un aumento de la carga familiar debido a la emigración masculina, la disminución de los alimentos y el acceso al agua, así como una mayor exposición a desastres. Lo anterior puede socavar la capacidad de las mujeres para lograr independencia, mejorar el capital humano y mantener la salud y el bienestar.

De igual manera, el trabajo reciente de Shrestha et al (2019) muestra cómo, a nivel local en Nepal, el efecto del cambio climático se percibe menos importante debido a su efecto gradual sobre otros problemas domésticos inmediatos, a pesar de que las mujeres identifican un aumento en sus labores diarias debido a la escasez de agua (Shrestha, Chapagain, & Ghimire, 2019). La sensibilización, además de la conciencia individual y comunitaria, son claves, dice Shrestha, para ganar capacidad de adaptación al cambio climático.

Ahora bien, este tipo de investigaciones mantienen lógicas económicas acordes con el desarrollo moderno y no disputan la noción misma de desarrollo a la que se pretende involucrar a las mujeres que, por lo demás, aparecen homogenizadas. Se representan como vulnerables en comparación con los hombres, pero no se elabora críticamente sobre los estereotipos de género que reproducen la división sexual del trabajo, por ejemplo. Así, si las mujeres ya se encontraban en posiciones de vulnerabilidad previas, desde la emergencia climática dichas condiciones aumentan radicalmente. Sobre esta idea resaltan los trabajos de Denton (2012), Rao (2017), Shrestha (2019), Vink (2014), Kher (2015), Eastin (2018) y Philip, Baharati, et al (2014).

La vulnerabilidad, siguiendo a Eastin (2018), proporciona un marco conceptual para evaluar el impacto del cambio climático en la igualdad de género, comprende la exposición y la sensibilidad a las amenazas ambientales, y la capacidad para hacer frente a las crisis ambientales (p 290). Así como el clima aparece como vulnerable, también lo hacen las comunidades rurales y en especial las mujeres, quienes no cuentan con posibilidades tecnológicas y legales suficientes para adaptarse satisfactoriamente a los cambios climáticos. A saber, “las instituciones sociales y jurídicas patriarcales que prevalecen en muchos países en desarrollo agravan tanto las disparidades de género en la vulnerabilidad como las dificultades relativas a las que se enfrentan las mujeres para adaptarse al cambio climático” (Eastin, 2018, p. 291)

Por su parte, Vink (2014), señala una división teórica de la vulnerabilidad que sufren las personas en cuanto al acceso y control del agua, la vulnerabilidad extrínseca e intrínseca. La vulnerabilidad extrínseca, con respecto a las capacidades hídricas, puede describirse como la

desigualdad creada por los países *aguas arriba* a través de organizaciones agrícolas con mucho más capital y capacidad de acumulación de agua, recursos y mercado.

Por su parte, la vulnerabilidad intrínseca con respecto a las capacidades del agua se refiere al hecho de que nosotros, como personas, no requerimos la misma cantidad de agua en el transcurso de nuestras vidas. La cantidad del agua varía y depende de nuestras características físicas, emocionales, familiares, sociales y de salud, por lo que proporcionar a todos un acceso igual, o acceso a una cantidad igual de agua, puede no conducir a capacidades iguales o no hacer justicia a sus características individuales (Vink, 2014, p. 774).

En este sentido, las vulnerabilidad intrínseca y extrínseca dialogan para mostrar cómo no sólo estructuras de poder afectan a las comunidades rurales en su acceso al agua, sino que ciertas personas, como las mujeres rurales pobres, poseen características de vida y personales que requieren un enfoque diferencia y particular en aras de contrarrestar la vulnerabilidad. Homogenizar la vulnerabilidad, tanto como la pobreza, puede resultar entonces en nuevas formas de ampliar la brecha de la desigualdad. Ahora bien, la capacidad de adaptación a las condiciones de vulnerabilidad climáticas y sociales se hace particularmente relevante, por lo tanto, debe ser analizada contextualmente tanto en el nivel intrínseco como en el extrínseco para producir contribuciones realmente pertinentes.

En este sentido, MacGregor (2010) insiste en la escasez de investigaciones que abordan cómo el cambio climático afecta la vida cotidiana de las personas desde una perspectiva diferencial. Un ejemplo clave es el trabajo de Gabrielsson y Ramasar (2013), que presenta las formas de adaptación ante la escasez de agua empleadas por las mujeres viudas en Kenya.

También se encuentran trabajos que se ocupan de pensar la percepción que se tiene del cambio climático de acuerdo con sus efectos en las prácticas cotidianas, siempre con la intención de establecer el nivel de conocimiento que tienen los pobladores de la crisis climática y cómo ésta se ha manifestado en los diversos territorios, sobre todo del sur global. En este grupo de trabajos se asume que las diferencias en las percepciones generarán diferentes formas de respuesta a la crisis climática, pero no elaboran los efectos de dichos cambios percibidos en las vidas de las

personas; muestran variaciones entre las percepciones de hombres y mujeres, y exploran las necesidades que identifican las comunidades en razón de la crisis climática, pero no explican cómo esta percepción se articula de manera crítica con la división sexual del trabajo o con estereotipos de género que la causan y refuerzan. En este grupo se ubican los trabajos de Dankelman (Dankelman I. , 2002), Nielsen et al. (2002), Shaffer and Naiene (2011), Safi et al. (2012), Cherotich et al (2012), Oyekale and Oladele (2012), Sanchez et al (2012) y Boissie`re et al. (2013).

Ahora bien, frente a esta limitación, el trabajo de Rao (2017) resulta sugerente. En su texto *Gendered vulnerabilities to climate change: insights from the semi-arid regions of Africa and Asia*, Rao destaca la importancia de ir más allá del conteo de números de hombres y mujeres para desempacar relaciones de poder. Aboga por una mirada que se ocupe de formas de inclusión y exclusión en la toma de decisiones y en analizar desde una perspectiva desafiante las creencias culturales que han negado la igualdad de oportunidades y derechos a personas posicionadas de manera diferente, especialmente aquellas en la parte inferior de las jerarquías económicas y sociales. Los resultados de esta investigación insisten en que, si bien es importante apoyar a las mujeres, fortalecer su capacidad de negociación y negociar por sus derechos ante las entidades institucionales, es necesario ir más allá de ver a las mujeres como víctimas. Por el contrario, insiste Rao, es necesario ver a las mujeres a través de una lente de múltiples identidades sociales que se cruzan. Así mismo, aboga por investigaciones que tengan en cuenta la agencia de las mujeres y que analicen cómo el acceso a los recursos está mediado por las relaciones de poder que van desde factores materiales, decisiones personales y familiares y hasta normas culturales de comportamiento socialmente apropiado. En este sentido, Rao hace un llamado que me resulta clave: prestar mayor atención a los hombres jóvenes, pues, como el estudio lo demuestra, las mujeres están alcanzando rápidamente los límites y están recurriendo a relaciones familiares, renegociándolos de la mejor manera posible, para garantizar no solo la supervivencia, sino también un grado de estabilidad y reciprocidad en sus vidas. En tiempos de crisis, dice Rao, las relaciones sociales triunfan sobre todos los demás recursos, materiales e inmateriales.

Finalmente, la tercera área explora el nivel institucional y personal como respuestas al cambio climático. Aquí MacGregor muestra cómo las investigaciones científicas han elaborado dos tipos

de respuestas, ambas masculinas: por un lado, la mitigación y por el otro la adaptación. En ambos casos, los hombres parecen encargarse de formas tecnológicas de mitigar o adaptarse, mientras que las mujeres se enfocan en la esfera de lo social y, generalmente, se espera de ellas que se conviertan en cuidadoras ambientales voluntarias, lo que resulta en sobrecarga laboral. El rol maternal de la mujer trasladado al cuidado del ambiente. La noción de Agarwal de “environmentality” es pertinente en este sentido, pues hace referencia a cómo las personas se convierten en sujetos ambientales adoptando los valores y prácticas de las políticas gubernamentales. MacGregor, por su parte, llama a este proceso *ecomaternalismo*. Concluye MacGregor invitando a una construcción de una sociología del cambio climático que evidencie cómo el cambio climático afecta de manera diferencial a hombres y mujeres, de acuerdo con su situación económica, cultural y social. Esta *sociología del cambio climático* (MacGregor S. , 2010, p. 137) permite comprender las raíces de la crisis climática y por tanto las formas de adaptación y respuesta de las personas; el acceso a información, opciones, decisiones (Tschakert y Machado 2012; Djoudi et al. 2013) y recursos está limitado y determinado por relaciones de poder que no pueden ser desconocidas. Parece haber entonces un largo camino aún por recorrer, pues, como lo reafirman Resurrección (2013) y Djoudi y Bockhaus (2011), los estudios sobre cambio climático han articulado la perspectiva de género pero proyectando las identidades de las mujeres como estáticas y uniformes, e ignorando que factores como la edad, la clase, la etnia y la situación económica son factores cruciales.

De acuerdo con lo anterior, el trabajo de Kaijser y Kronsell (2014) destaca por su interés en desarrollar preguntas específicas que sensibilicen a los investigadores para el uso y aplicación de la perspectiva interseccional en el campo de los estudios del cambio climático. De este aporte se nutre el trabajo de Djoudi, Locatelli, Vaast, et al (2016), quienes, en su artículo titulado *Beyond Beyond dichotomies: Gender and intersecting inequalities in climate change studies*, analizan bajo el lente de género las investigaciones realizadas en el campo de los estudios sobre cambio climático y argumentan que la perspectiva interseccional aún no ha sido incluida. Los autores insisten en que aún se conserva la dicotomía binaria hombre versus mujer en este campo de estudio, lo que enfatiza en la idea de la victimización y vulnerabilidad de las mujeres (Arora-Jonsson, 2011, p. 750).

En consecuencia, el artículo muestra cómo la perspectiva crítica interseccional puede contribuir a visibilizar nuevas formas de agencia y caminos emancipatorios (tomando el concepto de Bourdieu) al mostrar como el impacto del cambio climático forma, y es formado, por dinámicas de poder complejas presentes en relaciones sociales y políticas. A través del uso de la dimensión multinivel de la interseccionalidad, no aplicada hasta el momento en el campo a estudios empíricos contextuales, para mostrar el impacto en las comunidades tanto de las políticas públicas como de las asimetrías de poder que ocurren al interior mismo de las comunidades y que están basadas en identidades sociales constituidas o por formas de discurso presentes en las políticas públicas o como forma de resistirse a ellas.

Los autores insisten en poner en evidencia la falta de investigaciones científicas sobre temas de género y relaciones de poder, vulnerabilidad y mitigación del cambio climático, pero desde una perspectiva crítica de las nociones mismas. Reconocen una mayor producción de investigaciones que se ocupan del cambio climático y la adaptación de las mujeres, pero evidencian una disparidad frente a la producción de trabajos que se ocupen de las formas de mitigación. Esta disparidad pone en evidencia que las soluciones a nivel local permanecen siendo pensadas por científicos como de dominio masculino y siempre apelando a tecnologías de mitigación. En sus resultados, los autores exponen que la investigación sobre política pública y cambio climático es constantemente abordada a una escala nacional mientras que la adaptación y la vulnerabilidad son tratadas desde una escala local, lo que implica una invisibilización por parte de los estudios científicos de las prácticas locales de mitigación y del lugar de las mujeres en dichas prácticas.

#### **4.4 Género y agua**

*En búsqueda del agua: de recorridos, cargas, metáforas y nuevas perspectivas teóricas*

La literatura científica consultada se ha enfocado en mostrar las diversas desigualdades y violencias que, pese a las políticas públicas, continúan sufriendo las mujeres y grupos marginales frente al acceso y manejo de los recursos naturales. Una de las esferas de la vida de las mujeres más abordada por investigadores se ocupa de pensar las consecuencias más visibles del tiempo que destinan las mujeres pobres en la recolección de agua para sus hogares y su consecuente exclusión de los diversos espacios de toma de decisiones a nivel local. Si bien esta exclusión no es causada únicamente por la carga adicional que supone para las mujeres la consecución de

agua, es una muestra clara de cómo se articula la división sexual del trabajo con la esfera pública, pues históricamente el trabajo femenino, las opiniones y las decisiones sobre el uso de la tierra están subestimadas o incluso invisibles, pero juegan un papel fundamental en el uso de la tierra (Deere, 2001). Los trabajos que componen esta línea abordan la idea de la vulnerabilidad de las mujeres pobres en relación con el cambio climático y la gestión de los recursos naturales que se elaboró en los apartados anteriores, pero desde la idea del uso del tiempo y el espacio, específicamente en contextos del sur global.

Haciendo énfasis en los tiempos de recolección de agua, las distancias que requieren y el esfuerzo que implica el no tener acceso a un punto de agua al interior del hogar, los estudios que recojo aquí muestran que las mujeres pobres no pueden acceder al agua directa porque no tienen, en su mayoría, titularidad legal de la tierra ni son voces tenidas en cuenta en los procesos de gestión debido a estructuras patriarcales arraigadas como la división sexual del trabajo (Ahlers (2000), Arizpe and Botey (1987), Deere and León (2001), Zwartveen (2010)). Así, las mujeres continúan siendo las encargadas de los espacios domésticos y privados y aisladas de los espacios públicos y políticos. Como bien lo dice Gutiérrez et al (2013),

“las mujeres enfrentan limitaciones para participar en la toma de decisiones públicas, debido al confinamiento en el hogar y por las desventajas en las relaciones comunitarias a consecuencia de las reglas patrilocales del matrimonio. Argumentan que aunque en la Ley se señala que se debe fomentar la participación de los usuarios en los diferentes ámbitos organizativos, no se incluye a las mujeres porque el acceso de éstas al agua de riego generalmente es informal, ya que no tienen los derechos a su nombre; la Ley no las elimina de hecho, pero quedan fuera por los títulos, por la costumbre y porque ellas mismas se marginan de los órganos de decisiones” (Gutiérrez Villalpando, Nazar Beutelspacher, Zapata Martelo, Contreras Utrera, & Salvatierra Izaba, 2013, p. 270)

Uno de los términos que aparece de manera constante en esta línea es *burden*, o *carga* en español. La carga que asumen las mujeres de los países pobres en relación con la consecución del agua, las enfermedades físicas y emocionales a las que están expuestas por los largos trayectos recogidos, el peso de la carga y la calidad del agua. Como bien lo mencionan Kher et al (2015), llevar agua desde largas distancias representa un peligro para la salud de las mujeres; puede conducir a trastornos musculoesqueléticos, lesiones de la columna y cambios degenerativos en los huesos y tejidos blandos (Kher, Aggarwal, & Punhani, 2015, p. 17).

Adicionalmente, la carga implica, de acuerdo con la literatura consultada, disminución de las posibilidades de las mujeres de articularse con proyectos de gestión, espacios de toma de decisiones a nivel local, posibilidades laborales productivas y de generación de ingresos y reducción del tiempo libre. A saber, “Además, las mujeres dedican más tiempo a buscar agua y menos a actividades externas. Los hombres, por el contrario, se dedican a actividades generadoras de ingresos y a la participación social y comunitaria” (Shrestha, Chapagain, & Ghimire, 2019, p. 7)

Lo que queda claro en esta línea es que la división sexual del trabajo continúa siendo identificada en las diversas investigaciones y que, obviamente con las variables contextuales necesarias, tiene efectos particulares en la intención de reducir la desigualdad de género. Por ejemplo, el hecho de que las mujeres soportan la carga de las tareas productivas y reproductivas, pero no retengan una parte igual de los ingresos del hogar (Benería & Sen, 1982). Así mismo, esto cambia de acuerdo a la capacidad adquisitiva del núcleo familiar, lo que representa una articulación del género con la clase en algunos de los análisis. Por ejemplo, el trabajo de Soares (2009), realizado en Totolapán, México, muestra que “De hecho, alrededor de 80% de las mujeres comenta que solamente una vez a la semana llega el agua a sus casas y su capacidad de almacenado del líquido es directamente proporcional al nivel de ingresos de la unidad doméstica” (Soares, 2009, p. 66)

Así, el poder adquisitivo de los hogares vendría siendo el que les ha de permitir a las mujeres reducir sus tiempos de recolección de agua y por tanto su calidad de vida. Pero, al tener que recorrer distancias tan largas, quedan excluidas de la posibilidad de generar ingresos para el hogar, lo que convierte esto en un ciclo sin salida donde la precarización parece ser la constante. El trabajo de Bennett et al (2005), por ejemplo, ilustra como mejorar el suministro y calidad del agua en los barrios pobres beneficia a las mujeres más directamente al liberar el tiempo y la energía de las mujeres y los niños para que puedan participar más activa, y exitosamente, en la escuela y / o el trabajo (Bennett V. D.-P., 2005, p. 18)

Sin embargo, mucho de lo que se ha producido en este sentido continúa perpetuando, de una u otra manera, la idea de la mujer como víctima y la feminización de la pobreza. Pareciera que la

invitación general está en la inclusión de las mujeres en la esfera productiva, lo que es deseable siempre y cuando exista una visión crítica sobre ésta y sobre el tipo de empoderamiento económico que las mujeres desean, cosa que es escasamente elaborada en la literatura consultada. Sobre esto destacan los trabajos de Kher (2015), Benett (1995), Bouwer (2006), Datar (2001), Swarlantraya (1998), Gutiérrez (2012), Philip y Baharati (2014), Phansalkar (2007) y kholif (2014), Benholtd-Thomson (1982), Leal (1982), Folbre (1982), Gibson-Graham (1996), Agarwal (1998), Gibson-Graham et al. (2001), Eastin (2018).

Ahora bien, como lo dice Bouwer (2006), se hace necesario dejar de producir una mirada victimizante sobre las mujeres vulnerables y más bien pensar en sus enormes capacidades de adaptación y agencia:

“Pero más allá de las implicaciones de la economía política del agua en las mujeres, debemos centrarnos en las contribuciones que, no obstante, han hecho las mujeres a nivel comunitario y más allá. La atención debe centrarse en el papel de los conocimientos, la iniciativa y la capacidad de acción de las mujeres para garantizar el acceso a lo que las Naciones Unidas han declarado no sólo un derecho humano, sino también la condición previa de todos nuestros derechos humanos” (Bouwer, 2006, p. 467).

En este sentido, aunque se mantiene la invitación a pensar las condiciones de vulnerabilidad de las mujeres frente al acceso, manejo y uso del agua desde perspectivas interseccionales donde la clase, la raza y el género son sólo unas de las posibles variables, también se invita a entender los límites de la vulnerabilidad misma; la vulnerabilidad no es absoluta, las mujeres negocian, poseen agencia (entendida como el poder de decidir, siguiendo a Reader (2007)) que les permiten adaptarse, resistir e incluso transformar sus condiciones de vulnerabilidad. Más allá del nivel (micro o macro) en el que esta agencia y conocimiento tenga efectos. Como lo dice Judith Butler “La vulnerabilidad es un tipo de relación que pertenece a esa región ambigua en la que la receptividad y la capacidad de respuesta no son claramente separables ni se distinguen como momentos distintos de una secuencia [...] la vulnerabilidad no es ni totalmente pasiva ni totalmente activa” (Butler, 2016).

En este orden de ideas, la pregunta por la agencia, por el conocimiento y las prácticas de resistencia y negociación de las mujeres cobra especial relevancia en las investigaciones. Kabeer

(2011), Abu-Lughod (2002), Mahmood (2001), Ahmed (2019), Harris (2007), Chua (2009), Ahlers et al (2009), Neimanis (2013), Rodríguez (2016), Wick (2013) llevan la discusión a un nuevo nivel en el que abogan por una comprensión más diversa e inclusiva sobre la idea de la justicia de género y el empoderamiento de las mujeres a través del reconocimiento de los procesos culturales e históricos de los países “en desarrollo”.

Sara Ahmed (2019), retomando a Reader (2007), utiliza el concepto de *patience*:

“Reader (2007) afirma que lo contrario de la agencia es la paciencia, y que una persona que tiene agencia en un ámbito de su vida puede tener paciencia en otra relación o ámbito. Sostiene que “no está bien prestar toda la atención a la agencia y pretender que los aspectos no agenciales de nuestra vida son de algún modo menos humanos, menos valiosos, menos nuestros” (Reader, 2007, p. 604)

La paciencia, o como *Sabr* “es parte integral de un proyecto constructivo, lugar de considerables inversiones, luchas y logros (Mahmood S. , 2019). La investigación de Ahmed en Pakistán muestra cómo, al interior de los núcleos familiares, suceden acciones pacientes que no han sido suficientemente estudiadas o reconocidas debido a que las investigaciones conservan una visión binaria de la situación de las mujeres; empoderadas o desempoderadas, activas o pasivas, y esto ha derivado en una comprensión de las actividades pacientes como pasivas. Ahmed, además de reclamar por la ruptura de la visión binaria, invita a entender la paciencia también como el lugar de la decisión y no sólo como la falta de ella. Finalmente

“La agencia, tal y como la entendemos actualmente, debe cuestionarse y actualizarse para reflejar las experiencias vividas por las mujeres en diversos entornos. Un énfasis excesivo en la acción autónoma, la movilidad (no acompañada) y el control de las finanzas puede hacer que se pierdan de vista las complejas relaciones sociales, los vínculos y las redes en las que se apoyan las mujeres para sortear las estructuras de poder en comunidades rurales muy unidas de los países en desarrollo y crear mejores condiciones de vida para ellas y sus hijos.” (Ahmed S. , 2019, p. 17)

Esta noción de paciencia, donde “I am fully alive, fully human while I am a patient” (Reader, 2007, p. 593), se articula con la investigación de Rhodante (2009), en la que pone en tela de juicio la manera en la que ha sido abordada la noción de tiempo por las investigaciones en mujeres y agua. El tiempo que toma, y con él el espacio, del recorrido que hacen las mujeres para conseguir agua para sus hogares es constantemente asumido por las investigaciones científicas como una pérdida; es un tiempo que puede usarse en acciones como la educación, la

participación política o en proyectos de gestión. Sin embargo, esta perspectiva muestra que esa forma de comprender el tiempo pertenece al pensamiento occidental y patriarcal, pues piensa el tiempo desde la lógica de la producción y la eficiencia. Dice la autora que el tiempo que usan las mujeres en los trayectos es un tiempo paciente, lo que no significa inactivo o pasivo; es un tiempo en el que las mujeres comparten sus experiencias de vida con otras mujeres, piden consejos, discuten y construyen acciones comunitarias. El estudio muestra que, al reducir el tiempo de recorrido de las mujeres, también se reducen estos espacios de compartir colectivo, lo que finalmente deviene en detrimento de las mismas mujeres. Por lo tanto, la postura de investigaciones como esta está en una mirada que se enfoque en el sentido que las mujeres mismas le otorgan la idea de bienestar antes que a la intervención con proyectos que desconozcan dichas prácticas y significados y acaben reforzando las mismas brechas de la desigualdad.

La discusión de Rhodante (2009) comparte con Ahmed la necesidad de repensar los términos en los que ha sido pensada la posición marginal de las mujeres frente al acceso a los recursos y la neoliberalización de los mismos. Para Rhodante, la autonomía como noción que marca la agencia perpetúa los términos neoliberales del discurso e invisibiliza nuevas posibilidades de pensar fuera de los marcos interpretativos del mercado. Rodríguez (2016) en diálogo con esta idea, muestra como las mujeres campesinas de Boyacá, Colombia, al enunciarse como campesinas e incluir en esta posición un lugar específico de la mujer dentro del hogar y la jerarquía social, han sido asumidas como pasivas por las investigaciones con enfoque de género frente a la desigualdad de género que experimentan y etiquetadas como improductivas por las lógicas mercantiles; debido a sus lugares de enunciación propios y sus deseos considerados como inválidos por unos y otros, quedan sumidas en el lugar de la nada. Rodríguez reclama así la necesidad por pensar complejamente las identidades, las posiciones de sujeto y por incluir el lugar de enunciación como una forma de resistencia.

En esta misma línea se encuentra el trabajo de Chua (2009) en el que muestra claramente que las discusiones en torno a mujeres y agua en el sur global utilizan la noción de conflicto para situaciones que aparecen bajo la idea del deseo en el norte global. Ancladas a una visión victimaria, las mujeres del sur global, dice Chua, parecen no tener opción y sus elecciones

laborales, personales y sexuales están determinadas por sus condiciones de opresión mientras que las mujeres del norte global lo hacen por deseo, placer y voluntad. Dice Chua:

“la apertura de lo que el placer y el deseo pueden significar en las condiciones políticas, sociales y económicas del Tercer Mundo. Hace visibles las contradicciones y ambigüedades de considerar las relaciones étnicas y de género principalmente en términos de su manifestación física, así como las complejidades de las diferencias sociales y las relaciones desiguales de poder [...] Si queremos responder a los llamamientos para tomar en serio la cultura en el desarrollo, entonces el placer, el deseo y las emociones deberían ser más visibles en nuestros análisis...” (Chua, 2000)

Complementando este llamado a la dimensión del deseo, el trabajo de Harris es particularmente sugerente al anclarla con formas alternativas a la neoliberalización de los recursos. Harris (2007) argumenta que el poder de un enfoque feminista no es afirmar que no hay alternativas a los procesos de neoliberalización, sino cuestionar continuamente los términos del debate, incluido el lugar del placer en nuestros análisis (Harris, 2007).

Siguiendo con Harris, en su investigación titulada *Women talk about wáter* (2015) se invita a considerar la profunda imbricación entre el cuerpo y el agua, y cómo la experiencia ambiental es también corpórea y biográfica. En sus hallazgos, Harris encuentra que las mujeres de su estudio a menudo destacaron las interacciones sociales y naturales como claves dentro de sus preocupaciones personales y relacionan sus propias biografías con el agua (Harris, Phartiyal, Scott, & Peloso, 2015). Lo anterior implica una conexión entre la visión del agua y de la experiencia de vida de las mujeres que consolida, a su vez, subjetividades.

En esta misma línea, el trabajo de Neimaris (2013) resulta bastante seductor; la apuesta por la figura de “somos agua” encarna su interés por asumir una posición en la que no exista la división entre el mundo humano y el natural lo que conduciría a la gestación de nuevas relaciones y formas de producir conocimiento más allá del dominio, la gestión y el control del agua. A saber,

“Espero que el cuerpo de agua, como figuración, no solo desnaturalice el corte que hacemos entre nuestras aguas humanas y ecológicas, sino que también nos pida que prestemos más atención a las aguas que con demasiada frecuencia quedan relegadas al fondo pasivo de nuestras vidas. Quizás al imaginarnos a nosotros mismos como irreductiblemente acuosos, como literalmente parte de un hidrocomún global, podríamos ubicar nuevos recursos creativos para entablar relaciones más justas y reflexivas con los

innumerables cuerpos de agua con quienes compartimos este planeta” (Neimanis, 2013, p. 25)

Más allá aún, el agua en su representación metafórica como fluido, como inestable e incontrolable pero también como material y encarnada, abre horizontes de posibilidad en la formación de subjetividades más allá de los dispositivos binarios y coloniales: “el sujeto feminista puede cultivar un saber-con y un saber-al lado, en lugar de un impulso colonial de dominio [...] Como cuerpos de agua, necesitamos cultivar la capacidad de responder en lugar de dominar” (Neimanis, 2013, p. 37)

El trabajo de Bocarejo (2018) aporta a esta discusión desde la gobernanza del agua, mostrando cómo las prácticas cotidianas de las comunidades son decisiones de manejo sobre “los vecinos humanos y no humanos” son prácticas creativas de relacionamiento y que, al ser no científicas, son subsumidas a categorías como servicios culturales o usos del agua antes que a prácticas políticas que abren horizontes de posibilidad. En este sentido, dice Bocarejo:

“lo que debemos hacer en una primera instancia, más que seguir modelos preestablecidos de gobernanza del agua, es plantear mejores preguntas sobre las formas en que diferentes seres se moldean entre sí, y cómo en el proceso se configura lo que definimos como agua. Los peces, las personas, las hormigas, las plantas, la calidad del agua, etcétera, se constituyen a través de sus entrelazamientos, y no a través de su existencia aislada. (Bocarejo Suescún, 2018, p. 116)

En este sentido, la investigación de (Paerregaard, 2019) en los andes peruanos muestra cómo dos comunidades particulares, en orden de mitigar la escasez de agua, manejan sus fuentes hídricas como bien común pero también como bien privado. Es decir, negocian de todas las formas posibles y al simultáneo con las prácticas neoliberales y sus propias visiones comunitarias. Lo anterior muestra cómo las decisiones de las comunidades pasan por negociar, en diversos términos y posiciones de sujeto. Esta aparente contradicción que ha sido juzgada duramente por posiciones que abogan por una naturalización de las comunidades, representándolas como aisladas de los procesos de mercado, bondadosas y armoniosas. Esta apuesta muestra cómo las personas negocian las relaciones de poder y ocupan roles contradictorios para satisfacer sus

necesidades, rompiendo así el binarismo sobre el que suele operarse donde se es o comunitario (los buenos) o se es privado (los malos).

La dimensión del cuerpo, del cuerpo y su inseparable relación con el agua, del deseo, de las emociones y la paciencia, de un conocimiento fuera de marcos binarios y de necesidades de dominación de la naturaleza y el cuerpo parece ser entonces una apuesta política e investigativa que presiona los límites de los marcos conceptuales de los diversos campos de estudio que trabajan género y agua.

#### **4.5 Desafíos en la incorporación de la dimensión de género en la investigación científica sobre desarrollo, cambio climático y agua**

##### *Creando caminos*

Los tres campos de estudio que he presentado aquí son construcciones ficticias y establecidas por mí en aras de visibilizar ciertos problemas. En este sentido, los estudios sobre agua y mujeres se encuentran enmarcados tanto en los estudios sobre desarrollo como en aquellos que se ocupan del cambio climático, áreas que tampoco pueden pensarse como aisladas. La división que se presentó, sin embargo, permite hacer luces sobre preguntas particulares del campo de los estudios del desarrollo que van más allá del cambio climático, por ejemplo, y que engloban en términos más generales un estado de cosas y una serie de racionalidades que, en últimas, son condiciones de emergencia del cambio climático y del deterioro consecuente de las fuentes hídricas.

Por lo tanto, la privatización de los recursos, las relaciones de poder que condicionan el acceso desigual a los recursos, la atención prestada al rol de las mujeres como agentes importantes de mitigación y adaptación ante el deterioro ambiental, y la emergencia de políticas públicas de género y medio ambiente son transversales en ambos campos. Si bien la incorporación de la dimensión de género en los estudios sobre cambio climático aún es incipiente, empieza a emerger como una urgente tarea para las investigaciones futuras, una tarea que debe ir más allá de pensar los efectos y percepciones del cambio climático en hombres/mujeres, y planear formas de mitigación o detención del cambio climático a los expertos y tecnologías. En otras palabras, los estudios sobre cambio climático deben fracturar sus vínculos con las políticas públicas e intereses de ONGs e instituciones como el Banco Mundial para producir mejores acercamientos

teóricos. Las políticas públicas, en general, deben dejar de responder a los intereses del capital empezar a gestarse “desde abajo”.

Se comienza a abrir el camino para la incorporación de investigaciones concretas que se pregunten también por los efectos cotidianos del cambio climático y cómo esto se articula con la subjetividad y la identidad de las personas que debe renegociarse y reconfigurarse ante el cambio espacial. En este sentido, la ausencia de la dimensión del espacio como co-constitutiva de las relaciones sociales es evidente. Tanto en los estudios revisados sobre cambio climático como en la mayoría de los que se preguntan por los tránsitos y tiempos de recolección de agua de las mujeres, como en los que elaboran los efectos del desarrollo en articulación con las diversas políticas públicas, el espacio como categoría analítica no es abordada ni pensada como central.

Si bien se estudia el lugar de las relaciones de poder, o la dimensión del poder, en las investigaciones consultadas, continúa siendo hegemónica la visión jerárquica, *de arriba abajo*, del poder y su modo de operar. Aunque cada vez sea más prolífico el uso de una visión más compleja del poder en campos de estudios históricamente pensados como de las “ciencias duras”, aunque los estudios sobre cambio climático o agua, por ejemplo, cada vez invitan más a incorporar sociologías en sus análisis e incitan a trabajar desde perspectivas relacionales que cruzan los conflictos ambientales con la esfera de los humanos, un diálogo más sólido entre estos campos de estudio con la geografía crítica feminista podría potenciar el análisis y producir así comprensiones más rigurosas de las realidades sociales de las mujeres y de los hombres, no sólo para marcar a unos u otros como culpables o víctimas del deterioro ambiental, sino para mostrar cómo los diversos niveles y formas de ejercer poder intervienen tanto en la transformación del medio ambiente como de las relaciones sociales y viceversa.

Otro punto clave en este sentido es que la victimización de la mujer y la feminización de la pobreza siguen sosteniéndose en la generalidad de las investigaciones sobre cambio climático, agua y desarrollo, aunque en menor medida en esta última. Si bien sí se encontraron trabajos que proponen nuevas perspectivas e invitan a pensar la agencia de las mujeres, a explorar las prácticas de negociación que adelantan y la resistencia que ejercen en diversos niveles, son escasos aún los trabajos que efectivamente apliquen estas intenciones en contextos empíricos concretos. En mayor número se encontraron trabajos que abordan resistencias ejercidas por mujeres, pero desde aquellas manifestaciones con incidencia en el campo público y que

entienden la agencia de manera activa, pero las prácticas micropolíticas de la cotidianidad, en las que se juega la identidad, el espacio, los deseos, el cuerpo y el orden simbólico de los recursos aún parecen tareas pendientes.

Del mismo modo, son escasas las investigaciones que se preguntan por la dimensión participativa y democrática de la labor investigativa misma, replicando modelos heteronormativos y patriarcales en las prácticas académicas. El conocimiento situado, la ciencia situada, que para algunas corrientes feministas y de las ciencias sociales es absolutamente imprescindible, para los estudios sobre cambio climático y las diversas formas tradicionales de ambientalismo y desarrollo son un verdadero desafío. La invitación a la creación de redes y de conocimiento relacional complejo, situado, multidimensional, aún es una forma de hacer en consolidación. Esto explicaría, además, la ausencia de un corpus más prolífico de investigaciones que elaboren sobre el cuerpo, los afectos, y las dimensiones históricamente representadas como no masculinas de la experiencia humana, entendidas estas como potenciales políticos de transformación de las realidades sociales y por tanto ambientales.

En este sentido, la pregunta por la división sexual del trabajo, que aparece constantemente en los tres apartados propuestos, muestra cómo los estereotipos de género continúan operando aún en nuestros días y continúan teniendo efectos en la vida de las mujeres. La gran mayoría de los trabajos investigativos revisados dialoga de manera directa con esta división, y aunque no todos la retan o discuten, sí se identifica como una de las causas de la vulnerabilidad de las mujeres. Ahora bien, al no prestar suficiente atención a las prácticas micropolíticas, las acciones de las mujeres para desestabilizar dicha división no aparecen documentadas. Este puede ser entonces un espacio importante para futuras investigaciones.

Finalmente, la invitación de las propuestas más recientes y novedosas parece tender hacia formas menos masculinitas de preguntar, ver y hacer. Indagar por relaciones complejas de mutua producción y reproducción entre cuerpos, subjetividades, identidades y discursos y espacios. Promover la creación de redes comunes, de caminos de afectos y visibilizar lo que se oculta en los espacios intermedios de la vida de las mujeres parece ser la tarea a materializar para retar y disputar, desde otros marcos epistemológicos e interpretativos, las lógicas perversas del neoliberalismo, el consumo y el capital. En otras palabras, un pensamiento y una actitud investigativa más promiscua, más diversa. El cómo hacerlo es ahora la gran pregunta.

## **5. MARCO TEÓRICO: DISCUSIÓN CON EL CASO “MUJERES Y AGUA EN LA LAGUNA DE FÚQUENE, COLOMBIA”**

Esta investigación se sitúa en el diálogo entre los estudios del desarrollo, la ecología política y la geografía crítica feminista para mostrar cómo los diversos niveles y formas de ejercer poder intervienen tanto en la transformación del medio ambiente como de las relaciones sociales y viceversa. Así, indagar por relaciones complejas de mutua producción y reproducción entre cuerpos, subjetividades, identidades, discursos y espacios; promover la creación de redes comunes, de caminos de afectos, siguiendo a Segato (2016) y visibilizar lo que se oculta en los espacios intermedios de la vida (Shiva, 1991), en este caso de las mujeres, es la forma como esta propuesta reta y disputa, desde otros marcos epistemológicos e interpretativos, las lógicas perversas del neoliberalismo, el consumo y el capital, propias del desarrollo hegemónico. Para ello, me valgo de la noción de espacio de McDowell (1999), quien lo entiende como “conflictivo, fluido e inseguro” y definido por “prácticas socioespaciales, las relaciones sociales de poder y de exclusión; por eso los espacios se superponen y entrecruzan y sus límites son variados y móviles” (McDowell, 2000, p. 10).

Ahora bien, esta investigación parte de pensar la experiencia de las mujeres rurales en el marco de la crisis ambiental como compleja y diversa y fuera del binarismo empoderadas/desempoderadas y su consecuente relación con la vulnerabilidad como un opuesto a la agencia. Con Ahmed (2019), Mahmood (2019) y Butler (2016), propongo considerar la dimensión de la agencia, de la capacidad de negociación y adaptación frente a la crisis ambiental y del agua en Fúquene, entendiendo ésta no sólo como el empoderamiento, el alzar la voz, sino también a través de acciones pacientes donde la agencia no es exclusivamente actividad; la paciencia como el lugar de la decisión y no sólo como la falta de ella. La agencia, como lo entendemos actualmente, debe ser desafiada y actualizada para reflejar las experiencias vividas de las mujeres y sus formas pacientes de navegar los conflictos ambientales y sociales.

Complemento esta postura con lo que Segato (2016) llama “domesticación de la política” que es la política del día a día, esa que sucede en el hogar y por fuera del estado. Sigo su invitación a

“retejer el tejido comunitario, derrumbar los muros que encapsulan los espacios domésticos y restaurar la politicidad de lo doméstico propia de la vida comunal” (Segato, 2016 p 106). Es, dice Segato, de esta capacidad política que tiene el vínculo afectivo, el camino de los afectos, que es posible intervenir las realidades y transformar así nuestro futuro

Finalmente, la figura de “somos agua” elaborada por Neimaris (2013) encarna su interés por la gestación de nuevas relaciones y formas de producir conocimiento más allá del dominio, la gestión y el control del agua. En su representación metafórica, el agua como fluido, como inestable e incontrolable pero también como material y encarnada, abre horizontes de posibilidad para políticas públicas que tengan en cuenta las prácticas creativas de relacionamiento, negociación, adaptación y mitigación de la crisis ambiental (Bocarejo, 2018) y que, al ser no científicas, han sido asociadas a categorías como servicios culturales o usos del agua.

La investigación que propongo tiene como eje central la negociación; las mujeres que habitan el municipio de Fúquene, en Cundinamarca, Colombia, ante la precariedad y la pobreza, la devastación de los recursos naturales y la estructura patriarcal social en la que viven inmersas, deben negociar y establecer estrategia de adaptación, de agencia para reducir la vulnerabilidad hídrica y social que las rodea. He decidido e insistido en usar este término porque me permite mostrar la complejidad que está en juego. No me parece políticamente relevante asumir una postura teórica vicitimizante sobre estas mujeres, así como tampoco una visión determinista que las asuma como naturalmente oprimidas y ambientales. Por el contrario, me interesa ver cómo éstas son también posiciones de sujeto desde las que se negocia, por lo que la investigación de Paerregaard (2019) me resulta particularmente pertinente.

En este sentido, el deseo (siguiendo a Chua, 2009 y a Harris 2007) es también una noción que nutre profundamente mi investigación, el deseo como categoría política en la medida en que legitima las luchas diferenciales. El deseo como una noción que debe llenarse de sentido en campo, más que desde la imposición en la que han caído muchas, si no todas, las intervenciones sociales y medioambientales que han operado en lugares como la laguna de Fúquene. El deseo como el lugar desde el que es posible leer la cultura misma, en tanto que el deseo -lo que se desea- determina también las decisiones que se toman. El deseo conduce la negociación misma,

es emoción y como emoción es agencia; “las emociones involucran una postura ante el mundo, o una manera de aprehenderlo” (Ahmed S. , 2015) y en tanto agencia también paciencia (Ahmed, 2019; Reader 2007, Mahmood 2019), ambas actitudes que a su vez son corporales, materiales y que están disputando el marco conceptual de la eficiencia y la productividad características del pensamiento occidental y patriarcal.

En este sentido, pensar la negociación implica comprender por qué y cómo las mujeres del municipio de Fúquene, en aras de sobrellevar la crisis del agua, se articulan con lógicas neoliberales a través de los proyectos realizados por entidades del Estado y ONGs. Implica también analizar las características de la agencia. Implica, finalmente, revisar los términos desde los que operan en uno u otro caso, o tal vez en ambos al simultáneo, para comprender los significados de ese deseo y por tanto de su negociación. El significado del agua, por tanto, es uno de los puntos clave de esta propuesta y cómo ese significado encarna también el deseo. Creo que lo que está en juego en esta negociación pasa también por la subjetividad, por políticas de la identidad que operan como formas legítimas de negociación y que, al fin de cuentas, se utilizan para alcanzar lo que se desea. Aquí me alimento de la propuesta de Rodríguez (2016) que invita a complejizar las identidades en razón de nuevas concepciones de la agencia fuera de lógicas productivistas y patriarcales.

Esta postura teórica y política pretende estar fuera del pensamiento binario, y trata, más bien, de asumirse desde la metáfora de la fluidez; las ausencias, los recorridos, los encarnamientos, los usos y los significados del agua son profundamente políticos. Son, lo que Neimanis entiende como *la lógica de la comunicación del agua*. A través de ellos es posible comprender los lugares de clase, raza, género que los constituyen; las posiciones de sujeto que deciden privatizar el agua o hacerla comunitaria, o ambas; usarla para el suelo o para beber, y para el suelo de quién y el alimento de quién; si hay que ir a buscarla, o es sólo abrir el grifo; si debe ser pagada, y quienes pueden pagarla; si está limpia o no, y para quienes lo está. Lejos de pensar esta fluidez como un concepto romántico o poco concreto, la fluidez permite materializar los usos, espacios, tiempos, significados y subjetividades diferenciales que las mujeres le dan al agua y que, en últimas, visibilizan condiciones de desigualdad, opresión, división sexual del trabajo y estructuras patriarcales en tanto que

“El agua sólo puede servir de conector porque expresa la diferencia. En otras palabras, aunque el agua planetaria en circulación es, en cierto sentido, cerrada, finita y toda "la misma", cada materialización produce algo nuevo. Gestación y comunicación chocan, por así decirlo, para producir una cuarta hidro-lógica: la diferenciación” (Neimanis, 2013).

Al mismo tiempo, la fluidez invita a considerar que ninguna de las anteriores es absoluta. Por el contrario, la fluidez muestra cómo se escapa, se desborda y se disputan dichas condiciones mientras permite que esta investigación se desarrolle en una tensión constante con la pretensión de dominación o estabilización.

Finalmente, la fluidez es también materializable en términos metodológicos, y hace coherente una aproximación al problema desde la geografía feminista y los estudios culturales; el levantamiento de mapas, las entrevistas y la perspectiva etnográfica se articulan con la búsqueda de las formas de negociación cotidianas que adelantan las mujeres en sus diversos roles. Teóricamente, la dimensión cultural del deseo, la identidad como un juego de roles, el reconocimiento del territorio y su mutua constitucionalidad con las relaciones sociales; la negociación constante de los seres humanos y su articulación con la dimensión espacial es la apuesta política por una investigación que abogue por desnaturalizar las condiciones de desigualdad, la escases de recursos y los efectos del cambio climático en las mujeres de Fúquene pero a través de evidenciar la complejidad de las relaciones de poder y por las formas de desbordamiento que son legibles en la cotidianidad, en las decisiones que se toman en la vida diaria y que, al reflejar los circuitos culturales que las componen, salen de su asociación con la esfera privada para articularse en niveles público y políticos; eso que hacemos, que decidimos hacer en soledad, no nos pasa sólo a nosotros. Sigo la invitación de Bocarejo (2018) en este sentido y con el fin de hacer luces sobre los vínculos comunitarios del deseo que conduce la decisión. Creo que esta es entonces una urgente tarea política que es susceptible de materializar en políticas públicas en torno a las mujeres y al agua.

Ahora bien, en cuanto al análisis de las políticas públicas que sientan las bases y los organismos que intervienen en la laguna de Fúquene y que se constituyen como agentes de la negociación, la fluidez permite entender la dirección sobre la que se está buscando encausar el agua y con ella el tipo de subjetividad a formarse; con políticas públicas de gestión del agua enfocadas al desarrollo

de las mujeres como actoras importantes del mejoramiento económico, o con políticas que aboguen por el desarrollo sostenible desde posiciones neutras en razón del género que asumen igualdad en el acceso y beneficios, la forma que toma el agua en cada caso permite visibilizar el horizonte de significado, tipos de sujeto, usos y prácticas que se busca moldear en torno al agua así como al tipo de agua que se quiere consolidar. Por lo tanto, mi propuesta se aleja de algunas lecturas ecofeministas donde se naturaliza la vulnerabilidad de las mujeres y del agua misma, se aleja de la pretensión de hacer *mainstream* la discusión e inclusión del género en las políticas públicas, y busca, más bien, realizar una lectura que ponga en evidencia las diversas formas en las que el género ha sido usado para favorecer y perpetuar las condiciones de desigualdad en Colombia, los vacíos e ingenuidades que, en su uso *mainstream*, ha resultado en su despolitización y a favor de grandes grupos empresariales e intereses políticos y económicos nacionales y transnacionales. Más bien, mi invitación es por una política pública que subvierta y destierre los términos neoliberales como “empoderamiento”, “eficiencia” y “autonomía” de las mujeres en favor del desarrollo económico patriarcal.

## 6. ÁREA DE ESTUDIO

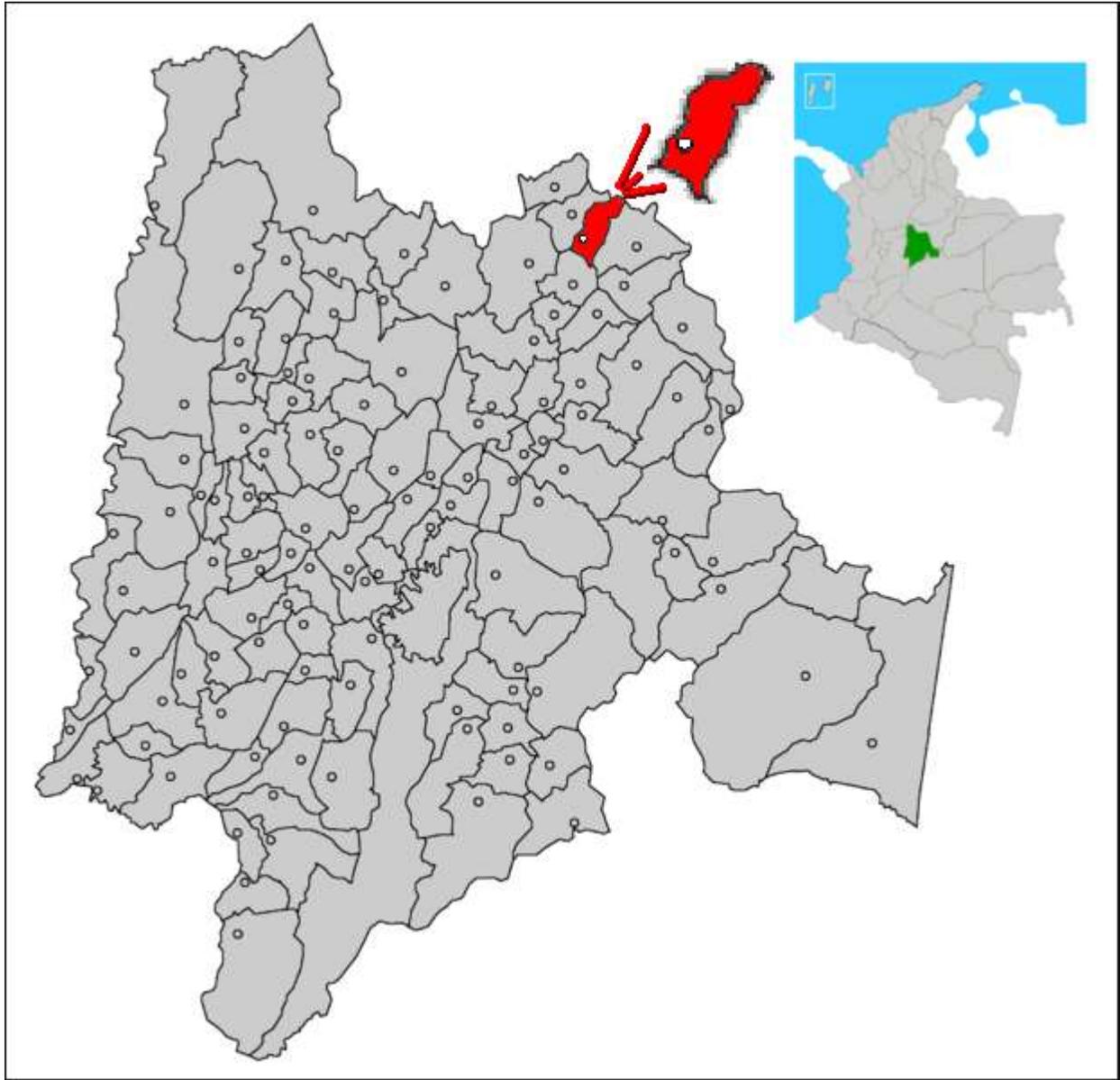
En este apartado pretendo presentar, desde una perspectiva descriptiva y siguiendo la información oficial municipal, el área de estudio correspondiente al territorio de la subcuenca del río Fúquene, ubicada en el municipio de Fúquene, departamento de Cundinamarca, en Colombia. Para realizar la presentación del área de estudio, empezaré por la descripción geográfica del municipio de Fúquene y la caracterización de su comunidad. Luego abordaré la descripción de la laguna de Fúquene para, finalmente, describir la subcuenca del río Fúquene. Si bien mi área y comunidad de estudio es esta cuenca en específico, su inscripción y articulación con las lógicas y problemáticas del municipio al que pertenece y de la laguna de Fúquene hacen que sea indispensable abordarlas para comprender su dinámica; no puede leerse separadamente del contexto en el que está inscrita la subcuenca.

La información que aquí recojo corresponde a los datos aportados por varios tipos de fuentes. Por un lado, recojo los datos estadísticos aportados por instancias estatales: retomo los dos Planes Municipales de Desarrollo (PMD) del municipio de Fúquene, correspondientes a los años 2016 a 2020 y de 2020 a 2024, los registros realizados por el departamento de Cundinamarca sobre el municipio y los datos levantados por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).

En segundo lugar, abordo fuentes propias de la literatura científica medioambiental y diagnósticos ambientales de la laguna de Fúquene y la subcuenca del río Fúquene realizados por las diversas ONG que tienen presencia en la región. Mi intención, en esta primera parte, es realizar una radiografía del municipio en cuanto a su situación social y ambiental desde el discurso oficial, ubicar el lugar de las mujeres en este contexto, y así situar el problema y la importancia de esta investigación.

## 6.1 El municipio de Fúquene

Figura 7. Mapa municipio de Fúquene<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Recuperado de <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:FUQUENEMAPA.PNG>

El municipio de Fúquene (en rojo en la figura 1) se encuentra ubicado al norte del departamento de Cundinamarca, a 116 km de Bogotá, la capital de Colombia y pertenece a la provincia de Ubaté en la jurisdicción del Departamento de Cundinamarca.

El municipio tiene una superficie de 87 Km<sup>2</sup> comprendidos dentro de la cuenca hidrográfica del río Ubaté – Suárez, donde se ubica la subcuenca del río Fúquene. Tiene una altura de 2.680 metros sobre el nivel del mar con temperatura media de 16°C. Cuenta con la Cabecera Municipal (Fúquene Centro), ubicada también dentro del área de la subcuenca del río Fúquene, y un centro poblado llamado Inspección de Policía de Capellanía. Su densidad poblacional es de 114,35 habitantes por kilómetro cuadrado, con una población total de 5.617 habitantes de acuerdo con el censo realizado en el año 2015.

Limita al norte con los municipios de San Miguel de Sema, Ráquira y Boyacá (con la Laguna). Al oriente con el municipio de Guachetá, al Sur con el municipio de Ubaté, al Este con el municipio de Guachetá y al Oeste con el municipio de Susa. Así mismo, la laguna de Fúquene limita con los municipios de Simijaca, Susa, Fúquene y Guachetá, y con Ráquira y San miguel de Sema, municipios pertenecientes al Departamento de Boyacá.

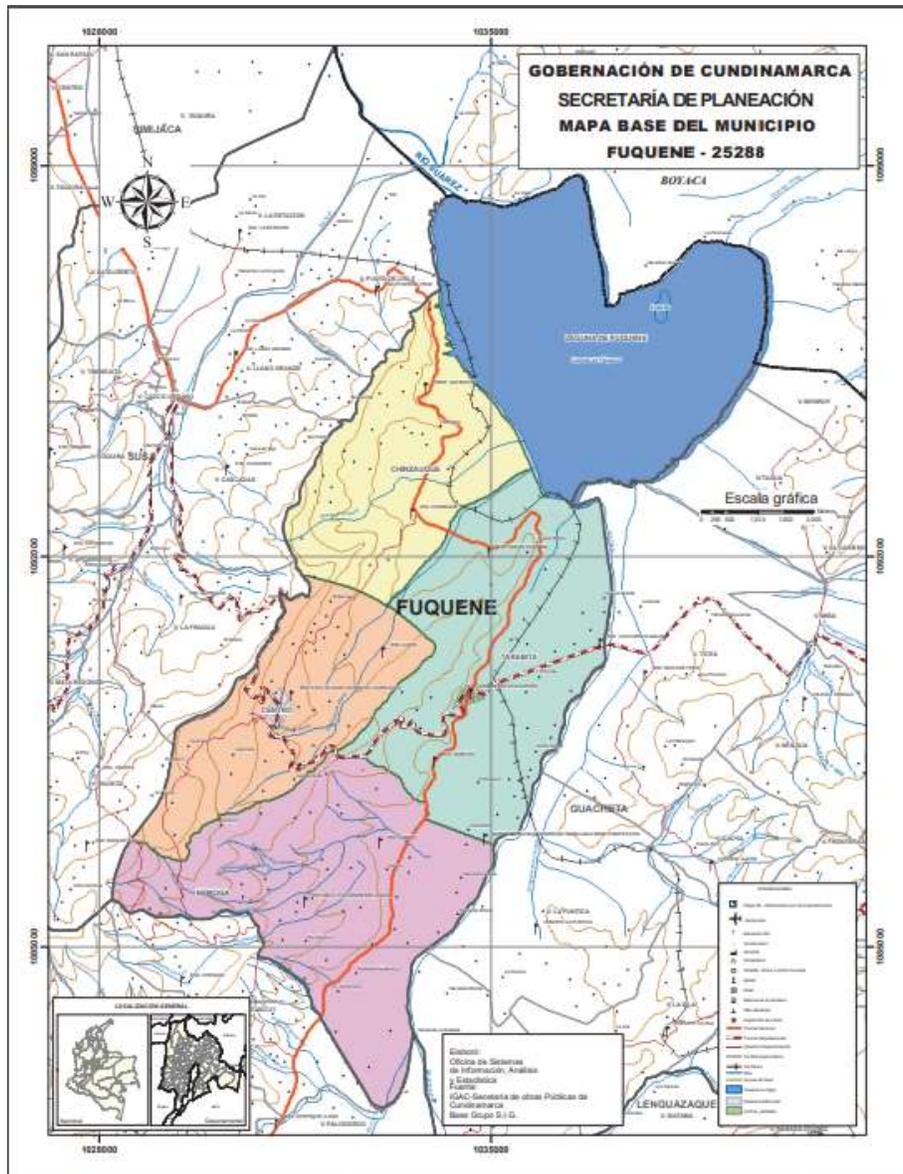
El territorio de Fúquene comprende un área de 8.700 hectáreas de las cuales 1.833 hectáreas pertenecen a la Laguna de Fúquene, lo que representa una cuarta parte del territorio y determina su importancia. 23 hectáreas pertenecen al sector urbano y 6.844 al sector rural. Este último está conformado por 4 veredas<sup>2</sup>: Tarabita, Centro, Nemogá y Chinzaque. La vereda Nemogá, que es la más grande del municipio, está ubicada al costado sur del mismo y abarca los sectores llamados el páramo, el litoral, la casajera, la laja y Siberia. En la vereda Chinzaque, en el costado noroccidental, se ubican los sectores Guatancuy bajo, la laguna, el soche y Teneria. En la vereda Centro, la más pequeña del municipio, se encuentra la cabecera municipal.

---

<sup>2</sup> Ver figura 2

Aquí se ubican los siguientes sectores: Fúquene centro, la capilla, la peña y guata<sup>3</sup>. Finalmente, en la vereda Tarabita, la segunda más grande, se encuentran los sectores llamados *la shell*, puente plata, el arca, la yerbabuena, vuelta grande, el roble y Nuevo Fúquene, donde está la inspección de policía de capellanía.

Figura 8. Mapa veredal municipio de Fúquene



Elaborado por: Jiménez Hernández, Méndez pardo y Rodríguez Romero. 2020.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Si bien la cabecera municipal tiene acceso constante a agua potable, los demás sectores de esta vereda tienen acceso intermitente o ninguno a agua potable.

<sup>4</sup> En: Estrategias de sostenibilidad para disminuir el conflicto socioambiental de la laguna de Fúquene generado por la industria ganadera. Municipio de Fúquene - Cundinamarca (2006 - 2023)

El municipio de Fúquene reporta que un 64,9% de los hogares de Fúquene tiene 4 o menos personas, de las cuales un 50,3%, son mujeres y el 49,7% son hombres. Así mismo, de la población que habita el casco urbano del municipio, el 12.6 % son mujeres y el 11.3 % son hombres. A su vez, del total de los habitantes del área rural, el 38.7 % de sus habitantes son mujeres y el 37.4 % son hombres. Así mismo, la población del municipio se caracteriza por ser joven: la primera infancia (0 a 5 años), la infancia (6 a 11 años) y adolescencia (12 a 17 años) representa el 33% de la población mientras que los jóvenes (de 18 a 26 años) un 17%. Los adultos (27-59 años) representan el 38% y la población de adultos mayores (+ de 65 años) es del 12%, según datos municipales.

En cuanto a acceso a educación, el 52,1% de la población residente en Fúquene posee estudios terminados de básica primaria, mientras que sólo el 25,9% ha completado la secundaria. Solamente el 2,0% ha finalizado el nivel profesional y el 0,5% ha completado estudios de especialización, maestría o doctorado. Finalmente, el porcentaje de población que no ha recibido ningún tipo de educación es del 9,4%.

Con respecto al trabajo en el área rural, la mayoría de los habitantes se dedican a la artesanía, las actividades pesqueras y a las tareas agropecuarias (producción de leche, comercialización láctea, cultivo de papa, cebada y arveja, aunque esta última en menor proporción). El 8.07% se encuentra sin empleo alguno. Esto se debe a la pérdida de recursos pesqueros debido a la contaminación y pérdida del espejo de agua de la laguna de Fúquene y a que el municipio no cuenta con oportunidades laborales, lo que implica que un porcentaje de la población, especialmente masculina, se traslade a municipios vecinos en búsqueda de nuevas oportunidades.

Ahora bien, en cuanto a la tasa de ocupación laboral, es claro que las mujeres se encuentran por debajo de la de los hombres; los datos muestran que mientras los hombres tienen una tasa de ocupación 79,8 %, sólo el 48,2% de las mujeres se encuentran empleadas. **Esto se revierte a la hora de medir el trabajo doméstico, donde las mujeres dedican el 33% de su tiempo diario mientras que los hombres difícilmente el 1.7%.** Lo anterior implica que la pobreza las afecta

más que a los hombres, pues su jornada en las actividades en el hogar y rol de crianza se duplica y las invisibiliza como actores aportantes de la economía del hogar, y aún más si son cabeza de familia, donde el rol doméstico, caracterizado como “femenino” precario y mal remunerado se constituye en una limitante para su ingreso al mercado laboral. Esta situación es una constante en el departamento de Cundinamarca. Así mismo, la escasez de recursos económicos interfiere directamente con la tasa nutricional del municipio, que reporta un 25,3% de niños que se encuentran en riesgo de desnutrición crónica y un 13.2% ya la presentan.

Con respecto al acceso a la salud, el municipio reporta en su último informe publico realizado en el 2016, que el 92% de la población se encuentra bajo el régimen subsidiado de salud, el cual se caracteriza por la falta de recursos y prestación precaria de servicios. En Fúquene, por ejemplo, los habitantes deban desplazarse hasta el Hospital el Salvador de Ubaté para recibir atención médica. Esta situación afecta particularmente a los habitantes del área rural, quienes carecen de los medios para costear el traslado intermunicipal para recibir atención médica, situación que se acentúa en los casos de personas con discapacidad y adultos mayores.

Ahora bien, la violencia intrafamiliar y el abuso sexual son frecuentes y, según el Diagnóstico Mujer y Género del Departamento de Cundinamarca (2015) “predomina los abusos sobre las mujeres más que en los hombres, siendo más alta la frecuencia en niñas de 0 a 5 años”, aunque el número de casos reportados es bajo. Según el municipio

“se detectó que las posibles causas, obedecen a situaciones tales como: hacinamiento en las viviendas, descuido y desprotección de los padres, consumo de sustancias psicoactivas, familias disfuncionales y en general, la falta de comunicación y fomento de la autoestima en los niños, niñas, adolescentes y jóvenes” (Concejo Municipal de Fúquene, 2020).

Si bien el municipio cuenta con una comisaría de familia que es la encargada de las campañas de concientización sobre el tema, es intermitente su operación y carece de credibilidad entre la población. Finalmente, el municipio de Fúquene, al 2016, solo contaba con una política pública formulada, *primera infancia, infancia, adolescencia y familia*. Esta no entró en operación, por lo cual el actual plan de desarrollo 2020-2024 aborda diversas propuestas para mitigar la precariedad en temas de seguridad alimentaria, violencia intrafamiliar, de género, y discapacidad, así como los conflictos medioambientales y de acceso al agua potable.

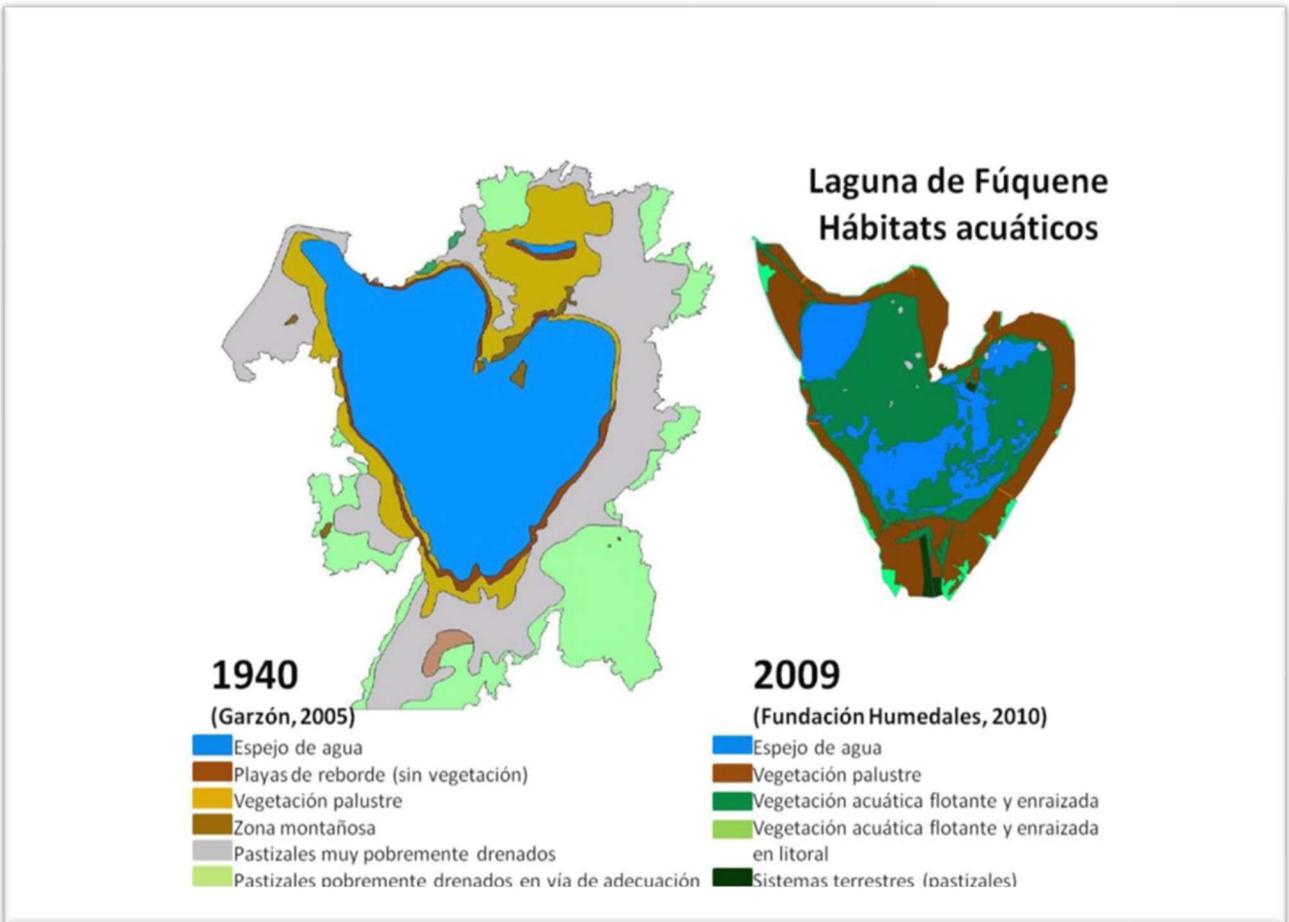
## 6.2 La Laguna de Fúquene

La Laguna de Fúquene, que en idioma muisca significa *Lecho de la Zorra*, es un cuerpo de agua dulce ubicado en el municipio de Fúquene, entre los departamentos de Cundinamarca y Boyacá. El cuerpo de agua abarca unas 3260 hectáreas actualmente, ya que ha perdido casi el 90% de su extensión original de 13.000 hectáreas.

Tiene una altitud de 2.540 metros sobre el nivel del mar, y se encuentra a 80 km de la ciudad de Bogotá, la capital colombiana. Su cuenca es compartida por 11 municipios de Cundinamarca y Boyacá, entre los que se encuentran San Miguel de Sema, Ubaté, Fúquene, Chiquinquirá, Simijaca Susa y Cucunubá.

Es uno de los ecosistemas acuáticos más importantes de los Andes del Norte. Los ríos Lenguazaque, Suta y Ubaté desembocan por el sur; los vallados Madre y Mariño, y las quebradas Togua, Monroy y La Chorrera desembocan en el sector oriental. El río Fúquene y las quebradas de La Rosa lo hacen por el costado occidental. El río Suárez, de máxima importancia, nace también en las aguas de Fúquene. Todo esto hace que **la laguna de Fúquene sea el eje central del sistema hidrográfico de la región** y que sea considerada una reserva hídrica y ecológica muy importante para el país.

Figura 9. Cambios en la configuración de los hábitats acuáticos entre 1940 y 2009



Fuente: Franco et al. (2011)

### 6.3 Cuenca del Río Fúquene

La cuenca de la Laguna de Fúquene es consecuentemente de gran importancia para la producción lechera nacional y esto depende del agua de la laguna y de las cuencas que la alimentan como la del río Fúquene. Los cambios ocurridos en el sistema lagunar que a través del tiempo y que se han enfocado en su desecación su desecación, han tenido un altísimo impacto medioambiental y en la economía regional: a Fúquene la cubren una enorme cantidad de plantas acuáticas, lo que la hace perder profundidad, navegabilidad, potabilidad y fauna y flora. A su vez, estas plantas

Figura 10. Cuenca del río Fúquene



Fuente: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca. CAR. Sf. Recuperado de [https://www.riob.org/sites/default/files/IMG/pdf/Bejarano\\_Edgar\\_CAR\\_FÚQUENE\\_DEF.pdf](https://www.riob.org/sites/default/files/IMG/pdf/Bejarano_Edgar_CAR_FÚQUENE_DEF.pdf)

acuáticas son alimentadas por las deposiciones que produce la actividad ganadera, eje central de la economía de la región, por lo que su desecación está siendo causada por la misma actividad económica que tanto necesita de sus aguas. Claramente, la pérdida de la laguna afecta a los pobladores de los 11 municipios que dependen de sus aguas para vivir.

La cuenca del río Fúquene es solo una de las 16 subcuencas que alimentan la Laguna de Fúquene. Esto hace que su importancia se extienda más allá de las 1500 hectáreas que delimitan su territorio y a las personas que allí habitan. Adicionalmente, en la cuenca del río Fúquene se

encuentran también dos de los ecosistemas más importantes de los ecosistemas altoandinos: el páramo y el bosque, aunque ambos están actualmente altamente intervenidos. De hecho, de acuerdo con (Tobón, 2009), los bosques andinos y alto-andinos (bosques de niebla) son reguladores hídricos porque interceptan la niebla y la lluvia transportadas por el viento convirtiéndola en aporte adicional de agua y nutrientes. Además, es bien conocido el papel que desempeñan estos bosques de montaña en el control de la erosión y en la calidad de las aguas (Tobón, 2009)

Como resultado de las actividades humanas sobre el ecosistema, el agua del páramo (que debería fluir limpia para el consumo y para alimentar nacedores y humedales en las partes bajas de la cuenca) se ha deteriorado, lo que pone en riesgo la existencia tanto de los páramos mismos y sus ecosistemas, como de las comunidades que dependen o se relacionan con sus aguas y territorios: El páramo, los bosques, los humedales, los ríos y la laguna de Fúquene son el sustento de la vida y de los sistemas económicos de la región, tales como el cultivo de papa, la industria lechera, la recolección de agraz y la pesca en la laguna de Fúquene.

Finalmente, y para caracterizar la población y actividades económicas que dependen directamente de estos ecosistemas, la Fundación Humedales (2019) ha realizado un estudio en el que identifica con claridad los diversos actores sociales y su relación con el territorio, esta diversidad, a su vez, es la que hace que la subcuenca del río Fúquene sea un área de estudio estratégica: En primer lugar se encuentran los Ganaderos del Valle, divididos en tres categorías: grandes (> 30 fanegadas; más de 100 cabezas de ganado), medianos (11-30 fanegadas; 30 a 100 cabezas de ganado) y pequeños ganaderos (1-10 fanegadas; 4 a 30 cabezas de ganado) quienes dependen de la cuenca para provisión de agua, para regar y beber, y utilizan los suelos para producción agropecuaria y regulación hídrica.

En segundo lugar, se encuentran los Campesinos de la zona de ladera. Por un lado, los campesinos con 1-5 fanegadas de tierra ubicados en la zona de bosques altoandinos y por el otro los campesinos con 1-10 fanegadas ubicados en las zonas de paramo de la cuenca. En ambos casos, dependen de la cuenca para la provisión de agua para beber y regar, y los suelos para producción agropecuaria. En tercer lugar, están los agricultores de papa. Los propietarios

medianos (11 a 30 fanegadas) y los grandes propietarios o arrendatarios con más de 30 fanegadas quienes de las aguas de la cuenca se aprovisionan de agua para regar y de sus suelos para producción agrícola de gran escala. En cuarto lugar, está el sector minero (Medianos (80-50 toneladas/día extraídas) y grandes (>50 toneladas/día extraídas) quienes producen carbón y gravilla en la zona de la cuenca. En quinto lugar, están los dueños de industrias de lácteos (Grandes (> 1000 lt de leche procesada/día), pequeñas (400 lt de leche procesada/día), medianas (1000 lt de leche procesada/día) quienes dependen de la cuenca para la provisión de agua para industria de derivados lácteos. En sexto lugar están los artesanos, medianos (de 1 a 5 fanegadas) y pequeños (1 fanegada) quienes utilizan la flora palustre de la laguna para la fabricación de artesanías y utensilios de uso doméstico. Les siguen, en séptimo lugar, los pescadores, quienes, evidentemente, extraen peces de la laguna para consumo propio y venta. En octavo lugar se encuentra la comunidad general, quien utilizan el agua para beber y demás usos domésticos vitales. Finalmente, en el noveno lugar se encuentran los propietarios de cabañas de descanso de fines de semana, quienes son, usualmente, habitantes de Bogotá.

#### **6.4 El problema del agua en Fúquene: de razones, intervenciones y efectos**

En este apartado me ocuparé de mostrar cómo y a favor de quienes se ha dado la desecación de la laguna de Fúquene y con ella el detrimento de las formas de subsistencia de la comunidad. En un primer momento abordo el problema de la ganadería en la laguna de Fúquene bajo la noción del Estado Invisible para mostrar cómo, en la actualidad, y a pesar de los cambios en la legislación a favor de la conservación de la laguna y del acceso al agua potable de las comunidades, la materialización de las políticas y leyes aun es una realidad distante. Finalmente, en un segundo apartado, elaboro los impactos detectados por la literatura científica de la problemática ambiental y el abandono estatal.

##### **6.4.1 De ganaderos, Estado invisible y el privilegio del agua**

En el año 2017, la Senadora colombiana Angelica Lozano presento por tercera vez un proyecto de ley que buscaba declarar el agua como derecho fundamental en Colombia. El congreso, de nuevo, no le dio el visto bueno a la propuesta. La senadora declaro que el primer opositor del

proyecto es el mismo gobierno nacional, quien teme que al ser un derecho, el agua sea exigible y se multipliquen por el territorio nacional las manifestaciones y demás movimientos ciudadanos en defensa del agua. La constitución política de Colombia declara el agua como un bien nacional de uso público, enunciación que abre la puerta a una gran cantidad de actividades, usos e interpretaciones que hacen difícil la regulación de las actividades extractivas y por tanto el aseguramiento del agua potable para la población.

Si bien el Estado colombiano, en su forma visible, ha firmado diversos pactos en defensa del agua tales como el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1996), La declaración sobre las Responsabilidades de las Generaciones Actuales para con las generaciones Futuras de la Unesco (1997) y la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible (Declaración de Johannesburgo, 2002), el blindaje constitucional al no incluir el agua como derecho fundamental ha dejado dichos pactos y declaraciones sujetos a voluntades e intereses políticos y permitan la operación del Estado invisible, que “violenta la legalidad al otorgar facultades importantes a determinados actores para garantizar su beneficio privado, sin importar si se pone en riesgo el bienestar colectivo o afectan los bienes comunes” (Ávila-García, 2016)

En un sentido jurisprudencial, la Corte constitucional colombiana ha protegido el derecho humano al agua potable por conexidad con el derecho a un ambiente sano, y desde el año 2007 reconoció bajo las premisas de disponibilidad, calidad y accesibilidad, dándole un alcance independiente de los demás derechos fundamentales de los ciudadanos en los siguientes términos: “El derecho humano al agua es el derecho de todos a disponer de agua suficiente, salubre, aceptable, accesible y asequible para el uso personal y doméstico(...)”; Para el año 2010 la misma corporación dispuso: “el agua es un derecho humano básico indispensable para llevar una vida digna”, pero, de nuevo, en ningún momento se han incluido de manera directa estas disposiciones en la constitución colombiana, dejando abierta la puerta a prácticas que afectan directamente la calidad del agua y su acceso.

Dentro del mismo proyecto de Ley propuesto por Lozano, por ejemplo, se buscaba “establecer una delimitación geográfica para minimizar, controlar, restringir y/o prohibir las actividades de agricultura extensiva, pastoreo, minería y todas las prácticas que atentan contra los ecosistemas de páramo o sus áreas conexas y en cambio se establezcan programas integrales para la conservación y el uso sostenible de la tierra en estas últimas”. Esta intención impediría la

concesión de licencias ambientales a grandes multinacionales, regularía actividades mineras, ganaderas y monocultivos, perjudicando de manera directa a los grandes gremios y poseedores de tierra en Colombia, quienes además controlan y forman parte del aparato de la política en el país, por lo que no extraña su poca acogida.

Lo anterior es una muestra clara de cómo opera ese Estado invisible que, en oposición al Estado visible, “contribuye a afianzar los intereses de las elites y grupos dominantes, mediante la promoción de un proyecto económico neoliberal que en el caso latinoamericano se expresa en un neocolonialismo ligado con la mundialización capitalista (Alimonda 2011; Osorio 2004). En el caso de Fúquene, la operación del Estado invisible tiene dos caras, por un lado, la falta de acceso a agua potable en las zonas rurales del país y el indiscutible privilegio de lo urbano y por otro, las políticas de protección de los cuerpos de agua. Me ocuparé de la segunda a continuación.

En el año 2011, la Agencia de Cooperación de Japón (JICA) fue la encargada de realizar un diagnóstico de la situación ambiental de la laguna de Fúquene. Sus hallazgos fueron contundentes frente al rol de la ganadería en la desecación y cada vez peor calidad del agua en Fúquene. Establecen en solo un 5.5% la cantidad de bosque en la cuenca del río Suarez; encuentran que en las rondas lagunares se posan 170.000 cabezas de ganado vacuno, 30.000 cerdos y 64.000 ovejas. Además, mencionan la presencia en el valle de Ubaté de 7 mataderos y 50 fábricas formales de lácteos. Las consecuencias de esta presencia son claras: la ganadería aporta el 65% del nitrógeno disuelto en el agua y el 75% del fósforo, ambos elementos causan que la vegetación exótica (buchón y elodea) y los sedimentos que se están devorando la laguna se alimenten y fortalezcan, lo que a su vez causa una reducción de oxígeno en el agua.

“Las prácticas de manejo del ciclo ganadero en el valle, con insumos de alto contenido en fósforo (P) y nitrógeno (N), degradan más la calidad hídrica. Los recorridos en campo y conversaciones informales con algunos ganaderos lo confirman. Durante los dos períodos secos del año el ganado es llevado hasta el agua para abastecerse, tanto dentro de los cauces aferentes como *dentro* de la laguna. Donde hay acumulación de sedimentos (como en las desembocaduras de ríos y quebradas) se han consolidado áreas con kikuyo que sirven de zonas de pastoreo por períodos de tres a cuatro meses (especialmente durante el estiaje), facilitando el abastecimiento de agua para la ganadería asociado a inversiones económicas importantes. La presencia del ganado en los potreros aledaños también influye en la mala calidad del agua. Las excretas entran en contacto directo con el agua cuando esta, desde el subsuelo, sube a la superficie por capilaridad. Cuando llueve y los potreros se anegan, el agua es bombeada mecánicamente a los canales del distrito de

riego, y después a los cauces aferentes. Así, llega agua con N y P a la laguna (Franco-Vidal, 2015, p. 52)”.

Finalmente, el problema se acentúa con el manejo hídrico que la CAR (Corporación autónoma regional) hace del complejo hídrico. Esta entidad del Estado, en tanto encargada de la regulación hidrológica, ha privilegiado y protegido los campos de ganado argumentando que son la actividad económica principal de la región. El objetivo de la CAR ha sido embalsar agua en los meses de lluvias para liberarla en los periodos secos, pero impidiendo su paso más allá del canal perimetral artificial que impide el inundamiento de los terrenos ganaderos. Solo en tiempos de lluvias intensas el agua cruza las barreras y reclama lo que alguna vez fueron sus terrenos, causando grandes pérdidas económicas, especialmente para el sector ganadero. En respuesta, lo que suele hacer la CAR para impedir dichas inundaciones es regular la llegada del agua en las zonas altas y aumentar el jarillón que rodea la laguna. Esto causa desabastecimiento de agua en los acueductos de las zonas altas del municipio e impide, aun mas, la depuración natural de sedimentos y nutrientes. Como lo dicen Franco-Vidal, L., Ruiz-Agudelo, C. A., Delgado, J., Andrade, G. y Guzmán, A:

“Este enfoque ha llevado a que otros beneficios como la pesquería, el transporte, la recreación, la depuración del agua o la atenuación de las inundaciones, no sean incorporados de manera explícita en la gestión. Por lo tanto, hay pérdida de viabilidad de los actores sociales que dependen de estas funciones de la laguna. Es el caso de la pesquería, antes fuente de alimento para las familias locales, hoy en día colapsada por la mala calidad del agua, la disminución de su nivel, aportes de sedimentos y la invasión por plantas y peces exóticos” (2015).

Ante esta situación, los y las campesinas de la región han quedado sin fuentes de sustento y han tenido que, o migrar a las ciudades, trabajar como jornaleros para los ganaderos, o asociarse con las ONG en búsqueda de proyectos que les permitan ganarse el sustento de “otras maneras”. Sobra decir que, en términos de gobernanza, las comunidades locales jamás han sido tenidas en cuenta y, en efecto, desconocen que pueden participar. Si lo hacen, deciden no involucrarse por temor a represalias de los manejadores ambientales y municipales.

Ahora bien, la disminución en la entrada de agua a la laguna también es provocada de manera intencional y permanente por los manejadores del distrito de riego para evitar inundaciones. Por ejemplo, en el 2010 se construyó un canal que desvió la llegada del río Ubaté a la laguna para

evacuar rápidamente el agua e impedir el desbordamiento e inundaciones en los terrenos aledaños a la laguna, de quienes son dueños sectores ganaderos y lecheros. Estas inundaciones, que suceden frecuentemente, se deben en parte a la pérdida de la función de regulación hidrológica por las transformaciones que ha sufrido Fúquene y exacerbadas por el cambio climático.

Adicionalmente, el riego por infiltración del que dependen gran parte la ganadería de leche se ha convertido en una de las causas de sobreexplotación del recurso hídrico: como el nivel de agua es cada vez menor, el sistema ganadero demanda, proporcionalmente, más agua y esto afecta el volumen y la profundidad de la laguna. Ahora bien, en el 2017 se declara la laguna de Fúquene como Distrito regional de manejo integrado (DRMI). Esta declaración indica que:

“[...] de conformidad con lo dispuesto en el artículo 58 de la Carta Política, la propiedad privada además de tener una función social le es inherente una función ecológica. Por esta razón, y de conformidad con lo previsto por la legislación ambiental vigente la reserva, delimitación, alinderacion, declaración y manejo de áreas protegidas implican una limitación al atributo del uso de los predios de propiedad pública o privada sobre los cales recae. Esa afectación puede conllevar a la imposición de ciertas restricciones o limitaciones al ejercicio del derecho de propiedad por su titular, o la imposición de obligaciones de hacer o no hacer, acordes con esa finalidad de acuerdo a la categoría de manejo que se trate[...] se impondrá limitación de dominio o servidumbres sobre inmueble de propiedad privada, cuando lo impongan la utilidad pública o el interés social por razón del uso colectivo individual de un recurso [...]son bienes inalienables e imprescindibles del estado el alveolo o cruce natural de las corrientes, el lecho de depósitos naturales de agua, playas marítimas, fluviales y lacustres y una faja de línea paralela a la del cauce permanente de ríos y lagos hasta 30 m de ancho[...]El Estado debe velar por la protección de la integridad del espacio público y por su destinación al uso común, el cual prevalece sobre el interés particular” (CAR, Acuerdo 018 del 11 de julio de 2017)

Aparentemente, este acuerdo podría orientar las políticas estatales hacia la construcción de una nueva lógica y racionalidad sobre la laguna de Fúquene que implica la recuperación de los cuerpos hídricos como bienes públicos y que, en principio, impediría la desecación y nuevas titularidades de las rondas lagunares, así como un sistema construido de manera participativa con los diversos actores regionales para regular los proyectos y decisiones que afecten la laguna. Sin embargo, luego de un estudio detallado del acuerdo, la esperanza se desdibuja, resaltando la

manera en cómo opera el Estado invisible y como este está atravesado por privilegios de clase y elite.

Por un lado, el acuerdo protege los nacimientos de agua en las zonas altas, lo que en principio beneficia la calidad del agua en un nivel amplio, pero perjudica a los pequeños ganaderos, generalmente habitantes de la región, que usan estos terrenos como su única opción de ingreso por venta de leche y que no poseen capacidad económica competitiva. Segundo, protege la conservación de la capacidad hídrica a favor de los pobladores, pero por otro lado mantiene la protección y conservación de los terrenos de los grandes ganaderos que se ubican en las rondas lagunares, y finalmente, supedita la toma de decisiones sobre licencias ambientales y de proyectos de desarrollo a la CAR, entidad que, como me lo dijo un biólogo perteneciente a una ONG con alta presencia en la región, “tiene en la junta directiva a los mismos ganaderos” (Entrevista, 23 de abril de 2020).

Desde la firma de este acuerdo han pasado tres años, y hasta noviembre del 2019 se realizó la primera reunión del comité regional de Fúquene creado con el objetivo de dar cumplimiento a la política Nacional de Humedales de Interiores de Colombia y seguimiento a las acciones estratégicas de conservación y protección para el Distrito Regional de Manejo Integrado – DRMI. A este comité asistieron miembros de las ONGs, instancias municipales y departamentales y miembros de la CAR. No hubo ni un solo participante perteneciente a al sector agrícola, al sector pesquero o del gremio artesano. Tampoco había ninguna mujer dentro de las asistentes que no fuese funcionaria del Estado. Uno de los representantes de la ONG invitada me contó que los habitantes de la región decidieron no asistir, pese a ser convocados, pues creen que la CAR volverá a hacer lo de siempre: no escucharlos, invertir en maquinaria para limpiar el espejo del agua (acción que en vez de solucionar el problema lo enfatiza al remover los sedimentos que estaban asentados en el fondo lagunar) y privilegiar los servicios “de elite” que ofrece la laguna además de los ganaderos; los deportes náuticos. A saber: “La CAR nos echa el cuento de siempre, pero la gente no le come cuento a la CAR. Somos muy escépticos y cuando me dicen reunión con la CAR lo veo como un elefante blanco. Vienen a justificar cosas y más cuando uno sabe que está mal invertida la plata” (entrevista realizada por la Fundación Humedales a un habitante de la región).

En junio de 2019 la CAR anuncia una inversión de 90.000 millones de pesos autorizados por el Ministerio de Hacienda para celebrar un contrato con el Banco Bilbao Vizcaya Argentina (Bbva) quien aportará esta suma para la adquisición de maquinaria, el monitoreo ambiental, la adecuación hidráulica del río Suárez e intervención tecnológica de la Isla El Santuario. Unos meses después de dicho comité y del millonario anuncio, la CAR, dentro de su programa “Por Fúquene, todos de corazón” informa a través de la gobernación de Cundinamarca, La Gran Regata, competencia de veleros en la laguna de Fúquene. Así, el acuerdo 018 queda reducido a “La Gran Regata Nacional” en la laguna de Fúquene, es una demostración del proceso de restablecimiento de las diversas actividades náuticas y turísticas, la recuperación de la navegabilidad en el cuerpo de agua y el mejoramiento significativo de todo el entorno natural del ecosistema” (La guía Cundinamarca, diciembre de 2019). Para la CAR, los deportes náuticos, propios de personas con enorme poder adquisitivo en el país y socios de clubes náuticos de renombre, son los encargados de evidenciar el cambio y recuperación ambiental de la laguna. Una cara mediática y clasista que pone sobre la mesa las violencias del Estado invisible y sus formas de operar.

Ahora bien, la segunda cara del Estado invisible y que corresponde al privilegio del acceso al agua es la que corresponde a la brecha urbano/rural. En cuanto al servicio de agua y alcantarillado del municipio, la situación del municipio de Fúquene es un reflejo claro de dicha brecha: en el área rural el servicio de acueducto ha mantenido en los últimos 6 años en Colombia una cobertura cercana al 60m%. Manteniendo una brecha con el área urbana de 39 puntos porcentuales. Además, *Datos del Informe del Estado de la Vigilancia de la Calidad del Agua para consumo humano 2016*, del Instituto Nacional de Salud (INS) muestran que, a nivel nacional, “el Índice de Riesgo de Calidad del Agua (IRCA), fue de 21,7 mostrando un nivel de riesgo medio para todo el país, de forma desglosada para el sector urbano, el IRCA fue de 8,6 correspondiente a riesgo bajo y para la zona rural tuvo un valor de 34,7 clasificado como riesgo medio”.

En el área urbana de Fúquene existe actualmente, y en consecuencia con el panorama nacional, una planta de tratamiento en funcionamiento y potabilización de agua con una cobertura del

100%. Las cuatro veredas, por el contrario, aunque cuentan con servicios de acueducto (los cuales fueron construidos por las juntas de acción comunal y entregados en comodato al municipio para su operación y mantenimiento) solo tienen cobertura del 69%, y no es permanente. En el área rural existen tres plantas de tratamiento de agua potable que, de acuerdo con datos municipales, no han podido entrar en funcionamiento. Así mismo, existen seis pozos profundos, de los cuales 4 están activos y proveen de agua a plantas de tratamiento, pero carecen de mantenimiento constante. Finalmente, a causa del cambio climático el suministro de agua es deficiente y los acueductos se desabastecen en época de verano.

El Plan Departamental de agua y saneamiento de Cundinamarca reportó en el 2015 que la provincia de Ubaté, a la que pertenece el municipio de Fúquene, cuenta con una cobertura del 97% de agua y alcantarillado en los centros urbanos, mientras que el sector rural solamente cuenta con el 5.8% de cobertura de alcantarillado y con el 70% de cobertura en acueducto (Empresas Públicas de Cundinamarca, 2008). La situación se agrava cuando se contrastan estos datos con la situación real, pues el mismo municipio de Fúquene reporta que al poseer pozos profundos y plantas de tratamiento se asume que poseen cobertura y calidad en el servicio, aun sabiendo que el estado de estos no es el adecuado y su servicio es insuficiente. En datos numéricos, el Plan Departamental reporta 1.276 viviendas en el municipio de Fúquene, de las cuales 64 corresponden a áreas urbanas y 1.212 al área rural. De las 64 viviendas urbanas, 58 cuentan con servicio de alcantarillado y 63 con acueducto. En cuanto a las viviendas rurales, solo 149 viviendas de las 1.212 cuentan con alcantarillado y 1.042 con acueducto no necesariamente de agua potable (SISBEN, 2014).

En el 2018, Colombia formula el PLAN DIRECTOR AGUA Y SANEAMIENTO BÁSICO VISIÓN ESTRATÉGICA 2018 – 2030 para responder a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). En este contexto, en marzo de 2018, se expidió el Documento CONPES 391814, el cual explica la estrategia para la implementación de los ODS en Colombia. En este caso, el objetivo 6 que busca “garantizar la disponibilidad y la gestión sostenible del agua y el saneamiento para todos” (Ministerio de Vivienda. Gobierno de Colombia, 2018) resulta particularmente relevante. Este objetivo, a su vez se subdivide en los siguientes objetivos:

“6.1 De aquí a 2030, lograr el acceso universal y equitativo al agua potable a un precio asequible para todos

6.2 De aquí a 2030, lograr el acceso a servicios de saneamiento e higiene adecuados y equitativos para todos y poner fin a la defecación al aire libre, prestando especial atención a las necesidades de las mujeres y las niñas y las personas en situaciones de vulnerabilidad 6.3 De aquí a 2030, mejorar la calidad del agua reduciendo la contaminación, eliminando el vertimiento y minimizando la emisión de productos químicos y materiales peligrosos, reduciendo a la mitad el porcentaje de aguas residuales sin tratar y aumentando considerablemente el reciclado y la reutilización sin riesgos a nivel mundial

6.4 De aquí a 2030, aumentar considerablemente el uso eficiente de los recursos hídricos en todos los sectores y asegurar la sostenibilidad de la extracción y el abastecimiento de agua dulce para hacer frente a la escasez de agua y reducir considerablemente el número de personas que sufren falta de agua potable”

Es en este contexto que aparece el Plan de Desarrollo Municipal de Fúquene (2020-2024). Con él se pretende subsanar la brecha de agua entre lo rural y lo urbano e invertir en sistemas de potabilización del agua, mientras se cumple con el objetivo planteado por los ODS. En la realización de este informe participó la Fundación Humedales, ONG con presencia continua en la región, para lograr un acuerdo de gestión del agua, pues lo cierto es que, a pesar de la normatividad nacional en materia de agua donde se invoca la obligatoriedad del Estado de proveer el servicio en todo el territorio nacional, la realidad es muy distinta.

En este Plan de Desarrollo Municipal de Fúquene se describe que existen cinco acueductos en el municipio a cargo de la Oficina de Servicios públicos: 1. Acueducto Centro, actualmente activo, cuya fuente de captación es el agua superficial de la quebrada los Palos y presta servicio a 189 viviendas. 2. Acueducto Capellanía, proveniente de un pozo profundo cuya ubicación no está referenciada, parcialmente activo y que presta servicio a 414 usuarios. 3. Acueducto san Isidro, también proveniente de un pozo profundo no referenciado geográficamente, activo y con 289 usuarios. 4. Acueducto El Roble, en estado parcialmente activo, con 689 usuarios y cuya fuente es la Laguna de Fúquene. Y 5. Acueducto tarabita, parcialmente activo, con 313 usuarios y cuya fuente de captación es un pozo profundo y aguas superficiales no referenciadas. Las veredas del Centro, Guata, La Peña y Chinzaque cuentan con agua potable apta para el consumo humano, los demás acueductos cuentan con el servicio de agua, pero no es apta para el consumo por lo que, según el PDM, se propone el tratamiento de las plantas para lograr la potabilización del agua suministrada bajo el programa “Acceso a servicios públicos, garantía de buen gobierno”, pues la

zona urbana de Fúquene cuenta con un sistema de tratamiento de aguas residuales llamada Filtro Verde, realizada por la Fundación Humedales.

Al 2018, el municipio reporta que las JAC (Juntas de Acción Comunal) han llegado a construir cerca del 30% de la infraestructura comunitaria (Ministerio del Interior, 2018). Sin embargo, también se menciona que la acción comunal se está viendo amenazada por diversos factores. Entre ellos se encuentran los siguientes identificados por el municipio:

“las necesidades de capacitación formal, la baja renovación de liderazgos y la baja participación de la mujer en dichos espacios, la necesidad de fortalecer las capacidades en materia de gestión de proyectos sociales y productivos, los problemas de seguridad e integridad física de los líderes comunales, el bajo nivel de uso de herramientas tecnológicas y el desconocimiento y desactualización de la normatividad que los regula. Lo anterior exige la implementación de acciones enfocadas a fortalecer sus capacidades colectivas e individuales, que permitan su sostenibilidad, autogestión e impacten en el desarrollo de las comunidades que representan las OAC” (Concejo Municipal de Fúquene, 2020)

La investigación adelantada por la Fundación Humedales en el 2018 a este respecto reporta que, en la cuenca del río Fúquene y desde hace aproximadamente 20 años, la comunidad se ha organizado para establecer acueductos veredales que lleven agua a los hogares y alimenten el ganado. Sin embargo, actualmente tienen problemas de abastecimiento de agua debido tanto a los efectos del cambio climático como a la degradación del ecosistema.

“En promedio, los acueductos veredales tienen 120 usuarios y los más grandes alrededor de 400 usuarios. La principal fuente de ingreso de las asociaciones es el cobro de tarifas a los usuarios. Lo interesante de estos acueductos veredales es que son entes autónomos, no han recibido ningún tipo de capacitación por parte del Estado o de ONGs y son liderados por hombres de la región sin ningún tipo de escolaridad o tecnificación. Tienen un presidente y junta directiva y realizan asambleas anuales en las que se revisan presupuesto y se toman decisiones en cuanto a sistema de precios, inversiones y cambios en los reglamentos y se eligen autoridades cada 2 o 4 años. Algunos acueductos tienen contactos políticos que pueden facilitar las inversiones, pero en muchos casos esto no influye o garantiza el éxito de la organización.” (Recuperado de: <https://fundacionhumedales.org/wp/wp-content/uploads/2017/05/1-Documento-S%C3%ADntesis-Informaci%C3%B3n-Cuenca-R%C3%ADo-F%C3%BAquene-2013.pdf>)

Dado lo anterior, la Alcaldía Municipal insiste en que se requiere una política pública que fortalezca las acciones comunales a nivel regional para garantizar así el desarrollo de la región y

la perdurabilidad de sus acciones. Ahora, bien, frente a esta intención de la alcaldía contrastan los testimonios recogidos por La Fundación Humedales<sup>5</sup> en los que es claro la falta de apoyo real de las instancias municipales a las organizaciones campesinas: “Ahorita cuando comienzan periodos administrativos todo es luna de miel pero después de los 3 o 4 años cuando no se dan las cosas en el consejo ya nos vemos y se ponen algunas trabas [...] Proyectos como los acueductos, otros son salones comunales y de ahí no pasan. No pasan un proyecto entre todos los concejales y es un error. Presenten algo que valga la pena pero es que el problema es lo político, no es fácil”. Además, los entrevistados en este estudio coinciden en que existe una separación profunda entre la Fundación Humedales, como la ONG más importante de la región, y la alcaldía, situación que deriva en una ineficacia en detrimento de las comunidades. Así lo reporta dicho estudio:

“En cuanto tiempo se puede tomar una decisión de algo en Fúquene? ¿Parte de la investigación de la fundación a dónde va? Hay mucha cosa que debe llegar. Cuando va a haber un matrimonio entre la fundación y la alcaldía. Se hacen esos proyectos para guardarse e implementarse quién sabe en cuantos años y mientras tanto la alcaldía con proyectos chichipatos. La fundación debería ayudar a pasar proyectos ya que tienen conocimientos. No más proyectos circunstanciales y asesorías que no llevan a nada”.

Cabe la duda entonces de como la alcaldía ejecutara, si lo hace, el actual PDM y cuál será la integración comunitaria que produzca. Si se mantiene la tendencia histórica, las acciones serán limitadas para la zona rural y la actuación del Estado Invisible será la que prime.

#### **6.4.2 Impactos detectados en la comunidad y proyectos de conservación**

A continuación, elaboraré los efectos de la desecación de la laguna de Fúquene, la contaminación de los recursos hídricos y de las consecuentes practicas elitistas y del Estado invisible en la comunidad. El primero impacto que me interesa traer aquí es la perdida histórica de la agricultura en la región. Luego, me enfocaré en las comunidades de pescadores y, finalmente, en los aspectos generales que la transformación del paisaje de la cuenca del río Fúquene ha causado en las dinámicas sociales y económicas de la región.

---

<sup>5</sup> Material no publicado al que he tenido acceso por contactos personales con la ONG

### *El abandono de la agricultura*

La Fundación Humedales identifica a la ley pública 480, “Alimentos para la Paz” en 1961, como el inicio del fin de la actividad agrícola en el país y por ende también en Fúquene. Esta ley tenía como objetivo “combatir el hambre mundial y la desnutrición”, pero también “expandir el comercio internacional, desarrollar y expandir los mercados para los bienes agrícolas de EU”. La aplicación de esta ley causó el empobrecimiento de la agricultura local al privilegiar la importación de productos de los Estados Unidos a precios muy bajos que dejaban fuera de competencia las economías locales, poco tecnificadas para producir masivamente y por tanto más costosas. Esto hizo que las comunidades desplazaran su actividad principal hacia actividades como la ganadería, por ejemplo. Además de la ley 480, la denominada “revolución Verde”, iniciada también en Estados Unidos y que privilegiaba el monocultivo y el uso de plaguicidas para la expansión agrícola, causó grandes estragos en los campesinos de Fúquene que no poseían grandes porciones de tierra y que cultivaban la tierra de maneras tradicionales, sin maquinaria pesada ni plaguicidas. Por otro lado, aquellos que pudieron adquirir esta tecnología, y aunque aumentaron su producción en un principio, fue insostenible económicamente en el tiempo, por lo que disminuyó la rentabilidad y por ende sobrevino el cese de la actividad agrícola.

Adicionalmente, la inserción de estas prácticas de la supuesta “revolución verde” incrementó la erosión del suelo y la contaminación de las fuentes hídricas. Ya en 1990, bajo la denominada apertura económica en Colombia, las prácticas neoliberales de comercio entraron por completo en el país en el afán de hacer de la colombiana una economía competitiva con los mercados internacionales. Uno de los estudios, publicado en 1992, sobre los efectos de esta apertura concluye, por ejemplo, que “La apertura comercial no puede descansar sobre el éxito o fracaso de la agricultura. Es necesario que el país se industrialice, en aquellos productos de alta elasticidad ingreso, y alto componente tecnológico, para que mejore el empleo y el ingreso de la población. El crecimiento de la economía en base a la agricultura es limitado”<sup>6</sup>. Como resultado de este tipo de consideraciones, ancladas a la visión neoliberal, los campesinos con productos poco atractivos al mercado y que aportaban poco a la industrialización del país fueron quedando

---

<sup>6</sup> Conferencia dictada en el seminario: Las exportaciones agropecuarias y la apertura económica (febrero 26-28 de 1992) Organizada por la Asociación de Egresados de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la Universidad Nacional, Medellín

en el olvido del Estado y con el tiempo se vieron obligados a abandonar su actividad. En el caso de Fúquene, por ejemplo, el alto costo de producción en los suelos utilizados tradicionalmente para la siembra, en la planicie y zona media del territorio, lleva a la intervención de las zonas altas del municipio, en donde cultivos como la papa se empezaron a posicionar hasta convertirse en el principal de la región. Ahora bien, esta intervención en las zonas altas del municipio deja como resultado un alto deterioro del suelo y de las fuentes de agua.

Para el año 2008, de las 5.900 ha rurales del municipio, 4.300 ha estaban siendo usadas para la producción de pasto, y el área restante a la siembra de cultivos de papa (320 ha), arveja (17 ha) y algunos pequeños lotes con siembra de maíz, trigo y cebada. El privilegio de la tierra para la producción de pastos para el ganado ha sido, desde entonces, la actividad central del municipio. Los campesinos que se dedicaban tradicionalmente a la actividad agrícola fueron abandonando la labor al encontrar que representaba bajos ingresos y mucho esfuerzo físico, por lo que decidieron dedicarse a actividades ganaderas de pequeña escala.

Ahora, en la actualidad, la vinculación a la ganadería tampoco resulta una opción económicamente satisfactoria para la gran mayoría de los jóvenes del municipio, quienes deciden migrar a las ciudades en búsqueda de mejores salarios. Las ONG de la región han juzgado esta decisión como un “olvido de las raíces del campo” y han culpado a los jóvenes de dejarse seducir por los placeres del mundo moderno, pero, a mi juicio, este es un efecto que va mucho más allá de decisiones individuales y que tiene que ver con el olvido en el que el Estado ha tenido al campo colombiano, tanto económicamente hablando como en su dimensión simbólica.

En este sentido, el panorama agrícola en Fúquene es desalentador; con unos suelos bastante deteriorados (a causa principalmente del cultivo de papa) en casi todas las veredas y sectores, con problemas de erosión y con la cada vez mayor sedimentación de la laguna de Fúquene, la caída de la agricultura va de la mano con la degradación ambiental, específicamente de las fuentes hídricas, y siempre a favor de la expansión ganadera, de la que cada vez más vidas dependen en la región pero que es incosteable para los campesinos; quedan sometidos a trabajar para empresarios e imposibilitados para competir activamente en el mercado:

“Estas características configuran a la ganadería para producción de leche como un negocio que está lejos de ser una actividad económica asequible para los campesinos de la región. El contraste entre la ganadería de las haciendas y la de las pequeñas parcelas salta a la vista pues estas últimas no poseen las condiciones de infraestructura, tecnificación y calidad del ganado para entrar a competir en el negocio de la leche. Por el contrario, los rendimientos del ganado campesino son mínimos” (Guerrero, 2010)

Así, lo que queda claro es el efecto de la expansión ganadera, en sus diversas escalas, y de las políticas neoliberales de mercado y olvido del campo en favor de la industrialización a “cualquier costo”, han dejado en una situación de vulnerabilidad extrema a las comunidades de la región. Adicionalmente, estas mismas prácticas y políticas han causado que se acentúe el cambio climático empeorando las condiciones ambientales y en detrimento de las comunidades locales. Finalmente, no deja de llamar la atención que las ONG hayan centrado su actividad en la creación *de conciencia ambiental*, impactando a los pequeños campesinos con menores cantidades de cabezas de ganado y cultivos de papa, a sabiendas de las condiciones precarias en las que se encuentran. La intervención directa con el sector ganadero grande no deja de ser una utopía.

#### *De pescadores y artesanos y la pérdida de las fuentes de ingreso*

Otra de las caras de esta timidez se aprecia en las acciones realizadas con otros de los sectores más históricamente afectados por el megaproyecto de la desecación y la industrialización del país: los pescadores y artesanos. Guerrero (2015) en su texto *Dos siglos de desecación en Laguna de Fúquene (Colombia): Impactos en la pesca artesanal*, retrata con claridad la situación de este sector en clave histórica. De acuerdo con Guerrero, la situación actual de las comunidades rurales puede enmarcarse en el concepto de “nueva ruralidad” caracterizada por:

“la realidad que resulta de la profundización de las relaciones mercantiles. Esta población se ha volcado hacia el empobrecimiento, la “desruralización” y la pluriactividad, entre otros. Dado que su subsistencia depende en gran medida de los recursos de la laguna (el agua, la pesca y las materias primas para la manufactura de artesanías) y servicios (de transporte y turísticos) obtenidos de ella, ha sufrido el impacto del fuerte deterioro ambiental de la zona. Las actividades tradicionales que brindaban el sustento diario se han visto mermadas debido a la disminución de los recursos necesarios para realizarlas. La pesca, por ejemplo, ha sido abandonada debido a la notable disminución de peces que, a su vez, está relacionada con la contaminación del agua” (Guerrero-García, 2014, p. 50).

La actividad pesquera era entonces una actividad importante para los habitantes de la zona baja del municipio, con fácil acceso a la Laguna de Fúquene; la construcción de los implementos de pesca, al ser realizados por ellos mismos, no representaban ningún gasto adicional para las familias y la actividad pesquera (fundamentalmente para el autoconsumo) les permitía adecuar sus tiempos para poder trabajar simultáneamente en la producción de artesanías o en el ordeño en las haciendas ganaderas, asegurando un alimento permanente para sus hogares. En 1979, de acuerdo con Guerrero (2014), la pesca tradicional cambio drásticamente: al parecer, un grupo de biólogos introdujo, en aras de monitorear la cantidad de peces de la laguna, la red de enmalle, que permitía recoger diez veces más peces que con los instrumentos tradicionales.

Con la entrada del mercado del pescado a la región, esta se convirtió en una actividad comercial central que abastecía a los restaurantes cercanos a la carretera que atraviesa el municipio y que se hacía cada vez más importante ruta turística y comercial por su posición estratégica. Así, a su vez que se valorizaban los predios cercanos a la carretera (y a la laguna) y eran comprados por grandes ganaderos, los peces empezaron a escasear; la contaminación de las fuentes hídricas causada por la ganadería, la larga historia de desecación y la pesca indiscriminada, dejaron sin sustento a los campesinos-pescadores que resultaban una minoría sin capacidades para competir o disputar la situación con el sector ganadero que, una vez más, es el factor principal del deterioro tanto ambiental como de los medios de subsistencia locales y tradicionales. Como lo dice Guerrero “un megaproyecto virtual para la producción ganadera, cuyos impactos han afectado de múltiples maneras la vida de los campesinos-pescadores minifundistas que habitan en las proximidades de la laguna, en contraposición a los ganaderos y agricultores terratenientes de extensiones medias y grandes que han controlado el poder económico y político de la región.

Actualmente, la Fundación Humedales, en una convocatoria puerta a puerta, consolidó la asociación de pescadores y artesanos de Fúquene, a quienes tecnificó y capacitó para una pesca sostenible y para que sus productos fuesen mejor apreciados por el mercado. Bajo lógicas

complejas que no me compete elaborar acá<sup>7</sup>, la acción de la Fundación de pescadores se enfocó en el sector artesano, a saber:

“Los pescadores de la Laguna de Fúquene (Cundinamarca), a fin de contribuir a solucionar la problemática de la laguna (Exceso de vegetación) y mejorar sus ingresos, se han dado a la tarea de explorar las opciones artesanales que brindan las plantas acuáticas nativas del junco y la enea en una rica mezcla de nuevos diseños, texturas, materiales y colores entretejidos para elaborar y adornar bolsos, bateas, floreros y materas, entre otros productos. La industria artesanal del junco y la enea, a la vez que genera una fuente de ingresos económicos a las comunidades locales contribuye a descontaminar la laguna” (Fundación Humedales, 2005)

Lejos de poder recuperar la pesca como actividad central, pues el alto nivel de contaminación de las aguas de la laguna hace del pescado además de escaso fuente de contaminación de mercurio, la ONG derivó a los campesinos-pescadores hacia el sector artesano y el tomate cherry, aplicando siempre una modernización de las técnicas artesanas para promover su venta en los mercados urbanos. Adicionalmente, con la desecación cada vez más evidente de la laguna, la pérdida de su navegabilidad (que era un importante atractivo turístico para los campesinos que operaban las lanchas) y la pérdida de su atractivo turístico, no solo han caído las ventas de las artesanías sino el empleo que generaban en sí mismos el turismo y el turismo ecológico. Lo cierto es que el sustento diario, el fácil acceso al pescado para consumo del hogar, la seguridad alimentaria y las opciones de empleo han desapareció para estas comunidades de pescadores-artesanos que cada vez se ven más obligados a migrar o a trabajar para el sector ganadero como jornaleros. Ahora bien, en años más recientes, la implementación de tratados de libre comercio con Europa y EEUU ha puesto en riesgo la producción de leche del municipio en la escala pequeña, lo que ha tenido efectos nefastos en esta opción de empleo que parecía ser la única que quedaba para los campesinos de la región.

#### **6.4.3 Masculinización de la intervención científica en Fúquene: A modo de conclusión**

---

<sup>7</sup> Ver Valderrama, M (2015)

[https://intervencioneseecc.files.wordpress.com/2016/03/art08\\_valderramamariana\\_tecnologias-de-gobierno.pdf](https://intervencioneseecc.files.wordpress.com/2016/03/art08_valderramamariana_tecnologias-de-gobierno.pdf)

Comprender la profunda relación que tienen las dinámicas sociales y económicas con el deterioro de las fuentes hídricas es una urgencia cada vez más clara. Los suelos, el agua y las vidas humanas y no humanas han sido intervenidas y transformadas por las políticas del desarrollo hegemónico en proporciones altísimas que aún deben ser reconocidas y sistematizadas. El llamado *desarrollo* parece ser el pilar de la desecación y la vulnerabilidad en Fúquene. Fúquene, y en específico la laguna de Fúquene ha sido históricamente, desde tiempos coloniales, intervenido por diversas racionalidades, pero siempre con el objetivo de transformar su paisaje a favor de las elites, bien sean coloniales, intelectuales, científicas, económicas y políticas del país. Siempre elites masculinas. Sus habitantes han sido siempre un impase, sujetos de transformación y mejoramiento en tanto que poseen prácticas y formas de vida que no coinciden con los intereses de las diversas racionalidades y lógicas dominantes que operan, a veces al simultaneo, en la región.

Sin conflicto armado, cerca de la capital colombiana y con tierras aprovechables y grandes cuerpos de agua cada vez más deteriorados, Fúquene ha sido el escenario perfecto para, por un lado, favorecer las industrias y el crecimiento económico de la región y, por otro, realizar intervenciones medioambientales a favor de la conservación ambiental. Actualmente, el sector ganadero, y las elites colombianas, sectores soportados por la gestión de la Corporación Autónoma Regional CAR (entidad del Estado encargada de la gestión ambiental del municipio) y la ausencia del Estado, han intervenido y transformado tanto la vida de los habitantes de la región como el paisaje de la laguna y del municipio. Al apropiarse de las rondas lagunares para la tenencia del ganado, la contaminación de la laguna y demás fuentes hídricas del municipio se ha exacerbado, aumentando la vulnerabilidad de las comunidades locales que dependen de dichas fuentes de agua para su sustento familiar y demás actividades económicas. Así, las dinámicas de relacionamiento, o su inexistencia, entre estos sectores, las comunidades locales y las ONG gestan las condiciones de posibilidad que profundizan la desigualdad social en el municipio.

La labor de las ONG, por ejemplo, se ha caracterizado por una voluntad de mejoramiento de las condiciones materiales y de vida de las comunidades, pero desde la intervención de las prácticas productivas de los pequeños campesinos, a quienes responsabiliza en alguna medida, del

deterioro ambiental al tratarlos de “analfabetas ambientales” antes de disputar frente a los grandes sectores ganaderos y favorecimientos de elite la estabilidad del ecosistema.

En cualquier caso, lo que parece claro en Fúquene y en la gestión ambiental del municipio, es un privilegio y una visibilización específica de las prácticas económicas, de los actores económicamente representativos y un favorecimiento de conocimientos y prácticas propias de la racionalidad científico-moderna; todas aquellas prácticas y sujetos que no aparecen como productivos o útiles bien sea al desarrollo económico o al sostenible o ambiental, han quedado o sumidos en la representación de la *otredad a transformar* o en la invisibilización y el silencio.

Esto me lleva a pensar que aunque ha existido un fuerte movimiento ecologista en Fúquene que disputa, aunque tímidamente, el tratamiento elitista y violento que se le ha dado a la gestión hídrica en Fúquene, la mirada continúa estando puesta en las esferas de lo visible, evidentemente afectadas por la desecación; una mirada patriarcal sobre la laguna es lo que parece una constante histórica, una mirada que ha privilegiado las economías nacionales, el progreso y la industrialización, las elites políticas e intelectuales, las intenciones ganaderas a nivel municipal, e incluso el discurso científico experto; todas estas esferas conducidas y conformadas por hombres, son las que han determinado desde hace dos siglos el futuro y el rumbo del municipio, son las que han consolidado la narrativa sobre la laguna y conquistado el significado de lo que es Fúquene, de lo que sucede allí y de lo que debe ser atendido.

La ausencia de las voces de las mujeres del municipio es entonces una constante histórica. Ni los estudios científicos, tanto teóricos como empíricos, recogen las voces de las mujeres del municipio, ni siquiera de aquellas que pertenecen a la asociación de pescadores de Fúquene, ahora artesanos. Menos aún lo hacen de aquellas alejadas de la esfera productiva, históricamente masculina, y que se encargan de las labores del hogar. Si bien el actual Plan de Desarrollo Municipal propone por primera vez políticas específicas para las mujeres y población vulnerable (pues lo exige así la vinculación gubernamental con los Objetivos de Desarrollo Sostenible), sus necesidades en realidad son desconocidas.

Por ejemplo, Jesica, una mujer campesina vinculada con diversas ONG, quien vive al lado de la laguna, en la vereda Chinzaque, nos cuenta como ha participado de diversos proyectos de recuperación ambiental pero nunca ha sido preguntada por cómo el deterioro y la escasez de agua afectan su propia cotidianidad. Ella, en particular, es una mujer en una posición privilegiada

por su rol con las ONG y como miembro de la Asociación de pescadores de Fúquene. Su acueducto, El Roble, no le provee a ella ni a su familia agua potable. A su casa llega el agua de la laguna, contaminada, y ella y su madre la usan exclusivamente para lavar la ropa y los platos. En tiempos de verano, el acueducto se desabastece y las plantas que cubren la laguna lo tapan. La mamá de Jesica, actualmente la encargada del agua en su hogar debe llamar al padre para que este llame al fontanero, un contratista del municipio, para que bombee el acueducto y pueda ella realizar sus labores del hogar. Esto tarda días en suceder, a veces semanas. A veces, deben usar pastillas de cloro para limpiar un poco el agua.

El agua potable la trae la lluvia, la recogen en tanques, tienen uno de 2mts x 2mts, Cuando llega la sequía y no llueve, suelen ir donde su tío, quien tiene un tanque más grande y les regala agua. Si este segundo tanque tampoco es suficiente, generalmente algún hombre de la familia se desplaza hasta el sector conocido como Nuevo Fúquene, rural, pero más poblado, a tomar agua de las quebradas. No siempre son bienvenidos, pues los pobladores de Nuevo Fúquene ven como una amenaza a su propia subsistencia que gente de otros sectores venga a “robarse” la poca agua que hay. Los hombres van, dice Jesica, porque siempre hay conflictos y porque, en su casa, son los que saben conducir. Quienes no tienen coche, deberán caminar. Los tanques de agua lluvia tienen, además, están siempre llenos de insectos que causan problemas constantes de salud en los hogares. Otras casas, Jesica me cuenta, no tienen dinero para tanques de recolección y deben cavar pozos. Esta tarea la hacen generalmente los hombres, y las mujeres se encargan de ir por el agua una vez el pozo está construido.

Tienen, cuenta Jesica, una tesorera que hace las veces de presidenta del acueducto ante la constante ausencia del presidente legal. A ella le envían cartas y peticiones y, aunque la tesorera hace todo lo que puede para mejorar las condiciones de acceso al agua de su sector, nadie la escucha. Todo ha seguido igual con el paso de los años.

Este pequeño relato es una muestra clara de las implicaciones cotidianas del deterioro ambiental de las fuentes de agua de la cuenca del río Fúquene. Mujeres como Jesica y su madre con testimonios semejantes, o aún más extremos, son recurrentes en la laguna de Fúquene y en la cuenca del río Fúquene, pero nadie los ha oído ni buscado. Jesica y su familia, finalmente, son privilegiados, pues ella es profesional y tiene trabajo constante gracias a su vinculación con la Fundación Humedales. Familias sin dinero para costear el tanque, madres solteras sin vehículo o

habitantes de las zonas altas de la cuenca que carecen de acueducto, contarán de seguro nuevas historias.

En todo caso, ninguna de estas voces aparece recogida en los documentos sobre el estado del acceso al agua potable en el municipio; ni las ONG ni los organismos estatales han preguntado nunca a una de estas mujeres por cómo es su situación y como la resuelve. Tampoco ha sido indagado por el efecto de la pérdida de la actividad agropecuaria en los hogares, y como las mujeres resuelven la escasez alimentaria. La sobre visibilización de ciertos sectores económicos, y de aquellos que intervienen directamente con el estado del ecosistema, han acaparado la atención de las instituciones y han invisibilizado las potenciales prácticas comunitarias, aparentemente no productivas, y agenciadas por mujeres, que han sido asociadas a usos culturales de los recursos y, por lo tanto, no resultan útiles ni científicamente relevantes para las ONG y organismos del Estado.

Esferas productivas y reproductivas diversas a las de la pesca, la agricultura y la artesanía, históricamente masculinas, han sido invisibilizadas incluso en la formulación de este nuevo PDM y no se ha buscado comprender o establecer que pasa con la precariedad del agua en los hogares, en las esferas micro y diversas cotidianidades del municipio, en las mujeres ni en sectores que no representen grupos económicos representativos y tradicionales.

Esta investigación se ubica entonces en este vacío como condición de emergencia para pensar el lugar de las mujeres frente al deterioro de las fuentes hídricas del municipio y la pérdida de las economías locales y por ende familiares. En este sentido, he elegido la cuenca del río Fúquene como área específica de estudio porque, además de ser un área cuyas dimensiones son abarcables, representa con claridad todas las dinámicas municipales, sus niveles de conexión e interdependencia en la ruralidad municipal: en la cuenca del río Fúquene se encuentran tres de las cuatro veredas del municipio y también el casco urbano; se ubican el páramo y la laguna, y entre ellos los ganaderos, los monocultivos de papa, los suelos erosionados, los acueductos veredales y un número representativo de viviendas. Elegir la cuenca del río Fúquene me permite completar los vacíos que la visión patriarcal ha operado en los estudios que allí se han realizado; mi campo de acción serán los espacios intermedios, las voces silenciadas.

El olvido sistemático, el desprestigio de los espacios no masculinos y aparentemente no productivos, la posibilidad de disputar y constituir una narrativa en clave feminista de la manera en que es pensada e intervenida la laguna de Fúquene y las fuentes hídricas para el ser una tarea urgente que, además, puede conducir y encontrar soporte en este nuevo PDM. En este sentido, pretendo entonces contribuir con la visibilización de la voz de las mujeres del municipio en tanto que son ellas las que lidian día a día con los efectos del cambio climático y el desarrollo hegemónico, procesos que, como mostré, han conducido a la degradación ambiental de la laguna de Fúquene.

Así mismo, la recuperación de las voces femeninas, y de una lectura feminista de la degradación ambiental y social, esta articulada con la urgencia de consolidar redes de acción, de nuevas formas de relacionamiento, entre los agentes que intervienen en el municipio y de profundizar en las diversas maneras en las que la degradación ambiental se imbrica con la vida de las comunidades, más allá de las esferas económicas visibles. Esta lucha diaria por el agua y los recursos que adelantan las mujeres, sus formas de asociatividad y de relacionamiento, que se desconocen en absoluto, de existir, deben ser visibilizadas y escaladas a los organismos de gestión de la cuenca y a la alcaldía si se busca un verdadero mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades locales desde sus propias necesidades y no desde las que las voces de siempre creen que son.

## **7. METODOLOGÍA**

La investigación que propongo se centra en el trabajo empírico desde una perspectiva etnográfica y cualitativa. En este sentido, el trabajo responde a tres necesidades profundamente imbricadas: por un lado, la de evidenciar los efectos del deterioro ambiental y la escasez de agua en la experiencia cotidiana de las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene. Por otro, la de visibilizar las prácticas de negociación, mitigación y/o resistencia que podrían estar adelantando las mujeres para contrarrestar los efectos del deterioro ambiental y del agua. Y, finalmente, la necesidad de comprender el lugar de la administración pública, municipal y estatal, en la falta de acceso a los servicios básicos e infraestructura.

El diseño metodológico, por tanto, está profundamente imbricado con estas tres necesidades, que a su vez responden a los vacíos y potencialidades identificadas en las formas en que ha sido pensado (o ignorado) el binomio mujeres y agua por las diversas investigaciones científicas. Los instrumentos escogidos y el enfoque metodológico que las sustenta son un reflejo entonces de este proceso de lectura a identificación de propuestas teóricas y análisis empíricos realizados en campo y que dialogan acá para construir nuevas formas de aproximación a la realidad de las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene, en aras de contribuir al mejoramiento de la situación socio ambiental por la que atraviesan. Por lo tanto, en este apartado pretendo dar cuenta de los instrumentos aplicados para la recolección de información mientras hago evidente el porqué de cada uno y su pertenencia para el área de estudio y para el campo de los estudios de género y medio ambiente. Al final del apartado recojo las reflexiones resultantes de la aplicación metodológica.

## **7.1 Enfoque metodológico**

El enfoque metodológico que orienta esta investigación se sostiene en tres principios centrales interconectados: el trabajo etnográfico, el potencial de la narración y la cartografía. La etnografía es para mí una forma coherente de conocer y acercarme a las vidas de los otros. No parto aquí de la noción malinowskiana de etnografía, sino más bien de aquella que busca, por un lado, comprender aspectos específicos de la vida de un grupo concreto de personas pero que, a su vez, reflexiona sobre como estas personas interpelan a quien investiga en una relación de producción mutua y profundamente vincular. Por tanto, creo en la etnografía que supone un exhaustivo proceso reflexivo sobre el investigador mismo para que reconozca los sesgos de raza, clase,

género y demás que condicionan y ubican su mirada en un contexto concreto y que, por tanto, más que expresar una realidad objetiva de cómo es la vida de otros, habla de la manera en que un sujeto situado y producido, articulado, con ciertas narrativas y discursos crea una representación particular de una realidad y participa de ella.

Así mismo, creo en la etnografía que busca una exploración que va más allá de la observación participante y que utiliza el cuerpo, los sentidos y emociones como recursos de producción de conocimiento en tanto son muestras de la manera en que cierta realidad nos interpela. Es también el mejor recurso para contrastar lo que mi maestro, el antropólogo colombiano Eduardo Restrepo, diferencia como *lo que la gente dice, lo que la gente hace y lo que la gente dice que hace*. Estos tres niveles de análisis etnográfico son claves para ver aquellos lugares donde la naturalización de prácticas y discursos operan en la cotidianidad, tanto en las personas que acompañamos durante la labor etnográfica como de nosotros mismos como investigadores. En mi experiencia, es en mi cuerpo donde he podido reconocer mis más grandes incoherencias, mis prejuicios y privilegios. Es a través de mi cuerpo que he podido descubrir el cansancio de otros pies y la fragilidad de los míos.

Del mismo modo, realizar trabajo etnográfico supone contribuir con la dimensión participativa y democrática de la labor investigativa misma que es uno de los vacíos encontrados durante la realización de los antecedentes y revisión de la literatura científica. Fúquene ha sido pensado y estudiado predominantemente desde enfoques cuantitativos enfocados en la gestión y el control del agua y la biodiversidad dejando de lado las cotidianidades de las esferas reproductivas, como lo son las mujeres, así que esta apuesta responde también a esta necesidad de producir conocimiento relacional, complejo, situado y que piensa las micropolíticas de la cotidianidad como una forma de politizar la vida.

La etnografía que aquí propongo tiene un fuerte componente narrativo en tanto que está centrada en las narraciones, recogidas a través de entrevistas, de hombres y mujeres habitantes de la laguna de Fúquene. También lo es porque tanto mi parte como investigadora como la de los investigadores asistentes que trabajaron conmigo consiste en crear narraciones de una situación, en construir el relato de las mujeres de Fúquene, a través de herramientas como el diario de

campo y este documento mismo. El narrar implica otorgar sentido a la experiencia, interpretar la vida misma y ordenarla para poderla contar y producir significado. Como lo dice Schongut:

“Mientras que la subjetividad es condición para una producción narrativa, al mismo tiempo la narrativa puede redefinir nuestra posición subjetiva en tanto tiene un poder estructurante: el mundo se reconstruye en la medida que los sujetos hablan, escriben o discuten sobre el (Cabruja et al, 2000; Potter, 1998) [...] La narrativa es un concepto límite entre lo individual y lo social, convirtiéndola en un punto de encuentro para la acción conjunta entre diferentes sujetos (Cabruja et al 2000)” (Schongut Grollmus N. , 2015)

En este caso, todas las partes involucradas en la investigación producimos una narración y con ella otorgamos significado, transformamos realidades, reflexionamos sobre situaciones, por lo que los instrumentos escogidos para el levantamiento de información están pensados desde este potencial narrativo.

Ahora bien, las narraciones, en tanto ancladas a nuestras experiencias concretas de vida y nuestra capacidad de significar discursivamente dicha vida, cambian de acuerdo con el lugar geográfico que habitamos (en este caso, la cuenca del río Fúquene), articulándose con la experiencia de otros, pero también tomando distancias con los otros. Por lo tanto, la cartografía como tercer principio lo que busca es mapear como el espacio geográfico se relaciona con las narraciones de las mujeres y por tanto con sus vidas cotidianas, y cómo, si bien estas relaciones cambian de un lugar a otro, también se encuentran. Es, como lo diría Stuart Hall, *los puntos de sutura*, las articulaciones constitutivas de la identificación individual y colectiva lo que busco mapear aquí.

**En consecuencia, para la realización de esta investigación se emplearon cuatro instrumentos centrales: Diarios de campo, entrevistas, grupos focales y cartografía social. Cada uno de estos será explicado en detalle más adelante. Esta investigación fue realizada durante los dos primeros años de la pandemia COVID-19, por lo que algunos instrumentos se aplicaron estando yo a la distancia.** Para poder continuar con el levantamiento de datos se decidió contactar a dos personas (Mariana y Mario) de la región que actuarían como asistentes de investigación y cuya función inicial fue encarnarme: yo vería a través de sus ojos y sentiría a través de sus cuerpos, pero a través de una pantalla, una Tablet que viajaría por la región. La Tablet tenía la función principal de proyectar mi rostro y mi voz. Yo conduciría virtualmente las

entrevistas mientras ellos completaban diarios de campo y observación participante. La última fase metodológica, la cartografía social, fue realizada presencialmente y dirigida por mí durante el mes de octubre de 2022.

## 7.2 Asistentes de Investigación

*Figura 11. Mariana Rojas y Mario Hernández.  
Asistentes de investigación.*



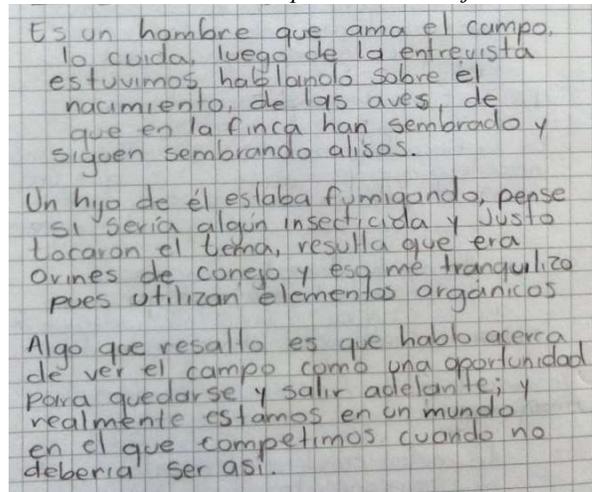
Mariana y Mario nacieron en Fúquene y han vivido toda su vida en la región. Ambos han dedicado más de una década al trabajo ambiental a través de sus vínculos con la Fundación Humedales, una ONG con fuerte presencia en la región y cuyo propósito principal es detener la desecación de la laguna de Fúquene a través de planes de monitoreo y educación ambiental. Mariana, con 23 años, ha estado vinculada con esta ONG desde su adolescencia, Mario, de 55, empezó su relación laboral siendo ya un adulto.

Yo los conozco hace casi 15 años y se de primera mano lo queridos que son por los demás habitantes de la región y he sido testigo de sus luchas por recuperar la laguna y la calidad de vida que de ella se desprende.

## 7.3 Instrumentos aplicados

## *Diario de campo:*

*Figura 12. Extracto de Diario de campo  
Realizado por Mariana Rojas*



Es un hombre que ama el campo, lo cuida. Luego de la entrevista estuvimos hablando sobre el nacimiento de las aves, de que en la finca han sembrado y siguen sembrando alisos.

Un hijo de él estaba fumigando, pense si sería algún insecticida y justo tocaron el tema, resulta que era orines de conejo y eso me tranquiliza pues utilizan elementos orgánicos

Algo que resalta es que hablo acerca de ver el campo como una oportunidad para quedarse y salir adelante; y realmente estamos en un mundo en el que competimos cuando no debería ser así.

Fotografía. Mariana Valderrama Leongómez

El diario de campo es una herramienta estrechamente vinculada a la etnografía. La idea es, como lo dice Restrepo “recrear con palabras lo observado y experimentado” (Restrepo, 2018: 67). Para el caso de la esta investigación, los diarios de campo fueron llevados por Mario y Mariana, asistentes de investigación, puesto que fueron ellos los que tuvieron el contacto presencial con los entrevistados. Yo tomé notas de campo durante las entrevistas, pero mi limitación al estar virtualmente me impidió llevar un diario de campo apropiado. Por eso, el trabajo de Mariana y Mario fue indispensable.

Por lo tanto, para asegurar la correcta escritura de estos diarios de campo, realizamos unos talleres previos a la realización de las entrevistas. Los talleres sobre la construcción de un diario de campo y la conducción de entrevistas se llevaron a cabo de manera virtual con una sesión semanal de 3 horas durante 4 semanas. La intención de estos era ofrecer herramientas a mis investigadores asistentes/compañeros para recoger la mayor cantidad posible de datos que no eran perceptibles para mí al estar en la pantalla. La primera sesión consistió en conversar con ellos sobre el trabajo etnográfico, la importancia del uso de los sentidos y de la reflexión personal cuando hablamos con otros. La segunda sesión, un poco más técnica, fue el diseño concreto del diario de campo: orden del diario, clasificación de la información, información relevante a consignar, y demás. La tercera sesión tuvo como objetivo introducir a Mario y

Mariana en los estudios de género, esto es, explicar brevemente porque es importante mirar en clave diferencial las experiencias de hombres y mujeres y ante qué tipo de cosas debían ellos estar alerta: si a la hora de hacer la entrevista a una mujer estaban en su residencia figuras masculinas o de autoridad, si había miradas entre las personas, interrupciones, contestaciones por parte de personas diferentes al directamente entrevistado. Trabajamos esa sesión la importancia del contexto en el que se recoge la información y como este afecta y condiciona los datos que nos dan las personas. Si sentían algún tipo de incomodidad, debían anotarlo en su diario de campo. Si percibían que el entrevistado se cohibía al hablar, mantenía un tono de voz baja o lo sentían temeroso, debían consignar todo ello en sus diarios.

La última sesión fue un ejercicio práctico. En un primer momento yo entrevistaría a uno de ellos mientras el otro anotaba percepciones personales de la persona y el entorno, descripciones detalladas del lugar donde se estaba realizando la entrevista, las formas en las que reaccionaba a las preguntas y reflexiones propias que podían surgir al oír al otro hablar. En un segundo momento ellos se entrevistarían el uno al otro, buscando no inducir las respuestas del otro, permitiéndole hablar, pidiéndole que amplie sus respuestas de ser necesario y haciéndolo sentir, sobre todo, cómodo y cuidado. Para finalizar, realizamos una sesión adicional de conversación. Quería retomar dudas, comentarios y, esencialmente, escucharlos.

### *Entrevistas<sup>8</sup>*

Las voces autorizadas para narrar Fúquene han sido siempre las de los gremios económicos representativos en la región, y la división social que esta narrativa ha constituido es una de las que busco disputar con esta investigación. Por tanto, no me centro en divisiones laborales o en capacidades económicas, así como tampoco en saberes científicos medioambientales especializados; para la realización de estas entrevistas me centro en las voces de las personas en tanto personas, e indago por sus historias personales y los significados que le otorgan a su experiencia misma, a sus prácticas, y al territorio que habitan. Me interesa privilegiar aquí la cotidianidad, la esfera del hogar, el lugar de lo privado, antes que continuar haciendo visible lo ya visibilizado.

---

<sup>8</sup> Los instrumentos diseñados, las transcripciones y audios de las entrevistas, y la galería fotográfica se encuentran disponibles solamente para los miembros del tribunal evaluador.

Previo a la realización de las entrevistas, se realizó una división geográfica de la cuenca del río Fúquene de acuerdo con la cantidad de acceso a agua potable en los hogares. Se dividió la cuenca en tres partes. La primera parte, la zona de páramo (con mayor acceso al agua); la segunda parte, la zona urbana, y la tercera parte, la zona lagunar (menor acceso al agua). Tres zonas con un nivel de acceso y potabilidad de agua muy diversas nos darían una perspectiva más compleja y completa de las experiencias de las personas, las maneras en que negociaban la escasez del agua y la manera en que dicha escasez se articulaba en sus vidas cotidianas y producía efectos concretos.

Decidimos conversar con hombres y mujeres, intentando que fuese en igual número, pues queríamos determinar si había diferencias en la manera en que hombres y mujeres experimentaban la escasez de agua y las consecuencias de esta en sus vidas cotidianas; buscaríamos la mayor diversidad posible en términos de poder adquisitivo. Esto es, trataríamos de conversar con personas campesinas oriundas de la región, con residentes provenientes de Bogotá que tienen su segunda residencia o casa vacacional y, de ser posible, con personas migrantes de otras zonas del país o de países vecinos. Cada entrevista realizada se marcaría con un punto de GPS para la consolidación de lo que llamamos “la ruta del agua”, que va del páramo a la laguna.

En cuanto a las edades, establecimos un amplio margen en el que sólo excluimos los menores de edad. Esto porque sabíamos que tanto mujeres como hombres son trabajadores activos desde la adolescencia, muchas mujeres ya son madres de familia a los 18 años y son los jóvenes los que, en muchos casos, se encargan de proveer a sus familias, alimentar a sus familiares mayores y realizar las tareas del hogar.

Con la idea de recoger de manera diferencial la experiencia, la voz de las personas con el agua y las implicaciones de la escasez de esta en sus vidas, diseñé un instrumento de entrevista diferente en razón del género; *la voz de la experiencia femenina* y *la voz de la experiencia masculina*, así los llame. Aunque diferentes, las entrevistas comparten las mismas categorías de análisis: Agua, Mujer, Territorio, Negociaciones (ver anexo 1). Estas, a su vez, responden directamente a los objetivos de la investigación y las necesidades que mencioné al principio de este apartado.

Cada voz estaría dividida en 4 partes. La primera parte consistía en una ficha técnica, la misma para todos los entrevistados. La ficha técnica recogía la información personal del entrevistado, su situación laboral, la titularidad de la vivienda que habitaba y la autorización para el uso de información. La segunda parte consistía en una indagación general por la vida familiar del entrevistado. En el caso de los entrevistados hombres, se buscaba que hablaran sobre las mujeres de su hogar y en el caso de las mujeres que hablaran sobre los hombres con los que convivían. Esto para establecer los roles de género, la distribución sexual del trabajo y las labores domésticas, además de rescatar representaciones y estereotipos de género en estas narrativas.

La tercera parte de la entrevista indagaba por el agua y los problemas en el hogar asociados a la calidad y cantidad del recurso. Así mismo, buscaba rescatar las acciones para la resolución de la escasez que se adelantan en el hogar y quienes las ponían en práctica, habiendo énfasis en los puntos y tiempos de recolección, y en las personas encargadas de recolectarla. Adicionalmente, se indagó por actores relacionados con el conflicto ambiental, por la presencia de autoridades ambientales y administrativas, juntas de acción comunal o alianzas vecinales.

La última parte de la entrevista buscaba indagar por la experiencia de vida en el municipio, la sensación de bienestar y calidad de vida, y los conflictos o problemas que los entrevistados pudiesen identificar. Finalmente, hablamos de sus proyecciones a futuro, sobre las cosas que cambiarían y que harían para ellos una vida mejor.

A través de estas entrevistas buscaba entonces 1. Establecer las zonas de la cuenca más afectadas por la escasez de agua. 2. Determinar como la cantidad y calidad del agua afecta directamente la vida cotidiana de las personas, diferenciando entre hombres y mujeres, y cómo las personas resuelven la escasez. 3. Identificar la división sexual del trabajo y las labores domésticas en la cuenca. 4. Identificar como la clase social condiciona la experiencia cotidiana en el municipio y la relación de esta experiencia con la capacidad de tener agua potable suficiente para suplir las necesidades básicas. 5. Identificar los diversos usos que se le dan al agua y cómo estos usos cambian de acuerdo con la cantidad, potabilidad y accesibilidad de la misma. 6. Establecer representaciones sobre la cuenca, sobre el municipio y sus problemáticas, y sobre la calidad de vida en general y su relación con la crisis ambiental. 7. Establecer horizontes de futuro comunes que puedan ser potenciados para el mejoramiento de la calidad de vida de las personas, específicamente de las mujeres, en el municipio. Adicionalmente se diseñó un instrumento

específico para los empleados del servicio municipal de Acueducto de Fúquene (3 hombres) que nombré “la voz institucional”.

### *Perfil de personas entrevistados*

Para escoger a las personas que serían entrevistadas, el conocimiento de Mariana y Mario sobre la región fue fundamental, pues pudieron identificar personas de cada zona de la cuenca con las que ya tenían algún tipo de vínculo y el acceso y aceptación a ser entrevistados sería más fácil. Aunque la mayoría de las personas que ellos conocían eran los hombres de los hogares, este vínculo previo abrió las puertas para que las mujeres pudiesen ser entrevistadas sin generar conflictos al interior de los hogares. Decidimos realizar las entrevistas siguiendo la ruta geográfica “del páramo a la laguna” en la cuenca del río Fúquene, pues las narrativas y negociaciones sobre (y con) el agua, sobre la experiencia misma y sobre la cuenca como unidad pueden variar de una zona geográfica a otra.

En consecuencia, las 25 entrevistas realizadas se dividieron así en cuanto al número de participantes por zona: Para las mujeres, accedieron a participar en total 15 mujeres, 4 mujeres adultas de la zona del páramo, 4 mujeres adultas de la zona urbana y 7 mujeres adultas de la zona lagunar. De aquí rescatamos un dato relevante, y es que las mujeres de la zona lagunar, la que menos acceso al agua potable tiene, fueron las más interesadas en participar del estudio. Especialmente si comparamos a la cantidad de participantes que accedieron de la zona del páramo (con mayor acceso al agua en la cuenca). Creemos, además, que este alto número de interés se debe a que la zona lagunar es también la más intervenida por las ONG y diversas instituciones, donde son los hombres los que son invitados a participar y las mujeres suelen ser dejadas de lado al no pertenecer a labores económicas productivas. La mayoría de las mujeres entrevistadas se dedican casi exclusivamente a las labores del hogar, sólo dos de ellas poseen estudios universitarios y las demás, en su mayoría, apenas terminaron la escuela primaria. De todas las entrevistadas, solo una realiza labores asalariadas y es ella quien es, curiosamente, la única que no es madre.

En cuanto a los hombres, participaron 3 hombres de la zona del páramo y 7 hombres de la zona urbana para un total de 10 entrevistas. De estos, 3 participantes son empleados en cargos

diversos de la gestión municipal de Acueductos, lo que es realmente importante para este estudio en cuanto a que, además de permitirnos entender su experiencia personal con el agua, a través de ellos también podríamos darnos una idea más clara de la gestión del agua desde una perspectiva institucional. Ningún hombre de la zona lagunar accedió a ser entrevistado. Muchos declararon no tener tiempo y no deseaban involucrarse en más proyectos. Algunos manifestaron rechazo a cualquier participación debido a una alta desconfianza frente a proyectos de investigación que generalmente “resultan en nada”. Esto nos hace pensar que los hombres de esta zona tienen una sobrecarga de atención institucional que no tienen los demás hombres de la cuenca ni las mujeres.

A continuación, en las figura 7 y 8, presento los perfiles de cada uno de los entrevistados, organizados a demás por las zonas de ubicación de su vivienda (*zona páramo*, *zona urbana*, *zona lagunar*).<sup>9</sup>

*Figura 7. Tabla participantes mujeres por zona*

---

<sup>9</sup> Los nombres han sido cambiados con el fin de proteger la identidad de los participantes

	<b>Edad y lugar de origen</b>	<b>Personas con las que convive</b>	<b>Estado civil</b>	<b>Acceso a agua potable</b>	<b>Zona</b>	<b>Estado laboral y educativo</b>	<b>vivienda</b>
<b>Claudia Obiedo</b>	44, Fúquene.	Esposo y 3 hijos	casada	si	Paramo	Ama de casa. Escuela primaria	propia
<b>Lucía Navarro</b>	64, Fúquene	Esposo	Casada	Si	Paramo	Ama de casa. Escuela primaria	propia
<b>Sofía Saenz</b>	50, Fúquene	Esposo y tres hijos	Casada	Si. intermitente	Paramo	Ama de casa. Escuela primaria	Vivienda propiedad del empleador
<b>Mireia Ramírez</b>	35, Fúquene	Padre, madre y tres hermanos	comprometida	si	Paramo	Bachillerato. Locutora emisora	Vivienda familiar
<b>Elsa León</b>	64, Bogotá	Esposo	Casada	si	Zona urbana	Ama de casa. Profesional	propia
<b>Angela Nuñez</b>	23, Fúquene	Padres e hijo menor	Soltera	Si	Zona urbana	Desemplead. Sin estudios terminados	Vivienda familiar
<b>Rosario Ortíz</b>	47, Fúquene.	Esposo y dos hijos	casada	si	Zona urbana	Ama de casa y empleada del servicio. Sin estudios terminados	propia
<b>Nadia Hernandez</b>	28 años, Bogotá	Dos padres, hermano menor	soltera	Si. intermitente	Zona urbana	Escuela bachillerato terminada	Vivienda familiar
<b>Catalina Ferreira</b>	38, Fúquene	Esposo, suegra y dos hijos.	Casada	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Escuela primaria	En alquiler
<b>Lucrecia Roa</b>	31, Fúquene	Esposo y dos hijos	Casada	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Escuela primaria	Vivienda familiar
<b>Ana María Rosas</b>	20, Fúquene	Marido, padre y madre, dos hermanos y un hijo	Soltera	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Sin estudios	Vivienda familiar
<b>Martina Bole</b>	36, Fúquene	Esposo y dos hijos	Casada	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Sin estudios	alquilada
<b>María Elisa Rueda</b>	56, turmequé	Esposo, hijo, madre y hermano con discapacidad	casada	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Sin estudios	alquilada
<b>Yasmin Pereira</b>	20, Venezuela	Madre y dos hijos	Soltera	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Ama de casa Escuela bachiller-terminada	alquilada
<b>Jesica Pedraza</b>	36, Fúquene	Madre y padre	Soltera	No agua potable en el hogar	Zona lagunar	Contratista Fundación Humedales. Estudios universitarios terminados	Vivienda familiar

Figura 8. Tabla participantes hombres por zona

<b>Alvaro Muñoz</b>	42, Fúquene	Esposa y dos hijos	Casado	Si	Paramo	Agricultor. Escuela primaria terminada	propia
<b>Andrés Brill</b>	36. Fúquene	Madre	Soltero	Si	Paramo	Empleado (secretario de servicios públicos del municipio) Bachillerato terminado	Vivienda familiar
<b>Antonio Rueda</b>	70. Susa	Esposa	Casado	si	Paramo	Agricultor retirado	
<b>Jaime Osorio</b>	80 años Fúquene	Hijo y nieto	viudo	no	Zona urbana	Escuela primaria. Agricultor	propia
<b>Alfonso Ortiz</b>	37 años, Bogotá	Padre e hijo	soltero	no	Zona urbana	Bachillerato. panadero	propia
<b>Ignacio Fuentes</b>	78, Fúquene	Hija y tres nietos	Viudo	Si. Intermitente	Zona urbana	Agricultor retirado. Sin estudios	Vivienda propia
<b>Fernando Mantilla</b>	38, Bogotá	Madre y padre	Soltero	Si. Intermitente	Zona urbana	fontanero del Acueducto El Litoral. Bachillerato terminado	Vivienda familiar
<b>Alberto Dorado</b>	52, Bogotá	Esposa y dos hijos	Casado	Si. Intermitente	Zona urbana	Desempleado. Escuela primaria terminada	Alquiler
<b>Pedro Arcila</b>	77, Bogotá	Hijo	Viudo	Si	Zona urbana	Desempleado sin estudios	propia
<b>José Casas</b>	50, Fúquene	solo	soltero	si	Zona urbana	Operario de Planta del departamento de agua de Fúquene	propia

*Grupos focales y cartografía social:*

Cuando hablo de cartografía en realidad estoy pensando en la *contracartografía*, que es, siguiendo a Rocheleau en conversación con Diana Ojeda (Ojeda, 2020) “ir en contra del mapa oficial para cuestionar “el mapa detrás de los ojos”. Como lo dice Font:

“los mapas también pueden utilizarse para combatir los efectos de las representaciones geográficas, ya sea visibilizando experiencias no presentes o silenciadas en la cartografía oficial, utilizando los mapas como una herramienta útil para el activismo político, capaz de repensar, imaginar y plantear alternativas distintas a la realidad actual” (Font, 2018)

Como Fúquene ha sido exclusivamente cartografiado desde las ciencias naturales, económicas o con fines estadísticos, quise construir *contracartografías* que mostrasen realidades cotidianas silenciadas, en este caso las de las mujeres. Así mismo, producir este tipo de cartografía me permitiría establecer un análisis socioespacial a través del cual era posible ver la relación de mutua producción entre el espacio y la vida de las personas para, finalmente, “abrir espacios para otras formaciones socioespaciales menos desiguales y violentas” (Ojeda, 2020: 168).

Para ello, realicé un grupo focal con 4 mujeres<sup>10</sup> que ya habían participado de las entrevistas; una de la zona del páramo, dos de la zona urbana y una más de la zona lagunar. Invitamos a muchas más, pero sólo ellas pudieron acudir finalmente a la sesión<sup>11</sup>. El objetivo de este grupo focal era discutir colectivamente sobre los puntos de sutura, las articulaciones, encontradas en sus narraciones y mapas y poner sobre la mesa elementos que estaban naturalizados o invisibles para ellas y profundizar en ellos y en nuevas reflexiones que pudiesen surgir en el encuentro colectivo.

### *Contracartografías del alivio<sup>12</sup>*

---

<sup>10</sup> Para los grupos focales y talleres de cartografía sólo convoque a mujeres, en tanto que es su visión la que me interesa recoger en esta investigación, no para dejar de lado la de los hombres sino para visibilizar nuevas y no documentadas formas de construir y habitar el territorio.

<sup>11</sup> Encontramos mucha resistencia por arte de las mujeres y sus maridos a asistir a las sesiones debido a que están se realizaban fuera del hogar y en espacios colectivos. Este punto es en sí mismo un resultado que será elaborado en los capítulos correspondientes.

<sup>12</sup> Le he llamado *contracartografía del alivio* porque *relief* significa *alivio* en inglés y, curiosamente, el ejercicio produjo en las participantes una profunda sensación de *alivio*, un momentáneo *quitarse la carga de encima, compartir el peso*. Pero dejaré estas reflexiones para más adelante

La sesión se llevó a cabo en el salón social de la Fundación Humedales, a las 7 de la tarde, horario en el que no había funcionario alguno en el lugar y las participantes finalizaban sus labores en el hogar. Yo misma fui a buscarlas a sus casas en diferentes puntos de la cuenca del río Fúquene para trasladarlas a este espacio y retornarlas a sus hogares.

Los materiales empleados para realizar esta primera contracartografía del alivio consistían en una serie de 3 hojas de papel calcante, colores y lápices, y una pizarra con marcadores. La sesión se dividió en tres momentos. La primera, la construcción de los mapas individuales (ver la figura 7/ expuesta arriba) en la primera hoja de papel calcante, la segunda la identificación de puntos de bienestar y malestar en los mapas individuales<sup>13</sup> y la tercera, la discusión colectiva de estos resultados. La intención de usar papel calcante era que ellas pudieran ver como se sobreponían las capas de su experiencia personal, ver a través del papel como su mapa, el mapa del mundo que ellas habitan cotidianamente (el primer mapa), se relacionaba con sus emociones y sensaciones (segunda capa, segunda hoja calcante). Esto, además, era también la materialización del relieve, de las relaciones socioespaciales y su coproducción con la vida misma.

Así pues, cada una de las participantes debía dibujar individualmente en un primer momento el mapa de los espacios que habita cotidianamente (por ejemplo, su hogar, su tierra, su lugar de trabajo, su pueblo, las casas de sus amigas, etc). Luego, sobreponiendo la segunda hoja de papel (o capa de la experiencia), debían expresar gráficamente, haciendo uso de las convenciones que les parecieran más apropiadas (algunas usaron flores, otras corazones, otras cruces) los lugares donde se sentían *mejor* y donde se sentían *peor*. En este punto los términos mejor y peor eran abstractos. Una vez construidas estas dos capas, el tercer momento de la sesión consistió en comprender colectivamente qué significaban estos términos mejor y peor, y que cosas en común tenían los mapas de las participantes. Esto es, descifrar juntas que cosas de la vida de cada una se hacen colectivas en el dolor y en la tranquilidad.

*Figura 9. Mapa del deseo. Imagen parcial*

---

<sup>13</sup> Véase la figura 7. En esta la participante ha puesto una X sobre el pueblo. Esta X está dibujada sobre la segunda hoja de papel e indica que el pueblo para ella es un lugar de malestar.



La segunda sesión sucedió en el mismo lugar que la primera, pero en un día distinto, a la misma hora y con las mismas participantes. Consistió en la creación de lo que he llamado el *mapa del deseo*. Las mujeres participantes construyeron, primero de manera individual y luego colaborativa, un mapa del deseo en el que proyectaron su vida como la quieren vivir. Es decir, imaginaron personal y colectivamente cómo transformarían el espacio geográfico para mejorar sus cotidianidades. En la Figura 7 se aprecia con claridad un ejemplo: los espacios sociales y de encuentro, lugares

culturales y de creación colectiva son parte esencial de esa transformación deseada y son, a su vez, indicativos claros de las carencias actuales.

Una vez identificados colectivamente los elementos que les producen malestar, el significado de este malestar o el bienestar, y cuáles de estos eran compartidos, nos sentamos a imaginar el futuro, a construirlo al narrarlo y expresarlo gráficamente. Aquí las experiencias individuales se hacen colectivas y por lo tanto susceptibles de escalamiento. Esto es, abrir formas de hacer y reclamar territorios en el movimiento de lo personal a lo político, de lo individual a lo colectivo (Peluso, 1995).

## 8. PRESENTACIÓN DE LOS RESULTADOS

No es posible hacer una investigación sobre mujeres sin entender las relaciones de poder que, históricamente, han producido la noción de mujer en el contexto concreto que aquí me ocupa. Contextualizar entonces de qué mujeres hablamos cuando hablamos de mujeres de Fúquene, y cómo se articula esta noción con el agua, es entonces central en los resultados que se presentarán a continuación.

En el capítulo 1 elaboro el significado mismo de la idea de mujer en el imaginario regional, para mostrar cómo este está estrechamente vinculado con la carga y el trabajo doméstico, y cómo esta asociación ubica al agua en un lugar central en la experiencia cotidiana de las mujeres. Caracterizo esta noción de carga como la primera materialidad del agua y muestro cómo la escasez de agua potable en los hogares aumenta la carga y contribuye a perpetuar la vulnerabilidad de las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene.

Como el foco de esta investigación son **las estrategias de negociación de las mujeres**, al final del capítulo identifiqué entonces que **formas comunitarias de negociación entre mujeres no han sido posibles debido, por un lado, a la carga que estas poseen en sus hogares y, por otro, a la división sexual del trabajo profundamente naturalizada en la región.**

En el capítulo 2, me enfoco en las estrategias de recolección individuales y colectivas que se han identificado a lo largo de esta investigación. La primera parte la dedico a las estrategias individuales y la segunda a la idea del **favor como una forma de relación social que les permite negociar la escasez de agua y, con ella, la carga que llevan.** Muestro también el **lugar que ocupa la autoridad municipal y estatal en la carga, en la soledad y en el aislamiento que experimentan las mujeres del municipio debido a la falta de infraestructura y servicios públicos** (como el transporte o lugares de encuentro social), lo que hace que gestionar **estrategias de mitigación colectivas frente a la escasez de agua sea aún más complicado.** La segunda y tercera materialidad responden entonces a las implicaciones de esta política del favor: la envidia y la soledad.

En el capítulo 3, titulado *Estrategias pendientes, mapas comunes*, expongo cómo estas mujeres participantes imaginan su municipio y proponen **alternativas para transformar su realidad actual.** En este último capítulo busco *unir los puntos*, es decir, visibilizar las necesidades

comunes de las mujeres a lo largo de la cuenca, recoger en una sola voz colectiva lo que es en principio individual y exponer el mapa del deseo, es decir, la transformación del territorio que las mujeres participantes desean.

### **8.1 La carga de ser mujer: roles de género y división sexual del trabajo**

En este capítulo busco indagar por el significado diferencial de la noción de carga de acuerdo con la ubicación de las mujeres a lo largo de la cuenca y el acceso al agua potable. En términos generales, y quizás un poco obvios, es posible decir que en Fúquene la vida es *mejor* donde hay acceso a agua potable. Ahora bien, como trataré de mostrar a continuación, esto sucede porque cuando hay agua, las mujeres pueden cumplir con sus deberes en el hogar, pueden encarnar satisfactoriamente el rol de género de la mujer como cuidadora y administradora del hogar. Por lo tanto, lo que se discute en este capítulo no es sólo el significado de la carga para las mujeres sino también la idea misma de lo que significa ser mujer en Fúquene. Metodológicamente, los insumos que utilizo en mi argumentación provienen de las entrevistas realizadas y de los grupos focales.

Divido el capítulo en dos apartados. En el primero, establezco el imaginario que opera en la región sobre la idea de ser mujer. Con esto siento las bases para entender la noción de carga y su asociación con el rol de género y la división sexual del trabajo. Este punto lo elaboro en el apartado titulado *la carga del hogar, el lugar del agua*.

#### **8.1.1. La mujer y el espacio de la significación**

Hablar de la opresión histórica de las mujeres y de cómo se ha construido a través del tiempo la subordinación en razón del sexo es una labor de la que ya bien se han ocupado muchas autoras e investigadoras de diversos campos de los estudios de género. Traigo aquí solo dos ejemplos específicos que permiten aterrizar esta discusión en el caso particular de las mujeres de Fúquene.

Gayle Rubin, en su texto *El tráfico de mujeres. Notas sobre la "Economía Política" del sexo* (1986) nos muestra cómo el sistema sexo/género sostiene su base en lo que enunció la teoría marxista; en la idea de que la sexualidad biológica es transformada, cultural y socialmente, en

productos, y por tanto las mujeres son eje central de dichas economías en tanto que sus cuerpos producen relaciones de parentesco y permiten la reproducción de las labores productivas. Las mujeres, de acuerdo con Rubin, están inmersas en un set de relaciones de poder, intercambios, donde los derechos sobre ellas mismas y sobre sus vidas son residuales en comparación con los que tienen los hombres. El intercambio, dice Rubin “es una percepción profunda de un sistema en que las mujeres no tienen pleno derecho sobre sí mismas” (Rubin, 1986, p. 28). El llamado final de Rubin es a incluir en los análisis políticos y económicos el lugar de las mujeres, la sexualidad y el matrimonio, pues estos constituyen y otorgan significado a las sociedades.

Val Plumwood (1993), por su parte, establece el concepto de dualismo como un sistema de ideas con implicaciones materiales concretas, contextuales y cambiantes, que mantiene las estructuras sociales a favor de los grupos dominantes. En el caso particular de las mujeres, al estar ubicadas en el lado de lo irracional, lo natural y lo incontrolable, las mujeres hemos sido, y somos aún, objetos de dominación y colonización establecidos por el pensamiento occidental (El Máster, como lo llama Plumwood). La falta de conciencia sobre la dependencia y la racionalidad en la que está inmerso El Máster es entonces, siguiendo a Plumwood, su gran falencia y el lugar de su propia destrucción.

Dos cosas en particular me resultan pertinentes de estos ejemplos, la idea de que las mujeres no tienen derechos sobre sí mismas como sí los tienen los hombres sobre sí mismos y sobre ellas, y la idea de que las mujeres compartimos con la naturaleza la matriz que justifica la dominación. Estos textos, ambos ya con muchos años encima, siguen increíblemente vigentes en Fúquene, donde los roles asignados al sistema sexo/género que opera en la región se corresponden a su vez con la lógica dualista de Plumwood. A continuación, presento los insumos empíricos que me permiten realizar dicha afirmación.

Las narrativas de los entrevistados sobre la idea de ser mujer, sobre el significado de la palabra mujer, reflejan con claridad esta construcción histórica: las mujeres trabajadoras, fuertes y “berracas”, como se dice en Colombia, que además encuentran su realización en el trabajo doméstico y en el cuidado del hogar y la familia. La idea de la berraquera como característica constitutiva de la mujer es entonces un imaginario, entendiendo este como “un conjunto de

producciones mentales materializadas (...) El imaginario es inseparable de las obras mentales y materiales que sirven a cada conciencia para construir el sentido de la vida, de sus acciones y de sus experiencias coloreadas de determinaciones personales e histórico-concretas.” (Solares, 2015, p. 137). Un imaginario cuya construcción tiene mucho que ver con el sistema sexo género y con el dualismo colonial que nos menciona Plumwood pero que aterriza y se materializa en la cotidianidad de las mujeres y significa su vulnerabilidad y también su agencia. Como bien lo dice Federici

“La diferencia con el trabajo doméstico reside en el hecho de que este no solo se le ha impuesto a las mujeres, sino que ha sido transformado en un atributo natural de nuestra psique y personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración, proveniente supuestamente de las profundidades de nuestro carácter de mujeres. El trabajo doméstico fue transformado en un atributo natural en vez de ser reconocido como trabajo ya que estaba destinado a no ser remunerado. El capital tenía que convencernos de que es natural, inevitable e incluso una actividad que te hace sentir plena, para así hacernos aceptar el trabajar sin obtener un salario” (Federici, 2013, p. 37)

Alrededor de este imaginario, profundamente naturalizado tanto en hombres como mujeres de la región, se construye el sistema sexo/género en Fúquene; se otorga a la naturaleza sexual el rol de género del cuidado y el trabajo doméstico como un atributo innato y deseado, como el lugar de la realización personal, como una *cosa de mujeres*. En este sentido, el cuerpo de las mujeres es entonces un lugar al que se le ha atribuido una significación (Carter, Donald, & Squires, 1993). Es decir, el trabajo doméstico y la condición de esposa. Ser esposa de alguien y tener familia, llevar el hogar y las tareas domésticas, se convierten en los significados asociados al significante mujer. Esto se ha naturalizado en el imaginario de tal forma que recibimos testimonios como este: “Las mujeres de acá somos mamás, muchachas muy lindas hermosas. Somos responsables en los hogares, con el esposo y con los hijos” (Claudia Obiedo, zona páramo, 44 años, entrevistada). Aquí, la definición de mujer, la ontología de lo que somos, esta articulada con los estereotipos más clásicos y tradicionales de lo femenino: la maternidad, la belleza, la condición de esposa y encargada del hogar.

Esta significación a su vez permite a los hombres de la región asumir las labores asalariadas y, por tanto, obtener los derechos sobre la vida que el dinero trae consigo y que, aunque en la cotidianidad no exista realmente ese dinero, simbólicamente el hombre representa la posibilidad

de obtenerlo. Por ejemplo, cuando le preguntamos a Jaime Osorio, habitante de las rondas lagunares de la cuenca, por qué cosas le gusta hacer a su mujer, él nos contestó: “la pasión de ella es atender bien a sus hijos y a mí, aquí la familia es lo primero de ella” (Jaime Osorio, zona urbana, 80 años, entrevistado).

Uno de los peligros de dicha asociación, de esta significación romantizada, es que las labores domésticas terminan siendo pensadas como un no-trabajo; disfrazadas de placer, realización personal y hasta disfrute en tanto naturales a la mujer, el trabajo doméstico y el cuidado de la familia deviene en el imaginario social regional como un “no hacer nada”, justificando así el reproche y la violencia. Así mismo, los matrimonios no se deshacen a pesar de la violencia, pues la compañía del hombre, repito, significa el potencial sustento de la vida. Ya volveré sobre este punto en el siguiente apartado.

Ahora bien, al insertarse esto en la identidad colectiva de las mujeres, ellas hablan sobre sí mismas y sobre el colectivo “mujeres” de la región en los siguientes términos:

“Las mujeres de aquí se destacan por ser trabajadoras, se le miden a lo que sea, no se quedan quietas. Son unas duras. Están en el ordeño, madrugan, que los niños, que todas las cosas... son unas berracas, echan azadón, llevan comida a los obreros, que el niño, que los animales, son muy activas y fuertes. Hay mujeres hasta embarazadas que uno se les quita el sombrero” (Nadia Hernández, zona urbana, 28 años, entrevistada).

La “berrquera”, sin embargo, no parece ser otra cosa que el disfraz de la desigualdad y la sobre carga laboral que asumen las mujeres. Por poner otro ejemplo, Fernando habla de las mujeres como personas “muy trabajadoras, pendientes de sus familias, del ganado, de sus animalitos. Ellas sacan comida, sacan cosas cuando hay eventos” y habla de su madre en los siguientes términos: “El trabajo caracteriza a mi mamá, está pendiente de su hogar y de no quedarse quieta” (Fernando Mantilla, zona urbana, 38 años, entrevistado).

También sucede en la narración de Ignacio, hombre de 75 años, viudo, que al hablar del valor de las mujeres de la región inmediatamente refiere al trabajo doméstico. Así lo dice:

“El que no valora a la mujer estamos perdidos. Yo si la valoro. Porque en realidad yo fui un tipo que duré, en mi juventud, de lavar platos en adelante y los animales, y todos los oficios que tiene que hacer una mujer ...a uno le queda grande. Yo si valoro sagradamente la vida de la mujer, porque el que no es un desagradecido. Lo digo a boca abierta” (Ignacio Fuentes, zona urbana, 77 años, entrevistado).

Su relato en reivindicación de la mujer está dirigido al trabajo doméstico de las mujeres, como si en ello se agotara la idea misma de la mujer. Lo reivindica porque él, como hombre, ha tenido que realizar las tareas históricamente asociadas a las mujeres, y es desde allí que realiza esta reivindicación. Pareciera, una vez más, que el valor de la mujer es el trabajo no remunerado.

Ahora bien, esta ficción es leída por mujeres de la región en condiciones socio económicas distintas de la siguiente manera:

“Las mujeres de aquí se caracterizan por ser muy fuertes, resistentes y luchadoras. Pero, esa realidad eso mismo se ha vuelto un orgullo peligroso para ellas, cosa que las encajona y obliga a seguir siendo siempre “luchadoras”, soportando tanta injusticia y precariedad. Esa idea les quita la oportunidad de verse, y de darse cuenta de que pueden y deben transformar la realidad. Una cosa es ser luchadoras y trabajadoras, pero, otra bien distinta es ser pasivas, y esclavas de un sistema injusto y absolutamente patriarcal” (Elsa León, zona urbana, 64 años, entrevistada).

Esta narrativa, proveniente de una mujer de 65 años, criada en Bogotá, con acceso a la educación superior y que se ha establecido en Fúquene con su esposo, nos muestra una lectura atravesada por la clase social. Ella vive en Fúquene, pero *no es de Fúquene*. Ella se desmarca de esas mujeres y de las situaciones que atraviesan, deja ver una posición crítica frente a la realidad de las mujeres de la región a través de un lenguaje y una terminología académica. La idea de la injusticia, la esclavitud, el patriarcado y la necesidad de transformar la realidad son términos claves en la narrativa de Elsa, especialmente porque su lectura está en un lugar tanto “desde adentro” como “desde afuera” en tanto que comparte el territorio geográfico pero su posición social distancia su realidad personal de la de las mujeres campesinas. Sin embargo, la lectura homogenizante de las mujeres como esclavas y pasivas resulta igual de peligrosa que aquella que reduce la experiencia de la mujer al trabajo doméstico. Lo que queda claro aquí es que para Elsa la noción de mujer no pasa por las mismas lógicas y procesos históricos que para las mujeres que han crecido en la región y han producido su identificación desde una idea particular de lo que significa ser mujer.

La pasividad que Elsa identifica no necesariamente es una pasividad absoluta ni carente de reflexión y agencia, como veremos al final de este apartado, la agencia también opera desde una expresión pasiva que no puede ser pensada como inexistente. Además, y si bien son pocos, cada

vez es más común escuchar reflexiones críticas sobre esto, especialmente en las mujeres más jóvenes. Natalia, de 28 años, habitante de la zona urbana, nos dice, por ejemplo:

“Tenemos mucho pensamiento antiguo que la mujer es de la casa y que tiene que conseguir su marido. Aquí he escuchado mucho que después de tantos años ya le dicen a uno que donde está su marido o acompañante. Eso es como algo que para la gente es importante. La mujer tiene que tener su marido desde los 15. Falta inculcarle tanto al hombre como a la mujer que los dos pueden salir a explorar y no tienen que quedarse ahí en esos pensamientos antiguos” (Nadia Hernández, zona urbana, 28 años, entrevistada).

Ahora bien. Estas reflexiones también aparecen en mujeres jóvenes que están casadas, como es el caso de Lucrecia, quien nos dice:

“A mí me gustaría que hubiera una estabilidad para la mujer. No solo darle plata porque la plata corrompe a la persona. Ver que necesidades de verdad tienen las personas y ayudar a las mujeres. No nos duele coger un azadón, un balde. Acá somos muy trabajadoras. Acá se necesita más apoyo a la mujer, porque acá estamos olvidadas por el hecho de estar acá en la casa” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 32 años, entrevistada).

Lo que sí parece quedar claro es que la idea de mujer en Fúquene contiene dos significados, ambos tremendamente violentos, ambos producto de la construcción y materialización de los imaginarios sociales: o como trabajadoras incansables y por tanto *berracas* felices de serlo, o como esclavas y pasivas para los ojos externos. Como bien sabemos, ninguna es *verdad* pero ambas son reales. Hay una generación de mujeres que está repensando su situación y cuya experiencia vital puede, potencialmente, generar transformaciones a futuro.

Sin embargo, en todos los testimonios que he citado aquí, tanto en hombres como mujeres, la experiencia de ser mujer está vinculada directamente con el trabajo doméstico y con la *berraquera* que invisibiliza la opresión y la desigualdad. Ahora bien, si la idea de ser mujer y el trabajo doméstico se fusionan en el imaginario colectivo regional, tanto de hombres como de las mujeres, ¿qué pasa cuando no es posible cumplir con el trabajo doméstico a cabalidad debido a la escasez de agua en algunas zonas de la cuenca? De eso me ocuparé a continuación.

### 8.1.2 La carga del hogar: el lugar del agua

De la misma manera que Dios creó a Eva para dar placer a Adán, el capital creó al ama de casa para servir al trabajador masculino, física, emocional y sexualmente; para criar a sus hijos, coser sus calcetines y remendar su ego cuando esté destruido a causa del trabajo y de las (solitarias) relaciones sociales que el capital le ha reservado. (Federici, 2013)

Si partimos del imaginario de que el trabajo doméstico es la realización de la idea misma de ser mujer, entonces este deja de ser trabajo. Al hacerse un *no trabajo*, las labores del hogar se asocian al placer y al descanso, y esto, como lo enuncié arriba, es justificante de una serie de violencias. Escuchemos a Rosario Ortiz, entrevistada habitante de la zona urbana del municipio:

“la mujer tiene muchísimos oficios en la casa, pero ese oficio no es valorado ni nada, porque dicen que no sirve para nada. Antes dicen “de qué está cansada si usted en todo el día no hace nada; aquí mantiene descansando, haciendo de comer y comiendo”, es duro y no tenemos derecho ni a quejarnos, ni a decir nada, ni a decir estoy cansada, porque lo regañan o le pegan. Que usted qué hizo en todo el día, que usted esta es descansando aquí en la casa, sin hacer nada, que la señora es la que tiene una mejor vida descansando en la casa; pero no se dan de cuenta que es un trabajo muy duro. Antes más encima, llegan es bravos a pelear a la casa, porque si no les gusta la alimentación, pues llegan es a pegar, a romper lo que hay, a tratarlo mal” (Rosario Ortiz, zona urbana, 47 años, entrevistada).

Ella expresa con claridad la constante amenaza en la que vive ante la idea de su esposo de que su trabajo en la casa no es trabajo real. Rosario, por ejemplo, además del “no trabajo” que tiene en su hogar, trabaja como limpiadora de casas de familias provenientes de Bogotá. Lo confirma también María Elisa Rueda, cuando nos dice que

“Ellos la verdad es que no se dan cuenta de todo lo que uno hace porque no es por echarme flores, pero...el sacrificio de uste tener una casa ordenada, y tener una comida, eso no es fácil, eso es cosa seria, ellos piensan que uno no hace nada” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).

José Casas, operario de planta del departamento de aguas de Fúquene, nos cuenta que, en su casa, *le ayuda* su sobrina, que reside con él y a quien él “le reconoce algo” por su trabajo doméstico. ¡Como resulta de doloroso hablar de salario para el trabajo del hogar! Cuando le preguntamos *qué pasaba entonces cuando ella no podía estar*, él nos contestó: “Entonces ya tenemos que mirar a ver cómo solventamos el trabajo” (José Casas, zona urbana, 50 años, entrevistado). Esta forma en la que José habla resulta particularmente interesante, pues cuando las tareas domésticas son realizadas por su sobrina él usa el término “ayuda”, mientras que en caso de ausencia de la mujer responsable y cuando él debe asumir dichas tareas, el término que emplea para referirse a las tareas del hogar es “trabajo”.

Ahora bien, si como lo señala también Federici, “Toda mujer sabe que debe cumplir con esos servicios para ser una mujer de verdad y lograr un matrimonio «exitoso»” (Federici, 2013, p. 38), ¿qué pasa cuando no hay agua y por tanto no es posible cocinar, por ejemplo? Hay aquí dos tipos de violencia operando al simultáneo, la primera tiene que ver con la asociación del trabajo doméstico con el ocio y el placer y por tanto con el desprecio del trabajo de las mujeres, y la segunda con la violencia física a la que se ven expuestas las mujeres cuando, por factores externos como la escasez de agua, les impiden cumplir con su deber natural de *mantener contento al marido*.

“Hay escasez del agua, y todavía el esposo le pega a la señora, que no se arregle, que qué saca con bañarse y cambiarse todos los días, es por allá de cada 8 días y mantenerse bien desaseada bien sucia, porque pa qué se arregla si el agua ta escasa, pa qué lava si no hay agua, entonces es una crisis dura que tocaba dejar lo que los maridos dijeran para hacerlo uno. Pero las que nos quedamos en la casa tenemos que mirar cómo se hace la alimentación, cómo podemos tenerles la ropa limpia, como podemos hacer el aseo de la casa o para uno mismo arreglarse y bañarse, porque si no hay agua en la casa, qué vamos a hacer...toca ir a buscarla a conseguirla o hacer algo, pero es una crisis dura” (Rosario Ortiz, zona urbana, 47 años, entrevistada).

Si bien sería impreciso decir que el agua es el único factor desencadenante de violencia intrafamiliar y machista, es un claro factor en los relatos de las mujeres de la región. Un relato que se transforma dependiendo del lugar de la cuenca que se habita y su accesibilidad al agua potable. Entre más agua, menos conflictos en el hogar, pues las mujeres pueden cumplir con sus “deberes” sin problemas. Esto, además, tiene una implicación siniestra más: los derechos de las

mujeres se pierden si no pueden cumplir con su deber, supuestamente natural. Sus cuerpos no tienen derecho a la limpieza, ni al descanso, y el producto económico de sus trabajos tiene otro dueño. Son golpeadas, vulneradas y limitadas si no logran atender la administración del hogar como se espera de ellas, incluso cuando la responsabilidad de una situación, como la escasez del agua, está completamente fuera de su control. La pérdida de derechos conlleva entonces a la acentuación de la vulnerabilidad. Lucrecia Roa nos contó, en un relato que nos sacó lágrimas, lo siguiente:

“una tía hace 4 años me volvió una nada por el agua, que porque yo me le había robado unos tubos. Y no, yo no necesito de tubos. Ella se encargó de dañar mi reputación en donde sacábamos agua y nos dañó. Yo no puedo lavar ropa ni nada porque sangro al lavar debido a los golpes que me metió mi tía. Ella luego golpearme y a quitarme el cabello, cogió un ladrillo y me pegaba como si fuera a matar a un animal” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 32 años, entrevistada)

La violencia física es una de las consecuencias de la lucha por el agua en el municipio. Esta mujer fue acusada de robar el agua de su tía, golpeada y aislada del pozo de recolección por miedo a los maltratos. Las envidias y disputas vecinales son constantes en Fúquene, y aunque el caso de Lucrecia no es el más usual, es uno de los espectros de este abanico de consecuencias que causa la crisis del agua en la región. Ahora bien, insisto, no se trata de la crisis del agua en sí misma, sino de lo que esta revela; la lógica de la comunicación del agua nos muestra, una vez más, como opera la vulnerabilidad de las mujeres, mujeres reducidas al trabajo doméstico.

Uno de los entrevistados hombres, panadero de 37 años, que ha vivido la mayor parte de su vida en Bogotá y ha podido acceder a educación, hace un relato de las mujeres de la región bastante revelador:

“Esas señoras madrugan, cuando yo voy a llevar el pan, ellas ya llegan de ordeñar y suben a hacer el desayuno, luego salen a ver los animales, si los tiene cerca pues le rinde más, pero si los tiene lejos se demora mucho más. Luego sube a hacer el almuerzo y tras del hecho, tiene que salir a buscar al man para llevarle el almuerzo donde esté, y literalmente a pié, porque el que anda en moto es él, jeje. Y a veces bajan a trabajar porque en los invernaderos utilizan más a las mujeres, regresan a las 5 y media a hacer la comida y a lo de la casa. Aquí las mujeres son trabajadoras. Por ejemplo, esa viejita hace todo, 3 hijos salen a las 7 ya desayunados, y regresan por la noche a la comida, pero ellos no se preocupan por ayudar. Y a ella le da miedo reclamarle a los hijos, porque se le ponen bravos y porque la insultan...y si le compran una pipa de gas y si de pronto se acaba a los 2 meses le reclaman” (Alfonso Ortiz, Zona urbana, 37 años entrevistado)

Su perspectiva hace un retrato bastante claro de la situación de las mujeres en Fúquene; la sobre carga laboral y la violencia familiar en la que están inmersas. En el caso que relata Alfonso la violencia se da de los hijos a la madre. El rol de madre, de mujer madre, debe poderse cumplir a pesar de no tener los insumos básicos para realizar las actividades que implica. Esto nos muestra que la vulnerabilidad en la que se encuentran las mujeres se articula directamente con el espacio geográfico; aquellas mujeres habitantes de las zonas de páramo que poseen nacederos de agua en sus terrenos son menos vulnerables en tanto que poseen recursos para cumplir sus deberes en el hogar, seguidas de aquellas que habitan el casco urbano, pues poseen acueducto de agua potable todo el tiempo. Hay además una correlación entre estas dos zonas y la seguridad alimentaria de los hogares, el nivel educativo de los hijos, la propiedad de la vivienda familiar y la reducción de violencia familiar.

Un ejemplo claro de la situación profundamente desigual que se vive en la cuenca puede verse al comparar la voz de Álvaro Muñoz, habitante de la zona del páramo de la cuenca, y la voz de Lucrecia. Por su parte Álvaro dice:

“Se puede quedar el municipio sin agua, pero la finca no. Lo uno, por el nacedero que tenemos, y lo otro el agua que viene de donde sale el nacedero principal que va para el municipio, entonces ahí la única es que se seque el nacedero, pero ni en los veranos más grandes... disminuye, pero nunca se seca. Por lo general el sector del páramo nunca va a quedar sin agua por el nacedero principal es el que surte el agua para el pueblo, queda aquí en el páramo, entonces es como difícil que nosotros quedemos sin agua” (Álvaro Muñoz, zona páramo, 42 años, entrevistado)

Mientras que la experiencia para Lucrecia es bastante distinta. Ella habita en la zona urbanizada conocida como Nuevo Fúquene, en las rondas lagunares. Esto es lo que nos contó:

“No teníamos agua ni para lavar un plato ni para consumir ni para nada. Nos tocaba ir a la mina, traerla, para bañarnos y comer y todo. Nos tocaba ir a lavar a vuelta grande, pero la gente se cansa y no nos dejaron lavar más y comenzaron los problemas. Así que este ahora salimos como estemos, sucios o impíos” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 32 años, entrevistada)

Los dos testimonios anteriores dan cuenta de la diferencia profunda en cuanto al acceso al agua a lo largo de la cuenca del río Fúquene. La radical diferencia en la experiencia, acentuada además por la pandemia, se traduce en que el poder tener agua significa tener alimento. Sofía

Sáenz, habitante de la zona del páramo, nos cuenta por ejemplo que “en esta época de pandemia no se aguantó hambre, o así uno no tenga dinero en el bolsillo, uno nunca se va a acostar sin comer o nunca le hace falta, pues yo que le digo...es que vivimos como tan bien que uno no echa de menos así cosas” (Sofía Sáenz, zona páramo, 50 años, entrevistada). Por el contrario, Lucrecia nos cuenta que “llevamos días en que no comemos bien. No tenemos con qué”, mientras que Ana María lo dice en los siguientes términos:

“El agua para comer, nos toca sacarla de allí de Nuevo Fúquene, del aljibe, porque la de la laguna si es no más para lavar y para loza y la ropa y no más. No tenemos agua potable. Solo agua de la laguna. y simplemente la utilizamos lavar, para hacer los oficios de la casa. Y para cocinar la traemos de la mina, el pozo profundo de agua natural que es un aljibe de agua, aquí en la región” (Ana María Rosas, zona lagunar, 20 años, entrevistada)

El alimento, por tanto, es un derecho que parece no aplicarse por igual en el municipio de Fúquene, y el hambre y las dificultades para la consecución de alimentos se acrecientan cuanto más aumenta la degradación ambiental. Los cascos urbanos gozan del privilegio del agua en tanto son los espacios habitados por los comercios municipales más importantes, así como las sedes de las alcaldías, iglesias y otras instituciones de relevancia económica y social. Las zonas rurales, veredales del municipio, continúan en el olvido.

La zona del páramo se caracteriza de manera diferente por su ubicación geográfica y la existencia de nacederos en los terrenos, lo que suple la incapacidad del Estado y la administración municipal de llevar agua potable a todos los hogares. Sin embargo, de aumentar el cultivo de papa, la minería ilegal y la ganadería a pequeña escala en esta zona, el futuro no se vería muy alentador. Ahora bien, sin estas actividades no habría sustento alguno en el presente.

Adicionalmente, la alimentación no sólo está interconectada de manera necesaria con el agua, también lo está con la vivienda. Muchos de los habitantes de las zonas rurales residen en hogares con infraestructuras básicas, en residencias que pertenecen a los dueños de las fincas que trabajan o en hogares alquilados. De nuevo, la presencia de hogares con mayor infraestructura (servicios básicos, cocina y aseos) se encuentran en el casco urbano y la zona de páramo. Las rondas lagunares, por su parte, sufren de un doble problema a causa de su ubicación geográfica estratégica con el paso de la carretera y conexión con transporte interurbano: por un lado, acogen la mayor población migrante de otros municipios (y ahora de Venezuela) y por otro, poseen el

agua más contaminada y más escasa de la cuenca. En este caso, la mayoría de los habitantes no posee vivienda propia, o estas están en condiciones casi de inhabitabilidad. Así lo relata Lucrecia Roa:

“Ahora no tenemos estufa, cocinamos con leña, y si llueve pues no podemos cocinar. No teníamos luz, y aquí se quedaban nuestros hijitos cuando toca irse a trabajar” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 31 años, entrevistada).

En contraste, Lucía nos cuenta que compró su tierra en el páramo hace ya muchos años. Ella y su esposo llevan 36 años viviendo en la casa que pudieron comprar gracias a su trabajo y una gran deuda que ya está saldada. Su hogar, la condición de su casa, le permite, por ejemplo:

“Ver un poquito la televisión, para qué...nos dedicamos al televisor, las noticias y las novelas, de las 2 de la tarde, jejeje. Bueno de 2:30 a 4 estamos reposando, ya a las 4 4:30 ya salimos otra vez al ordeño y vuelve a las 5 ya está uno en la pieza de la casa (Lucía Navarro, zona páramo, 64 años, entrevistada).

En este caso no sólo la vivienda es propia, sino que su infraestructura y acceso a servicios públicos básicos como la luz le permite disfrutar del tiempo de ocio y calidad familiar. Así mismo, sus hijas son propietarias de apartamentos en Bogotá, y han accedido a la universidad, por lo que la calidad de vida del núcleo familiar es bastante mejor que la de habitantes de las zonas veredales como Lucrecia.

El ocio, el tiempo libre, se articula entonces con claridad con el nivel de acceso al agua. Las familias que habitan las rondas lagunares deben destinar mucho más tiempo a la distribución, consecución y administración del agua para que el hogar funcione; recoger aguas lluvias, traer agua del aljibe para los alimentos, recolectar la que proviene del acueducto y que, al ser no potable e intermitente debe ser almacenada y utilizada para labores del hogar, son asuntos obligatorios y diarios para que estas familias garanticen su subsistencia básica. Muy diferente a si solo tuvieran que abrir el grifo. Angela Núñez, habitante de la zona urbana lo relata así:

“El agua nos llega del acueducto, a veces la mandan en la noche, a veces seguido, a veces no llega en 8 días. Es el acueducto de tarabita. Al otro lado de carretera esta la bomba. Pagamos como 5mil pesos, que es mucho. Tenemos un tanque arriba para bañarnos, para el baño recolectamos la de la ducha, y para comer tenemos dos canecas grandes que recogemos cuando llega del acueducto. Cuando no llega vamos a traer del tanque o donde mi abuelo en Nemogá que él tiene un aljibe. Son 20 minutos en moto, a pie 1.5h Hasta el aljibe es trocha, y toca ir cuando no hay para comer. Traigo una cantina de 40 litros, que

nos dura más o menos unos dos tres días. Tratamos de usarla solo para la comida” (Angela Núñez, zona urbana, 23 años, entrevistada).

Lo anterior muestra que, incluso si se tiene agua potable, la frecuencia del suministro es impredecible, lo que afecta directamente la alimentación familiar, el tiempo destino a su consecución y aumenta la carga laboral del núcleo familiar. La situación se acentúa aún más cuando el agua que llega del acueducto no es potable. Así lo relata Catalina Ferreira:

“Tengo acueducto, pero no lo utilizo. Primero porque viene de la laguna y no tiene la capacidad para que sea agua potable, eso genera que, si a mí me van a cobrar por algo, hagan bien su trabajo. El agua la bombeo del río Fúquene porque aquí nos toca ir a recogerla allí. Esa agua no la uso para comer, la de comer la traigo de la mina. Esta la utilizo para lavado de cantinas, aseo de la casa y baños” (Catalina Ferreira, zona lagunar, 38 años, entrevistada).

Lo que queda claro entonces es que las familias de la cuenca, en aras de poder subsistir y cubrir las necesidades básicas, organizan su tiempo y sus días con relación al agua y su consecución. Quienes poseen agua potable y constante tienen, por tanto, tiempo disponible para invertir en actividades familiares, personales y de ocio. Tienen, además, una reducción importante en la carga mental que implica la administración efectiva del recurso agua, en tanto que no necesitan conseguir agua de diversas fuentes dependiendo del uso que quieran darle. El agua para lavar ropa, el agua para cocinar y beber, el agua para los animales, al no provenir de la misma fuente, representa una necesidad incrementada de consecución y un trabajo triple para las mujeres. En este sentido un testimonio que nos llamó mucho la atención fue el de Lucrecia, quien nos cuenta:

“Por ejemplo en mi caso, yo digo, así sean 5 minutos me los dedico, así no me bañe ni me arregle. Esos 5 minutos son para pensar cómo vamos a hacer el día. Y digo, hoy voy a arreglar mi casa, organizar la ropa que toca lavar, traer el agua, hoy vamos a hacer esto. Nos levantamos a las 3am a ordeñar nuestras vacas y llevar la leche, luego ordeñar las del patrón, luego venga desayúnnos, bajemos de nuevo a trasladar el ganado. Llegue, ponga la olla, vaya a ver las otras novillas y mientras está el almuerzo alistar lo de la comida. Luego de pasar el ganado pongo la olla y hago otras tareas de la casa. No tengo tiempo” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 31 años, entrevistada).

Las mujeres deben planear y administrar cada día cómo resolverán esta situación, y, en el caso de Lucrecia, ella llama a esta situación tiempo para ella, el tiempo que ella *se dedica* es tiempo para pensar cómo administrar y resolver la cotidianidad, pues, como es ya claro, la distribución sexual

del trabajo es una realidad en Fúquene y las mujeres son las principales encargadas de las tareas del hogar mientras que los hombres son quienes salen a trabajar.

Aunque, como veremos en algunas entrevistas, los hombres “ayudan a veces”, las responsables directas de la administración del hogar son las mujeres. Cuando hablamos de quien era la persona más afectada del hogar por la escasez de agua, la gran mayoría coinciden en que es la persona que cocina, es decir, ellas y sus hijas. María Elisa Rueda, madre y esposa, habitante de la zona conocida como Nuevo Fúquene, un caserío cercano a la laguna, lo dice así:

“soy la que sufro con eso, porque mi marido pues si sufrirá y todo eso, pero él se levanta y se va a hacer sus oficios y yo quedo aquí, que con qué lavo la cuchara, que con qué lavo la ropa, que con qué me baño ... Yo soy la que me quedo aquí con eso. El problema es que yo soy la que tengo que ... como ellos se van, casi como que esperan que lleguen aquí y yo les tenga la comida y la ropa limpia y ... entonces, claro que la que me embejuco a veces soy yo, porque yo digo: “aaa jue p... antes no traen agua, no hay agua, de dónde más saco, de dónde hago”, entonces soy yo la que me estreso, me desespero y yo créame que viví una crisis de estrés hace como 2 años, por eso y por otro montón de vainas; de que el más mínimo ruido, yo no quería escuchar ni siquiera ese bendito equipo, yo no quería escuchar nada de ruido porque yo me ponía muy mal; gracias a Dios pues yo misma me controlé, me controlé porque dije me voy a volver loca si yo sigo así” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada)<sup>14</sup>

Las palabras de María Elisa revelan con claridad la situación de muchas de las mujeres de la zona; los hombres se van y son ellas las que deben resolver y asegurar la alimentación y demás tareas que sostienen la vida familiar. Esta sobrecarga, cada vez más extrema por la escasez de agua, produce efectos palpables en la salud mental de las mujeres.

---

<sup>14</sup> Mariana Rojas, mi asistente y compañera de investigación, escribe en su diario al respecto: Mientras transcurría la entrevista ella estaba preparando el almuerzo y pude observar cómo aprovecha al agua al máximo. Ha sufrido mucho por el agua, ella es quien asume todo en su hogar y de por sí es la más afectada por este recurso”

### 8.1.3 Agencia y vulnerabilidad

Ahora bien, si bien existe una clara correlación entre el acceso a agua potable y elementos como la salud, la violencia intrafamiliar y machista, y el tiempo libre del que disponen las mujeres, es importante insistir en que todas las zonas de la cuenca tienen un nivel de deficiencia de agua potable y por lo tanto el servicio sigue siendo inadecuado. Todos estos elementos, a su vez, están anclados a la división sexual del trabajo (que está lejos de ser superada en la región) y a la brecha en cuanto a infraestructura pública entre el espacio rural y el urbano. Son estos aspectos, interconectados, los que enmarcan y significan la noción de vulnerabilidad en la cuenca del río Fúquene.

En este sentido, la vulnerabilidad en su relación con la salud, con las diversas formas de violencia y con la noción de tiempo son características que revelan lo que está dado infraestructuralmente y lo que no, y esto, en consecuencia, determina la agencia de las mujeres inscritas en estas relaciones de poder. La vulnerabilidad no es sólo por el agua, o la falta de ella; la vulnerabilidad no es climática o hídrica y tampoco es exclusiva de las mujeres rurales pobres del sur global: la vulnerabilidad es más bien producto de una serie de relaciones que se visibilizan, en esta caso concreto que me ocupa, a través de la carencia de agua, pero que pasan por sistemas de opresión que exceden la preocupación por el agua misma.

Los roles de género y los procesos de identificación por el cual las mujeres parecen aceptar su rol sin disputarlo, como es el caso de Fúquene, nos muestra como las condiciones infraestructurales para que transformar esta opresión aún no están dadas, así como tampoco lo están las condiciones que les permitan a estas mujeres articularse políticamente y exigir la prestación de servicios públicos adecuados. Si bien es manifiesta su incomodidad frente a la carencia de agua, las entrevistas recogidas muestran cómo la gran mayoría de las mujeres dice encontrar su realización personal en el cuidado del hogar. Eso que puede verse como un actitud pasiva o resignada, o como una naturalización de la subordinación, debe ser leída también en clave de deseo, de las condiciones históricas que han moldeado los deseos de estas mujeres y que han dado forma a esta aceptación del rol de género. Si bien manifiestan rechazo a la violencia que sufren, cansancio frente al exceso de trabajo en el hogar, y molestia frente a la precaria situación laboral del municipio, al preguntarles por ellas mismas, por sus aspiraciones, las respuestas son

contendientes: el hogar va primero. En consecuencia, hablar de agencia en las mujeres de la cuenca del río Fúquene implica entender cómo esta es diferencial, ni completamente activa, ni completamente pasiva. Aquí la agencia está operando entonces en varios niveles. Opera en un lado visible desde la narración del cansancio, desde la emoción y la conciencia de la opresión y la violencia que sufren, pero también opera en el plano de quietud, siguiendo a Mahmood:

“La capacidad de agencia social está implicada no sólo en aquellos actos que producen cambio (progresista) sino también en aquellos cuyo objetivo es la continuidad, la estasis y la estabilidad (Mahmood, 2019)

Lo que realmente buscan estas mujeres es lograr estabilidad económica y armonía familiar, no romper sus vínculos afectivos con sus maridos y familias en aras de dejar de soportar la carga del hogar. Esto lo confirman los testimonios de varias entrevistadas. Aquí algunos ejemplos:

*“A mí con que me dejen un tanquecito de mil litros mensual yo con eso soy feliz, teniendo agua para hacer de comer y yo tazo el agüita y con eso yo tengo (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).*

*“mi labor es importante acá en la casa. Me acuesto tarde mientras les colaboro un poquito a los hijos, atraso un poco mi trabajo en la cocina que es tan desagradecida. Pero yo soy muy feliz con lo que me toca hacer” (Sofía Sáenz, zona páramo, 50 años, entrevistada).*

*“Estar con mi familia. Estar bien. Así haya falta de comer, pero que ud este bien con su familia lo fortalece mucho. Eso es como un eje. Si ud no le da movimientos ese eje se queda trancado y ahí queda. Por eso los hogares no duran, porque se dejan caer. Nosotros en esto tan duro nos hemos mantenido juntos. Pero con la casa rota es muy difícil, se nos entra el agua, hace frío. Veo a mis hijos sufrir y nadie hace nada, nadie nos ayuda.” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 32 años, entrevistada).*

La agencia, en su expresión paciente, muestra cómo las mujeres realizan acciones para conservar sus hogares, para cuidar de ellos, pues en ellos encuentran su felicidad; la barraquera es entonces no sólo un disfraz de la desigualdad, es también un significado muy fuerte para las mujeres de Fúquene, una identidad que determina sus deseos y por consiguiente sus prácticas. Ayudar a los hijos, mantenerse unidos, hacer de comer, buscar el agua, por ejemplo, son acciones pacientes características también de la agencia pues contribuyen la estabilidad del núcleo familiar y por tanto de ella mismas. De las manifestaciones visibles, activas, de la agencia me ocuparé en el capítulo siguiente.

## 8. 2. Estrategias de negociación: En búsqueda del agua

Hasta ahora he explicado como las mujeres de Fúquene están ancladas a un imaginario de la idea de mujer reducido casi en su totalidad a la idea de la “berraquera” como un disfraz de la carga que asumen. Carga caracterizada por el imaginario del trabajo doméstico como finalidad y realización de las mujeres. Así mismo, he mostrado cómo esta misma carga incrementa con la escasez de agua y acentúa la vulnerabilidad de las mujeres, quienes son violentadas si no logran cumplir con los deberes del hogar. También he mostrado cómo, por irónico que suene, el mantener el hogar y cumplir con el rol de género asociado pasa por el deseo de estas mujeres y por tanto las acciones que realizan en aras de cuidar su hogar pueden ser leídas como expresiones pacientes de la agencia.

En este capítulo, me interesa elaborar la idea de la vulnerabilidad desde la agencia visible o activa; desde las prácticas que llevan a cabo las mujeres para sortearla o mitigarla. Así, vinculo la idea del favor a la vulnerabilidad como una forma de mitigar sus efectos, pero también la anclo a una escala mayor; el favor como recurso ante la incapacidad de las autoridades municipales y estatales de ofrecer infraestructura básica y agua a los hogares del municipio. Así, el favor, que opera como una relación social pensada como menor en la región, es la manera en que se logra la intervención de las autoridades, por un lado, y por otro se entablan relaciones sociales con otros miembros de la región. **En suma, lo que busco es explicar los dos tipos de estrategias de negociación de la escasez de agua identificadas a lo largo de esta investigación, pero también poner sobre la mesa las falencias estructurales de estas estrategias, las consecuencias de estas estrategias en la vida de las mujeres y, finalmente, establecer las que quedan pendientes, los horizontes de futuro que podrían consolidar las mujeres.**

Trabajo entonces en este capítulo dos estrategias de negociación puntuales: **las estrategias de recolección y acopio que se consiguen individualmente y las estrategias de negociación que operan apelando a la política del favor, que puede ser dirigida hacia otros miembros de la comunidad o hacia personas vinculadas a las entidades municipales.** Luego, para cerrar el capítulo, apunto las consecuencias del uso de estas estrategias en la vida cotidiana de las mujeres, estableciendo **la envidia y la soledad** como las más problemáticas.

### **8.2.1 Estrategias de recolección individuales: el camino del agua, el camino de la vulnerabilidad**

En el capítulo anterior, y a través de la búsqueda por llenar de sentido la idea de mujer y las relaciones de poder que configuran su significación, describí como esta noción es inseparable de la división sexual del trabajo y los roles de género. Así mismo, mostré como poder cumplir con este rol hace parte del deseo mismo de las mujeres y por tanto de su agencia.

Las estrategias de recolección de agua, por tanto, son centrales para este objetivo: mantener el hogar. Me ocupo en este apartado de apuntalar las estrategias individuales que adelantan las mujeres para poder llevar agua a sus hogares y la manera en cómo la usan para cumplir con todas sus tareas diarias. Sin querer, estas estrategias se fueron revelando a lo largo de los testimonios citados anteriormente, pues, así como son acciones que se adelantan con el fin de para mantener el hogar en armonía y reducir por tanto la vulnerabilidad a la que se exponen si no pueden cumplir con sus deberes, son también estrategias que, en sí mismas, representan y caracterizan la carga misma, la carga del agua, y por tanto aumentan la vulnerabilidad desde otros frentes. Una vez más, esto se acentúa dependiendo del lugar de la cuenca que habitan las mujeres, por lo que tanto la vulnerabilidad como las estrategias para mitigarla cambian de acuerdo con la ubicación geográfica y son diferenciales.

En suma, la vulnerabilidad tiene dos caras. La primera es la que se acentúa cuando las mujeres no pueden cumplir con sus tareas del hogar (violencia machista) o cuando el trabajo del hogar es pensado como un *no trabajo*, y la segunda es a la que se exponen realizando las tareas mismas de recolección y distribución de agua, que pueden desencadenar violencia intrafamiliar, violencia social, reducción del tiempo libre y efectos en la salud mental y física. Esto puede ser visto en dos planos, el individual y el colectivo. En este primer apartado apuntalo tanto las estrategias individuales que adelantan las mujeres como los efectos de dichas estrategias en el plano personal.

Para algunos ejemplos concretos, recordemos el caso de Lucrecia, quien fue agredida por su tía al intentar sacar agua de sus tubos. El de María Elisa quien sufre alergias por el agua sucia con la que debe bañarse, el de Jesica que nos cuenta que el agua de los tanques la expone a mosquitos

constantemente o aquellas mujeres que ponen pastillas de cloro al agua sin ningún tipo de control o seguridad sobre los efectos de esto en la salud. Además, recordemos que deben cargar las cantinas de agua durante largas horas en caso de no tener un hombre que conduzca el vehículo disponible, y cómo esto pone en riesgo a las mujeres (Kher, Aggarwal, & Punhani, 2015, p. 17). Una de nuestras entrevistadas nos contó, por ejemplo, que: “Una vez me fui a traer un poco de agua y un burro me atacó. Quedé desmayada. Pero es terrible, esta mano me quedó sin poder hacer fuerzas” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).

Adicionalmente, varios testimonios citados anteriormente nos muestran cómo el acopio en los pozos y en la mina son cada vez más complicados debido a que estos están controlados por grupos de las zonas impidiendo la libre circulación o aprovisionamiento, lo que ha causado que las mujeres estén dejando de ir a buscar a agua a estos lugares debido a tensiones sociales que pueden enfrentar (de esto me ocuparé luego a mayor profundidad).

Todos estos efectos en la vida de las mujeres no son únicos de la situación en Fúquene y han sido ampliamente documentados en otros contextos del sur global por entidades como ONU mujeres y la CEPAL, además de un amplio corpus de trabajos académicos. Sin embargo, este estudio es el primero en documentarlos en Fúquene.

En resumen, las estrategias identificadas para la recolección de agua, de acuerdo con cada zona, son:

*Figura 10. Estrategias individuales de recolección de agua. División por zonas*

<b>Estrategia/ zona</b>	<b>PARAMO</b>	<b>URBANA</b>	<b>LAGUNAR</b>	<b>Usos de la fuente de agua</b>
<b>Pozos fabricados manualmente</b>		x	x	Agua para lavar ropa y hacer aseo, o para los animales
<b>Recolección en la mina</b>		x	x	Agua para cocinar y beber
<b>Nacederos</b>	x			Agua para cocinar y beber
<b>Política del favor</b>	x	x	x	Agua para diversos usos
<b>Potabilización rudimentaria</b>		x	x	Agua para cocinar y beber
<b>Recolección de aguas lluvias en tanques de almacenamiento</b>	x	x	x	Agua para cocinar y beber

<b>Acopio desde el acueducto de agua potable o carro tanque</b>	x	No en la totalidad de la zona		Agua para cocinar y beber
<b>Acopio desde el acueducto de agua no potable</b>		No en la totalidad de la zona	x	Agua para lavar ropa y hacer aseo, o para los animales
<b>Desviar agua de la carretera</b>		No en la totalidad de la zona	x	Agua para lavar ropa y hacer aseo, o para los animales

Fuente: Elaboración propia

La tabla nos muestra con claridad como la zona de páramo recurre no sólo a menos estrategias para la recolección de agua (4 en total) sino que son las que menos consecuencias nocivas tienen para las mujeres, pues el agua o llega a sus hogares o van a buscarla a los nacederos y tanques de recolección de aguas lluvias que están en sus terrenos. Por otro lado, las habitantes de las zonas urbana (excluyendo al casco urbano) y lagunar deben adelantar entre 5 y 7 estrategias de recolección para remediar la falta de agua.

Los efectos concretos de estas estrategias (que tienen la particularidad de aumentar y mitigar al mismo tiempo la vulnerabilidad de las mujeres), y del desarrollo de las estrategias sociales para el acopio de agua me ocuparé en el siguiente apartado, pero ya no en el plano de lo personal o individual sino en una escala colectiva y social.

### 8.2.2. Política del favor: estrategias sociales para resolver la carencia

Así pues, en un primer momento, me enfoco en explicar de qué hablamos cuando hablamos de la carencia de infraestructura básica y del lugar que ocupan las autoridades municipales en este problema. Analizo cómo la política del favor, en este caso, opera como una forma de corrupción que está ligada al favorecimiento de las élites de la región. Luego, muestro cómo las mujeres de la región usan el favor para conseguir mitigar la carencia de infraestructura y poder así resolver necesidades inmediatas en relación con la consecución del agua. Este tipo de favores generalmente suceden entre miembros de grupos familiares extendidos y/o vecinos. El favor es entonces otro disfraz que oculta la desigualdad causada por una inequitativa distribución de recursos por parte de las autoridades municipales que favorecen a unos pocos. Las consecuencias de este *favoritismo* en la región son severas, pues la comunidad en general ha reaccionado a esta situación desde la envidia, término que aparece constantemente en las narraciones de las personas entrevistadas, y que por tanto impide una consolidación real y profunda de redes comunitarias de apoyo y otras estrategias sociales que podrían conducir a una transformación política del espacio en Fúquene. Al final del capítulo apuntalo la idea de la soledad en las mujeres como otra de las consecuencias directas de la envidia que recorre la región y que, al contrario del agua, no escasea. **La formación de estrategias comunitarias, inexistente hasta ahora, es entonces la estrategia pendiente, y tal vez la única, que podría contribuir a una resolución estructural del problema.** De esto me ocuparé en el capítulo siguiente.

#### *Favores y servicios: sólo para las élites*

En el apartado titulado *El problema del agua en Fúquene: de razones, intervenciones y efectos* hice ya una radiografía de cómo las autoridades municipales y organismos institucionales encargados de la gestión del agua en el municipio a una escala mayor han siempre favorecido los sectores productivos y urbanos del municipio antes que a las familias campesinas de la cuenca. Dije también que las mujeres en particular son un sector nunca antes escuchado en cuanto a las consecuencias y necesidades asociadas al agua. Antes que entrar a repetir esta radiografía, la utilizo aquí como base para mostrar cómo la negociación en Fúquene, ante una autoridad

municipal invisible, pasa por la idea del favor. El favor, siempre personal, es la cara visible del Estado en Fúquene. Un favor que tiene cara de corrupción.

Campeños de la región me han comentado recientemente que la oficina de Planeación y la CAR (Corporación Autónoma Regional) han aprobado recientemente la construcción y consecuente provisionamiento de agua potable para 4 casas más en la vereda Chinzaque, donde ya hay cortes de agua periódicos. Cuatro casas cuyos dueños son personas de Bogotá, que usarán la vivienda como segunda residencia. Cuatro casas que incluyen jacuzzi y grandes terrenos con sistema de riego. En el 2020 ya se había concedido una licencia similar a una vivienda de características semejantes cuyo dueño es un ex capitán del ejército nacional. Cuentan los demás habitantes de la vereda que saben cuándo *el capitán* está en el jacuzzi porque baja la potencia del agua y se va la luz. El capitán, supuestamente, había pagado una buena suma de dinero y una botella de Aguardiente para obtener la gestión de las licencias. Al parecer estas 4 casas nuevas, pidieron el mismo favor. Mientras tanto, las casas de mujeres como Rosario Ortiz, vecina del *capitán*, deben pagar mensualmente lo que para ellas son altas sumas de dinero por recibir agua potable de manera intermitente. Aquí sus palabras:

“Pues el metro cubico esta como que a 2.500 pero eso es por lo que uno gaste...si gasta 10 o 20 metros cúbicos, se los van cobrando y como uno como es de pocos ingresos, pues gasta poquito. Los ricos son los que se dan gusto de desperdiciarla y acabarla en lujos. No les importa, ellos no miran esa crisis tan dura que hay aquí en el campo” (Rosario Ortiz, zona urbana, 47 años, entrevistada)

El caso es que las construcciones nuevas que logran, a través de favores, la licencia de construcción, pagan por el suministro de agua, el “punto” de agua como le llaman, sin necesariamente pasar por la oficina de servicios públicos de la Alcaldía ni tramitar por la vía legal su solicitud. Adicionalmente, consumen altas cantidades de agua y energía para abastecer las construcciones de lujo, dejando a los demás pobladores con aun mayores carencias. Alejandro Briceño, trabajador del acueducto de Fúquene, nos lo explico en los siguientes términos:

“En 4 años se ha incrementado en 400 usuarios, entonces cuando empezó el verano, evidenciamos que algunos usuarios no les alcanzaba a llegar el agua; iniciamos la investigación y concluimos que el tema fue porque aumentaron mucho los puntos de acometida de agua para los usuarios de Bogotá, pero no buscaron más fuentes hídricas para poder abastecer, o sea, que seguimos con la mismas fuentes, más usuarios, y como

ustedes saben, por el cambio climático, las fuentes hídricas ya no abastecen con la misma cantidad de agua, entonces han venido surgiendo esos inconvenientes. Y el problema es de suministro de agua: Entonces, nosotros como plan de contingencia, contratamos un carro tanque para llevar agua de 4.200 litros y con esto abastecíamos a la comunidad que no le llega agua. En el momento tenemos aproximadamente 35 solicitudes que han llegado este año de acometidas, que no les hemos podido dar viabilidad, no porque no queramos, sino porque es muy complicado...llega otro verano y queda la gente sin abastecimiento. Entonces, lo que se le ha planteado al señor alcalde y a los honorables concejales, es que, antes de seguir ampliando y desarrollando el municipio, porque aquí, pues ahorita, está muy costoso el tema de los lotes rurales y la tierra para construir cabañas, pues debemos primero buscar las fuentes hídricas para luego si desarrollar el municipio urbanísticamente. Para poder garantizar el agua a la comunidad. A ver si nos escuchan” (Andrés Brill, zona páramo, 36 años, entrevistado).

El poner en espera la urbanización del municipio es una situación que no aplica para todos. El hecho de ciertas zonas de la cuenca del río Fúquene sean compradas y cada vez más solicitadas por personas pudientes provenientes de Bogotá ha causado un alza en el precio de la tierra que la hace inasequible para las familias campesinas, especialmente las jóvenes<sup>15</sup>. Esto, que no es otra cosa que un proceso de gentrificación que “no se trata de un desplazamiento a corto plazo de la población instalada en un territorio específico, sino de la reconversión crecientemente excluyente e irreversible de un barrio” (Casgrain & Janoschka, 2013, p. 30).

Sumado a lo anterior está el hecho de que estas casas reciben servicios públicos como el agua y la luz saltándose por encima de la pila de solicitudes que entran de usuarios regulares, a quienes además no se les autoriza construir sus casas porque esa zona de la cuenca del río Fúquene está declarada zona de especial protección ambiental y patrimonio natural.<sup>16</sup> Este es el caso concreto de Claudia, quien nos contó: “Mi sueño por cumplir es hacer mi casa. El lote de acá es de mi esposo. Yo quiero una casa prefabricada de dos pisos, que sea mía. En mi lote allá en Chinzaque. Pero el problema es que eso es zona de riesgo y no nos dejan construir” (Claudia Obiedo, zona

---

<sup>15</sup> Las familias campesinas que compraron su tierra antes del inicio de este proceso de gentrificación suelen tener mucha tierra acumulada en su poder

<sup>16</sup> Esta sentencia es el resultado de la Acción Popular N° 2001 -2020. Demandantes: Jairo Hely Avila Suárez y Tito Simón Ávila Suárez " \_ Demandados: Nación, CAR y otros»

páramo, 44 años, entrevistada).<sup>17</sup> Los sueños de unos parecen entonces más posibles que los de otros.

Esta misma situación puede verse en relación con el sector ganadero, también una élite económica y con vínculos muy estrechos con la administración pública. El testimonio de Lucrecia ejemplifica este tema al contarnos que

“hace un tiempo el vecino trajo al alcalde, y el señor quería tener el agua para ellos solos, porque el necesitaba más para lavar lonas para el ganado. Entonces vino a quitarnos el punto de agua, nos rompieron la casita, que usted ve que es de tablas, se llevaron las cosas. Nos dañaron por el agua y por envidia. No es justo que el ganado se esté tomando el agua del ser humano, para eso están los ríos, la laguna de Fúquene, pienso yo. Pero ellos no, ellos tienen que ser agua potable para el ganado (Lucrecia Roa, zona lagunar, 31 años, entrevistada).

Este testimonio ejemplifica cómo quienes tienen el favor de los poderosos utilizan esta herramienta en detrimento de los más empobrecidos, campesinos iguales, pero sin el favoritismo del alcalde de turno, por ejemplo. Un alcalde que, según el testimonio de Lucrecia, favorece a un ganadero.

Son muchas las instancias públicas donde la situación de corrupción se ha denunciado, pero nada ha pasado. Como lo dijo alguna vez Sandra Ortiz, Representante a la Cámara de Boyacá, “¿Quieren saber cuáles son los intereses reales de las personas que están alrededor de la laguna? ¿Por qué les interesa que se seque?, ¿Crecer sus extensiones?, ¿Quiénes son los empresarios y los dueños de esos predios? Porque la gente que hoy está sufriendo es gente pobre, campesinos, gente de los sectores más vulnerables”<sup>18</sup>. Como bien lo dice una de nuestras participantes “Lo que pasa aquí es que el que tiene plata tiene agua. La triste realidad es el poder. Porque si ud no tiene plata pues nada. Es que lo que pasa y sucede aquí es que hay unos más que otros”.

---

<sup>17</sup> No está de más mencionar que de los 7.662k cuadrados de la cuenca del río Fuquene sólo el 7, 44% es área protegida y aunque desde el 2006 se ha proyectado aumentar ese porcentaje, nada ha pasado a este respecto.

<sup>18</sup> intervención realizada en el marco de la Comisión tercera constitucional permanente. Honorable cámara de representantes Acta No. 32 07 de junio de 2016

### *Favores personales, problemas resueltos*

Me ocupo aquí, en una escala menor, de los hogares, para entender cómo se hace visible el Estado en la vida cotidiana de las mujeres de la cuenca y como éstas negocian la escasez para poder cumplir con sus deberes del hogar. El principal argumento que elaboro es que “cada casa es un gobierno”, siguiendo la idea de Smith (2022), lo que implica que estas prácticas de negociación que adelantan las mujeres, si bien pueden ser leídas y celebradas desde la agencia y la resiliencia, también tienen una cara oculta; se nutren de la misma política del favor individual e impiden la resolución colectiva de problemas mayores como el acceso a servicios básicos. La idea de que cada casa es un gobierno implica que se gestiona y resuelven los conflictos, en este caso específicamente con el agua, a través de prácticas creativas e improvisadas generalmente inmediatas. Convencer al alcalde, ponerle pastillas de cloro al agua, almacenar agua lluvia, pedirle al vecino que me regale, son formas cotidianas de mitigar la vulnerabilidad y sobre llevar la carga del hogar, pero al final se diluyen como el agua.

El estar sujeto a voluntades y favores, difumina la responsabilidad del Estado y supone una carga adicional para las mujeres. Una vez más la berraquera, el poder lidiar con las situaciones de cualquier manera genera comodidad a las autoridades municipales y perpetúa las deficiencias en su gestión, dejándole el camino libre a la corrupción del favor:

“Pero el hecho de que tantos medios de subsistencia hayan evolucionado en respuesta a las deficiencias infraestructurales infraestructuras-y y el notable grado de adaptación de los empresarios que han sabido adaptarse tan bien a pesar del colosal (y muchos dirían que intencionado e interesado) fallo del Estado hace que a la gente aceptar la situación aceptar la situación actual y más difícil para que los que quieren cambiar la situación. Cambiar su sociedad es más difícil cuando la gente tiene que dedicar tanto tiempo-y y acaban ganando gran parte de sus medios de subsistencia con el sistema disfuncional existente” (Smith, 2022, p. 78)

Así, la resolución de una situación que produce vulnerabilidad termina aumentándola al largo plazo y en una mayor escala, pues al final nada se resuelve estructuralmente. Como bien lo dice en entrevista María Elisa Rueda “yo ya estoy pensando que donde el alcalde se canse y no nos mande agua, empieza Jesucristo a padecer” Esta es entonces una de las tres formas en las que el favor personal ha resuelto el conflicto del agua en la región: llamar a la alcaldía.

“Nos toca llamar a la alcaldía, y dicen que el carro tanque lo manda, y así y nunca vienen. Entonces nos toca ponernos de acuerdo los vecinos de los tres puntos para que el carro tanque venga, si no, no viene entonces aquí cuando no tenemos viene el carro tanque, que este año fue el alcalde el que lo puso. Viene cada mes. Pero aquí más que nada es el agua de las lluvias, esa es la que tenemos y el agua para comer es traída de la mina, que es la que nos da el agua” (Nadia Hernández, zona urbana, 28 años, entrevistada).

Si bien esta llamada a la alcaldía sólo surte efecto cuando es colectiva, es también individual; son tres vecinos los que llaman, a los que ese día nos les ha llegado el agua. Además, el carro tanque que transporta agua es una solución con fecha de caducidad, pues una vez el actual alcalde salga del cargo, quedarán a la deriva de la nueva voluntad, del nuevo alcalde. Y así, cada cuatro años.

“Ya nos cansamos la lengua con los alcaldes de decirle cada vez que están en elecciones, diciéndoles que por favor nos solucionen... y dicen que sí, que sí, que sí, pero nada. Lo ancho pa ellos y lo angosto pa uno” (Nadia Hernández, zona urbana, 28 años, entrevistada).

La misma estrategia, la *llamada a un amigo*, sucede en la zona urbana y en la zona lagunar de la cuenca. Algunas veces la llamada es al alcalde, otras al fontanero para que bombee agua (como en el caso de Jesica Pedraza y su familia, o el de Elsa León). Jesica, para ahondar más en el caso, debe poner pastillas de cloro al agua que proviene del acueducto de la laguna, agua no potable, cuando el fontanero tarda muchos días en realizar el bombeo.

Existen también casos donde el favor se hace por cercanía con el alcalde mismo, de nuevo apelando a la llamada del amigo, como es el caso de Claudia a quien “el alcalde me dio uno de mil litros porque es amigo de mi marido y ahí también depositamos agua, pero hay problemas de agua es abajo, aquí no” (Claudia Obiedo, zona páramo, 44 años, entrevistada). Hay casos en los que la política del favor va más allá del agua, como nos lo contó Lucrecia:

“Fuimos a pedirle el favor a la vecina que nos vendiera luz y ella nos vendió. La usamos solo para dormir. Entonces vino un muchacho de codensa<sup>19</sup> a preguntar y le deje entrar para que viera que aquí no hay luz. Entonces él me dijo que lo llamara mañana. Esa vez no teníamos ni un peso en el bolsillo, entonces me le fui a un señor y le dije que si me regalaba minutos de teléfono. Y ese muchacho vino al cuarto día y nos puso el poste” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 31 años, entrevistada).

---

<sup>19</sup> Entidad privada encargada del suministro e infraestructura eléctrica en el Departamento de Cundinamarca, Colombia.

Aquí, el favor trajo la luz, el favor gestionó el servicio público; desde la vecina que le vendió la luz a Lucrecia hasta el señor que le prestó el móvil para hacer la llamada y definitivamente el muchacho de la empresa de energía que instaló el poste a petición, en Fúquene parece funcionar todo a través de los favores. Entonces, ante las soluciones temporales y ancladas a voluntades individuales, las mujeres recurren a dos estrategias más: recoger el agua de la lluvia o ir a buscarla a la mina. Para ambas estrategias de recolección, las mujeres que puede acuden generalmente a familiares directos o indirectos para que les ayuden, otras realizan solas estas tareas.

La recolección de aguas lluvias es entonces la estrategia de negociación permanente que las mujeres de la cuenca implementan, casi todas ellas lo hacen, incluso aquellas que reciben agua potable todo el día (las que habitan en el caso urbano y en el páramo como es el caso de Claudia citado arriba). El problema aparece cuando llega el verano y no llueve y/o cuando los tanques no tienen un tamaño suficiente para aprovisionar a toda la familia, puesto que los tanques de agua de alta capacidad son muy costosos. Algunas mujeres que no pueden costearse los tanques deben cavar pozos para la recolección; si no hay lluvias, deben desplazarse a la mina para recoger agua y depositarla en el pozo. En ambas estrategias, las mujeres reportan tener enfermedades constantes debido a la acumulación de insectos en los tanques o pozos. María Elisa nos lo cuenta así:

“He tenido alergias, seguramente por lo que uno se baña con esa agua de las pocetas, a mí, me han dado unas alergias feas, creo que es por eso. Esa agua, que uno la recoge, cuando llueve y viene por toda la carretera así, y uno la desvía y así pues ella aclara un poco, pero de todas maneras ahí quedan todas las bacterias. Eso me toca comer de la que sabemos... y bañarse con esa misma” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).

Otra consecuencia de esta práctica es el tiempo de recolección, que puede ser de varias horas si no se cuenta con vehículo. Solo una de las entrevistadas tiene licencia de conducción y acceso a vehículo, las demás dependen de sus maridos e hijos, u otros familiares cercanos hombres a los que deben pedirles el favor de llevarlas al punto de recolección. La experiencia de Catalina ilustra muy bien la situación:

“Yo tengo mi tanque y ahí guardo lo que bombeo, ese me dura mes y medio. Yo también recojo aguas lluvias, pero si no llueve no hay agua tampoco. Me demoro por lo menos

unos 40 minutos en la mina, dependiendo además de si hay turno, más la caminata de 2 horas. Voy a recogerla en cantinas. Mis hijos y mi esposo a veces van y la traen si les pido el favor, pero si ellos están trabajando me toca a mí. Son 6 cantinas que van en ese tanque, que me dura aproximadamente 15 días y es solo para alimentación” (Angela Núñez, zona urbana, 23 años, entrevistada).

Como traer agua es responsabilidad de las mujeres, son ellas las que deben gestionar y pedir el favor. Por ejemplo, Angela también nos cuenta que le “Toca llamar al fontanero y pedirle el favor para que nos eche agua, y como esta es la última casa, todos los demás son los primeros en coger y aquí es la última y para cuando ya va a llegar el agua el fontanero ya cierra el paso”.

Lo que queda claro es que la acción colectiva está muy limitada; **no hay realmente una construcción comunitaria, ni entre mujeres ni entre nadie, para resolver en una escala pública la escasez y la incapacidad del Estado de responder a una crisis de esta magnitud.** Los tiempos de recolección de agua, al estar mediados por la voluntad de los hombres de las familias, no son usados por las mujeres como espacios de alivio de cargas al entablar conversaciones con amigas, o simplemente para llegar a acuerdos sobre el uso del agua, son simplemente tiempos de carga.

Mujeres como Angela hacen uso del favor para negociar la escasez, y este opera en todas las escalas posibles, desde el marido hasta el alcalde, lo que existe es una red de favores que benefician personas, no comunidades, y que resuelven momentos no realidades. A pesar de esto, existe una toma de decisiones, una gestión, en el plano micro del hogar, que revela el lugar de la agencia desde la que operan estas mujeres; las decisiones que toman para resolver la cotidianidad y gestionar los favores han sido los que han mantenido a estas familias a flote, y aunque no puedan articularse colectivamente para realmente transformar sus realidades de manera más permanente y estable, sí que han sido capaces de vivir, de soportar la vida. Acá entonces pienso en Ahmed (2019), en la agencia como la paciencia como el lugar de la decisión.

Ahora bien, y como desarrollaré a continuación, las consecuencias de la escasez de estrategias colectivas de negociación es sólo un síntoma de la escasez de colectividad y comunidad en Fúquene, y esta realidad pasa, afecta necesariamente a las mujeres del municipio.

## *Envidia para los desfavorecidos*

Hay un término que es constante en las entrevistas, y que ya había oído yo en los varios años que llevo trabajando en la región antes y durante esta investigación: la envidia. Siempre me pregunté por qué sucedía, porqué los proyectos adelantados con ONGs siempre fracasaban a causa de la envidia, aquel pecado capital que define las relaciones sociales de Fúquene. He venido a encontrar la respuesta a mi pregunta realizando esta investigación. Como cada casa es un gobierno, lo que unos consiguen les falta a otros. Como lo que se consigue es a través de las diferentes escalas de la política del favor, esto significa que hay unos otros desfavorecidos. Como no hay dialogo entre partes ni acuerdos comunitarios, siempre habrán desfavorecidos. En este caso, los desfavorecidos del agua suelen ser las mujeres que habitan las zonas donde más escasean, son ellas las que más hablan de los problemas de envidia que existen en la cuenca, mientras que las habitantes de las zonas de páramo y alrededores al casco urbano del municipio, aunque son conscientes de que existe, la experimentan de otra manera.

La mina, el lugar donde la gran mayoría de las mujeres participantes de este estudio van a recoger agua, es un lugar en el sector de Nuevo Fúquene que es el único del que es posible abastecerse. Nuevo Fúquene es también una de las zonas más afectadas por la escasez de agua y por la falta de infraestructura pública en cuanto a agua potable y saneamiento, por lo que tener un lugar dónde recoger agua se ha convertido literalmente en un oasis. Ahora bien, como es lógico, el hecho de que personas de otras zonas de la cuenca utilicen ese mismo punto de acopio se ha convertido en un problema grave. A saber,

“Íbamos a sacar agua de la mina pero ahorita ya no, porque ya hay problemas, le echaron llave, que porque todo el mundo saca agua de allá y que no les dejaban agua para los de por ahí cerca. Entonces hicieron una Junta y ahora toca ir y pedir permiso y pedir la llave por allá a quien la tenga, para que dejen sacar agua” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).

Esta situación no sólo ha dejado a los habitantes de la zona lagunar sin su única fuente de agua potable (por lo que de nuevo han tenido que recurrir al favor personal para obtener agua) sino que ha generado enfrentamientos entre la comunidad y resultado en una suerte de privatización zonal del agua. Sin embargo, para los mismos habitantes de nuevo Fúquene es también desigual el acceso a la mina; no todos pueden ir cuando quieren o necesitan, pues las llaves están en

control de unos pocos (todos hombres) que son los que deciden, una vez más partir de la política del favor, quién y cuándo pueden abastecerse. Sumado a lo anterior está el hecho de que en meses sin lluvia la mina se seca, por lo que permitir el acceso libre resultaría en el desabastecimiento de todos.

Unas páginas arriba escribí sobre una mujer golpeada por su tía porque esta pensó que le había robado el agua. Casos así suceden en la mina cada vez más frecuentemente, lo que ha generado miedo a la hora de relacionarse con otros. En la zona lagunar, y en algunas verdes de la zona urbana donde el agua llega, pero de manera incierta e intermitente, la política del favor aplica siempre hacia arriba (hacia la institución, el fontanero, el alcalde), o hacia la familia misma, pero nunca hacia el vecino, y menos hacia el vecino de otra zona; el vecino parece un otro al que se le debe temer siempre:

“Aquí todo el mundo vive en su casa, y nadie puede pedirle colaboración a otro vecino, porque el otro vecino si tiene las cosas, entonces ahora no se puede pedir un favor, cada uno soluciona sus problemas en su casa, solo, como pueda; si tiene de comer come, y si no, pues aguante porque a nadie se le puede pedir, porque el comentario más tarde es que uno no tiene qué comer, que fue a pedir prestado, entonces uno no puede decir nada y solo puede mirar cómo solucionar. A nadie le podemos dar quejas y nos toca con el solo cuento de contarnos...y algo tras señoras si no, pues trabajan y todo eso sí, pero son odiosas, son orgullosas, pues si ellas tienen alguna ayuda o algún subsidio no cuentan, son personas odiosas, no son personas que ayuden o que colaboren...con que ellas tengan un animal más, ya son odiosas, como envidiosas; no son personas que digan de pronto denunciemos a los esposos por pegarles, hagamos algo, no ...aquí no se hace nada ni nada” (Rosario Ortiz, zona urbana, 47 años, entrevistada).

Así, lo que parece gestarse un proceso de identificación que opera zonalmente y donde el agua tiene un papel central; la división zonal, que para mí fue una división metodológica con relación a la cantidad de agua disponible y práctica en términos de análisis comparativo de resultados, se hace una realidad en la cotidianidad de la cuenca; los habitantes mismos se separan por zonas, y se construyen en diferencia a los de las otras zonas. Es, como bien lo decía Hall respecto de la identificación, “un proceso de articulación, una sutura (...) que actúa a través de la diferencia, entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos, la producción de «efectos de frontera». Necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso” (Hall, 2003, p. 15)

La identificación por zonas que sucede en Fúquene, que se posiciona en diferencia frente a los otros más o menos desfavorecidos, es corroborada por uno de los operarios del Acueducto del municipio, quien en entrevista nos dijo: “el problema es que la gente dice *“Es que el agua se la llevan para otro sector, entonces, esta agua es de nosotros”*. Entonces se ve que hay conflicto entre “el agua es mía y no de usted”, y empiezan a presentarse conflictos, no tanto entre personas, pero si entre sectores” (Andrés Brill, Operario Servicios Públicos de Fúquene, 36 años).

Mariana, mi asistente y compañera de investigación (compi, como la llamo yo) escribe en su diario de campo al respecto: “Una de las cosas que me llama la atención de manera preocupante es el hecho de que algunas personas se creen dueñas del agua y les molesta el hecho de llevar el recurso a otros sectores; hay falta de solidaridad” (Mariana Rojas. Fragmento de Diario de Campo)

Ahora bien, retomando lo que dije más arriba, hay una identificación colectiva como personas desfavorecidas que supera la identificación por zonas cuando se trata de dirigirse a las élites ganaderas o personas de Bogotá con cierto nivel de poder y riqueza; en la cotidianidad la otredad la constituyen los vecinos de otras zonas, en una escala mayor la constituyen “los poderosos”. Ante esta última no hay oposición colectiva, ni ejercicio de la resistencia haciendo uso de la identificación en relación con el otro poderoso, hay separación absoluta, casi ontológica. Es el vecino, el de la otra zona, el igual a mí, pero con un poco más, quien es objeto directo de la acción dañosa. Dañar la huerta que la maestra de la escuela había construido con sus estudiantes, romper los gallineros que una ONG había financiado en exclusiva para tres mujeres, impedir el acceso a la mina, romper las casas de otros y robarles las tuberías improvisadas son sólo algunos de los sucesos que se ven a diario en Fúquene. El otro que es como yo es objeto de mi daño, mientras que el poderoso permanece sin ser retado. Así lo cuenta una de nuestras entrevistadas:

“Reina mucho la envidia dentro de la comunidad. Nadie quiere que otro progrese, y si progresa es malo, y si tiene esto, es malo...entonces, eso no deja progresar; hay si como dicen, como que, entre el municipio, entre las familias, todo eso es complicado. Y por eso esta uno aquí en casa, yo ya soy no una persona que casi no me gusta salir, ya no me preocupo...porque a mí ¡uy!, eso al principio, aquí por lo menos tuve muuuchas envidias ... ¡uff! Respecto a porqué usted si tuvo, porqué si hizo, y porqué, y que no sé qué... de todas maneras como que la gente le da envidia que otro consiga una ruanita, y se la quieren quitar, jejeje... y eso pasa más que todo con los vecinos” (Lucía Navarro, zona páramo, 64 años, entrevistada).

Así, parece que la envidia opera de manera diferente sobre los iguales que sobre los que se encuentran en posiciones de poder y privilegio radicalmente distintas. Así, siguiendo a Karzulovic (2018) en la envidia

“No hay una correlación positiva entre inferioridad e intensidad de la envidia: allí donde la distancia entre los supuestos inferior y superior es muy grande, el primero no cree que pueda compararse en términos competitivamente significativos, lo que reduce la intensidad de la envidia. No ocurre así con aquellos con los que el inferior percibe como sus iguales en todos los otros aspectos. La envidia parece producirse con más intensidad precisamente allí donde la competencia eventual tiene sentido” (P 216).

La articulación de un proceso de identificación mediado por la envidia, por ese otro “no tan diferente” a quien sí es posible retar, ha consolidado entonces la manera en que las relaciones sociales operan en Fúquene. Dirigiendo el dolor causado por la precariedad estructural y la política del favor que las autoridades entablan con las élites, hacia otros miembros de la comunidad, especialmente para aquellos que habitan otras zonas de la cuenca. Uno de los peligros más evidentes de que este proceso de identificación esté tan fuertemente articulado con la envidia es que no resuelve nada de manera estructural, mueve el eje y ojo de la responsabilidad fuera del lugar donde debería estar; en tanto que se piensa como una lucha imposible, un abismo radical, es más fácil para las personas negociar la escasez aplicando la violencia sobre los otros cercanos que sobre las entidades verdaderamente responsable y sobre la desigualdad provocada por el favoritismo elitista. Parte de las maneras en que se negocia entonces la escasez es a través de acciones violentas sobre las otras personas, mínimamente más favorecidas.

Una de las consecuencias más claras de este proceso de identificación dado a partir de “el que tiene un poco más”, es entonces el que sienta las bases para las relaciones familiares y personales también. Las mujeres y los hombres juegan un papel importante en esta lucha por *el tener* y a ratos parecen bienes, como el agua, que se busca retener a toda costa.

### *La soledad de las mujeres: el espacio intransitable*

Así como las mujeres negocian la escasez de agua a través de prácticas de recaudación y políticas del favor, negocian también los conflictos en los que se ven envueltas ellas y sus familias por la envidia que recorre la cuenca. La soledad es el precio de esta negociación. Hay tres aspectos relevantes que rodean esta soledad: en primer lugar, que la soledad es el escudo ante los problemas sociales. En segundo, que la soledad es provocada por el imaginario de mujer que existe en la región y que está vinculado estrechamente a la carga del hogar que deben llevar, y el tercero que es provocada por la inexistencia de transporte público y vías de acceso en el municipio. Estos tres factores se unen para mantener a las mujeres en total aislamiento, tanto de otras mujeres como de espacios sociales. Si la amistad aparece como un escape a la carga en algunos casos reportados por la literatura científica sobre mujeres y agua (Martinussen, Wetherell, & Braun, 2020), en este caso su ausencia parece estar indicando un aumento de la misma.

La carga del hogar, asumida casi al 100% por las mujeres, hace que éstas no tengan tiempo libre. Algunas reportan ver televisión un rato, dormir la siesta o hacer manualidades con sus hijos, pero ninguna reporta actividades fuera del hogar o en espacios colectivos, mucho menos sin sus maridos. La mayoría de los comentarios en el sentido de la amistad o de los espacios de ocio son bastante similares, donde frases como las siguientes son frecuentes y normales: “yo no tengo tiempo libre, no descanso. Todo el día haciendo oficio” (Claudia Obiedo, zona páramo, 44 años, entrevistada) o “Me la paso es encerrada en la casa... Cuando salimos así, es con él. Y no, la verdad no tengo amistades” (Ana María Rosas, zona lagunar, 20 años, entrevistada) o “Yo no soy de amigas. Mis vecinas ni me ven. Yo mantengo acá, a no ser que vaya con mi esposo a ayudarlo en los trabajos que le vayan saliendo” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 31 años, entrevistada).

Del páramo a la laguna, esta parece ser una realidad que recorre la cuenca más que el mismo río. Y, como el aislamiento es entendido como una práctica de autocuidado ante los comentarios de los vecinos, como un refugio de la envidia, no hay manifestaciones abiertas de una necesidad social tampoco en nuestras entrevistadas. María Elisa, habitante de la zona lagunar, lo ilustra

muy bien: “con los vecinos uno no tiene problemas de nada, es gente muy buena. Uno les da el saludo y ya. Así, uno no tiene enemistad con los vecinos. Por que como vivimos lejos, por eso estamos bien”. Así, el bienestar pasa por provocar el aislamiento, por no entablar vínculos de amistad con otros. El bienestar aquí es definido como “el estar uno en sus cosas, en su trabajo, y como dice el dicho, “en los suyo y no en lo de los demás”. Cuando le preguntamos a los hombres que participaron de este estudio sobre sus relaciones sociales, y esperando encontrar narrativas sobre la envidia y sobre el aislamiento, las respuestas fueron radicalmente distintas. Frases como “yo he sentido mucha tranquilidad de acuerdo con la gente que vive aquí, porque aquí se trata con todo mundo, no tiene disgusto con nadie pues eso es lo bueno, que esta uno en contacto con los amigos” (Pedro Arcila, zona urbana, 77 años, entrevistado) o “yo soy feliz porque estoy tranquilo, la tranquilidad de no tener enemistades con nadie, tener amigos” (Álvaro Muñoz, zona páramo, 42 años, entrevistado). Lo anterior confirma, una vez más, que el espacio es habitado de maneras distintas por hombres y mujeres, que los mapas de los hombres podrían ser mucho más grandes, con más vínculos sociales y mayor libertad de movimiento. El de las mujeres, sigue siendo muy limitado.

Mientras los espacios de reunión entre hombres son frecuentes, los de las mujeres son nulos. Si seguimos al detalle la voz de Rosario podemos entender que, además de la carga del hogar que limita el tiempo libre, a las mujeres de la cuenca, en tanto mujeres cuyo lugar es el hogar y *el ser esposa de, o madre de*, no se les permite salir ni compartir con otras, pues se asume que serán infieles (recordemos que los derechos de las mujeres son propiedad de los hombres en este contexto). Esta soledad resulta entonces un dispositivo de control sobre las mujeres que les viene bastante bien a los hombres para mantener a las mujeres “en su lugar”. Por lo tanto, los espacios fuera del hogar son siempre en compañía de los maridos o a espacios de trabajo avalados por ellos. Algunas incluso usan su “tiempo libre” para ayudarle a sus maridos en sus labores asalariadas. Conservar su marido para que “no llegue otra gaviñana y se lo robe”, como nos dijo una de nuestras entrevistadas, es entonces también muy común. A este respecto escribe Mariana (mi asistente o “compi” de investigación) en su diario de campo: “Ella habla de familias unidas a pesar del que el marido tiene varias mujeres; de cómo permanecieron ahí y aún permanecen”. El cuidado del marido, de conservarlo, opera entonces de manera semejante al cuidar la reputación de los comentarios envidiosos de los vecinos.

En ambos casos, lo que procede es un control sobre el espacio que les es permitido ocupar y transitar a las mujeres. Como lo dice Low “el acceso de las mujeres al espacio público se ha visto restringido por muchos factores, algunos de ellos sociales y otros infraestructurales. Restringir el acceso de las mujeres también permite un feroz control familiar y social sobre los movimientos de las mujeres y sus cuerpos” (Low, 2006). Por ejemplo, durante la entrevista de María Elisa, Mariana anota en su diario que el rostro de la entrevistada se transformó al ver que llegaba su marido y ella estaba sentada con dos extraños y sin hacer almuerzo. También escribe sobre otra entrevistada:

“Su hijo estuvo acompañándola y ella me comentó que estaría allí. Algo que me llamó la atención es el hecho de estar todo el tiempo en casa y no salir de allí; el no sentir nunca la necesidad de conocer qué hay más allá de su hogar.” (Mariana Rojas, Fragmento de Diario de campo)

La violencia es entonces la consecuencia, una vez más, del querer romper esta soledad, de habitar el espacio público de otras maneras, del querer estar “fuera de lugar” y agrandar el mapa de la propia vida. Por eso el hijo, en el ejemplo anterior, estaba vigilando a su madre, a ver qué decía. Por ejemplo: “Tenía una vecina que el esposo la celaba hasta con el perro. El marido la amenazaba con que la mataba. Ella no puede salir de la casa y el otro llegaba a pegarle si pisaba afuera. Ella además es muy terca y no se quiere escapar” (Claudia Obiedo, zona páramo, 44 años, entrevistada). Cuando hablamos con Elsa León, habitante de la zona urbana pero proveniente de Bogotá y con estudios superiores finalizados, ella nos dijo con relación a esta problemática lo siguiente:

“La infidelidad es una constante aceptada como algo simpático y muy propio del comportamiento masculino. Las mujeres incurren en peleas entre ellas debido a esta causa, se recriminan y agreden entre ellas, dejando a los compañeros libres de culpa” (Elsa León, zona urbana, 64 años, entrevistada).

Lo que parece enunciarse aquí en este testimonio es otra de las caras de la envidia, esta vez entre mujeres y por sus maridos; al tener ellos acceso a la esfera pública, a las relaciones sociales y los derechos sobre otras mujeres, temen perderlos y con ellos a su sustento.

Sin embargo, de las participantes que realizaron contracartografías, tres ubicaron sus lugares de trabajo (la emisora del pueblo, la sede de la Fundación Humedales y la casa donde trabaja como

limpiadora) como lugares de bienestar. Cuando lo conversamos, durante los grupos focales posteriores a las cartografías, las participantes decían que en estos espacios se sienten libres, pueden ser ellas mismas sin necesidad de tener miedo, pueden expresar sus opiniones y desarrollarse como personas. Curiosamente, en estos tres casos, el espacio laboral es el lugar donde se forjan vínculos emocionales estimulantes para ellas, incluso siendo trabajos no constantes ni permanentes y a los que se desplazan a pie. Es importante además mencionar que, de estas tres mujeres, dos eran solteras al momento de realizar las cartografías (Jesica, que trabaja en proyectos de educación ambiental esporádicos con la Fundación humedales y Mireia, que trabaja los sábados en la emisora del pueblo). La tercera participante, Rosario, limpia la casa vecina, propiedad de una familia proveniente de Bogotá; su marido también sirve de cuidador de la misma, lo que le ha facilitado el acceso al trabajo de Rosario bajo el visto bueno, y el control, del esposo.

Para hacer más compleja una situación ya difícil, la tercera cara de esta soledad responde a la falta de transporte público que ya revelaban los mapas en las contracartografías que elaboro a profundidad en el siguiente capítulo. Los hombres son los que tienen acceso a vehículos como motos y carros, mientras que las mujeres no tienen ningún tipo de acceso a vehículos privados para facilitar su movilidad. Por esto las participantes mencionadas arriba que realizan labores asalariadas lo hacen en ubicaciones cercanas a sus viviendas y a las que pueden llegar caminando.

El transporte público dentro del municipio es casi nulo, existiendo solo una ruta que va desde Ubaté, pasando por la zona lagunar y hasta el pueblo de Fúquene. Esta ruta no es constante, es costosa y su frecuencia está determinada por el número de usuarios, cada vez menor. Puede pasar cada hora, dos veces al día o nunca en el día. No hay nadie que regule esta situación y se mueve, básicamente, a voluntad del conductor. El pasaje de Fúquene a Ubaté tiene un costo de 7.000 mil pesos por trayecto, y el salario (sólo como medida comparativa) por un día laboral en Ubaté es de 20.000 pesos día, lo que deja un total disponible de dinero en 6.000 pesos, que es básicamente el costo de una docena de huevos y una barra de pan. Esta situación además de reforzar el aislamiento de las mujeres impide que realicen tareas asalariadas, pues no pueden contar con transporte asegurado que les permita llegar a sus lugares de trabajo.

Adicionalmente, las mujeres de la cuenca no poseen dinero propio, las que realizan labores asalariadas entregan el dinero a sus maridos, y la gran mayoría trabajan en el hogar y sus maridos no les permiten acceder al dinero familiar, por lo que es imposible costear los pasajes del bus. La única alternativa es caminar. Hay 4 horas de subida entre la zona lagunar y el pueblo de Fúquene (contadas y andadas por mí misma), y como ya sabemos el tiempo es un recurso muy limitado para estas mujeres.

Ahora, en contraste, y a pesar de todo lo anterior, cuando hablamos sobre la felicidad con nuestras entrevistadas de la zona lagunar, las que tienen mayores conflictos familiares, sociales y de agua, la mayoría decían estar felices en Fúquene. Escuchamos frases como la siguientes: “Usted vea no más Fúquene...queda deslumbrado. No falta quien le diga hola, buenos días. La gente es amable” (Lucrecia Roa, zona lagunar, 32 años, entrevistada), “Así como estoy bien. Me siento feliz. No puedo tener los mejores lujos, pero vivo tranquila” (Catalina Ferreira, zona lagunar, 38 años, entrevistada), “no le cambiaría nada a mi vida, soy feliz así” (Ana María Rosas, zona lagunar, 20 años, entrevistada) o “a mí con que me dejen un tanquecito de mil litros mensual yo con eso soy feliz, teniendo agua pa comer y yo tazo el agüita y con eso yo tengo” (María Elisa Rueda, zona lagunar, 56 años, entrevistada).

La felicidad que dicen sentir contrasta fuertemente con las demás narraciones que he citado a lo largo de este escrito. Aunque en principio podría leerse esta felicidad como una inconciencia, una negación de la precariedad, lo que resalta es la complejidad de la experiencia y la emoción humana. No es propósito de esta investigación, ni mía como investigadora, forzar una infelicidad, una victimización obligatoria de las mujeres de Fúquene, pero sí señalar que la felicidad, en este caso concreto, se interpone al deseo mismo de las mujeres participantes al mantener bajo control el potencial transformador que tiene el declararse infeliz. Siguiendo a Ahmed

“Cuando la conformidad del sentimiento se convierte en una meta de la vida política y social, puede significar que se nos exija prestar conformidad con aquello que existe. La armonía sería una demanda de conformidad. Es por ello que me atrevería a afirmar que en realidad quienes están en el poder desean que sus sujetos estén felices, no tristes” (Ahmed S. , 2019, p. 429)

Lo cierto es que, ante una fragmentación tan severa y profunda de los vínculos sociales, no ha sido posible la constitución de una voz colectiva que ponga los problemas de las mujeres en el centro de la agenda pública municipal. Cada una ha sufrido en solitario; enunciando ser felices, cada una resuelve como puede sus problemas, en su propio hogar y en silencio. Ese silencio y esa soledad empiezan a hacerse el lugar feliz de las mujeres, la conformidad. Por lo tanto, en Fúquene, donde cada casa es un gobierno, se hace más necesario que nunca “derrumbar los muros que encapsulan los espacios domésticos y restaurar la politicidad de lo doméstico propia de la vida comunal” (Segato, 2016, p. 106). Sólo así será posible establecer una disputa por el agua que haga frente al verdadero problema: el olvido del Estado, la corrupción de las instituciones y su incapacidad de proveer lo que debería ser un servicio público básico para todos, el agua.

### 8.3. Estrategias pendientes, mapas comunes

En este capítulo, me ocuparé de desarrollar la idea de la felicidad, pero desde el diálogo colectivo que está pendiente en la región. Presento aquí los resultados obtenidos a partir del *mapa del deseo*, la construcción colectiva de futuro que imaginamos juntas durante las sesiones de contracartografía y grupos focales. Como lo escribí en el apartado metodológico, la pretensión de este mapa era abrir formas de hacer y reclamar territorios en el movimiento de lo personal a lo político, de lo individual a lo colectivo (Peluso, 1995).

Cada mapa está compuesto por tres capas: la primera es la ubicación espacial de las mujeres, los lugares que recorren o frecuentan y donde transita su vida. La segunda es la marca del bienestar/malestar en estos lugares (haciendo uso de la técnica adaptada de los relief maps), y la tercera, el mapa del deseo, del cómo cada participante transformaría este espacio, y con él la vida misma. Como estrategia para visibilizar los resultados obtenidos, primero expondré y analizaré los mapas del deseo elaborados individualmente por cada una de las 4 participantes<sup>20</sup> y luego el mapa construido colectivamente. Al final presento las tres capas superpuestas (el papel calcante nos permite ver a través de las capas y juntarlas en una sola), y así poder hacer visible lo que usualmente no lo es.

Este ejercicio que llamé *contracartografía del alivio* cumple así un doble propósito. Por un lado, como decía arriba, permite desnaturalizar emociones y situaciones de las que no somos conscientes y así generar una serie de datos y reflexiones pertinentes al propósito de esta investigación, y por otro, representa un ejercicio de intervención política, de interrupción de los imaginarios y procesos de identificación que se han sedimentado colectivamente en la región y que han dejado un orden social desigual, especialmente para las mujeres. Son una apuesta por consolidar nuevas articulaciones, nuevos sentidos, sobre la identificación, sobre la idea de ser mujer, sobre la misma felicidad. Son una apuesta, una gota de agua y una invitación a la movilización social que tanto necesitan las mujeres de Fúquene. Esta herramienta pretende ser sólo una semilla hacia este horizonte utópico sin el cual ninguna lucha sería posible. Estos mapas

---

<sup>20</sup> Una por cada zona de la cuenca más y una mujer proveniente de Bogotá, pero habitante del municipio hace más de 15 años.

son el resultado del ejercicio de plasmar esa utopía. Las imágenes de los mapas que se presentan a continuación son fotografías tomadas por mí de los ejercicios realizados.

### 8.3.1 Mapas individuales: otras felicidades posibles

Figura 11. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 1

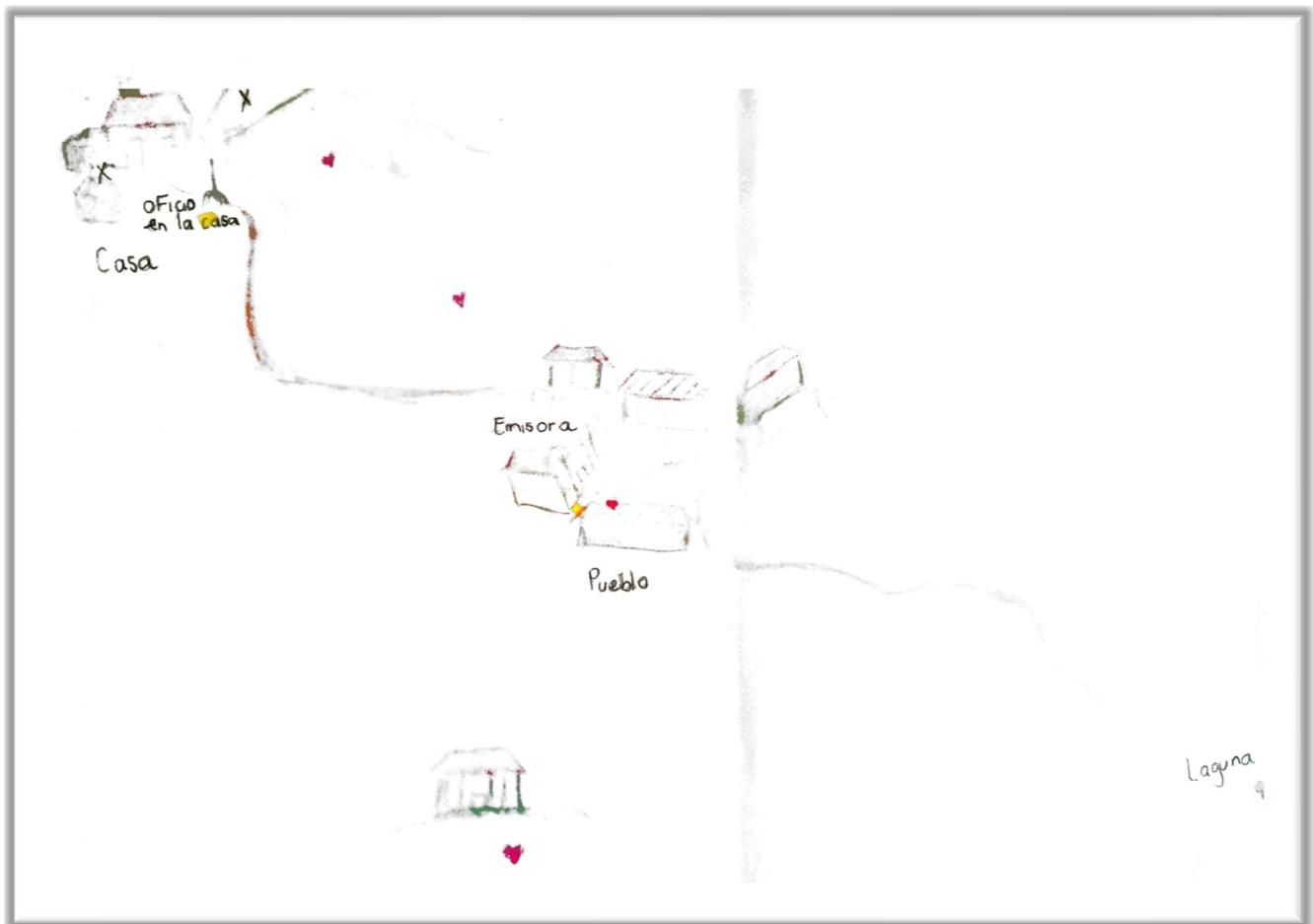


Mireia tiene 29 años. Soltera al momento de realizar este mapa. El mapa de Mireia va desde su casa en el páramo (arriba a la izquierda) hasta la laguna (abajo a la derecha). Ambos espacios están conectados por un camino. En el centro, el pueblo de Fúquene. Abajo del pueblo hay una casa aislada, solitaria, que es la de ahora su esposo (Mireia se casó pocos días después de realizar este mapa). Su casa en el páramo está rodeada por dos tanques de agua, y acompañado está la inscripción “oficio en la casa” junto al dibujo de una pequeña escoba. En el pueblo, se lee la

palabra “emisora”, su lugar de trabajo, junto al dibujo de un micrófono y un computador portátil. Poco más hay en este primer mapa.

Dice más lo que no se ve que lo que efectivamente se ve en este mapa. No hay personas, no hay coches ni autobuses. No está ella misma tampoco. No hay otros espacios más allá de su hogar, el trabajo y la casa de su pareja. Es aquí donde transcurre su vida<sup>21</sup>.

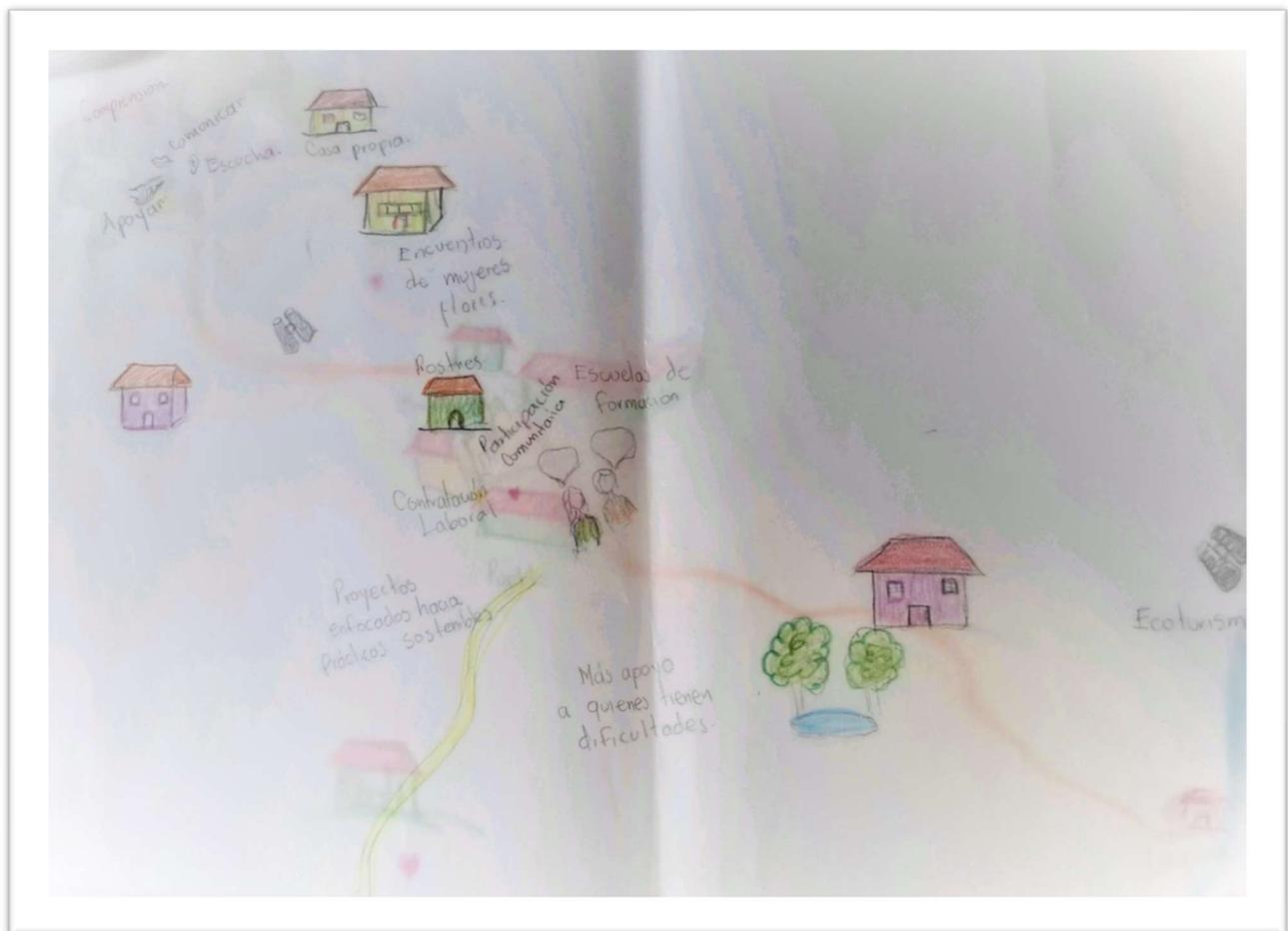
*Figura 12. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 2*



<sup>21</sup> Es importante recordar que la instrucción inicial para la realización de estos mapas consistía en dibujar los lugares que componen “su vida”, el espacio que habitan cotidianamente.

En el segundo mapa, el mapa correspondiente a ubicar los lugares de bienestar o malestar de acuerdo con los espacios que frecuentan, Mireia ubica corazones en el pueblo, donde está su lugar de trabajo y de interacción social, en la casa de su pareja, en la laguna, porque para ella es el tesoro más hermoso de Fúquene, y en los espacios exteriores de su casa. Las X, usadas para representar el malestar, las ubica en su casa. En los tanques de agua y dentro de su propio hogar, donde habita con sus tres hermanas y sus padres. Mireia tiene un padre controlador, que no trabaja, y son sus hijas y su esposa las que deben proveer por él. Cuando comentábamos su mapa en los grupos focales, Mireia insistía en que ella, en tanto hija mayor, lleva la mayor parte de la responsabilidad de su hogar, en el cual no tiene libertad alguna y sí muchos deberes. Por esto sólo puede trabajar los sábados, su único rato de disfrute propio. De vez en cuando también apoya proyectos de ecoturismo a través de la Fundación Humedales, entidad a la que su padre le ha dado el visto bueno y le permite, por tanto, trabajar allí.

Figura 13. Contracartografía Mireia Ramírez (zona páramo). Capa 3



Este último mapa, el mapa de la transformación, trae muchos elementos nuevos a la vida de Mireia. Algunos escritos, otros dibujados. El primero que llama la atención es el camino que sale del pueblo a la casa de su pareja, antes inexistente. Las personas dialogando en el centro del mapa (en el pueblo), rodeadas de frases como “participación comunitaria” “escuelas de formación y contratación laboral” hay también una casa más que dice “postres”. Hacia la zona lagunar encontramos unos binoculares cerca de la palabra ecoturismo, que en el caso de Mireia hace referencia a más proyectos de este tipo, más trabajo. Hay, además, en el camino del pueblo a la laguna una nueva casa con una suerte de laguna pequeña con la frase “más apoyo a quienes tienen dificultades”. Hacia arriba, hacia su propia casa y saliendo del pueblo, encontramos una casa nueva acompañada del escrito “encuentros de mujeres”. Ya sobre su propia casa encontramos el dibujo de dos manos estrechándose, una oreja y una boca, acompañados estos de las palabras *comprensión comunicación, escucha y apoyar*. Al lado de su casa familiar hay una nueva casa más que dice “casa propia”.

De las tres capas superpuestas del mapa del deseo de Mireia, de su vida soñada, los elementos que más resaltan es una invocación a la colectividad, el apoyo mutuo y al trabajo. Desde su hogar familiar, marcado antes con una X y ahora transformado (por medio de los sentidos dibujados) en un lugar de apoyo y comprensión, a la construcción de su casa propia no muy lejos, y nuevas fuentes de agua para “los que tienen dificultades”. Con un casco urbano con oportunidades laborales, escuelas de formación y lugares de encuentro como la casa de postres, la de mujeres y las dos personas conversando, para terminar con vías de comunicación nuevas que conectan, en su caso, con su futuro marido.

La representación simbólica en este mapa de tres capas pasa de la soledad a la colectividad, del aislamiento a la participación, del deseo del trabajo al trabajo como un hecho. A la construcción de un bienestar en su hogar donde ya no se trata sólo de “hacer oficio” sino de un espacio sano donde existe realmente comprensión familiar.

Figura 14. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 1



El mapa de Rosario dice mucho de Rosario. De todas las participantes de este taller, Rosario es la única que sólo completó la escuela primaria. Tiene 45 años, está casada y tiene dos hijos mayores. La forma en la que dibujado y organizado el espacio es en sí misma una fuente de información relevante: su casa es la de la derecha arriba, unida por un camino a la casa de su vecina (arriba en el centro) una mujer de Bogotá que vive en la región con su marido hace muchos años ya. Rosario ayuda en la limpieza de esta casa, y es por esto por lo que escribe “trabajo” justo debajo. Andado en el pequeño camino de su casa al trabajo, Rosario se dibuja a ella misma. Es la única que se dibujó a sí misma en su propio mapa. Luego, está la iglesia del pueblo. No queda en realidad tan cerca como Rosario la dibuja; debe andar 40 minutos para ir de su casa al pueblo. Está, en el centro del mapa, la carretera que une su casa con el pueblo. La

única carretera dibujada en el mapa. Abajo está la laguna, representada por los patos, y entre la carretera y la laguna están sus animales, el perro y las gallinas que cuida y adora

*Figura 15. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 2*



En su segundo mapa, Rosario utiliza las flores como una convención para ubicar sus lugares de bienestar. En este caso, la flor se encuentra en su lugar de trabajo, la casa de su vecina, y sobre sus animales, las gallinas. Las X las ubica en la laguna y en su propio hogar.

Figura 16. Contracartografía Rosario Ortiz (zona urbana). Capa 3



En su último mapa, el del deseo de Rosario, encontramos elementos muy interesantes; entre texto y dibujo, podemos observar que Rosario ha decorado el espacio de sus animales, es decir la tierra que rodea su casa con nuevas flores. Ha también escrito la frase “no envidia”, muy relevante para mostrar como la desaparición de la envidia permite la apertura física y personal a nuevos lugares. En la parte de arriba tenemos un llamado a el transporte público al pueblo, al trabajo para las mujeres y a la mejora en el acceso a la salud. Incluye también nuevas casas, bien a la derecha, sobre las que escribe “tienda de mercado”, que para ella significan lugares de encuentro. Hay, al costado izquierdo, un autobús con personas dentro, y una nueva casa más.

En este mapa no hay mención a la transformación del hogar familiar, donde Rosario habita con su esposo y dos hijos adultos que van y vienen. Sí aparece representado el embellecimiento de su parcela a través de las flores, pero no del hogar en sí mismo. Durante las conversaciones

posteriores en las que analizábamos y discutíamos los mapas individuales, Rosario insistía en que su casa era una carga, por eso la X sobre ella. Su casa es el lugar del maltrato y del silenciamiento. Dice Rosario que no tiene libertad y sí mucho trabajo; como ya lo habíamos visto durante su entrevista, Rosario es responsable de todo en su hogar, más de su propio empleo remunerado y además realiza algunas labores del trabajo de su marido. Nos contó en su entrevista que el único momento de su vida donde pudo descansar estando en su hogar fue mientras estuvo embarazada (al final) y en los días posteriores al parto.

Tampoco se hace mención al agua, posiblemente porque ella habita una zona que cuenta con agua potable proveniente del acueducto veredal. Y la laguna, dibujada bien abajo, no sufre tampoco ninguna transformación evidente. Esto sucede porque la ubicación de la casa de Rosario es en la zona central-urbana de la cuenca, lejos de la laguna, lo que significa que la laguna realmente hace parte del imaginario del municipio más que de su cotidianidad. Para ella, lo que parece clave en este mapa que da cuenta de un mundo realmente pequeño, es la posibilidad de salir, de ampliar su cotidianidad y sus tránsitos, de romper con la envidia para poder frecuentar nuevos lugares, poder tener acceso al trabajo y a la salud, estos son sus deseos más urgentes.

Cuando hablamos durante los grupos focales de este proceso cartográfico de Rosario, ella quedó muy impactada al notar cómo su único vínculo gráfico con alguien era con la casa de su vecina/ su lugar de trabajo. El hecho de haberse dibujado allí, justo allí, de personificarse en ese justo lugar, parece indicar que ella sólo siente que existe en este espacio. Rosario y su vecina han construido vínculos que van más allá de la relación laboral; pasan mucho tiempo conversando, tomando café y se cuentan mutuamente sus penas. Es, dice Rosario “la única persona con la que hablo y me entiende. Puedo ser yo misma y decir cosas sin que nadie me regañe o me calle la boca”. Algunas veces su vecina la ha llevado de paseo, a que conozca otros lugares. Rosario dice haber sido muy feliz en esos viajes pequeños: Ver otras caras, dice.

Para la realización de este taller, Rosario tenía tiempos muy limitados. Fue necesario mover varias veces la sesión para que ella pudiese participar, y el compromiso con su marido fue que yo misma la dejaría de vuelta en su casa a una hora establecida por él. Rosario decía que si llegaba tarde su marido le cerraría la puerta para no dejarla entrar.

Figura 17. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 1



Elsa tiene 63 años. Está casada y tiene dos hijos que no viven en el municipio. El mapa de Elsa pone en el centro su casa. Adornada por sus jardines y flores, y acompañada por sus perros (son varios, aunque sólo dibujó uno) con los que pasa mucho tiempo. Abajo del mapa esta la laguna con una pequeña barca, a la izquierda el pueblo de Fúquene, también representado por la iglesia. A la derecha arriba la casa (segunda residencia) de uno de sus hijos. Más abajo la carretera con un pequeño reservorio de agua. Arriba de su casa, el bosque. Cuidado y protegido por ella y su esposo.

Figura 18. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 2

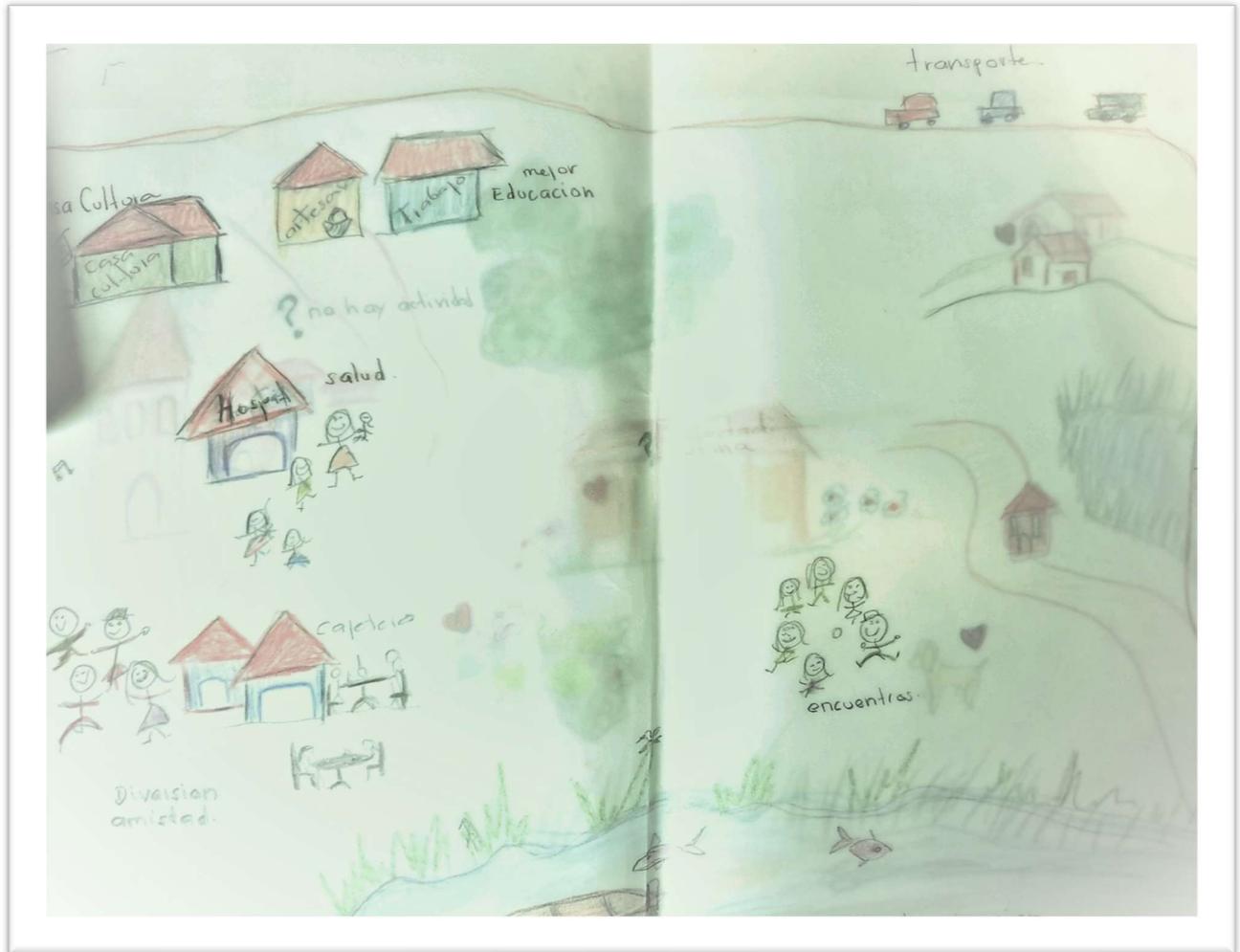


Los corazones, símbolos del bienestar en el mapa de Elsa, están puestos sobre su hogar, sus perros y jardines, y sobre la casa de su hijo. Ella usa la interrogación como marca del malestar. Uno de ellos está puesto también sobre su casa; cohabitando con el corazón están la soledad y la rutina, palabras que escribe sobre su tejado. “me siento atrapada en mi casa. No hay nadie con quien compartir otras actividades y yo no me puedo mover libremente e ir a tomar algo a algún lugar bonito con amigas”, nos dijo. Su casa es al mismo tiempo su prisión, y aunque ella no reporta relaciones nocivas con su marido, si siente que está aislada y encerrada. Recordemos que Elsa es habitante del municipio, pero nacida y criada en Bogotá. Es la única participante con estudios superiores y una posición socio económica estable.

A la izquierda, en el pueblo, encontramos otro signo de interrogación, acompañado de la frase “no hay actividad”. De nuevo, no hay una representación gráfica de ella misma en el espacio ni

de otras personas transitándolo. No hay coches en las carreteras, sólo hay plantas, animales y casas aisladas. Aquí la laguna tampoco está marcada de ningún modo. El agua, para Elsa, tampoco resulta un problema, dado que habita una zona con agua potable.

Figura 19. Contracartografía Elsa León (zona urbana). Capa 3



En el mapa del deseo de Elsa, el espacio se transforma completamente. Hay muchas personas, generalmente dialogando y divirtiéndose. Hay espacios para tomar café (abajo a la izquierda), hospitales donde hay madres con niños dibujadas. Arriba a la derecha aparece una casa de la cultura en lo que antes estaba dibujado sólo como la iglesia del pueblo. Hay también arriba a la izquierda una tienda de artesanías y una casa con las inscripciones “trabajo.” y “mejor educación”. Por el borde del mapa se observan coches y autobuses acompañados de la palabra

“transporte”. Abajo en la laguna hay nuevos peces nadando, acompañados de una invocación a la no contaminación.

De nuevo, el eje de la transformación del espacio, y por tanto de la vida misma, es la comunidad, la posibilidad de estar con otros, de hacer vínculos y de poder habitar el espacio público, de hacerlo público y no sólo de algunos.

Figura 20. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 1



El mapa de Jesica, habitante de la zona lagunar, soltera de 33 años, quien vive en la casa de sus padres, es muy semejante a los anteriores en cuanto a la distribución del espacio. Abajo a la derecha vemos la laguna, justo en la orilla su casa. Al lado, los tanques de agua. Un poco más arriba, la casa sede de la Fundación Humedales, lugar donde trabaja ocasionalmente. Unido por el cauce del río Fúquene, rodeado de árboles, está el páramo, donde dibuja una casa y un bosque. En el medio del mapa, el pueblo; la iglesia y 5 casas. Nada más en la hoja. No dibuja Jesica ni una sola carretera.

*Figura 21. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 2*



En el segundo mapa de Jesica, ella usa un asterisco verde para ubicar los lugares de bienestar y una X para los de malestar. Los asteriscos verdes están ubicados sobre la laguna, la parte exterior de su casa y sobre la sede de la Fundación Humedales su lugar de trabajo. Las X, por su lado, están sobre su hogar y sobre la laguna. La laguna entonces representa tanto el malestar como el bienestar. Arriba, en la zona de páramo, Jesica no pone nada. Al parecer este espacio es importante en visión el municipio, pero no posee un vínculo directo con esta zona. Como en los mapas anteriores, el lugar de trabajo aparece de manera positiva, Jesica ha trabajado con la fundación Humedales desde hace muchos años en proyectos pequeños y diversos cuyo objetivo es la conservación de la laguna. Allí, nos cuenta ella, ha podido aprender, tecnificarse y crecer como persona y profesional. La fundación le ha ayudado con el pago de sus estudios de licenciatura y aunque los proyectos no son constantes y el empleo escasea, ella se siente realizada como persona en este espacio. Fue en dicha sede donde realizamos estos talleres, y Jesica siempre nos abrió la puerta con mucha alegría, con las llaves en su bolsillo y una energía que mostraba estar empoderada del espacio. Gracias a esta vinculación, Jesica ama su laguna, dice que es “el corazón de Fúquene”, y por eso ubica justo la orilla como uno de sus lugares de bienestar. Nos cuenta que le encanta salir en la mañana y ver su laguna.

Con respecto a las X, la laguna y su hogar las comparten. La contaminación de la laguna, la pérdida de su espejo de agua son componentes muy importantes para una chica que ha crecido rodeada del discurso ambientalista. Además, dice estar cansada de no tener agua potable, de tener que hacer “tantas cosas para poder tener algo tan básico”. Esas tantas cosas se conectan con la X en su hogar, un lugar donde no se siente respetada como persona, sino más bien condenada a la soledad, al oficio y al servicio de su padre.

Figura 22. Contracartografía Jesica Pedraza (zona lagunar). Capa 3



En su mapa del deseo, Jesica escribe más que dibuja. Dice que se le da mejor. En la derecha abajo, en la laguna, Jesica escribe tres frases: “avistamientos”, “laguna limpia” y “turismo ecológico”. Son sus sueños, su trabajo ambiental hecho realidad. Uno de sus roles importantes es registrar las aves que vienen a la laguna y monitorear su cantidad y en general la diversidad de la fauna acuática.

Entrando en el espacio del hogar de Jessica, lo primero que resalta (casi en el margen derecho, al medio del mapa) es la palabra “potable” donde antes sólo estaba escrito “tanques de agua” en el primer mapa. Del techo de su casa salen varias frases: *Mas ayuda, estar pendientes el uno del otro, casa arreglada y más grande, más amistad* (acompañan tres chicas dibujadas), *menos machismo, menos conformismo*.

En la parte media del mapa, sobre el pueblo, aparecen dos dibujos pequeños, un libro abierto y un autobús. Los acompañan las siguientes frases: *mejor educación, participar en la emisora, visitarlo más seguido* (al pueblo), *mejor transporte, espacios recreativos, ser más espirituales*. Luego, hacia la parte izquierda y justo sobre a la carretera rodeada por un bosque Jessica escribe “muchacha agua en los ríos. El agua, en su caso, es el eje que conecta su mapa, es el centro de su vida y está presente en cada uno de los escenarios que representa. Arriba, en el costado izquierdo, sobre lo que corresponde a la zona de páramo, Jessica escribe: *Bosques reforestados, intercambios con la gente del páramo y la laguna*.

### *Mujeres “en su lugar”*

Cada mapa representa el mundo cotidiano de estas mujeres, y los mapas son realmente pequeños, el espacio geográfico que recorren y frecuentan es realmente muy limitado: el hogar, el lugar de trabajo (de haberlo), los animalitos que cuidan y la laguna son los elementos centrales en los mapas. No hay movilidad, ni transporte público, no hay personas representadas. Si hay carreteras están vacías en esta representación. No hay lugares de encuentros, ni casa de vecinos dibujadas, estos mapas son la soledad misma. Y aunque en el plano discursivo las mujeres hablan del bienestar como el aislamiento, como el estar en su casa con sus asuntos y sus maridos, en el plano gráfico la narrativa es otra. Todas las participantes marcaron sus hogares como lugares de no bienestar. Todas. Lo anterior invita a pensar que, independientemente de la zona de la cuenca que se habite,

“el control sobre el movimiento de las mujeres ha sido central para mantener el régimen del género impuesto por el patriarcado. Mientras las mujeres reproduzcan el discurso hegemónico del régimen de género a través de sus relaciones socio-espaciales y de su performatividad como mujeres en el espacio, más probable es que puedan habitarlo con seguridad, sintiéndose a salvo.” (Ranade, 2007)

En contraste, la vida social de los hombres pasa por una lógica completamente distinta:

“ellos van a una tienda y allá terminan con un mundo de amigos, charlan con todo mundo mientras la mujer no puede, porque si charla uno con alguien ya dicen que quién sabe qué cuento se está inventando, que uno se la pasa hablando de los novios, de los mozos que llaman así, esos dicen, entonces uno no puede ni charlar con una amiga, ni tener muchas amigas. En cambio los hombres son amigos de todo mundo, ellos van a la tienda, se toman unas cerveza y les resultan 30 amigos ahí tomando y pueden tomar cerveza hasta la hora que ellos quieran, nadie les dice nada, porque a ellos nadie los regaña, ni nadie les dice nada; en cambio la mujer si tiene a toda hora su regaño, a toda hora le pegan lo empujan , lo viven tratando mal, porque con solo que lleguen a mirarlo a uno mal, eso uno se siente muy mal, muy triste, porque con la sola mirada uno ya no es igual” (Rosario Ortiz, zona urbana, 47 años, entrevistada).

Los cuatro mapas descritos aquí muestran cómo las mujeres habitan espacios muy específicos, controlados, y que son asociados a la respetabilidad. Son lugares donde no hay riesgo de incurrir en acciones que otros ojos puedan juzgar como inapropiados y donde realizan actividades que favorecen directamente al mantenimiento de sus hogares (labores asalariadas). No hay, además, una diferencia en los movimientos o espacios mapeados por las participantes jóvenes en comparación con las mayores; podría en principio asumirse que, como mujeres jóvenes y solteras, Mireia y Jessica ocuparían espacios distintos, transitarían más caminos, pero no es así. Si no hay un marido, siempre hay un padre que controla. Como bien lo dice Ranade “El cuerpo de la mujer se convierte en un marcador de diferencia con el resultado de que la localización en el espacio/tiempo de la mujer se convierte en un significativo crítico de la significación del orden social” (Ranade, 2007, p. 1526) que, en este caso, excluye a las mujeres y limita sus movimientos.

Si seguimos la definición del espacio público como un:

“Espacio de uso colectivo, libre, heterogéneo, multifuncional, convivencial, integrador, cargado de sentido, de memoria, de identidad. Proporciona bienes y servicios a los ciudadanos y permite promover la redistribución social mediante formas de salario indirecto (ocio, cultura, relaciones sociales). En el espacio público los ciudadanos se reconocen mutuamente como tales, sujetos de derechos, libres e iguales. En este espacio se afirma a la vez la individualidad de cada uno y la existencia de una comunidad de personas que mantienen a la vez lazos solidarios e intereses y valores contradictorios. El espacio público es el ámbito de expresión política, a favor o en contra de los poderes existentes” (Borja, 2014, p. 6)

En este caso, lo que se hace evidente y también profundamente violento es que al parecer el espacio público en Fúquene sólo existe para los hombres<sup>22</sup>. Las mujeres se mantienen fuera de la esfera pública, en el ámbito doméstico, por eso las primeras dos capas de cada mapa son absolutamente solitarios, despojados de reconocimiento mutuo y distribución social. Son mapas profundamente domésticos, van del trabajo a la casa, que es también un trabajo (una carga). Ahora bien, la tercera capa de cada mapa, punto que elaboraré largamente en el apartado siguiente, muestra una conquista del espacio público y una agencia poderosa desde la capacidad de imaginar nuevos futuros, otros espacios. Unas felicidades que no responden al miedo a los problemas venideros si interactúan con otras personas, unas felicidades que no se conforman con estar “tranquilas”, es decir solas y “en su lugar”, resolviendo (cargando) lo que el Estado no ha querido resolver.

### **8.3.2 Fúquene para las mujeres: crónica de un alivio colectivo**

El ejercicio de contracartografía se convirtió en el ejercicio del alivio para las participantes. En este apartado, cuento la historia de los grupos focales, cuyo propósito fue poner en diálogo los hallazgos encontrados durante las contracartografías y a través del mapa del deseo. Uno de los resultados de la aplicación de estas dos estrategias metodológicas fue entonces el alivio, el alivio que produjo en las mujeres participantes el saber que eso que ellas sentían, que tenían allí guardado, no era sólo de ellas, era un sentir compartido. Ese sólo hecho significó “quitarse un peso de encima”, un aliviar la carga.

Una vez terminados de hacer los mapas individuales, con sus tres capas, procedimos a comentarlos. Les pedí a cada una de las participantes que describieran capa por capa lo que habían hecho, siempre cuidando que ninguna se sintiese incómoda al decirlo en voz alta. La capa 2 fue reveladora; las caras de sorpresa al ver que todas tenían una pequeña X en sus casas fue un momento conmovedor. Allí inició el diálogo y con él el alivio. Con el propósito de entender mejor porqué todas sentían malestar en sus hogares, iniciamos con una lluvia de ideas, de palabras, que podrían estar asociadas a ese malestar, y las que compartían o eran comunes las

---

<sup>22</sup> Este punto es en sí mismo merecedor de otra investigación completa. No es el lugar de la aquí realizo ocuparse del espacio público como eje central, pero si es una de las inevitables conexiones con la vida cotidiana de las mujeres del municipio que aquí me ocupa.

íbamos escribiendo en una hoja de papel grande que nos hacía las veces de pizarra. Llenar de sentido, de significado el malestar era una pieza clave del proceso investigativo y también del proceso de intervención (desnaturalización) de esas verdades sedimentadas en la experiencia de cada una.

Las X empezaron a formar el campo semántico de la división sexual del trabajo. Palabras como “hacer oficio”, “no poder descansar”, “cocinar todo el día y que igual no le agradezcan a uno”, “lavar la ropa con agua sucia” y “despertarse muy temprano para ver los animales”, empezaron a emerger del proceso de diálogo. A esto le llamamos carga y la carga condujo la reflexión hacia la falta de ayuda de los otros miembros del hogar ¡es que nos toca todo solas! Decían. Y se reían, se miraban con complicidad al entender que por fin podían nombrar y compartir una experiencia.

Luego miramos la siguiente X, ubicada en el pueblo también en todos los mapas. Jessica dijo que era muy lejos, a lo que las demás se sumaron diciendo que no había como llegar, que tenían que caminar mucho y que no tenían tiempo libre para perder yendo hasta allá a no hacer nada. Ubicamos una segunda columna en nuestra pizarra de papel para el problema que les suponía el tiempo y su relación con la falta de transporte y con la carencia de espacios sociales. Todas miraban sus mapas y decían “ay, yo también puse eso”.

De la falta de transporte emergió una palabra muy importante, la independencia. La movilidad les permitía independencia, pero carecen de vehículos o transporte público, por lo que dependen de los maridos o padres para movilizarse. Esto hace que queden a merced de las voluntades masculinas de la casa. Para Jesica, por ejemplo, es imposible ir a la mina por agua si no va su padre o su tío con la camioneta. Si ellos quieren y pueden hay agua, si no, Jesica resuelve.

Además de la distancia, el pueblo no tiene opciones de trabajo. Mireia es una privilegiada por tener la emisora, pero este es un trabajo sólo los sábados y es un asunto gestionado por la iglesia del pueblo, a la que llegó a través de su padre. Las demás dicen que “es un moridero” y luego reflexionan colectivamente sobre la extremadamente escasa oferta laboral en el municipio: ¡Es que no hay trabajo ni pa los señores, que va a haber pa una!, dijo Rosario. Y fue allí donde el trabajo se convirtió en la tercera pata de la carga. Mejor dicho, el no tenerlo. Sin trabajo tampoco hay independencia.

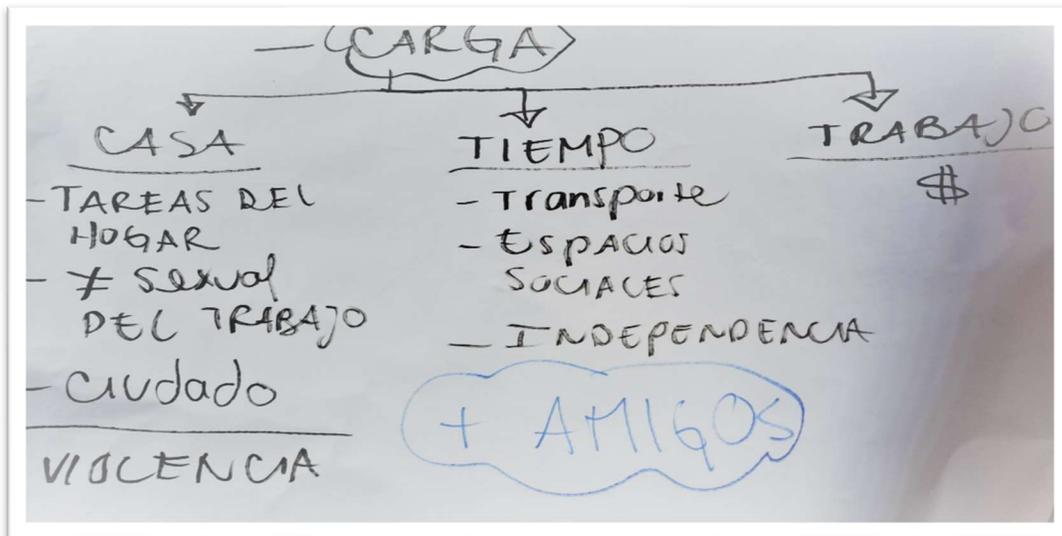
De allí, de la emoción colectiva que produjo el darse cuenta de que todas sufrían de la misma carga, pasamos a la imaginación que, impulsada por el deseo, construyó un nuevo territorio. Le llamamos *Fúquene para las mujeres*. Cogimos de nuevo las palabras comunes en ese Fúquene imaginado, repleto de vida y movimiento, y dotamos de sentido colectivo la idea del bienestar.

Figura 23. Fotografías Grupos focales



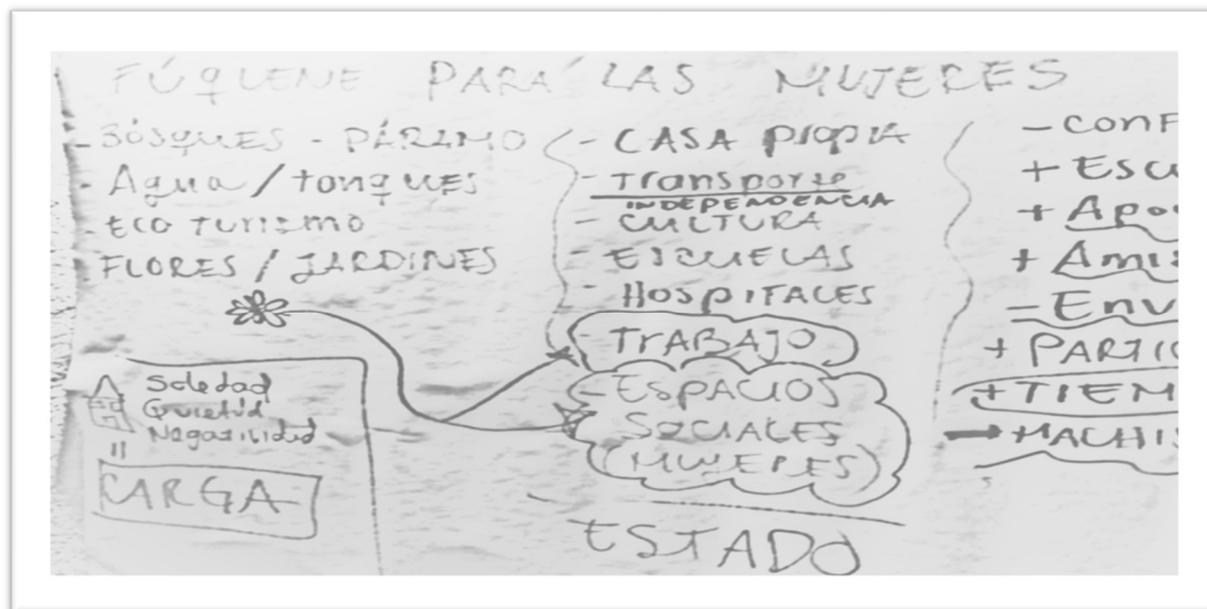
Tomada por: Luciano Vargas

Figura 24. Fotografía pizarra grupo Focal-1



Tomada por: Luciano Vargas

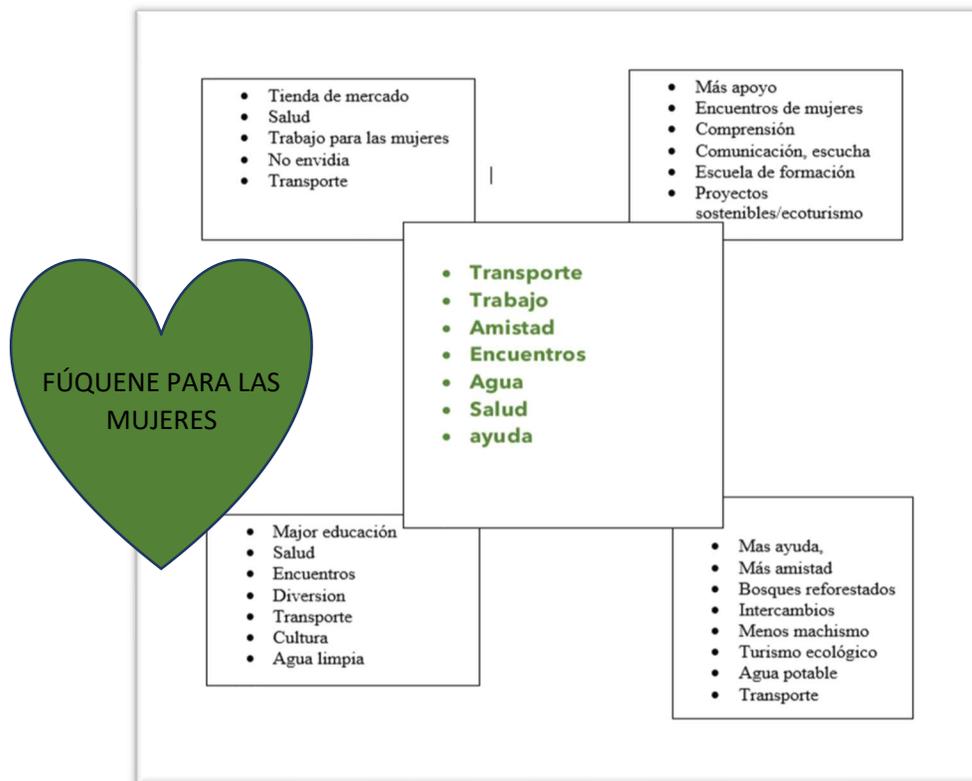
Figura 25. Fotografía pizarra grupo Focal -2



Tomada por: Luciano Vargas

Descubrimos que había tres ejes centrales en este Fúquene para las mujeres. Uno ambiental, uno estructural y de servicios, y uno relativo a lo personal y del hogar. Estos tres ejes juntos, de resolverse, resolverían la carga. En el eje ambiental aparecen los bosques reforestados del páramo, el agua potable y los tanques llenos; aparece el ecoturismo y los jardines llenos de flores. En el eje estructural y de servicios aparecieron palabras como transporte, trabajo, casa propia, escuelas, hospitales y espacios sociales. En el eje personal y del hogar encontramos términos como la confianza (en oposición a la envidia), la escucha, la amistad, la participación social, el tener tiempo y la reducción del machismo. Todos estos elementos de cada uno de estos ejes están ya expuestos en el mapa del deseo, cada una los había puesto allí, sin saber qué estaban poniendo las demás. A la hora de la socialización, todas coincidían, y lo que una no había puesto antes en su mapa, lo sumaba a la otra ahora en el diálogo.

Figura 26. Diagrama resultados Grupos focales



Fuente: elaboración propia

Al final de la sesión, puse (sobre una ventana) una sobre otras las cuatro capas del mapa del deseo de cada una, y a través de la luz el espacio se transformó. Las participantes, una a una, fueron acercándose a ver lo que sucedía cuando esto que acabábamos de dialogar se hacía visual, visible, en el mapa colectivo del deseo.

“el asombro, el asombro que sentía ante la manera en que el mundo llegó a estar organizado de la manera en que lo está, un asombro que siente lo ordinario como sorprendente; la alegría, la alegría que sentía cuando comencé a hacer diferentes tipos de conexiones con otros y me di cuenta de que el mundo estaba vivo y podía adoptar nuevas formas; y la esperanza, la esperanza que guía todos los momentos de negación, y estructura el deseo de cambio con el temblor que lo acompaña cuando el futuro se abre, como una apertura hacia lo que es posible” (Ahmed S. , La política cultural de las emociones, 2015, p. 259)

Los mapas del deseo individuales se potenciaban al estar juntos, así como las mismas participantes se potenciaban entre ellas, se aliviaban y se vinculaban. El mapa del deseo

colectivo es entonces el mapa de un territorio vinculado, conectado, emocionalmente relacionado, vivo.

### 8.3.3. El mapa del deseo: De mujeres “fuera de lugar” y espacios transformados

Figura 27. Mapa colectivo del deseo

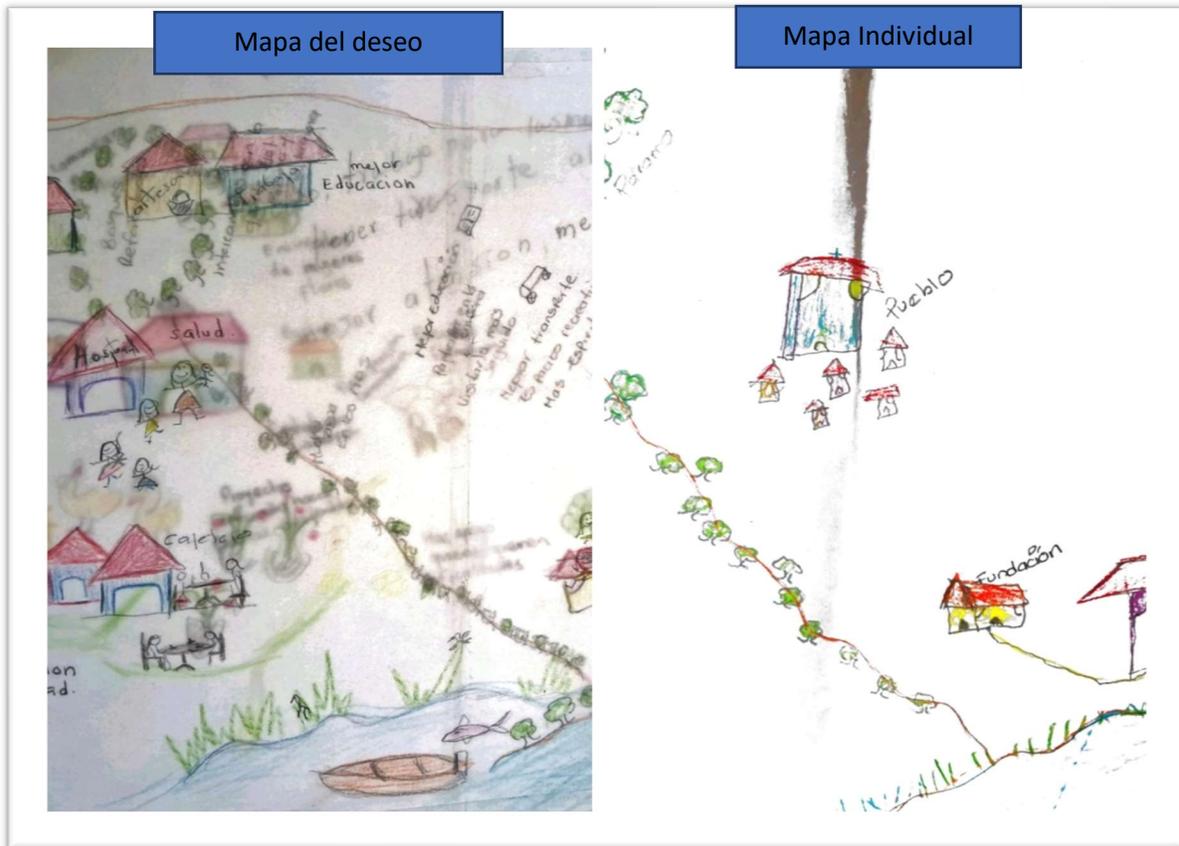


Es necesario intervenir en este sentido común que ha sedimentado *una* verdad sobre las mujeres y sobre lo que les es permitido habitar, ser y hacer en Fúquene, pues al final, como bien lo dijo Nietzsche “¿Qué es, entonces, ¿LA verdad? las verdades son ilusiones cuyo carácter ficticio ha sido olvidado; son metáforas cuya fuerza ha ido desapareciendo con el uso” (Nietzsche, 2001).

La imaginación aparece aquí como un recurso para intervenir esa verdad, para recordar que no es más que una ficción y establecer así la posibilidad de construir y ver otras formas de existencia que están guardadas *detrás de los ojos* de estas mujeres y que sólo emerge de la colectividad. La imaginación entonces puede ser pensada también como un viaje emocional, y estos viajes emocionales “están ligados a la politización de una manera que reanima la relación entre el sujeto y un colectivo” (Ahmed S. , La política cultural de las emociones, 2015, p. 259), están

ligados al hacer cosas, a la acción y por tanto la agencia. Las emociones que se transforman al romperse en el mapa del deseo (la soledad que deja de serlo, la envidia que desaparece), son entonces claves para entender cómo está operando la bisagra agencia/paciencia en las mujeres de Fúquene: Sólo desde la emoción, el afectarse por, es posible iniciar el camino de la transformación.

Figura 28. Comparativa Mapa individual vs. Mapa colectivo del deseo



Así pues, la imaginación, plasmada en el mapa del deseo, transforma el espacio al mismo tiempo que transforma la vida de las mujeres del municipio. Al estar *fuera de lugar*, habitan el lugar y lo revitalizan. La imagen es muy poderosa. Es lo que resulta de juntar la capa superior de cada uno de los mapas individuales, la capa que corresponde al deseo. Las 4 capas juntas, los deseos-proyectos de la imaginación- de las 4 participantes del taller de contracartografía, producen una transformación radical del espacio, del municipio, de la cuenca del río Fúquene y del agua misma.

“Para hacer sitio a la propia acción, hay que eliminar o destruir algo que antes estaba ahí, y las cosas cambian tal y como eran antes. Ese cambio sería imposible si no pudiéramos apartarnos mentalmente del lugar en el que nos encontramos físicamente e imaginar que las cosas podrían ser distintas de lo que son en realidad. En otras palabras, la negación deliberada de la verdad de los hechos -la capacidad de mentir- y la capacidad de cambiar los hechos -la capacidad de actuar- están interconectadas; deben su existencia a la misma fuente: la imaginación” (Arendt, 2022, p. 5)

Al mismo tiempo, generan alivio en sus cuerpos y en sus vidas; de pasar de la soledad, de los mapas casi vacíos, a la vitalidad de un espacio lleno de personas (sí, en estos mapas hay personas), lugares de trabajo, transporte, salud y espacios de encuentro. Hay comunidad, hay vida. Es además un municipio donde las mujeres están fuera del espacio históricamente asignado a su género -el hogar-; están moviéndose, habitando y existiendo en el espacio público, con acceso al trabajo y a espacios educativos, rodeadas de un medio ambiente que favorece la existencia de seres humanos y no humanos donde al agua abunda y los bosques han renacido. Sólo a través de la imaginación, de la imaginación colectiva de las mujeres, es posible transformar el espacio, el espacio de sus cuerpos y el espacio que habitan. Aquí, en Fúquene, “las ficciones políticas pueden ser más eficaces, aquí y ahora, que los sistemas teóricos” (Braidotti R., 2014). Al final, es el movimiento el que permite la imaginación. El nomadismo del pensamiento, del que habla Braidotti, es el que abre las puertas al resistir.

## 8.4. Etnografía Vincular: Resultado metodológico

Situada desde los marcos de la epistemología feminista, y en una continua búsqueda por materializar aquello de “construir con otros”, hacer etnografía *siendo pantalla* en tiempos de Covid en un principio parecía ser una barrera insondable. Afortunadamente, esto se ha transformado en condición de posibilidad para la creatividad investigativa. En este capítulo exploro, en primer los desafíos, potencialidades y retos que supone la investigación etnográfica feminista en tiempos pandémicos, donde no solo no podemos desplazarnos, recorrer los caminos, sino que encontramos limitadas las conversaciones, la cercanía corporal y, con ella, la imposibilidad de experimentar en nuestras pieles la vida y experiencias de los demás. ¿Cómo hacer entonces etnografía cuando no podemos oler, sentir, observar, recorrer y probar el mundo que observamos? Describo aquí el resultado de la apuesta que hice para resolver esta situación: el hecho de convertirme en pantalla de la mano de Mariana y Mario, mis compas de investigación, y las reflexiones resultantes del proceso.

### 8.4.1. Reflexiones sobre el quehacer etnográfico

“Reconocer que los objetos que encontramos y describimos son nuestras propias construcciones también conlleva una serie de consecuencias que hay que asumir, La cuestión es saber que nos ofrece construir el tipo de objetos de estudio que necesitamos para penetrar y transformar los debates de una reconstitución de la relación entre etnógrafos, participantes y lectores” (Hine, 2004, p. 57)

Hacer etnografía sin poder *estar* resultaba un imposible. Además, y aún más importante, la pregunta seguía girando en torno al cuidado. Estoy convencida que no existe investigación alguna que valga más que el cuidado de las personas con las que trabajamos y de una misma. Con políticas como el distanciamiento social, no solo me era imposible viajar a terreno, sino que pretender juntar personas era también un riesgo que podría hacer aún más vulnerables a las personas que ya de entrada estaban en una situación precaria en términos de asistencia sanitaria y escasez de recursos.

Por casualidad, me encontré con una nota que escribió Damián Martínez en un espacio titulado *Sociología en Cuarentena*, dedicado a recoger reflexiones colectivas de las implicaciones sociales e investigativas de la pandemia. La nota, titulada “¿Será posible hacer etnografía en tiempos de ‘nueva normalidad’?” termina diciendo:

“si la ‘nueva normalidad’ ha modificado hábitos sociales como el saludo, la cercanía, el abrazo, el beso, o la conversación distendida en grupos de amigos y conocidos, es de esperar que la etnografía deba adaptarse a estos cambios, a estas nuevas formas de sociabilidad, a la espera de poder volver a un escenario que permita la cercanía social. Y si no es posible volver en un tiempo razonable, llegará el momento de comprobar las opciones que ofrece la etnografía virtual”.<sup>23</sup>

Empecé a comprender aquí que la problematización de lo virtual como medio, pero también como objeto mismo y como potencial político-investigativo era central en las condiciones pandémicas en las que apenas empezábamos a adentrarnos. Decidí explorar nuevos caminos y tratar de abandonar definitivamente la nostalgia analógica que me tenía maniatada. De la mano de este abandono, y a medida que me adentraba en la discusión sobre la etnografía virtual, encontré que, a través de lo virtual, esa posición siempre difícil de gestionar del investigador, un externo que llega a un lugar a “investigarlo” quedaba un poco más diluida. Mi sola presencia como mujer, de clase media trabajadora, proveniente de la ciudad y con estudios universitarios siempre condicionaba la conversación con las mujeres y hombres rurales del municipio que ocupa mi investigación, a pesar de mis vínculos personales luego de años de presencia en el lugar. Además, en tanto hija de un biólogo reconocido en la región, descubrí a través de la virtualidad una pizca de anonimato que jugaba a mi favor. Esto, sin embargo, no resolvía mi preocupación inicial por la carencia de la experiencia, por no poder acceder con mi cuerpo y mis sentidos a las realidades de los demás y fortalecía mi preocupación por terminar haciendo una investigación donde las personas se convirtieran en investigados y donde los nexos emocionales, los vínculos afectivos y las relaciones personales terminaran diluyéndose hasta posturas tradicionales exotizantes donde las personas devienen otredades.

---

<sup>23</sup> Recuperado de: <https://sociologiaencuarentena.tumblr.com/post/617982813735616512/ser%C3%A1-posible-hacer-etnograf%C3%ADa-en-tiempos-de>

La experiencia, el estar, la vivencia corporal, el vínculo, se desdibuja rápidamente en la idea misma de la virtualidad, pero es también esto un sesgo sobre la noción misma de la experiencia. La misma nostalgia analógica operaba en un nivel también que empezaba a penas a vislumbrar. Esta vivencia, como ya decía arriba, es también una lectura del mundo, una ficción selectiva de la realidad de otros constituida a través de mi propia visión de mundo, pero manifestada no solo en mis notas del diario de campo sino en la lectura corporal que yo hago del mundo. En todo caso, lo que tenía adelante no era otra cosa que la pregunta por la “autenticidad” proveniente de los rezagos de la etnografía tradicional. Al final,

“La búsqueda de un conocimiento realmente auténtico de las personas o de los fenómenos está destinada a su irresolución. Y el propósito del etnógrafo no tendría que ser, en todo caso, importar un criterio externo para juzgar si es seguro creer en lo que dicen los informantes, sino comprender cómo los informantes valoran la autenticidad, lo cual implicaría aceptar que "el informante" es una figura parcial y no una identidad total” (Hine, 2004, p. 10).

Asumiendo que la autenticidad de la información recogida estaba anclada a mi experiencia corporal y a mi capacidad de estar en terreno, asumía que esa lectura de mundo que yo producía era más completa. Pero, en realidad, lo que es necesario aceptar cuando se hace etnografía virtual es la irresolución que menciona Hine en las palabras citadas arriba. Mi cuerpo está de otra manera en lo virtual; ¿es suficiente esa manera de estar? Las personas con las que yo quería conversar no eran más o menos honestas -discursivamente hablando- por el hecho de estar físicamente, y, de hecho, al no estar físicamente podrían decirme cosas que mi presencia física podría limitar. En el fondo, y a pesar de tener absolutamente claro que la etnografía es un relato selectivo, ficcional y nunca objetivo, la nostalgia analógica seguía operando en mi modo de hacer etnografía. Mi cuerpo, entonces, debía transitar a la virtual para aprender a estar de otros modos, y la virtualidad misma debía transitar del medio o herramienta a un lugar central en el análisis, pero sin perder la posibilidad de vincular afectivamente.

Mi condición particular como mujer “blanca”, estudiada, de clase media trabajadora, proveniente de la capital del país e hija de un biólogo reconocido, han condicionado siempre mi experiencia vincular con las personas que viven en Fúquene. Las discusiones que han dado los estudios culturales y los estudios de género sobre la labor etnográfica me han permitido comprender que

el oficio del etnógrafo no solo debe tener en cuenta estas consideraciones, sino que debe también liberarse de asumirlas como una limitación; en tanto no se busca una autenticidad, una Verdad o una objetividad en los “datos”. Lo que algunas corrientes más tradicionales han asumido como limitantes son aquí trabajadas como potenciales conversaciones.

El hecho de no “pertener” a una comunidad específica no significa que no pueda trabajar con ella, no significa necesariamente un ejercicio epistémico colonial del otro ni una actitud salvacionista frente al lado menos favorecido. La clave, a mi modo de ver, está en la idea misma del pertenecer: a mi juicio, las relaciones entre personas provenientes de diversos contextos son las que producen diálogos, conversaciones y movimientos sociales. Si abandonamos la idea de que para producir etnografías comprometidas políticamente tenemos que, necesariamente, “pertener” a la comunidad que estudiamos estamos también abandonando una ceguera que limita el dialogo entre diversidades y localizaciones plurales. Pertenecer debe ser también un término revisado juiciosamente, pues la pertenencia, creo yo, es vincular y afectiva antes de ser geográfica (esto lo he entendido aún más ahora en condición de mi migrante). Pertenecer es un ejercicio de las vísceras, y estas no solo responden al lugar de nacimiento, también lo hacen cuando ciertos elementos y situaciones nos atraviesan. Las incomodidades viscerales en las sociedades actuales están conectadas entre contextos concretos, y la necesidad es justamente la de hacer visibles las conexiones sin perder de vista el contexto. Sin el dialogo transcontextual no aprendemos de otros, no reinterpretamos ni ponemos en revisión nuestros propios significados y prácticas.

Por tanto, en esta apuesta por una etnografía vincular, conversacional, visceral, los feminismos han realizado aportes preciosos.

“Este tipo de etnografía no termina de hacerse, todo el tiempo se está en modo etnográfico, de manera que la información construida no está solo en los medios de registro, sino que termina por incorporarse y por hacer parte de la carne de la vida de quien investiga, incluidos quienes dan su testimonio. De esta manera, se difumina el contorno entre lo que es y no es trabajo de campo” (Muelle, 2019)

Esta difuminación del contorno es justamente el ejercicio dialógico, corpóreo y vincular que la virtualización suponía perder era para mí el más grande reto a sortear. Es entonces cuando decido que, en tanto personas vinculadas, mi cuerpo podía encarnarse tanto en pantalla como en el cuerpo de otros. Tenía que expandirme, hibridarme, virtualizarme y encarnarme, no mis métodos, no mi objeto/contexto de estudio, sino yo misma. Lo que tenía que abandonar, al final, no era solo la nostalgia analógica sino la idea de que solamente yo podría *hacer bien* el trabajo etnográfico. Entonces comprendí que los rezagos coloniales, tradicionales, operaban en una suerte de autoridad epistémica que me había conferido a mí misma y que estaba impidiéndome materializar la idea de construir conocimiento colectivo.

La propuesta metodológica comenzó entonces a tomar forma. Por un lado, me virtualizaría al estar presente solo a través de la pantalla, me encarnaría al trabajar en conjunto con dos personas de la región que harían etnografía conmigo, Mario y Mariana. A través de sus percepciones y cuerpos yo podría sentir y oler. Sería pantalla, pero también cuerpo. Sería conversación.

Mariana, Mario (mis colegas investigadores) y yo empezamos ver cómo los vínculos que se iban produciendo a medida que se realizaban las conversaciones a través de la cuenca transformaban las percepciones del espacio y las personas, y consolidaban posibilidades de articulación futuras desde las cuales gestionar potenciales escenarios de transformación de la vida de las mujeres del municipio y de nosotros mismos.

Identificamos 3 niveles principales de vinculación que se estaban produciendo: entre nosotros tres, entre ellos y su comunidad, y finalmente, entre la experiencia de vida (compleja y diversa) con el espacio geográfico. Siguiendo a Caretta:

“En la investigación transcultural el conocimiento situado está ligado a la existencia de una "triple subjetividad" sobre el terreno: investigador, asistente de investigación e investigado. Estas tres figuras conforman y condicionan el desarrollo de la investigación de campo al buscar, contribuir, obtener o limitar la obtención de datos. Por lo tanto, aunque el término "triple subjetividad" ayuda a vislumbrar la presencia de estos tres sujetos, sus subjetividades son múltiples” (Caretta, 2014, p. 490)

Lo anterior implica una fractura de las relaciones de poder intrínsecas al proceso de investigación y deja sobre la mesa una construcción del conocimiento que va más allá de los datos recolectados para situarse en la forma en que dialogamos, nos creamos y construimos juntos.

En este caso, ese juntos estaba compuesto por mi parte como investigadora, la parte de Mariana y Mario como asistentes/compañeros y la parte de las personas participantes. Los vínculos entre esta triple subjetividad es entonces el centro del análisis, múltiple y complejo, pero central al proceso investigativo mismo que fortalece los principios feministas sobre las condiciones de producción de conocimiento situado.

#### **8.4.2. Investigadora y compañeros (asistentes)**

El hecho de que Mariana y Mario pusieran sus sentidos y su cuerpo en la investigación, y consignaran su experiencia en los diarios de campo, hizo que de alguna manera el vínculo entre nosotros se fortaleciera. Nos convertimos en un solo cuerpo que se tejía en las conversaciones, construyendo entre nosotros una narrativa particular de lo sucedido, un relato a tres manos alimentado a través de nuestras diversas experiencias y conocimientos. Ellos, al final actuaron como “intermediario cultural, mediador y guardián en la investigación transcultural” (Caretta, 2014, p. 493). Éramos tres sujetos y por tanto la interpretación y lectura de las situaciones, palabras, gestos y contextos de los entrevistados era diferente; ellos ofrecieron a la investigación un potencial reflexivo y autorreflexivo proveniente de la comprensión situada de las situaciones que sólo ellos podían tener en tanto vecinos y amigos de los entrevistados. Además, la lectura de Mariana (en tanto mujer) y la de Mario (en tanto hombre) mostraba matices interesantes que también eran relevantes a los intereses investigativos y a sus propios procesos de autorreflexión mientras investigaban. Conversando los tres, desde nuestras lecturas y experiencias de las entrevistas realizadas, entendimos que esa naturaleza diversa de cada uno resultaba ser central en la comprensión de la situación que estudiábamos y en la composición de la narrativa heterogénea que estábamos construyendo; un relato sobre el agua, las mujeres, y la cuenca. Así, mi relación con Mariana y Mario se fortalecía. El vínculo profesional pero también de amistad se hacía más estrecho a medida que conversábamos y construíamos reflexiones colectivas luego de las sesiones de entrevistas. Parecía que sus propias reflexiones no habían sido tenidas en cuenta

antes por los otros investigadores con los que habían trabajado, y que el hecho de escucharlos y animarlos a empoderarse del proceso de investigación y de la producción de conocimiento misma nos hacía más cercanos y cómplices.

Al final terminamos siempre en una especie de sesión de terapia donde todos hablábamos un poco de nuestra propia realidad cotidiana, de nuestros privilegios con el acceso al agua y como lo dábamos por sentado, de la distribución de los roles de género en la casa de cada uno y así, a través de las experiencias de otro, resignificamos nuestras propias experiencias; desnaturalizamos la cotidianidad a través del vínculo.

Otro punto interesante aquí es el efecto que triple subjetividad narrativa produce en el momento de la entrevista. Allí estaba yo, hecho pantalla, preguntando cosas. De repente Mario o Mariana pedían la palabra y realizaban preguntas propias, fuera del guion, relacionadas con su conocimiento de la zona, de los términos locales que se escapaban para mí. Luego de cada conversación semanal, de cada reflexión colectiva sobre los resultados obtenidos esa semana, ellos se empoderaban más y más de las entrevistas, de las conversaciones. Contrario a lo que podría pensarse, su progresivo aumento de protagonismo transformó la calidad de las entrevistas; las respuestas de los entrevistados empezaron a cambiar, a hacerse más naturales y completas, y mi condición de investigadora mujer pantalla, ubicada en Europa, empezó a pasar a un segundo plano y a mediar menos el tipo de información y emocionalidad que emergía. Alguna vez el internet dejó de funcionar y, al reconectarme, Mario (quien en mi ausencia siguió con la entrevista) me dijo: “se cayó la señal y esa señora arrancó a echar chistes jajaja”. Gestos sencillos como la imposibilidad de hacer bromas frente a mi muestran el lugar de jefe que me otorgaron los participantes, especialmente durante los primeros minutos de la entrevista. Ante mi todo se acartonaba. A medida que pasaban las entrevistas, que los participantes se acostumbraban a la presencia de mi cara en una Tablet, y a medida que Mariana y Mario se empoderaban, la calidad de la información florecía.

#### **8.4.3 Asistentes y miembros de la comunidad**

A medida que Mariana y Mario comprendían la profundidad del problema de investigación para el que trabajaban, y dejaban de verlo exclusivamente como un trabajo por el cual ganarían un

dinero, consolidaban una importante voluntad política frente a su comunidad en temas de género y diversidad que antes habían pasado por alto en el trabajo ambiental sin perspectiva interseccional que llevaban décadas haciendo. En palabras de Mariana:

“yo realmente no me había puesto a pensar en las mujeres. Esas historias son muy duras. Y uno quejándose de su vida y hay gente al lado mucho peor y yo no sabía nada. Tenemos que hacer algo por esas señoras”

Mario, por su parte, lo expresa así:

“yo no aguanté y lloré. Se me salían las lágrimas de regreso después de la entrevista porque no es justo que haya personas viviendo al lado de uno en esas condiciones. Uno siempre iba a hablar con los señores de la casa, pero escuchar a las señoras te da otra mirada...se les sentían muchas ganas de hablar, de contar sus historias y se sentían como importantes porque queríamos preguntarles por ellas y por sus sentimientos...es que nadie habla con ellas nunca”

Esta manifestación de transformación muestra que “participar en el proceso de investigación puede tener un efecto fortalecedor tanto para los asistentes como para los participantes (Scheyvens and Leslie, 2000, citado en Caretta, 2014: 497). Este empoderamiento sucede a través del diálogo, del vínculo que se empieza a construir cuando escuchamos a otros, cuando sentimos a otros y a través de ellos revaloramos nuestra propia experiencia de vida. La intimidad, la emocionalidad que se comparte entre los asistentes como Mario y Mariana con los participantes actúa como un detonante de acciones colaborativas y por lo tanto de potencial gestión comunitaria. Si hubiese sido solo yo la encargada del proceso de investigación este detonante no hubiese existido y los participantes no hubiesen podido expresar su situación personal y emocional con libertad y tranquilidad.

Sin esa libertad tampoco habrían existido nuestras reflexiones propias, como investigador y asistentes, y tampoco habríamos estrechado vínculos entre nosotros ni repensado nuestras propias cotidianidades. Por lo tanto, lo que queda claro al final es que el vínculo entre quienes investigan, quienes asisten y quienes participan es central al proceso de investigación y al tipo de conocimiento que se produce, pero también es central a la hora de romper la geometría del poder que sucede en las investigaciones tradicionales, y a la hora de producir intervención política en la propia subjetividad.

#### 8.4.4. Etnografía vincular: definición preliminar de una propuesta

*“El conocimiento no puede separarse del mundo corporal de los sentimientos y las sensaciones; el conocimiento está ligado a lo que nos hace sudar, estremecernos, temblar, todos esos sentimientos que se sienten, de manera crucial, en la superficie del cuerpo, la superficie de la piel con la que tocamos y nos toca el mundo”.*

*Sara Ahmed (2015)*

*La etnografía vincular* es entonces el reconocimiento multinivel de los vínculos propios del oficio etnográfico y del etnógrafo mismo en diversos órdenes. Por un lado, en el orden de la expresión del contexto de estudio, la etnografía vincular implica reconocer los vínculos entre la expresión física y virtual del contexto. Esto es, reconocer que en sociedades contemporáneas y globalizadas, aunque sea precariamente, las personas nos expresamos en el plano material y en el virtual y que esta expresión no necesariamente es coherente o consensuada; son los vacíos, las yuxtaposiciones y los cambios entre uno y otro plano lo que resulta más sugerente de analizar siempre y cuando haya un anclaje con las relaciones de poder y desigualdad estructurales que determinar el horizonte de sentido de cada una de las voces, o agentes, que producen en su interacción el contexto mismo.

Por otro lado, la etnografía vincular implica poner en diálogo y conversación dichas voces, dichos universos de sentido que emiten los agentes, y desde donde se emiten, para ganar complejidad y por tanto rigurosidad en la comprensión sobre la manera en que un contexto determinado este articulado. En últimas, lo que se propone es una etnografía que no tenga que estar parada en uno u otro universo, físico o virtual, sino que navegue entre ambos, que junte los puntos de consenso, pero también reconozca los disensos desde los que una comunidad específica significa sus prácticas y pueda así mapear su compleja forma de ser y estar en el mundo.

En otro orden, la etnografía vincular implica la capacidad de deslocalizar al investigador como autoridad epistémica y vincular la producción de conocimiento a la conversación que entablamos

con otros que participan del ejercicio etnográfico. Cobijada bajo el principio de que la pertenencia es afectiva, la etnografía vincular permite la virtualización del investigador en tanto que su presencia puede encarnarse en otros cuerpos, en otros universos epistemológicos e interpretaciones de mundo, e incluso en otros planos de la existencia como, por ejemplo, las plataformas de videollamada. Si aceptamos que pertenecer es reconocer los vínculos que culturalmente, en una escala más amplia, nos atraviesan como colectivos ampliados, como sociedades occidentales globalizadas (reconociendo siempre el nivel de dicha globalización), la conversación con otros, contrario a lo que pueda pensarse, no condiciona la “veracidad” de los datos recogidos etnográficamente sino que centra su atención justamente en como la experiencia hace que veamos diferencialmente el mundo que nos rodea, y como esa diferencia es precisamente una descripción más rigurosa del mundo concreto. Hubiera podido yo solamente pedirle a un par de personas que llevaran un ipad a recorrer la región para que yo pudiera conducir las entrevistas a las diversas mujeres que participaban de mi estudio, y habría entonces desconocido el vínculo que existía entre lo que estas personas verían y que era invisible para mí; habría invisibilizado una vez más los conocimientos que ellos estaban produciendo y las interpelaciones sobre sus propias vidas que estaba causando la investigación. En vez de asumir una posición pasiva como choferes de una investigadora privilegiada hecha pantalla, quise recoger sus experiencias, sus impresiones, sus observaciones, sus percepciones corpóreas de lo que iba sucediendo a medida que avanzaba la investigación adelantada en su propia región y dialogar con ellos exponiéndoles las mías. A través de los diarios de campo como herramientas y de conversaciones antes, durante y después de los recorridos, dialogamos los involucrados en búsqueda de establecer nuestras percepciones diversas y por qué mismo de su diversidad.

Lo anterior no implica considerar como conocimiento etnográfico todo tipo de conocimiento, advertencia que hace con precisión Luis Reygadas en su texto *Todos somos etnógrafos. Igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológico*. Lo anterior implica, en primer lugar, partir de que “No hay garantías de verdad o de valor etnográfico: ni el ser profesionales de la antropología, ni “haber estado ahí”, ni haber hecho trabajo de campo, ni ser miembro de la sociedad o grupo estudiado, ni ocupar una posición subalterna en las relaciones de poder, ni tener una determinada postura ideológico-política” (Reygadas, 2014). En segundo lugar, pero sustentado en el anterior, implica que el conocimiento *sin garantías* debe ser un punto de partida,

por lo que la etnografía vincular desplaza el centro del análisis hacia el dialogo; se preocupa por analizar los movimientos emocionales, afectivos, políticos y pacticos que suceden en las partes que dialogan antes que en el establecimiento de una representación *lo más verdadera posible* de un contexto particular. Esto es, ubica la importancia del quehacer etnográfico en el potencial de transformación personal y colectiva que produce el contacto con otros, el conocimiento colaborativo, antes que en la descripción de un estado de cosas o formas de ser.

Este conocimiento colaborativo es, además, como ya ha sido descrito antes por algunas corrientes de la antropología contemporánea, los estudios culturales y la epistemología feminista, una representación construida del contexto, una narración sobre las prácticas de significado, que al ser dialógica, entre sujetos situados y que pertenecen a la comunidad desde diversos lugares de enunciación, permite la construcción de una narrativa mucha más rica en complejidad sobre el contexto que si fuese solo la perspectiva del etnógrafo científico.

Ahora bien, la etnografía vincular es también narrativa. Etnografía las narrativas y a través de narrativas me permite exponer la experiencia individual desde una perspectiva situada, y a su vez tomar acciones sobre la misma experiencia. El narrar implica otorgar sentido a la experiencia, interpretar la vida misma y ordenarla para poderla narrar, significar, y rastrear de este modo imaginarios y representaciones en cada producción de significado.

“el doble filo de la narrativa radica en que esta mutuamente implicada con la subjetividad (Cabruja et al 2000). Mientras que la subjetividad es condición para una producción narrativa, al mismo tiempo la narrativa puede redefinir nuestra posición subjetiva en tanto tiene un poder estructurante: el mundo se reconstruye en la medida que los sujetos hablan, escriben o discuten sobre el (Cabruja et al, 2000; Potter, 1998) [...] La narrativa es un concepto límite entre lo individual y lo social, convirtiéndola en un punto de encuentro para la acción conjunta entre diferentes sujetos (Cabruja et al 2000)” (Schongut Grollmus N. , 2015)

La narración no se limita a la reflexión sobre como todo relato etnográfico es en sí mismo una narración de algún sujeto situado, sino que es una de las herramientas mismas de la etnografía vincular para la obtención de conocimiento sobre prácticas sociales. Sentarse a conversar con los otros implica un proceso de reconstrucción e inteligibilidad de los hechos o prácticas que

reordena y estructura la experiencia, y en este ordenamiento, al ser dialógico y vincular, puede potencialmente desarticular anclajes naturalizados y producir nuevas articulaciones, puede rearticular la experiencia, resignificarla y eso, a mi juicio, es sumamente político.

Ahora bien, la etnografía vincular que propongo no tiene sentido alguno sin unas prácticas de cuidado que la soporten. Esto significa que es necesario prever las consecuencias emocionales de quienes nos abren sus vidas a través de sus relatos y desplegar una estrategia de contención emocional, tanto para quienes narran como para nosotros mismos como interlocutores y conversadores. El rescate de las emociones, de la empatía que producen los relatos de otros, debe ser central en la etnografía vincular.

Finalmente, y con esto termino, la etnografía vincular debe ser espacial, por lo que propongo una dimensión cartográfica dentro del enfoque. Es espacial porque, en el orden de lo físico, la espacialización me permite articular la experiencia individual narrada con la colectiva, y con la mía propia en tanto investigadora, a través de la creación de mapas que operan como suturas o puntos de unión y que componen un territorio geográfico específico. La articulación entre estas dos herramientas constituye, a mi juicio, un instrumento que revela los lazos que unen lo personal con lo político, pero también con el territorio mismo, lo hacen protagonista de una narración; me permite ver la manera en que el espacio produce y condiciona la experiencia de las personas que lo habitan mientras estas, a su vez, producen y transforman el espacio con sus prácticas. El cuerpo que transita, que habita, es también un texto que revela emocionalidades, afectos, desencuentros e imaginarios diferenciales, todos estos elementos centrales de una narrativa en perspectiva de género.

En resumen, la etnografía vincular es también una etnografía *trans* en tanto que opera *a través de* al vincular universos disciplinares, teóricos y corporalidades diversas. Es transdisciplinar, trans contextual, trans corporal, trans experiencial. En tanto trans, lo que pretende es entonces hacer luces sobre los vínculos en las diversas escalas de la experiencia, y entre los diversos sujetos que la componen, para poner en evidencia como a través de los vínculos mismos es posible resignificar la vida y transformar las realidades sociales contextuales. La etnografía vincular que propongo centra su atención en la coproducción de la significación y en la modificación de la significación de las prácticas a través del *estar* con otros.

## 9. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES: LO QUE NOS HA CONTADO EL AGUA

Partí esta investigación buscando las prácticas de negociación de un grupo de mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene ante la escasez de agua en el municipio. Las conclusiones de este estudio convergen en dos conceptos, la vulnerabilidad/agencia y el *hydrocommons*. La vulnerabilidad no la entiendo desde un abordaje paternalista, que la asume en oposición a la agencia. Más bien, siguiendo a Butler (2016), entiendo la vulnerabilidad como “una relación con un campo de objetos, fuerzas y pasiones que inciden sobre nosotros o nos afectan de algún modo. He sugerido que la vulnerabilidad no es ni totalmente pasiva ni totalmente activa, sino que opera en una región intermedia, un rasgo constitutivo de un animal humano afectado y a la vez actuante” (Butler, 2016). Lo anterior implica que la vulnerabilidad no es un estado absoluto en el que se encuentran, o son, algunas personas. Es más bien un lugar en un campo de relaciones y por tanto es también una disputa, una agencia. Retomo entonces también la idea de Reader (2007) y Ahmed (2019) sobre la agencia como una paciencia, como ese lugar también de lucha, del reconocimiento de los vínculos y relaciones que nos afectan, pero también que pueden ser afectados (transformados) por nosotros. La vulnerabilidad no la entiendo entonces como una condición propia de las mujeres empobrecidas (como es el caso de Fúquene), o como una ontología de “los otros”, sino como una condición humana que es móvil, contextual y por lo tanto profundamente agencial: sabernos vulnerables en un campo específico de relaciones, identificar estas relaciones, narrarlas, ya es entonces un ejercicio agencial sobre la condición de la vulnerabilidad. Además, es importante reconocer que, como es el caso de las mujeres de Fúquene, muchas veces no vemos lo que nos hace vulnerables en tanto que también es objeto de nuestro deseo y, por tanto, establecemos estrategias para conservarlo.

En este sentido, la figura del agua resulta un elemento determinante para visibilizar las relaciones de poder que actúan sobre la vida de las mujeres de Fúquene; a través de la pregunta por el agua es revelada su vulnerabilidad, pero también su fluidez, movilidad y transformación, es decir, su agencia. En consecuencia, el agua y por tanto el espacio geográfico hacen parte de este entamado de relaciones que nos afectan. Sigo a Neimanis (2013) en su invitación a desnaturalizar la división, el corte, que existe entre las aguas humanas y las ecológicas y así dejar de pensar el agua como un “telón de fondo”, un objeto pasivo de la vida. Pensar desde el *hydrocommons*, dice Neimanis, desde la idea del agua como una materialidad con efectos e implicaciones concretas

en la vida, nos permite entender *la lógica detrás de la comunicación del agua*. Esto es, lo que se conecta por y a través del agua, de su fluir; el agua actúa aquí como el elemento que, por un lado, desvela las articulaciones que producen la vulnerabilidad en las mujeres de la región, mientras conecta las vidas de las mujeres de Fúquene y pone en diálogo voces que en principio son individuales pero que se articulan a través del agua y de los efectos que produce su escasez o su excesiva presencia, revelando así los vínculos políticos, económicos, neoliberales y coloniales que confluyen en el agua misma y configuran su fluir.

Así pues, el relato del agua ha sido clave para entender a las mujeres de la cuenca, sus experiencias individuales y en el hogar, pero también la relación de esta experiencia concreta, que corresponde a la escala de la micropolítica, con la escala local, comunitaria y de la administración pública. Así mismo, se ha revelado a través de esta investigación cómo esta escala local se articula con estructuras de pensamiento globales que pasan por el patriarcado, el neoliberalismo y el colonialismo. El movimiento de lo micro a lo macro es en sí mismo una materialidad del agua, de la lógica de la comunicación del agua. *Del uno al nosotros*.

En consecuencia, la carga del agua, que da nombre a esta investigación, revela que **las mujeres que poseen menor acceso al agua se encuentran en posiciones más vulnerables en tanto que utilizan más recursos físicos, emocionales y de tiempo para su consecución y, por tanto, para poder realizar las tareas del hogar**. Esto, que sucede dentro de los hogares, es explicable desde la noción del imaginario colectivo sobre la idea de la mujer como la encargada de resolver y asegurarse de que todo esté listo, la “berraca”. A su vez, este imaginario responde a un sistema de pensamiento patriarcal, colonial, que posiciona a unos sujetos en unos lugares y oficios concretos y que consolida identificaciones. **El sistema sexo/género, que determina también la división sexual del trabajo, es por lo tanto particularmente relevante para comprender cómo operan las relaciones de poder en el caso concreto de las mujeres de Fúquene**. Especialmente porque las mujeres se han identificado con este rol y han “aceptando” su lugar de una manera aparentemente pasiva, repitiendo y perpetuando las desigualdades. Las consecuencias de no poder cumplir con los trabajos relacionados al rol asignado, el hogar, resultan entonces en manifestaciones violentas de los maridos. **Bien sea de manera psicológica o física, la violencia está presente en la vida de las mujeres y depende directamente del acceso al agua que se tenga**.

La vulnerabilidad y la agencia, en consecuencia, no son conceptos opuestos o excluyentes en la experiencia cotidiana de estas mujeres, sino que más bien son manifestaciones de un conjunto de relaciones históricas. Siguiendo el trabajo de diversas teóricas feministas como Sarah Ahmed, Judith Butler y Saba Mahmood, este hallazgo discute con la manera en que ha sido tradicionalmente pensada la agencia, mostrando cómo el análisis social que entiende la agencia desde binarismos como visible, pública y activa o como inexistente, no permite visibilizar las complejidades sociales en las que las personas estamos inscritas y los significados que otorgamos, desde allí, a nuestras experiencias, lo cual explica cómo y por qué nos resistimos a algunas cosas y a otras no. Siguiendo a Mahmood

“Para poder explorar los tipos de daño específicos a las mujeres ubicadas en situaciones históricas y culturales particulares, no es suficiente simplemente señalar, por ejemplo, que una tradición de religiosidad o modestia femenina sirve para prestar legitimidad a la subordinación de la mujer. Más bien es sólo a través de la exploración de estas tradiciones, en relación con los compromisos prácticos y formas de vida en las que están incrustadas, que podemos llegar a comprender el significado que esa subordinación tiene para las mujeres que la encarnan” (Mahmood S. , 2019, p. 18)

Así, este estudio ha mostrado cómo los roles de género significan la realización personal de estas mujeres y que ellas, aunque expresan resistencia a la violencia intrafamiliar y la carencia de agua potable en el hogar debido a condiciones infraestructurales y falencias en la administración pública, no disputan la división sexual del trabajo ni su rol como esposas y madres dedicadas al hogar. Estos elementos significan para ellas su realización personal; significan su deseo. A través de las prácticas de recolección de agua, por ejemplo, las mujeres disputan su vulnerabilidad pues pueden cumplir con sus deberes del hogar, pero también, y al mismo tiempo, la acentúan, pues se exponen a problemas de salud y situaciones de violencia. El tomar esta decisión, la decisión de exponerse, es ya una clara muestra de agencia.

Este estudio de caso, por tanto, ilustra la manera como se imbrican la vulnerabilidad y la agencia desde una perspectiva compleja y muy necesaria para entender las lógicas internas y las relaciones de poder que operan al interior de cada contexto y grupo social. De nada le sirve a la teoría social asumir a las mujeres pobres del sur global como vulnerables y víctimas y por tanto como carentes de agencia; de nada nos sirve imaginar sus deseos por ellas. Por el contrario, lo que parece claro aquí es que la comprensión políticamente más potente está en el análisis

diferencial y complejo de la agencia y la vulnerabilidad como posiciones que nos habitan al simultaneo como seres humanos, y sobre las que actuamos de acuerdo con las relaciones de poder que nos constituyen y las posiciones de sujeto desde las que configuramos lo que somos. Sólo así es posible comprender por qué algunas relaciones de opresión dan sentido a nuestra vida.

La materialización clara de las relaciones de opresión que dan significado a la vida de las mujeres se ve en los mapas individuales construidos por las participantes durante las sesiones de cartografía social; **las mujeres tienen muy limitado el transitar por el espacio, por eso los mapas son tan pequeños; están articulados a su hogar y a su lugar como *mujer de y madre de***. Esta limitación responde entonces tanto al sistema sexo/género que produce un imaginario sobre lo que debe hacer y dónde debe estar la mujer, como a la ineptitud del Estado y las autoridades municipales para ofrecer infraestructura vial básica y transporte público adecuado. Por lo tanto, **la vulnerabilidad en la que están las mujeres habitantes de la cuenca del río Fúquene es consecuencia de un proceso de relaciones de poder multi escalar.**

La segunda revelación del agua es sobre la negociación. Cuando inicié esta investigación pensaba que encontraría una serie de estrategias colectivas de negociación que se producían coloquialmente entre las mujeres. No fue así. Por el contrario, lo que encontré fue la soledad y la carencia casi absoluta de tejido social en la región. De nuevo, la vulnerabilidad. **Si bien no fueron identificadas estrategias de negociación colectivas frente a la escasez de agua, si se identificaron dos tipos de estrategias. Por un lado, las estrategias individuales de recolección y acopio y por el otro las estrategias que responde a la política del favor.** En ambos casos, las estrategias adelantadas muestran la cara agencial de la vulnerabilidad, pero es necesario poner sobre la mesa las falencias estructurales de estas estrategias, las consecuencias de estas en la vida de las mujeres y, finalmente, establecer las que quedan pendientes, los horizontes de futuro que podrían consolidar las mujeres.

En cuanto a las estrategias de recolección y acopio, se identificó **que las mujeres en su totalidad usan tanques de agua, recolección de aguas lluvias, pozos cavados a mano, recolección del agua que baja de la carretera, el uso de cloro para potabilizar y la extracción de la mina.** Las mujeres planifican su día a día (formulan estrategias) para solventar la carencia de agua en el hogar y esta planificación, que, si bien resulta en un aumento de la

carga mental al ser responsables de la administración del recurso, es clave para entender el valor que le dan ellas a la vida del hogar.

Frente a las estrategias de negociación que operan apelando a la política del favor encontramos que estas están dirigidas hacia otros miembros de la comunidad o hacia personas vinculadas a las entidades municipal. Pedir al fontanero que venga a arreglar los tubos, llamar al amigo del alcalde, pedir al marido, al familiar, que “les regale” un poquito de agua son las más comunes.

Las falencias de estas estrategias y que se evidencian en esta investigación responden a que estas son maneras de palear un problema estructural donde la corrupción es también parte de esta política del favor que opera en la región. **En Fúquene el agua es para las élites; la corrupción permite a los ricos acaparar el agua, obtener licencias de manera no legal, cortar pasos de agua y limitar el acceso a nacederos. Además, este nivel de corrupción no es retado ni disputado por los habitantes empobrecidos de la región, ni hombres ni mujeres, por lo que escasez desencadena la envidia frente al otro que es igual, pero nunca frente a la alteridad total, como lo son las élites de la región y los que tienen mayor capacidad económica y capital simbólico.** La envidia opera sobre el otro no tan diferente, el un poco más favorecido, rompiendo el tejido social y haciendo aún más difícil que exista una articulación colectiva que realmente haga frente al problema estructural.

Adicionalmente, **como hay envidias tan fuertes entre el mismo campesinado, las mujeres quedan aún más aisladas del ámbito público o social en tanto que no se les permite relacionarse con otros, bien sea otras mujeres u otros hombres, fuera de su núcleo familiar.** Aquí se articula el profundo sistema machista con una realidad causada por la desigualdad estructural, y de esta articulación las que llevan la peor parte son las mujeres. **No pueden salir, pedir ayuda y buscar estrategias colectivas de negociar la escasez de agua porque temen ser criticadas y juzgadas por sus vecinos, y porque sus maridos temen que estén siendo infieles, pero también porque no tienen medios físicos como el transporte para movilizarse ni entidades justas a las que recurrir. Por lo tanto, la soledad es consecuencia de la envidia en tanto que las mujeres temen ser criticadas, pero también es una estrategia de dominación del sistema patriarcal que las deja fuera de otros espacios diferentes al hogar, acentuando una vez más la vulnerabilidad en la que se encuentran.**

Ahora bien, las experiencias que relatan las mujeres revelan una capacidad reflexiva muy interesante sobre sus condiciones de vida y sobre la carga que llevan. **Hay una conciencia (no homogénea) sobre su propia opresión, sobre los efectos de la escasez de agua y sobre la forma en que la división sexual del trabajo afecta su cotidianidad, pero aún no hay una disposición a retar este orden de cosas.** Sin embargo, existe una clara agencia en el hecho mismo de que exista una conciencia manifiesta en el discurso sobre elementos como la soledad que experimentan, sobre la carga misma y sobre la envidia que existe en el territorio. El hecho de sentir estas emociones es ya un hacer cosas: “debemos desafiar la propia distinción entre pasivo y activo, y el modo en que dicha separación contribuye a asegurar la existencia de distintas clases de seres, desde personas felices y gallinas que cruzan, hasta almas en pena y caminos inertes” (Ahmed S. , 2019, p. 429)

**Hay una voluntad de transformación de la realidad personal, de explorar aspiraciones personales y nuevos horizontes, lo que implica ya un incipiente desprendimiento de la ficción del trabajo doméstico y el matrimonio como único posible desarrollo personal en las mujeres; un reconocimiento de la necesidad de la educación para las mujeres y un reclamo por la presencia del gobierno a favor de la educación de las mujeres y de la mejora del espacio público.** Sin embargo, es importante insistir en que el deseo de estas mujeres de alcanzar estabilidad y armonía familiar se ancla de manera simultánea con el desprendimiento de esta ficción misma. El deseo, por lo tanto, se convierte en potencial político. Así mismo, hay una clara relación entre las narrativas de las mujeres más jóvenes, solteras y con estudios básicos, que arrojan luces sobre nuevas formas de rearticular la idea de mujer a nuevas significaciones.

Así pues, **el término que parece más apropiado para pensar la experiencia de estas mujeres es entonces la carga.** Una carga que ha sido revelada rastreando el camino del agua y que es diferencial, que está determinada por el espacio (y, por tanto, por el agua) y que está profundamente imbricada con la división sexual del trabajo. La carga que soportan las mujeres puede ser también pensada como el resultado de las falencias estatales y de políticas públicas que claramente favorecen intereses privados y a sectores económicos de élite. La carga de las mujeres de Fúquene es traducible a la resolución del problema ambiental, pareciera que cada hogar en Fúquene es un gobierno en pequeña escala. **Es decir, se ocupan ellas de solucionar lo**

**que el Estado y las autoridades locales no quieren resolver. Sin ánimo de restar valor a la actitud resiliente, desde una agencia/paciencia reflejada en el nivel de la conciencia sobre las condiciones de desigualdad y opresión que determinan la existencia de las mujeres de Fúquene, la verdad es que los efectos de la ineficacia gubernamental no deben ser disfrazados.** El peso que cargan las mujeres, la violencia que sufren, la desigualdad en la que están inmersas y las dificultades que enfrentan en su día a día son, sobre todo, una consecuencia de la invisibilidad del Estado y, de sus políticas neoliberales donde sólo unas experiencias importan.

En consecuencia, la formación de estrategias comunitarias, inexistentes hasta ahora, es entonces la estrategia pendiente, y tal vez la única, que podría contribuir a una resolución estructural del problema. Para esto, la imaginación como herramienta política colectiva que ha sido utilizada en esta investigación a través de los mapas del deseo muestra como el espacio podría transformarse hasta convertirse en territorio, cosa que ahora mismo no es. En el mapa colectivo del deseo se hace visible un territorio habitado, vivo, donde existen vínculos sociales, salud ambiental y emocional y están resueltos los problemas estructurales que la desigualdad ha sedimentado como naturales en el imaginario social de la cuenca.

Lo realmente doloroso es que el mapa del deseo representa, plasma, lo mínimo que debería tener todo ser humano: salud, educación, trabajo, vivienda, vínculos sociales y oportunidades de crecimiento. **En Fúquene, lo básico para la existencia digna no está dado, por lo tanto, es necesario interpelar y responsabilizar al Estado y las instituciones municipales por su ineficacia a la hora de proveerlo.**

Es evidente entonces que, en el caso de las mujeres rurales del municipio de Fúquene, la articulación de la geografía y la experiencia responde entonces a la relación co-constitutiva de las personas con el espacio, evidenciando como las divisiones de género participan activamente en su producción social y viceversa, pues al trascender la noción de espacio como contenedor material de procesos, se reivindica su papel como productor de identidades, simbolismos y relaciones de poder. Un espacio vivo transformaría la vida de las mujeres, tal y como fue expuesto en el mapa colectivo del deseo, y a su vez esta transformación espacial sólo puede darse a medida que las mujeres mismas se tomen este espacio. Esta imbricación entre el espacio

y la experiencia enfatiza además la dimensión corpórea de la experiencia ambiental (Harris, Phartiyal, Scott, & Peloso, 2015, p. 5) una dimensión que es necesariamente biográfica y que las historias de las mujeres participantes de este estudio han puesto de manifiesto. Siguiendo a Massey “el mundo se construye “en relación” y de que lo local y lo global se constituyen mutuamente [...] “La realidad de nuestras vidas cotidianas” tiene, en verdad, una geografía de vínculos y de contactos, con extensiones diversas, algunas de las cuales posiblemente sean globales. Los recursos (materiales y discursivos) y las repercusiones de nuestras vidas “cotidianas” pueden extenderse hacia el mundo entero. Yo no creo que podamos proponer el “espacio” como simplemente algo exterior del lugar “vivido” (Massey, 2004. p 84). Así mismo, parece que los cuerpos mismos de las mujeres de Fúquene son susceptibles de ser pensados como un espacio también, constituido por múltiples relaciones y significados que producen la identidad de las mujeres a través de discursos y materialidades. Este espacio, como la misma cuenca, deben ambos ser reclamados por nuevas significaciones.

Lo vivido, para las mujeres de Fúquene, es entonces el reflejo de un orden global que necesariamente se vincula con ellas biográficamente y se encarna en sus cuerpos. Hacer evidente esta conexión, esta responsabilidad esta conexión entre las vidas las mujeres campesinas colombianas y un sistema político y económico global que genera vulnerabilidad climática y desigualdad social es entonces una responsabilidad, siguiendo de nuevo a Massey, que deben asumir la investigación social y los estudios de género. Al final, cada casa es un pequeño gobierno y no hay gobierno fuera de los vínculos globales.

### **9.1. Futuras líneas de investigación**

Esta investigación abre la puerta a varias líneas posibles de investigación para seguir en el futuro. La primera línea que me interesa destacar aquí es la posibilidad de explorar la formación de masculinidades en la región. En tanto hombres, las investigaciones que se han hecho en Fúquene los han pensado exclusivamente como trabajadores, productores de economía, pero se han invisibilizado otras caras de la experiencia de ser hombre en Fúquene. No ha habido tampoco una exploración más profunda y realista sobre el ámbito del trabajo, pues lo que sugieren las entrevistas realizadas es que el trabajo escasea incluso para las hombres. ¿Será una ficción la

idea del marido trabajador? ¿Cómo realmente opera la cotidianidad laboral de los hombres en Fúquene? ¿Cómo movilizar la masculinidad tan asociada al machismo tradicional en Fúquene hacia nuevas formas de masculinidad? Todas estas son preguntas que resultan muy necesarias en Fúquene y que pueden contribuir al mejoramiento de la vida tanto de ellos como de las mujeres y de los seres no humanos con los que coexisten en la cuenca.

Otra puerta que se abre a partir de esta investigación es la pregunta por la salud de las mujeres que están expuestas al consumo constante de agua no potable, la utilización de técnicas rudimentarias de potabilidad, los insectos que se acumulan en los tanques y pozos de agua caseros que se fabrican y la recolección del agua que baja por la carretera. Estas estrategias de negociación identificadas a través de esta investigación deben ser vistas y analizadas desde el sector salud y analizar las consecuencias que han tenido en la población. Tal vez esta investigación sería muy útil a la hora de hacer presión en los organismos del Estado y entidades municipales para que realicen adecuaciones al sistema de agua potable y alcantarillado.

La tercera puerta que se abre es tal vez la más peligrosa pero también la más urgente, es necesario un trabajo profundo sobre la corrupción en el municipio en diversos niveles. Es necesario revelar cómo el sector ganadero sigue siendo favorecido por la regulación ambiental local, revisar las concesiones de puntos de agua y licencias de construcción para viviendas de lujo y denunciar la ilegalidad detrás del proceso de apropiación del agua como bien común, pues hasta ahora (y lo que he podido recoger en esta investigación) no es más que el *voz a voz* relatado por las personas que habitan la región y que lidian con esta desigualdad en el día a día.

En Fúquene está comenzando a suceder un proceso de gentrificación que puede resultar en el desplazamiento de las personas campesinas en el futuro, y es apuntar ahora esta situación es parte de la responsabilidad política que asume esta investigación. Es necesario abrir esta caja de pandora que ha funcionado por siglos en Fúquene y que ha dejado en la miseria a la población campesina en general. La política del favor no le ha hecho realmente un favor a nadie y en cambio ha sido el cobertor perfecto para seguir perpetuando la violencia estructural en el municipio.

Finalmente, es urgente una investigación social en Fúquene que vaya más allá de la problemática ambiental vista desde las ciencias o la gerencia ambiental, y se enfoquen en los vínculos sociales con el medio ambiente y con escenarios políticos. Históricamente Fúquene ha sido valorado por

su laguna, por su paisaje, y ha sido centro de la discusión mediática y política desde allí, desde la pérdida del espejo de agua y su biodiversidad, pero su gente ha sido siempre más asociada al impase y al problema que a el corazón de la posibilidad de la vida. Es urgente una investigación que, unida al activismo social, trabaje en la reconstrucción de tejido social desde procesos participativos más allá de los sectores económicos y vinculados con la laguna, es necesario descentrar la mirada y hacer mejores preguntas a los seres que coexisten en la cuenca, romper las lógicas de la envidia y la división para gestionar desde lo común, desde la domesticación de la política, siguiendo a Segato.

Mi invitación es por poner en diálogo los procesos locales con colectivos campesinos y asociaciones de mujeres que, en contextos geográficos y sociales semejantes, hayan adelantado procesos para contrarrestar la violencia de género, transformar las relaciones de poder y disputar el orden de las cosas en Fúquene. Necesitamos de una investigación social feminista que, desde una perspectiva relacional, pueda contribuir con la desnaturalización de los imaginarios regionales sobre las mujeres, sobre el trabajo y sobre el espacio como lugares que casi se excluyen. Es tiempo de hacer realidad los deseos, en vez de imponerlos.

Los resultados de esta investigación han sido socializados con las mujeres de la comunidad participantes de este estudio a través de estrategias de comunicación como GIFs y conversación que Mariana y Mario han adelantado con las participantes. Adicionalmente, los resultados han sido sociabilizados con la Fundación Humedales y son la base para la puesta en marcha del primer proyecto con perspectiva de género adelantado por una ONG en la región. La alcaldía Municipal de Fúquene es uno de los actores vinculados a dicho proyecto y su propuesta parte de la construcción pública y colectiva de tejido social a través del intercambio entre mujeres de plantas ornamentales y hierbas aromáticas. Este es sólo un primer paso en la tarea pendiente de hacer realidad el mapa del deseo.

## **9.2. Reflexión final**

Los vínculos son entonces la única manera en la que es posible movilizar transformaciones, tanto personales como estructurales. Una política vincular es entonces el llamado más importante que hace esta investigación, y que ha a travesado a todos los que hemos estado involucrados con ella.

Fue a través de los vínculos que me fue posible hacer trabajo de campo a la distancia. Fue a través de los vínculos que mis compañeros, Mariana y Mario, pudieron ir más allá de su labor como “cargadores de ipad”; empatizaron con sus vecinos de la región gracias a la manera en que fueron afectados por sus historias, en que vincularon con las personas. Gracias a esto surgió también la etnografía vincular como propuesta metodológica.

Fue también a través de los vínculos y los afectos -lo que nos afecta- que fue posible escuchar la lógica de la comunicación del agua y comprender cómo opera el vínculo con el espacio, con los elementos con los co-habítamos el mundo. El hydrocommons y también la vulnerabilidad, como dos elementos teóricos centrales a esta investigación, también están compuestos por la misma estructura vincular de la forma en la que vivimos y experimentamos la vida. Son los vínculos, las relaciones y el lugar que ocupamos en ese entramado lo que nos hace más o menos vulnerables, pero también capaces de resistir y transformar. En suma, y a modo de reflexión final, la invitación es entonces por una construcción de los vínculos en Fúquene, una que sólo será posible en la medida en que nos afectemos unos con otros.

Es tiempo de reemplazar la política del favor por una política de los vínculos, una política de las emociones que no es otra que la política de la transformación. La soledad, la envidia, la rabia que han expresado las mujeres a lo largo de esta investigación, y hasta la declaración de felicidad que contrasta, es material esencial para agenciar proyectos sociales y comunitarios que, en vez de dividir, apelen por una construcción colectiva, por un afecto colectivo que reclame a quien debe y luche por la justicia social que tan necesaria es. Estas emociones son en sí mismas muestras de agencia, y como tal, son el corazón que permitirá reorientar la vida y con ella el espacio de Fúquene. Es tiempo de gestar un acontecimiento.

## 10. REFERENCIAS

- Abu-Lughod, L. (2002). Do Muslim Women Really Need Saving? Anthropological Reflections on Cultural Relativism and Its Others. *American Anthropologist* 104 (3), 783–790.
- Agarwal, B. (2000). Conceptualising environmental collective action: why gender matters. *Cambridge Journal of Economics*, 283–310.
- Ahlers, R., & Zwarteveen, M. (2009). The water question in feminism: water control and gender inequities in a neo-liberal era. *Gender, Place & Culture: A Journal of Feminist Geography* 16:4, 409-426.
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ahmed, S. (2019). *'I am my own person,' women's agency inside and outside the home in rural Pakistan*. New York: Gender, Place & Culture.
- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aire: Caja Negra Editora.
- Alimonda, H. (2011). La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana. En C. H. Alimonda, *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina* (págs. 20-54). Buenos Aires: Clacso.
- Arendt, H. (2022). *On Lying and Politics*. New York: Library of America.
- Arizpe, L., & Botey, C. (1987). Mexican agricultural development policy and its impact on rural women. En C. M. Deere, *Rural women and state policy: feminist perspectives on Latin American agricultural development* (págs. 67-83). Boulder: Westview Press.
- Arora-Jonsson, S. (2011). Virtue and vulnerability: Discourses on women, gender and climate change. . *Global Environmental Change* 21, 744–751.
- Arriagada Oyarzún, E., & Zambra Álvarez, A. (2019). Apuntes iniciales para la construcción de una Ecología Política Feminista de y desde Latinoamérica. *Polis, Revista Latinoamericana [En línea]*, 54, 1-18.
- Ávila-García, P. (2016). Hacia una ecología política del agua en Latinoamérica. *Revista de Estudios Sociales*, (55), 18-31.
- Bakker, K. (2013). Neoliberal Versus Postneoliberal Water: Geographies of Privatization and Resistance. *Annals of the Association of American Geographers*, 253-260.
- Baylina Ferré, M., & Salamaña Serra, I. (2006). El lugar del género en la geografía rural. *Boletín de la A.G.E.*, 99-112.
- Benería, L., & Sen, G. (1982). Class and Gender Inequalities and Women's Role in Economic Development: Theoretical and Practical Implications. *Feminist Studies* vol 8, 157-176.
- Benholtd-Thomson, V. (1982). Subsistence production and extended reproduction: A contribution to the discussions of modes of production. *Journal of Peasant Studies* 9, 241-254.

- Bennett, V. (1995). Gender, Class, and Water: Women and the Politics of Water Service in Monterrey, Mexico. *LATIN AMERICAN PERSPECTIVES, Issue 85, Vol 22*, 76-79.
- Bennett, V. D.-P. (2005). *Opposing Currents : The Politics of Water and Gender in Latin America*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Bocarejo Suescún, D. (2018). Gobernanza del agua: pensar desde las fluctuaciones, los enmarañamientos y políticas del día a día. *Revista de Estudios Sociales 63*, 111-118.
- Boissie`re, M. B. (2013). Local perceptions of climate variability and change in tropical forests of Papua, Indonesia. *Ecology and Society 18*, 13.
- Borja, J. (2014). Prólogo. En M. D. García Ramón, A. Ortiz Guitart, & M. Prats Ferret, *Espacios públicos, género y diversidad. geografías para unas ciudades inclusivas* (pág. 7). Madrid es: Icaria Editorial.
- Boserup, E. N. (2007). *Woman's Role in Economic Development*. New York: Routledge.
- Bouwer, K. (2006). Women and Water. *Peace Review: A Journal of Social Justice*, 465-467.
- Braidotti, R. (2004). Mujeres, medio ambiente y desarrollo sustentable: Surgimiento del tema y diversas aproximaciones. En V. Vazquez García, & M. Velázquez Gutiérrez, *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables* (págs. 23-64). Mexico DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Braidotti, R. (2014). Writing as a Nomadic Subject. *Comparative Critical Studies 11.2-3*, 163-184.
- Butler, J. (2016). Rethinking Vulnerability and Resistance. En J. Butler, Z. Gambetti, & L. Sabsay, *Vulnerability in Resistance* (págs. 22-45). Durhan: Duke University Press.
- Buytaert, W. B. (2009). Regionalization as a learning process. *Water Resour Res. 45:W11419*. doi:10.1029/2008WR007359.
- Canadian Council for International Cooperation. (1991). *Two Halves Make a Whole: Balancing Gender Relations in Development*. Ottawa: MATCH int. Center.
- Caretta, M. A. (2014). Situated knowledge in cross-cultural, cross-language research: a collaborativereflexive analysis of researcher assistant and participant subjectivities. *Qualitative Research Vol. 15(4)*, 489-.
- Carter, E., Donald, J., & Squires, J. (1993). *Space and Place: theories of identity and location*. Londres: Lawrence and Wishart.
- Casgrain, A., & Janoschka, M. (2013). Gentrificación y resistencia en las ciudades latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile. *Andamios. Revista de Investigación Social, vol. 10, núm. 22*, 19-44.
- Cassidy, L., & Barnes, G. (2012). Understanding household connectivity and resilience in marginal rural communities through social network analysis in the village of Habu, Botswana. *Ecology and Society 17*, 17.
- Cherotich, V. O. (2012). Access to climate change information and support services by the vulnerable groups in semi-arid Kenya for adaptive capacity development. *African Crop Science Journal 20*, 169-180.

- Chua, P. (2000). Women, culture, development: a new paradigm for development studies? *Ethnic and Racial Studies*, 23:5, 820-841.
- Concejo Municipal de Fúquene. (2020). *PLAN DE DESARROLLO MUNICIPAL 2020-2023. "TRAYECTORIA SOCIAL: GARANTIA DE BUEN GOBIERNO"*. Fúquene, Cundinamarca. : Alcaldía Municipal.
- Cortés Lombana, A. L. (2006). Los factores de la degradación del humedal de Fúquene. En A. E. Jaramillo, *Memorias del comité de expertos para la recuperación de la laguna de Fúquene* (págs. 24-32). Bogotá: Corporación Autónoma regional de Cundinamarca.
- Dankelman, I. &. (1988). *Women and environment in the Third World: Alliance for the future*. London: Earthscan.
- Dankelman, I. (2002). Climate change: learning from gender analysis and women's experiences of organising for sustainable development. *Gender and Development Vol. 10*, 21-29.
- Datar, C., & Prakash, A. (2001). Engendering Community Rights: A Case for Women's Access to Water and Wasteland. *Indian Journal of Gender Studies*, 8. 2, 223-246.
- Deere, C. &. (2001). *Empowering Women: Land And Property Rights In Latin America*. Chicago: University of Chicago Press. .
- Denton, F. (2002). Climate change vulnerability, impacts, and adaptation: Why does gender matter? *Gender & Development*, 10:2, 10-20.
- DiChiro, G. (1998). La justicia social y la justicia ambiental en los Estados Unidos: La Naturaleza como comunidad. En M. Goldman, *Privatizing Nature. Political Struggles for the Global Commons* (págs. 105-108). Londres: Pluto Press.
- Diegues, A. C. (2005). *El mito moderno de la naturaleza intocada*. Sao Pablo: Centro de Investigación sobre Poblaciones Humanas y Áreas Húmedas de Brasil.
- Djouidi, H. B. (2016). Beyond dichotomies: Gender and intersecting inequalities in climate change studies. *Ambio*.
- Djouidi, H., Brockhaus, M., & Locatelli, B. (2013). Once there was a lake: vulnerability to environmental changes in northern Mali. *Reg Environ Change* 13, 493–508.
- Eastin, J. (2018). Climate change and gender equality in developing states. *World Development* 107, 289–305.
- Empresas Publicas de Cundinamarca. (2008). *PLAN DEPARTAMENTAL DE AGUA Y SANEAMIENTO* . Bogotá: EPC.
- Escobar, A. (1996). *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Folbre, N. (1982). Exploitation comes home: A critique of the Marxian theory of family labour. *Cambridge Journal of Economics* 6, 317-329.

- Font, N. (2018). Contracartografías. *Mapas urbanos*.
- Franco, L. D. (2011). *Humedales altoandinos frente al cambio climático global. Evaluación de vulnerabilidad y estrategia de adaptación en un complejo de humedales de la cordillera oriental colombiana: lagunas de Fúquene, Cucumubá y Palacio. Informe interno Fundación Humedales*. Bogotá.
- Franco-Vidal, I. R. (2015). Interacciones socioecológicas que perpetúan la degradación de la laguna de Fúquene, Andes orientales de Colombia. *Ambiente Y Desarrollo*, 19(37), 49–66.
- Fuchs, B. (2018). Gender (as) Governance: Gender-Sensitive Poverty Reduction as Twenty-First Century Liberal Maternalism., (págs. 1-5). Genève.
- Fundación Humedales. (2005). *Propuesta para un plan de ordenación pesquera en la laguna de Fúquene. Serie de Divulgación técnica #3*. Bogotá: Fundación Humedales.
- García Ramón, M. D. (1985). El análisis del género y la geografía: reflexiones en torno a un libro reciente. *Documents d'Analisi Geogrifica* 6, 133-143.
- García, F. (2019). Geography of Environmental Justice in Barrancabermeja: A Constructionist Approach for the Analysis of Social Justice Through the Cases of Environmental Justice and Water Pollution. *ACME an international Journal for Critical Geographies*, 581-605.
- Gibson-Graham, J. (1996). *The end of capitalism (as we knew it)*. Oxford: Oxford: Blackwell.
- Guerrero, P. K. (2010). *La Laguna de Fúquene: etnografía de un megaproyecto virtual de desecación. Tesis de Matesría en Antropología social*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Guerrero-García, P. K. (2014). Two Centuries of Wetland Draining in Lake Fúquene (Colombia): Impacts on the Artisanal Fishery. *AGUA Y TERRITORIO, NÚM. 4,*, 47-58.
- Gutiérrez Villalpando, V., Nazar Beutelspacher, A., Zapata Martelo, E., Contreras Utrera, J., & Salvatierra Izaba, B. (2013). Género y participación de las mujeres en la gestión del agua en las subcuencas Río Sabinal y Cañón del Sumidero, Berriozábal, Chiapas. *La Ventana*, 246-276.
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita "identidad"? En S. Hall, & P. Du Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 13-39). Madrid: Amorrortu Editores.
- Hanson, A.-M. (2015). Shoes in the seaweed and bottles on the beach Global garbage and women's oral histories of socio-environmental change in coastal Yucatán. En A.-M. Hanson, & S. Buechler, *A political ecology of women, water and global environmental change* (págs. 165-184). New York: Routledge.
- Haraway, D. (1998). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575-599.
- Harding, S. (1995). Strong objectivity: a response to the new objectivity question. *Synthese* (104), 331-349.
- Harris, I., Phartiyal, J., Scott, D., & Peloso, M. (2015). Women Talking about Water: Feminist Subjectivities and Intersectional Understandings. *Canadian Women's Studies Journal, Les Cahiers de la Femme, Special Issue on Women and Water*. 30, 2/3, 15-24.

- Hernández, I. (1999). Desigualdad de género en Desarrollo. En P. Villota, *Globalización y género*. Madrid: Hernández.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: Editorial UOC.
- Jaramillo, A. C. (2006). *Memorias del comité de expertos para la recuperación de la laguna de Fúquene*. Bogotá: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca.
- Jerneck, A. &. (2008). Adaptation and the poor: Development, resilience and transition. *Climate Policy* 8, 170-182.
- JICA, A. d. (1999). *EL estudio sobre el plan de mejoramiento ambiental regional para la Cuenca de la laguna de Fúquene. Informe de progreso II. Informe de soporte. Agencia de Cooperación Interacional del Japon*. Bogotá: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR).
- Kabeer, N. (2011). Empowerment, Citizenship and Gender Justice: A Contribution to Locally-grounded Theories of Social Change. *Gender Justice and Development: Global and Local*, (págs. 9-11). Pensilvania.
- Kaijser, A. a. (2014). Climate change through the lens of intersectionality. *Environmental Politics* 23, 417-433.
- Karzulovic, J. O. (2018). Envidia, resentimiento e igualdad. *HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 9 N° Especial: Debates contemporáneos sobre Justicia Social*, 201-219.
- Kher, J., Aggarwal, S., & Punhani, G. (2015). Vulnerability of Poor Urban Women to Climate-linked Water. Insecurities at the Household Level: A Case Study of Slums in Delhi. *Indian Journal of Gender Studies*, 15-40.
- Kholif, M., & Elfarouk, A.M. (2014). *Activating the role of women in water projects*. Egypt: Water Sci.
- Koumparou, D. (2018). The right of thirst: water as a human right and as a commons. *Global NEST Journal, Vol 20, No 3*, 637-645.
- Lorde, A. (1984). The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House. En A. Lorde, *Sister Outsider: Essays and Speeches* (págs. 110-114). Berkeley: Ed. Berkeley, CA: Crossing Press.
- Low, M. (2006). The Social Construction of Space and Gender. *European Journal of Women Studies. SAGE Publication, Vol. 13 (2)*, 119-133.
- MacGregor, S. (2009). A Stranger Silence Still: The Need for Feminist Social Research on Climate Change. *The Sociological Review*, 124-140.
- MacGregor, S. (2010). A stranger silence still: The need for feminist social research on climate change. *Sociological Review* 57, 124-140.
- Mahmood, M. (2001). *When Victims Become Killers: Colonialism, Nativism. and the Genocide in Rwanda*. Princeton: Princeton University Press.
- Mahmood, S. (2019). Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto. *International Journal on Collective Identity Research, núm. 1*, 1-31.
- Martinussen, M., Wetherell, M., & Braun, V. (2020). Just being and being bad: Female friendship as a refuge in neoliberal times. *Feminism & Psychology, Vol. 30(1)*, 3-21.

- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57, 77-84.
- Mayorga García, F. (2003). *Cronograma sobre la historia legal de la propiedad de la laguna de Fúquene. Informe para la Corporación Autónoma regional de Cundinamarca (CAR)*. Bogota: Corporación Autónoma regional de Cundinamarca (CAR).
- McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Melero Aguilar, N. (2011). La participación de la mujer en el acceso y la gestión del agua. Una experiencia cubana. *Anduli*, 21-30.
- Mies, M., & Shiva, V. (1997). *La praxis del ecofeminismo. Biotecnología, consumo y reproducción*. Barcelona: Icaria.
- Ministerio de Vivienda. Gobierno de Colombia. (2018). *PLAN DIRECTOR AGUA Y SANEAMIENTO BÁSICO VISIÓN ESTRATÉGICA 2018 - 2030*. Bogota: Minvivienda.
- Mohanty, C. T. (1984). Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses. *boundary*, 333-358.
- Molano, E. S. (2000). *Fúquene: el lecho de la zorra*. Bogotá: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca.
- Monreal, P. (1997). Feminización de la pobreza y nueva pobreza urbana: visibilización y olvido. *Temas de antropología social : Lo local y lo global. La antropología ante un* (págs. 225-243). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Moraes, A., & Perkins, P. (2007). Women, Equity and Participatory. *International Feminist Journal of Politics*, 485-493.
- Muelle, C. (2019). Etnografía, acción feminista y cuidado: una reflexión personal mínima. *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología*, núm. 35, 91-111.
- Nayar, V. (2013). The Water Crisis. Rethinking Water Governance. *Journal of Land and Rural Studies*, 75-94.
- Neimanis, A. (2013). Feminist subjectivity, watered. *Feminist review* 103, 24-41.
- Nielsen, J., & S. D'Haen, a. A. (2012). Adaptation to climate change as a development project: A case study from Northern Burkina Faso. *Climate and Development* 4, 16-25.
- Nietzsche, F. (2001). Verdad y mentira en sentido extramoral. *Cuaderno gris, N° 5, 2001*, 227-238.
- Ojeda, D. C. (2020). Contracartografías: Métodos en investigación socioespacial crítica. En C. A. López, *Investigar a la Interperie. Reflexiones sobre métodos en las ciencias sociales desde el oficio* (págs. 167-184). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Onta, N. a. (2011). The role of gender and caste in climate adaptation strategies in Nepal. Emerging change and persistent inequalities in the Far-Western Region. *Mountain Research and Development* 31, 351-356.

- Osorio Hernández, C. (2010). Género y medio ambiente: la construcción del discurso para el desarrollo sustentable. *Ambiente y Desarrollo*, 14-33.
- Osorio, J. (2004). *El Estado en el centro de la mundialización: la sociedad civil y el asunto del poder*. Mexico DF: Fondo de Cultura Económica.
- Oyekale, A. a. (2012). Determinants of climate change adaption among cocoa farmers in southwest Nigeria. *Journal of Food, Agriculture and Environment* 10, 1562–1567.
- Paerregaard, K. (2019). Liquid accountability: Water as a common, public and private good in the Peruvian Andes. *Water Alternatives* 12(2), 488-502.
- Peluso, N. (1995). Whose woods are these? Counter-mapping forest territories in Kalimantan, Indonesia. . *Antipode*, 27 (4), 383-406.
- Peña, M. (1878). *Empresa del desagüe de la laguna de Fúquene y pantanos adyacentes*. Bogotá: Compañía de Fúquene.
- Peredo Beltrán, E. (2004). *Mujeres del Valle de Cochabama: Agua, privatización y conflicto*. Berlin: Fundación Heinrich Böll.
- Pereira Gamba, F. (1929). *La vida en los Andes colombianos*. Quito: Imp. El Progreso.
- Phansalkar, S. J. (2007). Water, equity and development. *International Journal of Rural Management*, 3(1), 1-25.
- Philip, A., Bharati, L., Sugden, F., Silva, S. d., Clement, F., Maskey-Amatya, N., & Ramesh, V. (2014). *A Framework to Understand Gender and Structural Vulnerability to Climate Change in the Ganges River Basin: Lessons from Bangladesh, India and Nepal*. Sri Lanka: International Water Management Institute (IWMI).
- Plumwood, V. (1993). *Feminism and the mastery of nature*. New York: Routledge.
- Quintana Ramírez, A. P. (2016). Acceder al agua: cuestión de género y poder entre población excluida del servicio estatal de acueducto. El caso de Dosquebradas, Risaralda, Colombia. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 1-20.
- Ramasar, V., & Gabrielsson, S. (2013). Widows: agents of change in a climate of water uncertainty. *Journal of Cleaner Production* vol 60, 34-42.
- Ranade, S. (2007). The Way She Moves: Mapping the Everyday Production of Gender-Space. *Economic and Political Weekly*, Vol. 42, No. 17, 1519-1526.
- Rao, N., Lawson, E. T., Raditloaneng, W. N., Solomon, D., & Angula, M. N. (2017). Gendered vulnerabilities to climate change: insights from the semi-arid regions of Africa and Asia. *Climate and Development*, 1-13.
- Rathberg, E. (1990). WID, WAD, GAD: Trends in research and practice. *The journal of Developing Areas*.
- Reader, S. (2007). The Other Side of Agency. *Philosophy*, 579-604.
- Restrepo, E. (2015). Imaginación teórica e intervenciones políticas. Intersticios de la política y la cultura. *Intervenciones Latinoamericanas*, 4(7), 5–31.

- Reygadas, L. (2014). Todos somos etnógrafos. igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológico. En C. Oehmichen-Bazán, *La etnografía y el trabajo de campo en las Ciencias Sociales* (págs. 91-118). Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Rico, m. N. (1998). Women in Water-related Processes in Latin America. *Water Resources Development*, 461± 471.
- Rocheleau, D. E. (2007). Political ecology in the key of policy: From chains. *Geoforum* 39, 716–727.
- Rodó-de-Zarate, M. (2014). Developing geographies of intersectionality with Relief Maps: reflections from youth research in Manresa, Catalonia. *Gender, Place and Culture* vol 21, no 8, 925–944.
- Rodriguez Castro, L., Pini, B., & Baker, S. (2016). The global countryside: peasant women negotiating, recalibrating and resisting rural change in Colombia. *Gender, Place & Culture*, 1-13.
- Rubin, G. (1986). The Traffic in Women: Notes on the Political. *Nueva Antropología*, Vol. VIII, 95-145.
- Sabaté Martínez, A. (1989). Geografía y género en el medio rural: algunas líneas de análisis. *DOCUMENTS D'ANALISI GEOGRAFICA* 14, 131-147.
- Safi, A. W. (2012). Rural Nevada and climate change: Vulnerability, beliefs, and risk perception. *Risk Analysis* 32, 1041–1059.
- Sanchez, A. B. (2012). A countrywide multi-ethnic assessment of local communities' perception of climate change in Benin (West Africa). *Climate*, 114–128.
- Schongut Grollmus, N. (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(1), 110 - 148.
- Schongut Grollmus, N. (2015). Perspectiva narrativa e investigación feminista: posibilidades y desafíos metodológicos. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(1), 110-148.
- Seager, J. (2009). Death by Degrees: Taking a Feminist Hard Look at the 2° Climate Policy . *Kvinder, Køn & Forskning*, (3-4), 10-15.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Shaffer, L. a. (2011). Why analyze mental models of local climate change? A case from Southern Mozambique. *Weather, Climate, and Society* 3, 223-237.
- Shiva, V. (1998). Women's water rights. *WaterLines*, 9-11.
- Shrestha, S., Chapagain, P. S., & Ghimire, M. (2019). Gender Perspective on Water Use and Management in the Context of Climate Change: A Case Study of Melamchi Watershed Area, Nepal. *SAGE Open*, 1-9.
- Smith, D. J. (2022). *Every household its own government: Improvised infrastructure entrepreneurial citizens, and the state of Nigeria*. New Jersey: Princeton University press.
- Soares, D. (2009). Mujeres y agua. Reflexiones desde Morelos. *SOCIEDADES RURALES, PRODUCCIÓN Y MEDIO AMBIENTE* vol 9, 49-77.
- Solares, B. (2015). Aproximaciones a la noción de Imaginario. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 129-141.

- Tobón, C. (2009). *Los bosques andinos y el agua*. Obtenido de Programa Regional ECOBONA – INTERCOOPERATION, CONDESAN:  
<http://www.asocam.org/biblioteca/files/original/b6a77b5786ffc08556b4861b514e76d6.pdf>
- Tortajada, C. (2007). *Contribution of women to the planning and management of water resources in Latin America*. Mexico: Third World Centre for Management of Water.
- Tschakert, P. &. (2012). Gender Justice and Rights in Climate Change Adaptation: Opportunities and Pitfalls. *Ethics and Social Welfare*, 1-14.
- Vázquez-García, V. (2011). Gender mainstreaming y agua. El Programa Nacional Hídrico . *Convergencia. revista de Ciencias Sociales*, 111-132.
- Velásquez, M. (2003). Hacia la Construcción de la sustentabilidad social: ambiente, relaciones de género y unidades domésticas. En E. Tuñón, *Género y Medio Ambiente* (págs. 79-105). Mexico DF: Plaza y Valdés.
- Viezer, M. (2001). Feminist Transformative Leadership: A Learning Experience with Peasant and Gatherer Women in Brazil. *Women's Studies in Education*. Toronto: Ontario Institute for Studies in Education, University of Toronto.
- Vink, K. (2014). Transboundary water law and vulnerable people: legal interpretations of the 'equitable use' principle. *Water International*, 39:5, 743-754.
- Walby, S. (2005). Introduction: comparative gender mainstreaming in a global era. *International Journal of Feminist Politics*, 453-470.
- Wick, A. (2013). Narcissus: woman, water and the west. *feminist review* 103, 42-37.
- Zumbado, C. (2003). *género y políticas de desarrollo: la Brecha entre el decir y el hacer. Desarrollo rural y políticas agropecuarias en Costa Rica*. Barcelona: Universidad Autonoma de Barcelona.
- Zwarteveen, M. (25 de june de 2010). *The politics of gender in water and the gender of water politics*. Obtenido de <https://www.researchgate.net>:  
[https://www.researchgate.net/publication/5208243\\_Conceptualising\\_Environmental\\_Collective\\_Action\\_Why\\_Gender\\_Matters](https://www.researchgate.net/publication/5208243_Conceptualising_Environmental_Collective_Action_Why_Gender_Matters)
- Zwarteveen, M., & Bennett, V. (2005). The Connection between Gender and Water management. En S. D.-P. V. Bennett, *Opposing Currents. The Politics of Water and Gender in Latin America* (págs. 13-29). Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

## **Anexo 1: Insumos Empíricos**

Los siguientes insumos empíricos: Instrumentos de entrevistas, galería fotográfica, transcripción y audios de las entrevistas, se encuentran temporalmente depositados en el siguiente enlace:

[https://drive.google.com/drive/folders/1xZpNnF-T3\\_dt8ZGuPIUS4GVIKdmUwrOh?usp=sharing](https://drive.google.com/drive/folders/1xZpNnF-T3_dt8ZGuPIUS4GVIKdmUwrOh?usp=sharing)

Su consulta sólo será autorizada para los miembros del tribunal de evaluación mediante modo lectura.